

LOS TRES INVESTIGADORES

EN

**MISTERIO
DE LAS
PIEZAS DE
AJEDREZ**

**MISTERIO
DE LAS
PIEZAS DE
AJEDREZ**

POR

MANUEL ORTUÑO

Para Carlos, Víctor y Carlos

PARA EMPEZAR...

Esta historia no es sino mi homenaje personal a Robert Arthur, creador original de Los Tres Investigadores. Al escribirla mi intención no ha sido crear algo excesivamente original, sino más bien recrear, por medio de una trama, el ambiente, la atmósfera y los personajes que seguramente les resultarán familiares a todos aquéllos que se consideren fans de los tres muchachos de Rocky Beach.

Todo aquel lector/a que desee hacerme llegar su opinión acerca de la misma puede hacerlo escribiendo al email huganay@hotmail.com

Como autor de la historia que sigue, declaro que ésta ha sido concebida y escrita simplemente con el propósito de entretener, que no se espera beneficio económico alguno por mi parte (y espero que, mucho menos aún, por terceras personas), y que el único derecho que me reservo es la autoría de la historia en sí.

Por lo que sé, Los Tres Investigadores es una marca registrada cuyos derechos de autor pertenecen a Randon House, Elizabeth Arthur y Robert Andrew Arthur.

El autor

TO BEGIN WITH...

This story is my personal tribute to Robert Arthur, the original author/creator of The Three Investigators. My intention in writing it was to not necessarily create something really original, but to recreate, by means of a convenient plot, the environment, the atmosphere and the characters that will surely sound familiar to all those who consider themselves true fans of the three boys from Rocky Beach.

Any reader who wishes to send me his/her opinion or review about this story may contact me by sending an email to huganay@hotmail.com

As the author of the following story, I declare that it has been conceived and written for entertainment purposes only, that no income or economic benefits are expected by me (and even less, I hope, by third parties), and that the only right I reserve for myself is the authorship of the story itself.

As far as I know, The Three investigators is a registered trademark owned and copyrighted by Random House, Elizabeth Arthur and Robert Andrew Arthur.

The author

UNA NOTA PARA LOS VERDADEROS FANS

La siguiente historia se desarrolla justo después de la aventura nº 13 de Los Tres Investigadores, titulada *Misterio del gato de trapo*, de ahí que se la pueda llegar a considerar su aventura nº 13 y medio.

El autor

A NOTE FOR THE TRUE FANS

The following story takes place right after the mystery #13 solved by The Three Investigators, whose title is *The secret of the crooked cat*. Thus, this story can be considered as mystery #13 and a half.

The author

ÍNDICE

UNA MISTERIOSA INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO 1 - APARECE EL AJEDREZ.....	7
CAPÍTULO 2 - UNA CARTA MISTERIOSA.....	15
CAPÍTULO 3 - DEDUCCIONES.....	23
CAPÍTULO 4 - APARECE UN CLIENTE.....	29
CAPÍTULO 5 - LA ENIGMÁTICA SEÑORITA SCHOENBERG.....	34
CAPÍTULO 6 - DOS TIPOS DE DUDOSA CATADURA.....	43
CAPÍTULO 7 - UNA VISITA DEL JEFE REYNOLDS.....	51
CAPÍTULO 8 - DE NUEVO EN CASA DEL ESCRITOR.....	64
CAPÍTULO 9 - CONVERSACIÓN CON UN AMIGO.....	71
CAPÍTULO 10 - UNA REFRIEGA EN LA OSCURIDAD.....	75
CAPÍTULO 11 - TRAS UNA NUEVA PISTA.....	83
CAPÍTULO 12 - EL TÍTULO MISTERIOSO.....	88
CAPÍTULO 13 - REFLEXIONES SIN SALIDA.....	92
CAPÍTULO 14 - UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE.....	95
CAPÍTULO 15 - UN VISITANTE INESPERADO.....	102
CAPÍTULO 16 - UN PARQUE EN LA NOCHE.....	108
CAPÍTULO 17 - RESOLVIENDO EL MENSAJE.....	116
CAPÍTULO 18 - UNA HISTORIA FABULOSA.....	123
CAPÍTULO 19 - EN PODER DEL ENEMIGO.....	133
CAPÍTULO 20 - LADRÓN A LA FUGA.....	140
CAPÍTULO 21 - UNA VISITA A ALFRED HITCHCOCK.....	149
CAPÍTULO 22 - LA ÚLTIMA JUGADA.....	154
EPÍLOGO.....	163
NOTA FINAL DE BOB ANDREWS.....	165

UNA MISTERIOSA INTRODUCCIÓN

Sed misteriosamente bienvenidos, amantes del misterio, a una nueva aventura de esos tres sagaces jovencitos que se autodenominan Los Tres Investigadores. Si bien con anterioridad solía recomendarse encarecidamente a todo lector que se saltase las líneas introductorias con las que se abría cada caso, tengo que constatar que, al menos en esta ocasión, debe hacerse una excepción y leerse debidamente esta presentación. ¿Por qué?, se preguntarán algunos (si no todos) con razón. Ante tal pregunta, mi respuesta es que los motivos de tal recomendación no pueden ser desvelados por el momento, si bien os doy mi palabra de que lo serán más adelante, a su debido tiempo.

Sea como fuere, sí os diré que uno de los motivos por los que debéis leer estas líneas es el hecho de que quien las escribe no es, como solía ser habitual, el señor Alfred Hitchcock, sino un humilde servidor que, al menos por ahora, se ve obligado a dejar su identidad sumida en el anonimato.

Tal y como todos sabéis, el gran director de cine pasó a mejor vida hace tiempo, pero en la época en la que tuvo lugar cuanto se narra a continuación aún vivía. Es por ello que no debe extrañaros su presencia en el *Misterio de las Piezas de Ajedrez*. El por qué se ha tenido que aguardar hasta ahora para divulgar esta historia es algo que se revelará en la historia misma. A pesar de todo, os garantizo que el señor Hitchcock hubiera deseado con todas sus fuerzas poder tener la oportunidad de presentar un caso tan intrincado y misterioso como el que aquí nos ocupa. A lo largo de sus páginas os tropezareis con la búsqueda de un valioso objeto que se empeña en permanecer escondido, mensajes en clave, rufianes de peligrosa catadura, ingentes cantidades de intriga y un misterioso ajedrez que...

Pero no, no debo seguir hablando del misterio que está a punto de comenzar. Aun así, permítaseme aclarar, para quien todavía no esté muy familiarizado con los personajes principales de esta historia, que Los Tres Investigadores son Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews.

Jupiter, el cerebro del trío, es un muchacho robusto según sus amigos y gordo según sus enemigos, capaz de adoptar la apariencia de un imbécil consumado cuando en realidad es una verdadera fuente de astucia y penetrante inteligencia. Huérfano desde muy temprana edad, vive con sus tíos, Titus y Mathilda, y les ayuda a llevar el negocio regentado por éstos, una impresionante chatarrería llamada Patio Salvaje, la cual, dentro de su categoría, probablemente sea la de mayor renombre en todo el sur de California.

Pete, el más atlético del grupo, es alto y de pelo castaño. Aunque a veces siente una gran aversión a verse envuelto en situaciones comprometidas, nunca duda un segundo a la hora de ayudar a sus amigos o de convertirse en la mano derecha de Jupiter cuando es preciso afrontar alguna investigación que exija cierta destreza física.

Bob, por su parte, rubio y estudioso, es el más joven del grupo. Es, asimismo, el encargado del archivo y registro de cuantas indagaciones emprenden los muchachos. Además, se encarga de recopilar toda aquella información que pueda resultar de utilidad a la hora de resolver un misterio, labor para la cual se ve beneficiado por su empleo en la biblioteca pública, donde trabaja a media jornada.

Los tres viven en Rocky Beach, una pequeña población costera del sur de California rodeada de numerosas colinas y no muy lejana del siempre fastuoso y sorprendente Hollywood. Tienen emplazado su puesto de mando en un remolque en desuso que,

completamente cubierto de chatarra y, por ello, oculto a los ojos de los demás, ocupa uno de los rincones del Patio Salvaje de los Jones.

Bien, y una vez dicho lo anterior, pasemos a lo que realmente importa. Porque, mis jóvenes amigos, un misterioso ajedrez está a punto de hacer su aparición...

Firmado,

Vuestro humilde y (por el momento) anónimo servidor.

CAPÍTULO 1

APARECE EL AJEDREZ

Cierta mañana de mediados de septiembre, Jupiter Jones y su amigo Pete Crenshaw se hallaban muy ocupados trabajando a brazo partido en el Patio Salvaje de los Jones, la impresionante chatarrería propiedad de los tíos de Jupiter. Aunque no se trataba de un día especialmente caluroso, los dos muchachos tenían la frente perlada de sudor debido a la ingente tarea. De hecho, ambos llevaban ya algo más de hora y media separando, clasificando y transportando toda clase de material de un rincón a otro del recinto bajo la atenta mirada de Mathilda Jones, la tía de Jupiter, quien no dejaba de dictar órdenes y aleccionar a los chicos sobre cuán cuidadosamente debían transportar esta mercancía o dónde debían depositar aquella otra.

Cuando, merced al trabajo continuo y a la estricta vigilancia de Tía Mathilda, la enorme pila de material se vio por fin reducida a los últimos artículos, Pete se incorporó y, sacándose un pañuelo del bolsillo del pantalón, se enjugó la frente.

—¡Uf! —dijo suspirando—. Estoy deseando acabar. Tengo todos los huesos del cuerpo convertidos en cera derretida. Menos mal que ya queda muy poco.

Tía Mathilda, al oírlo, arrugó la nariz.

—No te las prometas tan felices, Peter Crenshaw —le dijo al alto muchacho de pelo castaño—. Titus no tardará en llegar con un nuevo cargamento. Esta mañana se marchó muy temprano al distrito comercial en compañía de Hans y Konrad y, a juzgar por la hora que es ya, no creo que tarde mucho en regresar. Y cuando eso ocurra, ¿sabéis lo que significará?

—Déjame adivinarlo, Tía Mathilda —respondió Jupiter mirando a la mujer—. ¡Más trabajo!

Luego, tras soltar un gran resoplido, añadió quejumbroso:

—Oh, vamos, tía. Pete y yo llevamos casi dos horas trabajando sin parar. Necesitamos un descanso o no llegaremos vivos a la hora de comer.

—Tú siempre tienes en mente la hora de comer —mofóse Tía Mathilda mientras Pete, sabedor de que a su amigo no le agradaba bromear ni con la comida ni con su peso, reprimía una sonrisa—. No obstante, no os preocupéis por ese descanso que pedís porque lo tendréis —añadió la mujer—. No tenéis más que terminar de colocar lo que queda de ese montón y podéis descansar hasta que llegue Titus. Así que cuanto antes acabéis, antes podréis disfrutar de un rato libre.

—Vamos, pues. Acabemos con esto cuanto antes —dijo Pete dándole a Jupiter una palmada en la espalda—. Mis músculos no me van a doler mucho más por trabajar otro par de minutos.

Apretando los dientes, se agachó y cogió una caja llena de utensilios de jardinería.

—Apunte, señora Jones —dijo—. Una caja de herramientas de jardinero. Están en buen estado. ¿Dónde las coloco?

Tía Mathilda, tras apuntar la descripción del artículo en una enorme libreta de inventario, señaló hacia un rincón del patio.

—Ponlas allí, junto a aquellas mangueras y aquella caja de tijeras de podar —ordenó.

Pete, obediente, llevó la caja al lugar indicado. Jupiter, por su parte, se aprestó a coger un par de sillas plegables de madera.

—Aquí va lo último, Tía Mathilda —anunció—. Dos sillas plegables. Necesitarán una mano de pintura y un poco de aceite.

—Pues ya sabes en qué puedes entretenerte esta tarde —repuso la mujer mientras tomaba nota en su libreta—. Bien, Jupiter, déjalas apoyadas contra la pared de la oficina.

—Muy bien, tía —dijo el muchacho, no sin antes añadir: —¿Podemos irnos ya a descansar?

—Sí, pero no os marchéis muy lejos —respondió Tía Mathilda, severa, si bien a continuación su expresión se suavizó al añadir con una sonrisa: —Pasad a la oficina y tomaos un vaso de naranjada fresca si queréis. La he preparado para vosotros. Habéis trabajado mucho y os la merecéis.

—¡Canastos! ¡Gracias, señora Jones! —exclamó Pete—. Eso es justo lo que me hace falta. ¿Vienes, Jupe?

—¡Claro! —respondió su amigo guiñándole un ojo a su tía. La buena mujer, si bien les hacía sudar tinta cuando se empeñaba en ponerlos a trabajar, poseía un corazón de oro. Raudos y veloces, los chicos se dirigieron a la oficina. Una vez saciada su sed, los dos se retiraron a un apartado y tranquilo rincón del patio donde, desde hacía tiempo, habían instalado un banco de trabajo, una imprentilla y diversos accesorios más. Aquél era el taller de Jupiter, y en él los muchachos podían reunirse y gozar de un poco de intimidad, pues la zona quedaba relativamente fuera de la vista desde el resto del patio.

Una vez allí, Pete resopló.

—¡Uf! Creí que no acabaríamos nunca —dijo dejándose caer sobre una silla—. Será mejor que aprovechemos el tiempo descansando un poco, Jupe. Ya has oído a tu tía. Tu tío Titus no tardará en llegar.

—Mmmm —gruñó Jupe tomando asiento a su vez en una vieja mecedora—. No es ésta precisamente mi idea de aprovechar el tiempo. Nos estamos oxidando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete—. Si a trabajar de esta manera le llamas oxidarse, ¿qué término emplearías para describir una sesión doble de clase de gimnasia? Jupe hizo una mueca.

—Me refiero a que, en nuestro caso, la balanza entre el ejercicio mental y el ejercicio físico se inclina últimamente de manera demasiado peligrosa por lo segundo. Y somos investigadores, recuérdalo.

Pete parpadeó.

—Déjate de verborrea, Jupe, por lo que más quieras. Estoy demasiado exhausto como para ponerme a desentrañar frases complicadas —se quejó.

—Quiero decir que durante la última semana hemos hecho demasiado ejercicio físico y poco ejercicio mental. Desde que Andy y la feria Carson se marcharon de Rocky Beach no hemos hecho más que trabajar como mulas. Para mí la cosa está clara: necesitamos un caso.

—Yo sí que lo tengo claro, amigo —replicó Pete—. Lo que de veras necesito yo es un buen baño en el mar para aprovechar los últimos días del verano.

—Quizá tengas razón —convino Jupe con un profundo suspiro—. Un buen baño en el mar nos relajaría y nos dejaría plenamente preparados para afrontar cualquier misterio que pueda cruzarse en nuestro camino. A lo mejor esta tarde...

Pero no pudo acabar la frase, pues justo en aquel momento el estridente sonido de una potente bocina le interrumpió al tiempo que el rugir de un motor invadía la quietud hasta entonces reinante en Patio Salvaje.

—¡Oh, no! —gimió Pete llevándose las manos a la cabeza—. Ése es el camión grande. Tío Titus, Hans y Konrad acaban de llegar. Y sabes tan bien como yo, Jupe, lo que eso supone: ¡adiós, descanso!

Con evidente desgana, Jupe asintió y se puso en pie. Pete le imitó con expresión desangelada. Aún no habían echado a andar cuando llegó hasta sus oídos la potente voz de Tía Mathilda llamándoles a voz en grito.

—¡Jupiter! ¡Pete! ¡Titus acaba de llegar! ¡Apareced por aquí! ¡Ya sabéis lo que os toca! Resignados, los dos muchachos rodearon las pilas de chatarra y otros materiales de desecho que ocultaban el taller de Jupiter y, arrastrando los pies penosamente, se acercaron hasta la oficina. Frente a la entrada de ésta acababa de detenerse el camión grande de Patio Salvaje. Titus Jones, un hombre pequeño pero fornido dotado de anchos hombros y un enorme mostacho negro que le ocultaba casi la mitad del rostro, se apeó de un salto. Hans, uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban como ayudantes en la chatarrería, le siguió. Konrad, el hermano de Hans, sentado todavía al volante, detenía en aquel momento el ruidoso motor del vehículo.

Al ver a los muchachos, Titus Jones les saludó con la mano y les guiñó un ojo.

—Hola, Jupe. ¿Qué tal, Pete? ¿Qué os pasa? Cualquiera diría que lleváis días sin pegar ojo —les dijo al verles acercarse con expresión cansada y cariacontecida.

—Es que llevamos horas trabajando sin parar, señor Jones —explicó Pete con voz quejumbrosa—. Acabábamos de sentarnos cuando llegó usted.

—Ha sido una mañana dura, Tío Titus —comentó Jupiter con una media sonrisa.

Tía Mathilda, que había entrado un momento en la oficina para recoger su cuaderno de inventario, salió nuevamente al patio y se acercó a su marido.

—No le hagas caso a estos chicos, Titus —dijo la mujer—. Siempre están quejándose. ¿Qué tal el viaje?

Tío Titus abrazó a su mujer y le plantó un enorme beso en la mejilla.

—Muy bien, Mathilda —respondió—. Patio Salvaje se ha adjudicado una buena pila de material de buena calidad en una de las mejores subastas que ha tenido lugar en el distrito comercial en el último año.

Se volvió hacia Hans y Konrad y les hizo un guiño. Éstos, por su parte, miraron a Tía Mathilda y a los chicos y asintieron sonriendo.

—¿Ah, sí? —repuso Tía Mathilda—. En ese caso, ¿por qué está la caja del camión casi vacía? ¿Acaso habéis perdido la mercancía mientras veníais de vuelta por la autopista?

Era cierto. Pete y Jupe, demasiado cansados, no se habían percatado de que el camión venía casi vacío. Apenas unos pocos muebles usados y algunos enseres de pequeño tamaño asomaban por la caja del camión, que Konrad acababa de abrir. Tío Titus sonrió afablemente.

—Tranquila, querida —explicó éste a su mujer—. No hemos perdido nada. Lo único que ocurre es que nos hemos hecho con tanto material que el personal de la subasta va a necesitar aún algunas horas para embalarlo todo y dejarlo listo para el transporte. Lo tendrán preparado para esta tarde a primera hora. Así que después de comer tendremos que volver para recogerlo todo. Lo que traemos en el camión no son más que algunas cosas que le compré a Baker, el de la tienda de empeños del centro de la ciudad. Tenía una partida material a buen precio que no está nada mal, querida, te lo aseguro.

—Está bien —convino ella—. Espero que hayas empleado sabiamente tu dinero, Titus Andronicus Jones. ¡Por todos los santos! —exclamó a continuación con una sonrisa—. Debéis estar cansados. Pasad a la oficina. ¡Tengo una jarra de naranjada esperándoos!

—Tía Mathilda... —se apresuró a decir Jupiter.

—¿Sí? —repuso la aludida.

—¿Querrás que descarguemos el camión ahora? —preguntó el muchacho—. No hay mucha mercancía, y quizás sería mejor descargarlo todo de una sola vez esta tarde, cuando esté aquí el resto del material...

—¡De eso ni hablar, Jupiter! —le reprochó su tía—. Precisamente por haber poco material tardaréis menos de lo esperado. ¡Vamos! No os llevará ni diez minutos dejar vacío el camión. Además, vosotros ya habéis tomado naranjada.

—Déjalos, mujer —intervino Tío Titus con una sonrisa mientras le pasaba a su esposa un brazo por la cintura—. Ellos ya han trabajado bastante. Míralos: están sudando. Hans, Konrad y yo descargaremos el camión en cuanto nos hayamos tomado un vaso de esa deliciosa naranjada que sólo tú sabes preparar.

Visiblemente halagada, Tía Mathilda frunció el ceño y miró a su marido con expresión de reproche. Acto seguido, no obstante, soltó un soplo y sonrió. Volviéndose hacia los chicos, les dijo a éstos:

—Está bien. Quedáis libres por el momento. Pero procurad estar por aquí cerca esta tarde a primera hora, ¿entendido?

Dicho lo cual, y sin esperar respuesta, echó a andar hacia la oficina seguida de cerca por Hans y Honrad. Tío Titus, sonriente, se acercó a los muchachos.

—Habéis tenido suerte —musitó mientras se mesaba su enorme mostacho.

—Gracias, Tío Titus —le dijo Jupiter—. Como te dije, ha sido una mañana muy dura. Demasiado ejercicio físico no es bueno si no se acompaña de algún tipo de entrenamiento mental.

—¿Te refieres a ese club tuyo? —inquirió el chatarrero.

Algún tiempo atrás Jupiter y sus amigos habían formado un club dedicado a resolver acertijos y rompecabezas. Tío Titus se había enterado de la existencia de dicho club, si bien no tenía la menor idea de que dicha sociedad había acabado transformándose en Los Tres Investigadores, empresa que había extendido considerablemente sus horizontes en cuanto a la resolución de misterios y enigmas de todo tipo se refería.

—Así es, señor Jones —intervino Pete—. Jupe se queja de que actualmente no tenemos nada entre manos que nos haga poner en marcha la cabeza. Teme que nuestra maquinaria mental, como a él le gusta llamarla, se vea cubierta de herrumbre y se eche a perder. Pero yo ya la he dicho que antes de eso necesito recargar baterías echándome a descansar.

—Conque ardes en deseos de ejercitar tu materia gris, ¿eh, Jupe? —dijo Tío Titus mirando a su sobrino—. Bueno, ya se nos ocurrirá algo. A veces no hacen falta grandes misterios, sino soluciones de lo más cotidiano para poner remedio a situaciones así.

Jupiter, parpadeando, se puso en guardia.

—¿Q...? ¿Qué quieres decir, Tío Titus? —inquirió.

—Oh, nada, nada —respondió el interpelado echándose a reír—. Anda, iros a descansar un rato. Yo tengo una cita con un vaso de naranjada fresca. Nos vemos luego.

Tras dirigirles un nuevo guiño a los muchachos, Tío Titus dio media vuelta y se encaminó a la oficina tironéandose alegremente de una de las puntas de su bigote. Una vez a solas, Pete se desperezó.

—Libres al fin —musitó—. Aunque sólo sea hasta esta tarde a primera hora.

De mutuo acuerdo y con el ánimo algo más alegre a causa del inmediato descanso que les aguardaba, los dos muchachos regresaron al taller de Jupiter y volvieron a sentarse, pero esta vez cuidándose bien de sacar sus asientos al exterior para poder disfrutar de los cálidos rayos del sol del sur de California.

Llevaban allí sentados unos diez minutos y empezaban a adormecerse cuando unos pasos que se acercaban les hicieron abrir los ojos y parpadear a la luz del sol de la mañana. Jupe, llevándose la mano a la cara a manera de visera, vio a su tío rodear uno

de los extremos de la enorme pila de chatarra que ocultaba el taller del resto del patio y acercase a ellos a grandes zancadas. Llevaba en las manos una caja de cartón de tamaño mediano.

—Imaginé que os encontraría aquí —dijo el hombre al llegar junto a ellos.

—Hola de nuevo, señor Jones —saludó Pete—. ¿Le apetece tomar el sol?

—No, gracias, Pete —respondió Tío Titus sonriendo—. Mathilda quiere que se repasen los libros de contabilidad y ha decidido que sea yo quien lo haga. Así son las cosas.

Pete y Jupe sonrieron. Conocían sobradamente a la señora Jones y sabían muy bien que no resultaba fácil oponerse a sus designios más que alguna que otra vez, y Tío Titus ya había cubierto su cupo de aquel día al insistir en que dejara libres a los muchachos durante el resto de la mañana.

—¿Qué traes ahí, Tío Titus? —preguntó Jupe señalando con un movimiento de barbilla la caja que el chatarrero traía consigo.

—Ah, esto. Verás —dijo Tío Titus entregándole la caja a Jupiter, quien la cogió y la puso sobre su regazo—. Pensaba regalártelo para tu próximo cumpleaños, pero no he podido evitar darle vueltas en la cabeza a lo que habéis dicho antes referente a la escasez de ejercicio que últimamente le prodigáis a vuestros intelectos. Así que he decidido entregártelo ahora mismo. Espero que te guste. Además, como sois dos siempre podréis usarlo al mismo tiempo.

Jupe miró el interior de la caja y enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Qué es? —inquirió Pete, intrigado, incorporándose a medias en su silla.

—¡Un ajedrez! —exclamó Jupe—. Así que era a esto a lo que te referías antes con eso de que a veces las soluciones más cotidianas pueden ser la respuesta allí donde hay escasez de intrincados misterios.

—Así es, Jupiter —asintió Tío Titus—. Está prácticamente nuevo y es una verdadera preciosidad. En cuanto lo vi pensé que te gustaría tenerlo. Así que aquí está. Tuyo es, muchacho.

Jupe metió las manos en la caja y Pete acercó su silla para poder ver mejor lo que su amigo sacaba de ella. No se trataba en realidad del típico tablero acompañado de un montón de piezas sueltas. El ajedrez en cuestión tenía forma de cajón cuya cara superior, a cuadros blancos y negros, formaba el tablero propiamente dicho. En uno de los costados había una pequeña asa de latón. Jupe tiró de ella y el cajón se abrió para mostrar en su interior una superficie de gomaespuma en la que cada una de las piezas de ajedrez se hallaba perfectamente empotrada cual si se tratase de un diminuto hombrecillo que descansase en un nicho hecho a medida.

Jupe parpadeó sorprendido y sonrió.

—Un ingenioso sistema diseñado para impedir que las piezas se pierdan o resulten dañadas —murmuró como si discurriese en voz alta.

—Esas piezas parecen una colección de enanitos disecados —rió Pete.

—La confección y el detallismo de las piezas son impecables —murmuró Jupe sin hacer caso del comentario de su amigo—, y la madera de la que todo está hecho parece de muy buena calidad. —Luego, levantando la cabeza, añadió—: Gracias, Tío Titus. Tienes razón al decir que es una verdadera preciosidad. ¿Dijiste que está prácticamente nuevo? ¿Dónde lo conseguiste?

Tío Titus sonrió complacido.

—No debería decírtelo ya que se trata de un regalo —dijo—. Pero si de veras te interesa, te diré que lo encontré en la tienda de empeños de Baker. Tom es un viejo amigo mío, y en cuanto le dije que pretendía regalárselo a mi sobrino me hizo una oferta muy especial que no pude menos que aceptar.

Con aire soñador, el chatarrero deslizó un dedo por la superficie a cuadros del tablero de ajedrez. Pete pensó que parecía un hombre que acariciaba recuerdos que, tras mucho tiempo olvidados, afloraban de nuevo al exterior.

—El ajedrez es un juego fascinante, chicos —dijo como si hablara soñando despierto—. No existen dos partidas iguales. Os lo digo yo, que he jugado muchas. No en vano, un ajedrez que tuve siendo mozo me ayudó a pasar muy buenos momentos, sobre todo en los ratos libres de que disfrutábamos entre función y función cuando trabajaba en el circo. Llegué a convertirme en un experto, hasta tal punto que, pasado un tiempo, no había nadie en la compañía capaz de ganarme.

Guardó silencio por unos segundos y luego, como volviendo a la realidad, añadió:

—Bueno, chicos. Tengo que irme. Que disfrutéis de ese ajedrez y paséis jugando tantos buenos ratos como hice yo.

Dicho lo cual, y tras soltar una sonora carcajada, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Una vez solos, Pete se volvió hacia Jupiter.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó—. Tu tío es una caja de sorpresas. Ahora resulta que también es un experto jugador de ajedrez. En cuanto al ajedrez en sí —añadió señalándolo—, debo admitir que parece una obra de arte.

—Así es, Segundo —afirmó Jupiter—. Su superficie de madera está pulcramente pulida y lujosamente lacada.

El Primer Investigador alzó el ajedrez y lo acercó a sus ojos para contemplarlo de cerca. Tal y como había hecho su tío unos momentos antes, deslizó un dedo por su pulimentada superficie con aire soñador.

—El ajedrez... —dijo lentamente—. Un juego apasionante cuyos orígenes se pierden en el tiempo. ¿Qué dices, Pete? ¿Te apetece echar una partida?

Pete miró a su amigo.

—¿A quién? ¿A mí? ¡Ni hablar! —respondió volviendo a reclinarse en su silla—. En estos momentos lo único que mi mente me dice es “Descansa”. No te ofendas, Jupe, pero todavía estoy demasiado cansado como para romperme la cabeza con un juego como el ajedrez. Además, ni siquiera sé cómo se mueven las piezas.

—Eso tiene fácil solución, Pete —dijo Jupiter—. Puedo enseñarte las reglas. Deja que me deshaga de esta caja de cartón y entonces...

Jupiter, quien todavía tenía sobre su regazo la caja de cartón en la que su tío trajese el ajedrez, liberó a éste de una de sus manos y lo sujetó con la otra con la intención de emplear su mano libre para depositar la caja sobre el suelo. Empero, al hacerlo, bien porque no calculase debidamente el peso del ajedrez, bien porque la pulimentada superficie de éste se le resbalase de entre los dedos, el resultado fue que tanto la caja de cartón como el ajedrez acabaron escapándosele de las manos.

—¡Cuidado, Jupe! —exclamó Pete.

Pero la advertencia llegó tarde. La caja de cartón cayó a un lado. El ajedrez, por su parte, aterrizó sobre el pavimento, el cajón se separó de su funda y cinco o seis piezas blancas y negras de desprendieron de su lecho de gomaespuma para rodar bajo el sol de la mañana.

—¡Oh, vaya! ¡Qué torpe he sido! —se lamentó Jupiter mientras se levantaba y se acercaba hasta el juego caído.

El robusto muchacho recogió el tablero y lo repasó con los dedos. Pete, por su parte, se arrodilló para recoger las piezas caídas y comenzó a devolverlas una a una a su lecho de gomaespuma.

—Tan sólo un par de rasguños —informó Jupe examinando de cerca el tablero—. Por fortuna no se ha partido ni astillado.

—Aquí tienes, Jupe —dijo Pete tras encajar la última pieza en su sitio—. Trátalo con cuidado, no se te vaya a caer otra vez.

Pete le entregó a Jupe el cajón que contenía las piezas y éste, cogiéndolo con una mano, se dispuso a introducirlo en el hueco del tablero, que sostenía firmemente en la otra. Al hacerlo, no obstante, una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro.

—Oooh... —murmuró abriendo mucho los ojos.

—¿Qué ocurre? —inquirió Pete—. ¿Has descubierto que se ha roto después de todo?

—No —respondió Jupiter mordiéndose el labio inferior—. He descubierto que hay algo aquí dentro. Parece un pedazo de papel. Veamos si consigo sacarlo.

El Primer Investigador depositó cuidadosamente sobre el suelo el estuche con las piezas y metió su mano libre en el cajón formado por el tablero. Acto seguido frunció el ceño.

—Apenas me cabe la mano —dijo con expresión de fastidio—. Inténtalo tú, Segundo. Tú tienes los dedos más largos.

Dicho lo cual le pasó el tablero de ajedrez a su amigo. Éste metió la mano y hurgó en el interior.

—Tienes razón. Hay algo aquí dentro —informó—. Es una hoja de papel. Está pegada al fondo, pero creo que será fácil... Sí. Ya la tengo.

Con gesto triunfal, Pete sacó la mano. Entre sus dedos, cogido por una de sus puntas, había algo blanco y rectangular.

—¡Un sobre! —exclamó el muchacho.

—Parece que hay algo escrito en el anverso —dijo Jupiter—. Déjame ver.

Pete le entregó el sobre a su amigo y éste lo miró atentamente mientras le daba vueltas y más vueltas entre sus manos.

—“Para Glenn” —leyó Jupiter en voz alta—. Dentro hay una hoja de papel. Parece una carta...

—¿Y a quién se le ocurriría guardar una carta en el interior de un ajedrez en forma de cajón? —preguntó Pete—. ¿No te parece extraño?

—Me parece de lo más peculiar —respondió su amigo—. Y convendrías conmigo en que, además, resulta sumamente misterioso. ¡Vaya! —añadió—. El sobre está abierto...

—¿Piensas lo mismo que yo? —preguntó Pete—. ¿Deberíamos leer lo que hay dentro?

Jupe miró a su amigo y suspiró.

—Bueno —dijo a continuación—, ésa sería la única manera de intentar averiguar la respuesta a ciertas preguntas como, por ejemplo, quién es Glenn, si el ajedrez le pertenece o iba en un principio dirigido a él, y si hay algo realmente misterioso en el hecho de ocultar una carta dentro de un ajedrez en vez de simplemente hacerla llegar con él a su destinatario.

—En ese caso saquemos la carta y leámosla —alentó Pete—. Quizás eso nos saque de dudas.

Jupiter abrió el sobre y sacó de su interior una hoja de papel cuidadosamente doblada. Con dedos impacientes desplegó el papel y lo sostuvo ante sí. Pete se colocó detrás de él para mirar por encima de su hombro. Los dos muchachos leyeron lo siguiente:

“Querido Glenn,

Aquí tienes el ajedrez y la carta que te prometí. He concebido para ti un plan (llámale juego si lo deseas) lleno de misterio que sólo tú habrás de resolver. Espero que, como buen aficionado que eres a escribir historias de intriga, emplees esta trama que he urdido para encontrar la inspiración necesaria que te permita escribir una buena historia. Has sido siempre un buen amigo y un fiel colaborador, y desearía que alguna vez llegases a ser un escritor tan famoso y admirado como yo (permíteme esta falta de

modestia por mi parte. Estoy seguro de que lo entenderás). Este juego es, pues, mi legado exclusivo para ti.

Hay algo que poseí durante muchos años, algo sumamente valioso que escondí y que desearía que sólo tú encontrases. Al hallarlo, además de una trama de intriga que podrás emplear para escribir esa novela que siempre has deseado, adquirirás fama universal. No en vano, aquello que escondí es algo que casi nadie cree escondido y, sin embargo, lo está. Y sólo tú has de hallar su paradero. Para ello pídele a mi vieja amiga, la señorita Erika Schoenberg, que mecanografíe para ti el siguiente mensaje, pues ella está preparada para hacerlo:

*XTUA LIXWC PD LEHEYRM
OBDA HLTPZB UHT KKVBOUG
NFTW XSLJD YR BGQA*

Hasta aquí lo más sencillo. Ahora busca entre lo que más quiero. El nombre te conducirá por el camino correcto. A partir de entonces tendrás que afrontar retos más intrincados y emplear tu imaginación. Porque ten en cuenta que las cosas no siempre son lo que parecen.

Tan sólo un último consejo: conserva siempre este ajedrez contigo. Él te traerá buena suerte y te ayudará. Porque has de tener cuidado, ya que seguramente no seas tú el único que desee encontrar aquello que casi nadie cree perdido.

*Tu fiel amigo,
Arthur Roberts.”*

—¡Rábanos picantes, Jupe! —exclamó Pete con los ojos muy abiertos—. ¿Qué clase de carta es ésta?

CAPÍTULO 2

UNA CARTA MISTERIOSA

Al ver que su amigo, absorto todavía en la lectura de la carta, no contestaba, Pete volvió a preguntar:

—¿Qué clase de carta es ésta, Jupe?

Jupiter, como si, tras un largo lapsus, se diese cuenta por primera vez de la presencia de su amigo, frunció el ceño y se mordió el labio inferior.

—Evidentemente, una que resulta sumamente misteriosa —respondió en voz apenas audible.

—¿Ah, sí? —mofóse Pete, irónico—. ¡Vaya! Gracias por decírmelo. Apenas me había dado cuenta. ¿Cómo explicas que alguien pueda hallar algo que nadie cree perdido?

—Que *casi* nadie cree perdido —corrigió Jupiter—. Admito que no lo sé, Pete. En eso reside parte del misterio. La verdad es que es una carta de lo más intrigante.

—¿De lo más intrigante? —rezongó Pete—. Chico, ésa es una manera muy suave de decirlo. Yo más bien creo que es un galimatías con forma de rompecabezas y disfrazado de jeroglífico. ¿Qué me dices de esa serie de letras sin sentido que esa tal señorita Schoenberg debe mecanografiar?

—Sin lugar a dudas, se trata de un mensaje en clave —respondió Jupe—. Quizás si encontráramos a esa tal Erika Schoenberg podríamos preguntarle y desvelar así parte del misterio. De hecho, a juzgar por cuanto dice la carta, es precisamente eso lo que hay que hacer. En ella, el autor le pide abiertamente a Glenn, el destinatario, que recurra a esa mujer en busca de ayuda.

—¿Y cómo pretendes dar con nuestra querida señorita Schoenberg? —inquirió Pete—. ¿Vas a poner un anuncio?

—Es una posibilidad —convino Jupiter—. Pero antes podríamos agotar otras tan sencillas como, por ejemplo, el listín telefónico. O bien técnicas más sofisticadas como nuestra Transmisión de Fantasma a Fantasma.

Jupe se refería a un sistema de búsqueda y localización ideado por él merced al cual Los Tres Investigadores se ponían en contacto con cientos de chicos de Rocky Beach y sus alrededores por medio del cable telefónico. A cada uno de los chicos participantes se le asignaba el nombre de “fantasma” para garantizar su anonimato frente a oídos extraños como los de los adultos. En casos anteriores manejados por los muchachos este sistema había demostrado dar muy buenos resultados.

—No obstante —concluyó Jupiter—, a tenor de la lectura de esta carta yo más bien me inclinaría por buscar a ese tal Glenn. Es a él a quien se le exhorta a recurrir a la señorita Schoenberg. Por lo tanto, parece claro que Glenn sabe quién es ella y dónde hallarla. Si encontráramos a Glenn, él nos conduciría sin duda hasta ella, y una vez conseguido esto podríamos empezar a plantearnos la búsqueda de eso tan valioso que casi nadie cree perdido. Sí, creo que ésta es una buena línea de acción.

—¡Un momento, Jupe, un momento! —exclamó Pete levantando las manos ante sí—. Advierto en tus ojos ese peligroso destello que sólo puede significar “misterio a la vista”. Pues bien, antes de que te entusiasmes permíteme recordarte una cosa: estamos

cansados y esta tarde, a primera hora, nos espera más trabajo. Además, ¿qué hay de ese baño en la playa del que hablamos antes?

—Segundo, la aparición de un misterio, aunque sea de manera casual, como en este caso, es algo que no podemos desdeñar. Hace tan sólo diez minutos suspirábamos por un misterio que hiciese poner en marcha nuestra materia gris —argumentó Jupiter.

—Querrás decir que *tú* suspirabas por un misterio —refunfuñó Pete—. Yo suspiraba por un día de playa.

—Recuerda que somos investigadores y que aquí tenemos algo que parece pensado a medida para nosotros —insistió Jupiter.

—Yo más bien diría que parece pensado a medida para alguien llamado Glenn, pero no para nosotros —repuso Pete.

Jupe miró a su amigo y sonrió levemente.

—Puede que en ello tengas algo de razón, Pete. No obstante... —comenzó a decir.

—No obstante ¿qué? —atajó Pete.

—Iba a decir que si encontrásemos al tal Glenn quizá pudiéramos proponerle nuestra ayuda a la hora de buscar aquello que casi nadie cree perdido.

—Sigo prefiriendo la playa —gruñó Pete.

—Por otro lado, creo que hay algo más que, con casi absoluta certeza, puede sacarse en claro de esta carta —anunció Jupiter lentamente mientras no dejaba de releer el documento.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es ello? —preguntó Pete—. ¿Alguna pista sobre quién es Glenn?

—No exactamente sobre Glenn, Segundo —respondió Jupiter—, pero sí sobre quien escribió la carta. Si releemos ésta atentamente coincidirás conmigo en que, o mucho me equivoco, o el tal Arthur Roberts que la firma falleció hace hoy exactamente una semana.

Pete miró a Jupiter con ojos muy abiertos mientras su boca formaba una enorme O debida al asombro. El muchacho tomó la carta de manos de su amigo y la releyó. A continuación, con expresión harto confusa, se la devolvió.

—¿Cómo... cómo diantre logras deducir algo así de este pedazo de papel? —acertó a decir al cabo de unos segundos.

Jupiter se sonrió ligeramente.

—Añadiendo al contenido de la carta algo que sin duda tú sabes, si bien debes haber olvidado —respondió con cierto aire de misterio.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Pete.

—Verás, Segundo —explicó Jupiter—. En realidad mi deducción sólo proviene a medias de la carta. La otra mitad se debe al hecho de que hace tan sólo siete días falleció un famoso escritor de novelas de intriga y espionaje llamado Arthur Roberts. La noticia se difundió en todos los periódicos y apareció incluso en televisión. Quizás a ti se te pasó por alto o, simplemente, no lo recordabas.

—¡Ahora caigo! —dijo Pete asintiendo lentamente con la cabeza—. Mi padre comentó algo al respecto hace unos días, durante la cena. Al parecer ese tipo trabajó también en el cine como guionista en adaptaciones para la gran pantalla de algunas de sus novelas más famosas. Recuerdo que mi padre mencionó que incluso llegaron a presentárselo en cierta ocasión.

El señor Crenshaw, padre de Pete, conocía de primera mano el mundillo de los estudios de cine ya que trabajaba como técnico de efectos especiales para una de las grandes productoras de Hollywood.

—Exacto, Pete —intervino Jupiter—. Y en esta carta el señor Roberts no sólo dice ser un famoso escritor, sino que además habla de novelas de intriga. Y en uno de los primeros párrafos se alude a un legado. Un legado es, por lo general, lo que un hombre

cede a otro al morir. Algo así como una especie de herencia. Como puedes ver, Segundo, la asociación resulta inmediata e inevitable.

Al escuchar las explicaciones de su amigo Pete sintió deseos de abofetearse. Claro que, bien visto, él también hubiera deducido lo mismo de haber recordado la noticia del fallecimiento del viejo escritor. O quizás no...

—Como puedes ver, Pete, progresamos deprisa —continuó diciendo Jupiter—. Ahora sabemos que estamos en posesión de un ajedrez y una carta legados a un tal Glenn por un escritor famoso recientemente fallecido. No está mal para empezar. Ya veremos la manera de encontrar a Glenn. Lo que ahora me pregunto es cómo llegaría a parar un ajedrez tan lujoso como éste a una tienda de empeños cuando se ve bien a las claras que se trata de un regalo de lo más personal.

—Quizás ese tal Glenn se hallase en dificultades económicas —propuso Pete.

—Mmmm... Es posible, si bien no lo veo muy probable —desechó Jupiter.

—¿Por qué no? —inquirió el Segundo Investigador.

El señor Roberts explica en la carta que hay un valioso objeto oculto que puede hallarse con la ayuda de este ajedrez —explicó Jupiter—. Si Glenn se hallase en dificultades económicas no se desharía de un objeto que puede conducirle a una fortuna. Claro que también es posible que Glenn no llegase a ver la carta. Eso explicaría que ésta siguiese en su sitio cuando nosotros la encontramos.

—Quizás Glenn pensase que todo esto no es más que una broma. A lo mejor, para colmo, ni siquiera le gustase el ajedrez —sugirió Pete.

—Mmmm... Puede ser —concedió Jupiter—. Pero esa posibilidad tampoco me convence. La carta parece sincera. En ella el señor Roberts habla de Glenn como “un buen amigo y fiel colaborador”. No, Pete, no creo que esta carta sea una broma. Quizás el difunto señor Roberts tuviese un sentido del humor nada corriente al enviarle una carta así a un buen amigo antes de morir, pero el tono de la misma me convence de que todo esto va en serio. Si tan sólo pudiéramos encontrar a ese tal Glenn...

Luego, tras reflexionar unos segundos, añadió:

—Quizá debiéramos llamar al señor Baker, el dueño de la tienda de empeños, para ver qué puede decirnos. A lo mejor así podemos dar con Glenn. Propongo que vayamos al puesto de mando y llamemos desde allí.

Jupiter se puso en pie y echó a andar con el ajedrez bien sujeto bajo el brazo. Pete, mirándolo, suspiró.

—Adiós a la playa —dijo antes de levantarse y seguir a su amigo.

Los dos muchachos se dirigieron al espacio situado tras la imprenta que ocupaba buena parte del taller de Jupiter. Allí, junto al suelo, como apoyada de cualquier manera contra la enorme pila de materiales de desecho, había una rejilla que parecía haber sido dejada allí como por casualidad. No obstante, cuando Jupiter la cogió y la hizo a un lado, dicha rejilla dejó al descubierto la boca de una tubería de metal por la que ambos muchachos se introdujeron y por la cual comenzaron a avanzar a gatas. Aquella tubería de hierro galvanizado había sido bautizada por los muchachos con el nombre de Túnel Dos y era una de las entradas secretas que conducían al puesto de mando de Los Tres Investigadores.

Dicho puesto de mando se hallaba ubicado en el interior de una casa-remolque que, imposible de ser vendida a causa del estado demasiado deteriorado en el que se encontraba, Tío Titus había optado por regalar a su sobrino para que éste pudiera reunirse allí con sus amigos. Con el paso del tiempo, y con la ayuda de Hans y Konrad, Jupiter y sus amigos habían ido apilando chatarra a su alrededor hasta que llegó un momento en el que el remolque había quedado oculto a la vista de todos bajo la enorme pila de material. Tío Titus y sus ayudantes, o bien perdieron interés, o bien se olvidaron

de lo que había allí, y así Los Tres Investigadores lograron disponer de un lugar oculto donde celebrar sus reuniones sin riesgo de ser molestados. Para acceder a él construyeron una serie de entradas secretas a las que sólo ellos tenían acceso. El Túnel Dos era la más frecuentada de ellas. En cuanto al puesto de mando propiamente dicho, gracias a materiales extraídos de la chatarrería y a las ganancias que los chicos obtenían realizando trabajos en Patio Salvaje, acabó hallándose dotado de máquina de escribir, teléfono, sillas y mesa de despacho, un periscopio, e incluso un pequeño laboratorio para el revelado de fotografías.

Los muchachos avanzaron raudamente por el interior de la tubería. Tras recorrer una distancia aproximada de unos doce metros, Jupe, que iba el primero, empujó una trampilla situada al extremo del túnel. Al abrirse hacia arriba dicha trampilla permitía el acceso al puesto de mando. Una vez en el interior de éste los muchachos estiraron las piernas y se sacudieron las perneras de los pantalones.

—Muy bien —dijo entonces Jupiter—. Ahora veamos qué tiene que decirnos el señor Baker con respecto a este ajedrez. Pete, pásame el listín telefónico.

Mientras el Segundo Investigador tomaba de una estantería el volumen requerido, su amigo tomó asiento tras el escritorio y, con sumo cuidado, depositó sobre éste el ajedrez. Pete le entregó a Jupiter el listín y tomó asiento a su vez. Antes de que terminara de instalarse en la silla, el Primer Investigador pasaba velozmente las páginas del libro.

—Buscaremos en la sección de tiendas de empeño —comentó.

Tras pasar unas cuantas hojas más, dio al fin con la página que buscaba y comenzó a recorrerla con el dedo índice hasta que se detuvo con un suspiro de triunfo.

—Tienda de empeños de Baker —leyó—. Aquí está.

Mientras descolgaba el teléfono y marcaba el número, Jupiter estiró la mano hacia un pequeño altavoz situado junto al aparato y lo conectó. De esta manera, y gracias a la notable facultad que tenía para arreglar e incluso construir artilugios electrónicos de su propia invención, Pete sería capaz de escuchar toda la conversación que estaba a punto de mantener.

—Tienda de empeños de Baker. Tom Baker al habla —dijo una voz tras el cuarto timbrado.

—¿Hola? —saludó Jupiter—. ¿Hablo con el señor Baker, el dueño de la tienda?

—Así es —respondió el hombre—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, señor —comenzó Jupe—. Me llamo Jupiter Jones. Mi tío Titus le compró a usted un ajedrez esta misma mañana. Se trata de un ajedrez de aspecto bastante lujoso, prácticamente nuevo y que tiene forma de cajón. Las piezas van guardadas dentro de un lecho de gomaespuma y...

—Sí, sí. Lo recuerdo perfectamente —atajó el señor Baker—. ¿Así que eres el sobrino de Titus? Muy bien. ¿Y qué ocurre con el ajedrez? ¿Tiene algún desperfecto? No parecía tener ninguno cuando tu tío se lo llevó.

—No se trata de eso, señor Baker —explicó Jupiter—. En realidad el ajedrez se halla en perfecto estado. El motivo de mi llamada es que he encontrado una carta oculta dentro de él y quería ver si sería usted tan amable de decirme...

—¿Una carta oculta, dices? —volvió a interrumpir el señor Baker—. ¿Y quién puede querer guardar una carta dentro de un ajedrez como ése?

Jupiter dudó un segundo.

—Yo... er... bueno, eso es precisamente lo que me gustaría averiguar —respondió.

—¿Eh? Oh, sí, claro —repuso el señor Baker carraspeando.

—Pensé que quizás usted podría decirme quién empeñó el ajedrez —se apresuró a decir Jupiter—. Quizás la carta fuese suya y no deseara realmente desprenderse de ella. Es

posible que fuese a parar dentro del ajedrez por error —explicó. Luego, conteniendo el aliento, añadió: —¿Puede usted ayudarme, señor?

El señor Baker guardó silencio durante unos segundos.

—Por lo general esa información es confidencial, chico —respondió al fin—. No obstante, sabiendo que eres sobrino de Titus y que tus propósitos suenan muy decentes, no me importaría hacer una excepción. Lo malo es que me sería imposible aunque quisiese —explicó el señor Baker—. Recuerdo perfectamente cuándo llegó ese ajedrez y quién lo empeñó. Fue hace cuatro o cinco días. Lo trajo un vagabundo al que no había visto en mi vida. El pobre hombre estaba deseando venderlo. Me dio tanta lástima que incluso le di más de lo que le hubiera dado a cualquier otra persona por él.

—¿Podría usted describir a ese hombre, señor Baker? ¿Sabría dónde encontrarlo? ¿Dijo su nombre? Por favor, señor Baker, haga memoria —rogó Jupiter—. Es muy importante.

—¡Caramba, chico! ¿Tan importante es esa carta? —repuso el dueño de la tienda de empeños—. Mira, chaval, aquel tipo no dijo su nombre. Se limitó a coger el dinero y salir por donde había entrado. En cuanto a su aspecto, estaba sucio y tenía barba. Es cuanto puedo decirte. Y ahora discúlpame, jovencito, pero tengo trabajo en mi tienda. Saluda a tu tío de mi parte.

—Descuide, señor Baker. Lo haré. Y gracias de todos modos —dijo Jupiter, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó Pete mientras Jupiter colgaba el teléfono y desconectaba el altavoz—. Un vagabundo sucio y con barba. ¡Menuda descripción! ¿Tienes idea de cuántos vagabundos que encajen en ella pueden poblar las calles de Rocky Beach y las afueras de Los Angeles?

Jupiter sacudió la cabeza.

Admito que el comienzo no parece muy prometedor —convino Jupiter—. Incluso aunque pusiéramos en marcha una Transmisión de Fantasma a Fantasma no seríamos capaces de dar una descripción mínimamente detallada del hombre que buscamos. Puede haber decenas de hombres así en el área de Rocky Beach, Santa Monica, Hollywood y... Claro que...

Pete miró a su amigo. Éste, a su vez, le miró con ojos muy abiertos.

—¿Qué te ocurre, Jupe? ¿Por qué me miras así? —inquirió Pete, incómodo.

—Pues porque antes has dicho algo que yo, tontamente, he pasado por alto —respondió Jupiter.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que dije? —preguntó Pete.

—Que Arthur Roberts trabajó en el cine. Incluso que tu padre le conoció. ¿Crees que él podría...? —comenzó a preguntar Pete.

—Imposible —atajó Pete—. Mi padre se encuentra actualmente en la costa este, en medio de un rodaje. Tardará todavía dos semanas en regresar.

—En ese caso sólo nos queda una posibilidad —dijo Jupiter con determinación—. Arthur Roberts trabajó como guionista de cine. Era autor de novelas de intriga y suspense. Adaptó sus propias novelas al cine. Y ¿a quién conocemos nosotros en el mundo del cine, relacionado con películas de intriga y suspense, que seguramente conoce a los mejores escritores y guionistas de dicho género? —añadió Jupiter con una sonrisa.

El rostro de Pete se iluminó.

—¡Alfred Hitchcock! —exclamó—. ¡Claro! ¿A qué esperamos? ¡Llamémosle ahora mismo!

Pero las palabras de Pete llegaron tarde, pues antes incluso de que él terminara de decir las, Jupiter ya había descolgado nuevamente el teléfono, conectado el altavoz y

marcado un número por ambos sobradamente conocido. Esta vez, una voz femenina contestó tras el primer timbrazo. Pete escuchó cómo su amigo daba su nombre y preguntaba por el gran director de cine. La mujer, por toda repuesta, le pidió que aguardase unos segundos. Al parecer estaban de suerte. Todo parecía indicar que el señor Hitchcock estaba en su despacho.

Tras un minuto de espera, la conocida voz del mago del suspense saludó afablemente a Jupiter desde el otro extremo de la línea.

—Hola, joven Jones —dijo—. Saludos desde Hollywood para Los Tres Investigadores. Mi intuición no cesaba de decirme que no tardaría mucho en volver a oír de ti.

—Hola, señor Hitchcock —saludó Jupiter, cortés—. Esperamos no interferir en su trabajo. Estamos investigando la procedencia de un ajedrez que ha llegado a nuestras manos y...

—¿Un nuevo caso? —inquirió el señor Hitchcock.

—Bueno, señor, aún no sabría decirle —respondió Jupiter.

—Comprendo —comentó el señor Hitchcock—. Estoy esperando a un productor con el que tengo una reunión importante. No obstante, dispongo todavía de algunos minutos. Si tu historia no es muy larga será un placer escucharla. Ya sabes que siempre estoy interesado en vuestras andanzas. ¿De qué se trata esta vez?

—Pues verá, señor —comenzó Jupiter—. En realidad no hay mucho que contar. Al menos todavía. Sin embargo...

El Primer Investigador explicó al director de cine todo lo referente al ajedrez y a la carta de Arthur Roberts.

—Arthur, Roberts, ¿eh? —dijo el señor Hitchcock una vez que Jupiter hubo concluido—. Sí, claro que le conocí. Incluso estuve a punto de trabajar con él en cierta ocasión hace ya algunos años. No obstante, nunca intimamos mucho y nuestra relación se limitó a una colaboración pasajera para una película que finalmente nunca llegó a rodarse. No puedo decirte gran cosa acerca de él, excepto que era un tipo solitario y reservado dedicado por entero a su profesión de escritor y a cultivar sus dos grandes aficiones: el ajedrez y el arte. En realidad, tu historia del ajedrez encaja con él a la perfección. ¿Sabías que era un consumado maestro en dicho juego?

—¿De veras, señor? —preguntó Jupiter.

—Ya lo creo —repuso el señor Hitchcock—. Por lo que yo sé, nadie de los estudios logró vencerle nunca. La única vez que estuve en su casa, años atrás, me enseñó su colección de juegos de ajedrez. Tenía más de cincuenta.

—Supongo que se enteraría usted de su fallecimiento, ¿no, señor? —inquirió Jupiter.

—Así es —asintió Alfred Hitchcock—. Leí la noticia en los periódicos. Recuerdo que encargué a mi secretaria que se pusiese en contacto con la familia del fallecido para enviarles mis más sinceras condolencias, pero lo único que ella logró averiguar fue que el difunto carecía de familia propia. Vivía solo, e incluso se desconocía que tuviese algún tipo de pariente por aquí cerca. Tan sólo se mencionaba de pasada a unos parientes lejanos que vivían en Europa y a un amigo de Nueva Cork que aparecía en su testamento.

—Señor Hitchcock, ¿le dice a usted algo el nombre de Glenn en relación con el señor Roberts? —preguntó Jupiter.

—Pues... —vaciló el director de cine—. Déjame ver si encuentro el comunicado que recibimos de parte de su abogado, pues en él figura el nombre de ese amigo de Nueva Cork. Creo que lo dejé por aquí, sobre una esquina de mi mesa.

A través del altavoz Pete pudo oír cómo el señor Hitchcock revolvía entre los papeles acumulados sobre su amplia mesa de despacho.

—¡Ajá! Aquí lo tengo, joven Jones —dijo con acento triunfal al cabo de unos segundos—. Veamos... No, mala suerte. El nombre de ese amigo es Timothy Burke. Siento no poder ayudarte, Jupiter.

—No se preocupe, señor —respondió el Primer Investigador procurando ocultar su desaliento.

No obstante, las siguientes palabras del director de cine le hicieron abrir mucho los ojos. —¡Un momento! ¡Espera! —oyó Pete que decía el señor Hitchcock—. Aquí hay algo, al final del comunicado. Glenn Heggyns. ¡Vaya! Resulta que es el nombre del propio abogado que nos lo envió. Quizás sea éste el Glenn que buscas, joven Jones.

—Es... es muy probable, señor Hitchcock —balbuceó Jupiter, incapaz de reprimir su excitación—. ¿No tendrá usted por casualidad las señas de este señor Heggyns?

—Por supuesto que las tengo, Jupiter —respondió el señor Hitchcock—. Su dirección y teléfono viene impresos en la cabecera del comunicado. ¿Quieres anotarlos?

—Si es tan amable, señor —rogó Jupiter.

Con un gesto, el Primer Investigador señaló a Pete que tomase nota. Éste, tras coger un lápiz y una hoja de papel de uno de los cajones del escritorio, anotó los datos que le oyó dictar al señor Hitchcock por el altavoz.

—Muchas gracias, señor —dijo Jupiter una vez que el director de cine hubo concluido—. Le aseguro que nos ha resultado usted de gran ayuda.

—Me alegra que así haya sido —repuso Alfred Hitchcock—. Ahora, no obstante, tendrás que disculparme, muchacho, pues la hora de mi reunión se acerca demasiado. Espero que me mantengáis al corriente de cuantos progresos hagáis con ese ajedrez y con cuanto el señor Heggyns tenga que deciros. Quién sabe si de aquí puede salir un buen misterio.

—No dude de que así lo haremos, señor —aseguró Jupiter—. Y, nuevamente, gracias.

Alfred Hitchcock se despidió y colgó el teléfono. Jupiter hizo lo propio y desconectó el altavoz. A continuación se reclinó en su silla y miró a Pete con una ligera sonrisa de satisfacción dibujada en los labios.

—¿Lo tienes? —le preguntó.

—¡Claro que sí! —fue la respuesta de Pete.

Jupiter se acodó en los brazos de la silla y entrelazó las manos ante sí.

—Ahora cuanto hemos de hacer es llamar al señor Glenn Heggyns y hablar con él acerca de este ajedrez —dijo señalando el juego con un movimiento de cabeza.

—¿Crees que se trate del Glenn que buscamos? —preguntó Pete.

—Ciertos detalles inducen a pensarlo —respondió Jupiter—. Glenn no es un nombre tan común y abundante como otros. Además, en su carta el señor Roberts habla de Glenn como un viejo amigo y un fiel colaborador. Si el señor Heggyns estuvo al servicio del señor Roberts durante un buen período de tiempo, éste pudiera muy bien referirse a aquél de tal guisa. Yo diría que...

Pero sus palabras se vieron súbitamente interrumpidas por la aparición en el puesto de mando de Bob Andrews, el tercer miembro de la empresa. Éste abrió la trampa que conducía al Túnel Dos y emergió de éste de manera tan repentina que sus dos amigos, sorprendidos, se volvieron a mirarle como impelidos por un resorte.

—¡Bob! ¿Qué...? —balbuceó Pete.

—¿Qué te ocurre, Tercero? —acertó a preguntar Jupiter.

Bob, de aspecto estudioso y aplicado, dejó caer la trampa, que se cerró con un golpe sordo. Respiraba con agitación, como si hubiese llegado corriendo desde el otro extremo de la ciudad.

—¡Chicos! —dijo casi sin resuello mientras en una de sus manos agitaba un periódico enrollado—. ¿Os gustaría ganar una recompensa? Lo único que tenemos que hacer es...

Súbitamente se calló y sus ojos se abrieron como platos. Pete y Jupe intercambiaron una mirada llena de intriga y a continuación volvieron a mirar a Bob. Éste, extendiendo el brazo, señaló con dedos temblorosos el ajedrez de madera que descansaba plácidamente sobre el escritorio.

—¡No puede ser! —exclamó, asombrado—. ¡Pero si es idéntico al que se busca! ¿Cómo es que lo tenéis vosotros?

CAPÍTULO 3

DEDUCCIONES

—¡Demontre, Bob! —exclamó Pete—. ¿Qué quieres decir?

Mientras el Tercer Investigador continuaba señalando el ajedrez que yacía sobre la mesa, Pete, presa de estupor, miró a Jupiter, luego al ajedrez, luego a Bob, y finalmente de nuevo a Jupiter. Éste, por su parte, tardó apenas unos segundos en lograr que su expresión de sorpresa se convirtiese en una de alerta. Pete contempló cómo su amigo fruncía el ceño y se presionaba furiosamente el labio inferior mientras observaba a Bob con atención. Pete comprendió al instante lo que aquello significaba: el Primer Investigador estaba haciendo funcionar los engranajes de su maquinaria mental a marchas forzadas.

—¡Tiene que ser el mismo! —exclamó Bob—. ¡La descripción se ajusta perfectamente!

—Tercero —inquirió Pete, algo exasperado—, ¿de qué estás hablando?

Bob dejó de señalar el ajedrez y miró a Pete como si acabase de descubrir su presencia en el puesto de mando.

—Se trata de ese ajedrez, Pete —respondió.

—¿De este ajedrez? —preguntó nuevamente Pete mirando el juego de madera—. ¿Qué ocurre con él?

Bob avanzó un paso hacia el escritorio y abrió la boca para contestar, pero en ese momento Jupiter, quien continuaba presionándose el labio inferior, intervino al fin.

—Un momento, Tercero —dijo alzando la mano en demanda de atención—. Dame una oportunidad. Deja que sea yo quien deduzca y le explique a Pete lo que sus ojos y su entendimiento no aciertan a vislumbrar.

Bob se volvió hacia Jupiter, asintió y dejó que una sonrisa aflorase a sus labios. Siempre que podía, su amigo aprovechaba la ocasión para hacer alarde de sus envidiables dotes de deducción. Esto, unido a su misterioso proceder, a su fluida verborrea y a su innegable gusto por la teatralidad, hacían de él un consumado maestro de ceremonias.

—Adelante, Juve —dijo Bob tomando asiento frente a Pete—. Sorpréndenos.

—En realidad mis deducciones no deberían sorprenderos —comenzó a decir Jupiter—. No obstante, os complaceré.

Luego, mirando a Pete, dijo de carrerilla y como si se tratase de un párrafo que hubiese estado ensayando durante horas:

—Todo parece indicar que esta mañana, durante su trabajo en la biblioteca, Bob estuvo hojeando el periódico local y se le ocurrió consultar la sección de anuncios clasificados. Encontró un anuncio que le llamó la atención, un anuncio en el que se hablaba de la desaparición de un ajedrez idéntico al que tenemos aquí y por cuyo hallazgo se ofrece una recompensa. Así que, una vez concluida su jornada, Bob vino hacia aquí pedaleando tan fuerte como para batir un récord y aquí le tenemos. Por cierto, de camino hacia aquí hizo una pausa en el centro comercial. Fue una parada breve que apenas debió durar más de un minuto. Compró el periódico local en el quiosco de prensa y reanudó el camino hacia Patio Salvaje a gran velocidad.

Mientras hablaba, la expresión del rostro de Pete fue cambiando progresivamente. Al principio no fue más que un rostro lleno de sorpresa, pero pronto se tornó en una

máscara llena de incredulidad cuyo grado de asombro fue creciendo hasta convertirse en la representación misma de la estupefacción.

—¿Cómo has averiguado todo eso? —logró decir el muchacho entre balbuceos.

—No lo he averiguado, Segundo. Simplemente lo he deducido —repuso Jupiter—. Vamos, Tercero —añadió luego dirigiéndose a éste—. Dile a Pete si mis deducciones han resultado acertadas. Yo ya sé que lo son.

—Absolutamente correctas, Jupe —respondió el interpelado asintiendo con la cabeza—. Todas y cada una de ellas. Imagino cómo has llegado a alguna que otra conclusión, pero admito que el resto escapa completamente a mi entendimiento.

Jupiter, suspirando, se reclinó nuevamente en su silla. Pete miró a Bob y parpadeó.

—¡Rayos, Bob! —espetó—. ¿En serio sabes cómo ha sacado Jupe algunas de sus conclusiones? Sorpréndeme tú ahora, Tercero. Explícame al menos una de ellas, porque si no le das una explicación racional a esto saldré corriendo de aquí convencido de que algo paranormal está sucediendo en este viejo y destartado remolque.

Bob se ajustó las gafas y miró alternativamente a sus amigos mientras Jupe juntaba las yemas de sus dedos ante sí.

—Bueno —comenzó a decir—, comprendo que dedujese lo de que he venido pedaleando a todo lo que daban mis fuerzas desde la biblioteca. He entrado aquí jadeando a causa de la carrera, y ambos sabéis que he pasado allí toda la mañana puesto que no salgo hasta el mediodía. No obstante, se me escapan detalles sobre cómo sabías que era un periódico local, lo de los anuncios clasificados, lo del anuncio que encontré y...

—¿Quieres mirar lo que tienes en las manos, Bob? —preguntó Jupiter sin más.

Sorprendido por la pregunta, Bob bajó la vista y cayó por fin en la cuenta de que en sus manos, sobre su propio regazo, descansaba un periódico enrollado.

—¡Demontre! —exclamó el Tercer Investigador—. ¡Había olvidado que llevo aquí el periódico que compré! Supongo que cuando entré aquí y vi el ajedrez mi sorpresa al verlo eclipsó todo lo demás.

—Y mientras tú no tenías ojos más que para el ajedrez, Pete y yo pudimos ver claramente ese periódico en tu mano —repuso Jupiter—. Pero sólo yo até los cabos necesarios al ver que se trataba de un periódico local (el tipo de letra es inconfundible), al ver que estaba abierto por la sección de anuncios clasificados, al notar que había un círculo trazado con rotulador rojo alrededor de uno de los anuncios, y al recordar lo que tú mismo dijiste nada más entrar. Mencionaste una recompensa y dijiste que la descripción del ajedrez se ajustaba perfectamente a la de uno que se había perdido. Como veis, disponiendo de estos cabos sueltos y sabiendo cómo atarlos las deducciones que realicé resultan por sí mismas más que evidentes.

—Pues es cierto —convino Pete—. Tal y como tú lo explicas parece claro. El único problema es que antes carecíamos de dicha explicación.

—Pero no carecías de los cabos sueltos ni de la información suficiente para intentar atarlos —atajó Jupiter.

Bob asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, lo cierto es que, debido a nuestra falta de actividad como investigadores desde que la feria Carson se marchó de Rocky Beach, decidí consultar los anuncios clasificados de la prensa local. En ellos uno siempre puede encontrar algo interesante o toparse con un anuncio como el que encontré, en el que alguien desea recuperar un objeto perdido. No es que buscar algo perdido resulte demasiado prometedor, pero siempre cabe la posibilidad de que algo así acabe conduciéndonos a un verdadero misterio. De hecho, ya nos ha ocurrido antes. Además, mejor es buscar un ajedrez perdido que estar de brazos cruzados sin nada interesante que investigar. Pero, Jupiter

—añadió volviéndose hacia su amigo—, lo que no acierto a comprender es cómo dedujiste lo que hice al salir de la biblioteca.

—Sí —intervino Pete, asintiendo—. ¿Cómo explicas eso, Jupe?

El interpelado miró a sus amigos y les dedicó una leve sonrisa no exenta de cierta petulancia.

—En realidad resulta algo de lo más simple —comenzó a decir—. Veréis: Bob trae consigo un periódico. En una biblioteca pública los periódicos que se reciben a diario no se destinan a préstamo, sino que se consultan durante el día y luego pasan a formar parte de la hemeroteca, donde son archivados y encuadernados.

»Puesto que el periódico que traes no pertenece a la biblioteca, tuviste forzosamente que comprarlo en tu camino hacia aquí, Bob. Fue eso lo que hiciste en el centro comercial. Éste pilló de camino hacia aquí.

—¿Y cómo estás tan seguro? —inquirió Pete—. En el camino que viene de la biblioteca hasta aquí hay al menos media docena de sitios en los que Bob pudo haber comprado ese periódico. ¿Cómo sabes que lo hizo precisamente en el centro comercial?

—Por sus zapatos —respondió Jupiter—. Éstos tienen restos de asfalto adheridos a los bordes de las suelas. Dichos restos son recientes porque todavía brillan. Además, al entrar al puesto de mando Bob ha dejado ligeros restos de asfalto todavía templado sobre el suelo.

Pete y Bob miraron hacia la trampilla cerrada que conducía al Túnel Dos. Junto a ésta, sobre el suelo, podían verse tres o cuatro pequeñas manchas oscuras de aspecto pegajoso.

—Desde la biblioteca pública de Rocky Beach hasta nuestro puesto de mando sólo hay una calle en la que actualmente se estén realizando obras de asfaltado —anunció Jupiter pomposamente—. Se trata de la calle Lincoln, la cual colinda con la manzana ocupada por el centro comercial, y precisamente en la misma fachada en la que se encuentra ubicado el quiosco de prensa.

Pete y Bob se miraron.

—Es cierto —reconoció éste último—. Cuando compré el periódico me puse a hojearlo en busca del anuncio mientras caminaba. Me hallaba tan absorto en ello que sin darme cuenta, me metí distraídamente en la zona en obras y pisé una porción de asfalto recién extendido. Estaba caliente y mis pies se hundieron ligeramente en él. Me gané una buena reprimenda del capataz.

—Muy bien. Eso me parece claro —aseveró Pete—. Pero ¿cómo dedujiste que Bob estuvo menos de un minuto en el centro comercial?

—Si observas el círculo rojo que Bob trazó alrededor del anuncio —respondió Jupiter— verás que éste se halla tremendamente mal dibujado. En realidad a duras penas parece un círculo. Si uno intenta trazar un círculo mientras va caminando o incluso corriendo el círculo no puede sino acabar pésimamente dibujado. Eso es lo que ocurrió en este caso.

—En realidad lo tracé mientras montaba en mi bicicleta —apuntó Bob—. Incluso había comenzado a pedalear.

—Ése es un detalle que carece de la menor importancia —repuso Jupiter frunciendo el ceño—. Por otro lado, Bob, llevas la mitad de un billete de un dólar asomando por el bolsillo del pantalón. Eso quiere decir que, tras comprar el periódico, agarraste el cambio y te lo metiste precipitadamente en el bolsillo sin preocuparte de si se te caía o no. Supongo que te lo guardarías después incluso de echar a correr hacia tu bicicleta.

—Así fue —asintió Bob guardando el billete que le asomaba por el bolsillo—. Quizás sea la compra más precipitada que he hecho en mi vida.

—¡Menuda deducción! —exclamó Pete, riendo—. Ahora todo resulta de lo más evidente.

Jupiter sonrió, visiblemente halagado. No obstante, Bob, tras ajustarse las gafas, se irguió bruscamente en su silla.

—Un momento, un momento —dijo—. Puede que para vosotros dos todo resulte evidente, pero para mí hay algo que continúa siendo un verdadero misterio.

—¿Y qué es ello, Bob? —preguntó Pete.

—El hecho de que tengáis aquí un juego de ajedrez por el que se ofrece una recompensa de quinientos dólares —respondió el Tercer Investigador.

Pete se irguió en su silla. Incluso Jupiter alzó las cejas ante lo que acababa de oír.

—¿Quinientos dólares? —inquirió Pete, incrédulo—. ¡Rábanos picantes, Bob! ¡Más vale que sea éste el ajedrez que andan buscando! ¡*Tiene* que serlo!

—Así es —confirmó Bob—. El anuncio lo dice bien claro —añadió levantando el periódico y extendiéndolo sobre la mesa para que sus amigos pudieran leerlo—. Aquí lo tenéis.

Pete y Jupiter se inclinaron para poder leer el anuncio que Bob les mostraba. Cuando terminaron de leerlo los dos muchachos se miraron y sonrieron.

—¡Lo tenemos! —exclamó Pete, radiante—. ¡Es el nuestro! No hay la menor duda, ¿verdad, Juve?

—Eso creo —confirmó el Primer Investigador—. Tiene que ser el que nosotros tenemos. El anuncio lo describe detalladamente y, además, se pide a quien lo halle que se ponga en contacto con el señor Heggyns llamando a un número de teléfono que, veamos si coincide... —añadió mientras consultaba la hoja de papel que tenía ante sí—. Sí. Tal y como imaginaba, se trata del mismo número que el señor Hitchcock nos dio. Por tanto, puedo afirmar que el ajedrez que yace sobre este escritorio es el mismo que busca el señor Glenn Heggyns, abogado del recientemente fallecido Arthur Roberts.

—Olvidaste mencionar que también es el pasaporte hacia un billete de quinientos dólares —rió Pete.

—¿Queréis explicarme de qué estáis hablando? —intervino entonces Bob—. Contadme de una vez por todas qué es lo que ha sucedido aquí antes de que yo llegase.

Jupiter miró al Tercer Investigador y volvió a recostarse en su silla.

—Bob, ¿recuerdas lo que has dicho antes acerca de que a veces, a partir de la búsqueda de un objeto perdido hemos acabado enfrentándonos a misterios de una mayor envergadura previamente insospechada? Pues digamos que en este caso tu corazonada parece haberse cumplido. Verás...

Acto seguido, Jupiter y Pete procedieron a relatarle a su compañero cuanto había ocurrido desde que el ajedrez cayese en sus manos. Jupiter le enseñó incluso la carta dirigida a Glenn para que la leyera.

—¡Diantre! —exclamó Bob con un silbido—. No hay duda de que el Glenn de la carta es el mismo que el del anuncio. ¡Y menuda carta! ¿Cuál creéis que es el siguiente paso que deberíamos dar? —preguntó.

—Por lógica, sólo uno —respondió Juve—. Puesto que disponemos de su número de teléfono, nuestro próximo paso será llamar al señor Heggyns y decirle que tenemos el ajedrez que anda buscando. Quedaremos con él para entregárselo. Cuando esto ocurra le propondremos ayudarle a buscar “aquello que casi nadie cree perdido”. Si Arthur Roberts le planteó al señor Heggyns un enigma antes de morir, quizás éste precise de algún tipo de ayuda para resolverlo. Sobre todo sabiendo que, como se dice claramente en la carta, hay más gente interesada en su solución. Esperemos que el señor Heggyns acepte nuestra oferta.

—Muy bien, jefe —mostróse de acuerdo Pete—. En ese caso, ¿a qué esperamos para llamar?

Sin mediar una sola palabra más, Jupiter conectó nuevamente el altavoz, descolgó el teléfono y, tras consultar la hoja de papel extendida ante sí, marcó el número del señor Heggyns.

—¿Diga? —respondió una voz masculina al otro lado de la línea.

—Disculpe la molestia, caballero —dijo Jupiter muy educadamente—. Mi nombre es Jupiter Jones. Desearía hablar con el señor Glenn Heggyns.

—Estás hablando con él, muchacho —respondió el hombre—. Yo soy Glenn Heggyns. ¿En qué puedo ayudarte?

—Le llamo con referencia al anuncio que publicó usted en el periódico local —explicó Jupiter—. En él decía usted haber perdido un ajedrez y pedía a quien lo encontrase que le llamara a este número.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea. Luego, al cabo de unos segundos, la voz del señor Heggyns volvió a oírse en el puesto de mando.

—¿Lo tienes tú? —preguntó—. ¿Estás seguro de que se trata del que yo perdí?

Jupiter les dedicó un guiño a sus amigos.

—Sí, señor Heggyns. Al menos eso creo —dijo—. Lo cierto es que se ajusta perfectamente a la descripción incluida en su anuncio. Sea como fuere, hay ciertos aspectos relativos al ajedrez que me permiten asegurarle que se trata del mismo que usted busca.

Se produjo un nuevo silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo dices, chico? —preguntó al fin el señor Heggyns—. ¿Qué quieres decir con eso de “ciertos aspectos”? —la voz sonaba confusa y sorprendida.

Pete y Bob intercambiaron una mirada y sonrieron. Era muy propio de Jupiter Jones sorprender a los adultos no ya sólo con su rebuscada palabrería, sino también con su tendencia a propiciar situaciones adornadas con un velo de misterio.

—Si fuese usted tan amable de venir a vernos o decirnos dónde podemos encontrarle, creo que podré explicárselo todo, señor —dijo Jupiter no sin cierto aire de solemnidad—. De todas maneras, tendremos que vernos para que pueda usted recuperar su ajedrez.

—Claro que sí, muchacho —accedió el señor Heggyns—. Esta misma tarde he de salir. Si te viene bien, puedo pasar a verte. ¿Dónde puedo encontrarte?

—¿Conoce usted el Patio Salvaje de los Jones, en Rocky Beach? —preguntó Jupiter a su vez.

El señor Heggyns conocía la chatarrería y así se lo hizo saber al Primer Investigador.

—Mis tíos son los dueños del negocio —explicó Jupiter—. Venga usted y pregunte por mí.

—¿Dijiste que te llamas Jupiter? —preguntó el señor Heggyns.

Así es, señor. Jupiter Jones —respondió éste.

—Procuraré estar allí a media tarde —acordó el señor Heggyns—. Hasta entonces, pues.

El señor Heggyns colgó y Jupiter hizo lo propio. A continuación desconectó el altavoz y miró a Bob y Pete.

—Ya está —dijo sonriendo satisfecho—. Esta misma tarde conoceremos al señor Heggyns y descubriremos si hay algo que merezca la pena investigar en relación con ese ajedrez y esa carta. ¿Qué te ocurre, Pete? —preguntó al ver que su amigo profería un ligero gemido.

—¿Por qué no mencionaste siquiera la recompensa? —repuso el Segundo Investigador con voz lastimera—. Quinientos dólares nos vendrían muy bien. Jupiter suspiró.

—Segundo —dijo—, mi mente no pensaba en recompensas cuando hablaba por teléfono hace un momento. En ella no había lugar más que para la posibilidad de un misterio en ciernes. Y si realmente nos hallamos frente a un misterio, es preciso que le dediquemos la totalidad de nuestras facultades mentales.

—Pero es que se da el caso de que ahora mismo no podemos dedicarnos a cultivar dichas facultades, Jupe —protestó Pete poniéndose en pie bruscamente.

Jupe miró a Bob y enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Qué no podemos? ¿Y por qué no?

—¡Pues porque es hora de dedicarse a otra clase de facultades! —exclamó Pete soltando una carcajada—. ¡Es la hora de comer!

CAPÍTULO 4

APARECE UN CLIENTE

La hora de la comida transcurrió tan deprisa que, para cuando los muchachos quisieron darse cuenta, los tres se hallaban ya de pie frente a la oficina, bajo la atenta mirada de Tía Mathilda, contemplando cómo un camión rebosante de material pasaba por entre las grandes verjas de hierro forjado que hacían las veces de entrada al Patio Salvaje. Nada más verlo, los rostros de los tres muchachos se descompusieron en una mueca de dolor. Pete, incapaz de contenerse, soltó un gemido y Bob y Jupiter suspiraron.

Tía Mathilda, por su parte, observaba a los muchachos con una sonrisa. La buena mujer estaba más que satisfecha de poder contar no ya con dos, sino con tres pares de manos jóvenes y fuertes que poner a trabajar. No obstante, al ver lo compungidos que estaban los chicos, y sobre todo al advertir cuán hundidas se hallaban la ruedas del camión debido al peso de la mercancía transportada, pareció apiadarse ligeramente de ellos.

—Vamos, chicos —les dijo—. No os quejéis antes de empezar. Hoy habéis trabajado duro, así que en cuanto acabemos esto podréis disponer del resto de la tarde completamente para vosotros. Además, Hans, Konrad e incluso Titus, están aquí para ayudar, así que si todos trabajamos de firme no creo que la cosa sea para tanto.

El camión se detuvo junto a la oficina con un suave frenazo y un hombre ancho de espaldas vestido con un mono de color azul descendió de él y se acercó al grupo mientras consultaba una hoja de papel.

—¿El señor Jones? —preguntó.

—Sí, soy yo —respondió éste—. Si no me equivoco, lo que trae usted aquí es el material procedente de la subasta de artículos de desecho, ¿no es cierto?

—Así es —respondió el hombretón—. Pueden comenzar a descargarlo cuando deseen.

En realidad, Tía Mathilda estaba en lo cierto. La presencia de los fuertes brazos de Hans, Konrad y Tío Titus hizo que el trabajo resultase mucho más llevadero para los muchachos. El señor Jones, los dos hermanos bávaros y, en ocasiones, Pete, el más atlético de Los Tres Investigadores, se hicieron cargo del transporte de los artículos más pesados. No obstante, eso no impidió que cuando el último objeto fue depositado en el rincón señalado por Tía Mathilda los tres muchachos se hallasen exhaustos y sudorosos. Entre hondos suspiros y con piernas y brazos doloridos, los tres tomaron asiento en los peldaños de entrada a la oficina.

—¿No tendrá por casualidad tu tía una partida de músculos nuevos, Jupe? —preguntó Pete, jadeando—. Te aseguro que mi cuerpo los necesita.

Jupiter sonrió.

—No lo creo, Pete —respondió—. Pero es posible que aún quede algo de la naranjada que ella preparó esta mañana.

—¡Naranjada! —repuso Pete—. Sería capaz de apurar una jarra de un solo trago.

Con energías renovadas, y como impelidos por un resorte, los tres se levantaron de un salto y entraron atropelladamente en la oficina. Segundos más tarde daban buena cuenta de la naranjada que aún quedaba en la jarra. Acababan de dejar a un lado sus vasos cuando oyeron la potente voz de Tía Mathilda llamándoles desde el exterior.

—¡Jupiter! ¡Chicos! ¡Venid aquí fuera! ¡Tenéis visita! ¡Alguien pregunta por ti, Jupiter!

Los muchachos se miraron entre sí y, sin mediar palabra, se dirigieron a la entrada.

—Aquí estoy, Tía Mathilda —dijo Jupiter mientras los tres salían por la puerta—. ¿Quién desea verme?

Los muchachos se acercaron hasta donde Tía Mathilda se encontraba revisando parte de los materiales recién descargados. Junto a ella había un hombre de edad mediana vestido con un traje gris. Era delgado, no muy alto, llevaba gafas ribeteadas de concha y tenía el pelo oscuro impecablemente peinado hacia atrás. Al ver a los muchachos sonrió de manera agradable.

—Este caballero —explicó Tía Mathilda— dice que esta mañana habló contigo por teléfono y que acordó pasar por aquí para verte.

—Así es, Tía Mathilda —dijo Jupiter asintiendo con la cabeza. Luego, volviéndose hacia el hombre del traje gris, añadió: —Usted debe ser el señor Heggyns, ¿verdad?

El hombre asintió sonriendo.

Y tú eres Jupiter Jones —dijo—. Encantado de conocerte.

Jupiter estrechó la mano que el hombre le ofrecía y a continuación miró a su tía.

—No te preocupes, Tía Mathilda —le dijo—. Yo atenderé al señor Heggyns.

La mujer, más atenta ya a lo que Hans y Konrad estaban haciendo en ese momento, se alejó de allí asintiendo enérgicamente. Jupiter se volvió hacia el recién llegado.

—Le presento a mis amigos Bob Andrews y Pete Crenshaw —dijo haciéndose a un lado.

El señor Heggyns estrechó las manos de Bob y Pete.

—Encantado de conocerlos, chicos —dijo. A continuación, mirando a Jupiter nuevamente, añadió—: Así pues, ¿eres tú quien encontró el ajedrez?

—En realidad no, señor —respondió Jupiter—, pero sí soy la persona a cuyas manos ha acabado yendo a parar.

El señor Heggyns miró a Jupiter sin molestarse en ocultar su sorpresa.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —preguntó.

—Venga con nosotros y se lo explicaré, señor —respondió Jupiter—. Es por aquí.

Aprovechando que tanto Tía Mathilda como Tío Titus, Hans y Konrad se hallaban absortos en la clasificación del material descargado, los muchachos se alejaron de allí y condujeron al señor Heggyns hasta un apartado rincón de Patio Salvaje que no quedaba lejos del taller al aire libre de Jupiter. Allí tendrían la oportunidad de hablar libremente con su visitante sin temor a ser escuchados. Jupiter guió a los demás hasta un extremo en el que, bajo un estrecho techado que recorría gran parte de la cara interior del recinto, había unas cuantas sillas de jardín hechas de mimbre, cada una diferente de las demás. Una vez allí, todos tomaron asiento.

—Perdonadme, muchachos —dijo el señor Heggyns nada más sentarse—, pero ¿acaso teméis que nos oigan? ¿Sucede algo?

Jupiter carraspeó y, tras erguirse en su silla, respondió adoptando un tono de lo más solemne:

—No es nada, señor Heggyns. Es simplemente que no deseamos que mi tía nos ponga a trabajar si nos ve charlando tranquilamente con usted.

—Tía Mathilda dijo antes que nos daba el resto de la tarde libre —apuntó Pete—. Tú mismo la oíste decirlo.

—No sería la primera vez que mi tía cambia de planes, Pete —repuso Jupiter suspirando.

El señor Heggyns se acomodó en su silla.

—Aun así —dijo—, no me negaréis que vuestra manera de proceder resulta hasta cierto punto misteriosa. ¿A qué se debe?

Jupiter se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos.

—Permítame responder a esa pregunta contándole todo lo referente al ajedrez que usted perdió y que nosotros tenemos ahora —comenzó a decir—. Verá, señor...

Pete y Bob escucharon mientras el Primer Investigador relataba cómo había ido a parar a sus manos el ajedrez, así como todo lo averiguado con la llamada a la tienda de empeños del señor Baker.

—Un vagabundo, ¿eh? —dijo el señor Heggys tras oír aquella parte de la historia—. Lo cierto es que no me extraña. Actualmente me estoy trasladando de domicilio y la mudanza me está llevando más tiempo del deseado. Llevo casi una semana moviendo objetos y pertenencias a mi nuevo apartamento y el proceso va lento debido a que tengo que compaginarlo con mi trabajo. Digamos que en este momento vivo a caballo entre dos domicilios. El caso es que, al comenzar la mudanza, le encargué a Martha, mi asistenta, que hiciese limpieza y se deshiciese de trastos viejos. El ajedrez estaba guardado provisionalmente en una caja de artículos usados y de poco valor. Lo puse ahí temporalmente por falta de espacio. Lo que ocurrió fue que Martha, aun obrando con toda su buena intención, se deshizo de esa caja, con lo que el ajedrez fue a parar al cubo de la basura. Al menos eso es cuanto pude averiguar por ella. Con el alboroto debido a la mudanza tardé dos días en descubrir la ausencia del ajedrez. Cuando acudí a la zona de recogida de basuras, el ajedrez, junto con todo lo demás, había desaparecido. Supongo que ese vagabundo del que hablas lo encontré y decidí empeñarlo.

—Así debió ocurrir sin duda —dijo Jupiter asintiendo—. ¿Cómo llegó el ajedrez a sus manos, señor Heggys? Usted no lo tenía hasta hace poco. Alguien se lo envió, ¿no es cierto?

Al oír aquello el señor Heggys abrió los ojos, sorprendido.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó—. ¿Qué sabéis vosotros del ajedrez? ¿Habéis estado indagando acerca de él? —añadió mirando uno tras otro a los tres amigos.

—Jupiter se lo explicará todo, señor —dijo Bob sonriendo—. Pero, para comenzar, aquí tiene nuestra tarjeta de negocios. Sea tan amable de echarle un vistazo.

Con mano dubitativa, el señor Heggys tomó la tarjeta que Bob le ofrecía y la leyó con expresión confundida. En dicha tarjeta podía leerse lo siguiente:

LOS TRES INVESTIGADORES

“Lo investigamos todo”

???

Primer Investigador.....Jupiter Jones

Segundo Investigador.....Pete Crenshaw

Tercer Investigador.....Bob Andrews

—Francamente impresionante —alabó el señor Heggys parpadeando—. Así que os dedicáis a investigar todo tipo de cosas.

—Así es, señor —intervino Pete—. Como puede ver, “Lo investigamos todo” es nuestro lema.

—¿Y qué significan los interrogantes? —preguntó el hombre.

Los chicos, que esperaban aquella pregunta, sonrieron.

—El interrogante —explicó Jupiter—. Es el símbolo universal de lo desconocido. Representa misterios sin resolver, preguntas sin respuesta, enigmas aparentemente sin aclaración. Es por ello que Los Tres Investigadores lo adoptaron como marca de fábrica.

—Comprendo —dijo el señor Heggys sopesando la tarjeta entre los dedos—. Todo esto resulta ciertamente sorprendente. No obstante, ¿podéis decirme que tiene esto que

ver con mi ajedrez? ¿Y cómo es que sabéis que es un regalo que poseo desde hace poco tiempo?

—Lo sabrá usted en seguida, señor —respondió Jupiter. Luego, volviéndose hacia Pete, añadió: —Segundo, ¿serías tan amable de traer el ajedrez? Tráelo *todo*, por favor.

—Ahora mismo, jefe —respondió el aludido poniéndose en pie.

Mientras Pete desaparecía en el taller en busca del ajedrez, Jupiter procedió a relatarle al señor Heggyns todo lo referente a la carta encontrada dentro del juego y la posterior conversación mantenida con Alfred Hitchcock.

—¡Vaya! ¿Conocéis personalmente al señor Hitchcock? —preguntó sorprendido el señor Heggyns—. Desde luego, estáis verdaderamente involucrados en el mundo de lo misterioso. Sí, recuerdo haberle enviado a Alfred Hitchcock el comunicado del fallecimiento de mi amigo y cliente, Arthur Roberts. Se lo envié a mucha gente del mundo del cine, pero recuerdo especialmente habérselo enviado a él. Adoro sus películas. En realidad adoro todo lo referente a la literatura y el cine de misterio y suspense —comentó con cierta expresión soñadora. Luego, frunciendo ligeramente el ceño, añadió: —¿Y decís que había una carta dirigida a mí escondida *dentro* del ajedrez? ¡Vaya! Eso sí que es curioso. A mí se me pasó completamente por alto ese detalle. Claro que también es cierto que, a causa de mi trabajo, tampoco lo revisé muy a fondo.

—En realidad nosotros la encontramos por pura casualidad —reconoció Jupiter—. Estaba muy bien escondida al fondo del cajón. Si no hubiese sido porque éste se salió de su sitio por accidente jamás hubiese reparado en ella.

En ese momento llegó Pete llevando en sus manos el ajedrez y el sobre que contenía la carta. Con sumo cuidado, depositó ambas cosas en las manos que el señor Heggyns le tendía. El rostro del hombre, radiante al reconocer el ajedrez perdido, se animó y se vio surcado por una amplia sonrisa.

—Gracias, chicos —dijo—. Sí, es mi ajedrez. Según Arthur me explicó poco antes de morir, es una obra completamente artesanal y de un acabado impecable. Me siento muy feliz al recuperarlo, muchachos. Lo cual me recuerda que ofrecí una recompensa para quien me lo devolviese. Dicha recompensa os corresponde a vosotros.

Tras posar el ajedrez sobre sus rodillas, el señor Heggyns hundió una mano en el interior de su chaqueta y extrajo de ella una billetera. Abrió ésta, y se disponía a sacar algo de ella cuando Juve le detuvo con un gesto.

—No es necesario, señor —dijo con solemnidad—. Alabamos su generosidad, pero la mejor recompensa que puede usted ofrecernos no es la que usted mencionaba en su anuncio.

El señor Heggyns contempló a los muchachos sin pestañear.

—Pero la recompensa ofrecida es vuestra —dijo—. Y lo prometido es lo prometido.

—No insista, se lo ruego —repuso Jupiter sin hacer caso del gemido proferido por Pete ni de la expresión compungida de Bob—. Antes que el dinero ofrecido por usted preferiríamos otra clase de recompensa. Siempre que a usted le parezca bien, claro está.

—Muy bien —accedió el señor Heggyns—. Vuestro gesto es altamente loable. Ahora bien, ¿a qué recompensa os referís?

Jupiter, muy serio, señaló el ajedrez con un leve movimiento de su barbilla.

—Estamos convencidos de que ese ajedrez y la carta que hallamos escondida en su interior son el punto de partida que conduce a alguna clase de misterio del que aún no sabemos gran cosa —explicó—. Si tiene usted la bondad de leer la carta, señor, creo que comprenderá lo que estoy diciendo.

Siguiendo la sugerencia de Jupiter, el señor Heggyns tomó el sobre y lo abrió.

—Reconozco la letra que figura en el sobre —comentó—. No hay duda de que es de Arthur. De su puño y letra.

Del interior del sobre sacó la carta y comenzó a leerla. A medida que lo hacía su rostro fue adoptando diferentes expresiones: asombro, diversión, intriga... Cuando acabó su lectura extendió la carta sobre el tablero de ajedrez y la repasó con la mirada.

—Muy propio de Arthur —musitó mientras acariciaba la hoja de papel con la punta de los dedos—. Ni la proximidad de la muerte pudo hacerle cambiar. Un hombre misterioso y con un peculiar sentido del humor hasta el final.

Luego, alzando la vista, miró a los muchachos.

—Muy bien —añadió—. Ya he leído la carta. Ahora decidme: ¿qué recompensa os gustaría obtener de todo esto?

—Es bien sencillo, señor —respondió Jupiter reclinándose en su silla y juntando las yemas de los dedos—. Somos investigadores. Ese ajedrez y esa carta plantean un misterio, una especie de desafío en el que se propone encontrar algo muy valioso, algo que, como dice la propia carta, “casi nadie cree perdido”.

—Así es, Jupiter —concedió el señor Heggyns—. Una descripción que resulta de lo más intrigante, ¿no os parece?

—Por ello mismo, señor —repuso Jupiter—. Como recompensa por haberle devuelto su ajedrez nos gustaría que nos permitiese ayudarle a desentrañar el misterio que envuelve esa carta.

El señor Heggyns miró abiertamente a los muchachos y les dedicó una amplia sonrisa.

—¿Ayudarme? —inquirió entre divertido e intrigado—. Oh, pues claro. Será un placer recibir vuestra ayuda. Aunque debo advertiros que quizás esto no sea más que una de las bromas maquinadas por el extraordinario amor que mi viejo amigo Arthur sentía por las tramas de misterio e intriga. No obstante, también es cierto que cabe la posibilidad de que... Bueno, sea como fuere, podríamos intentar enfrentarnos al enigma que plantea esta carta. Vosotros ya la habéis leído. Según vosotros, ¿cuál creéis que es el primer paso que debemos dar?

—La carta alude a un objeto escondido —intervino Bob—. Se trata de algo sumamente valioso que casi nadie cree escondido. No obstante, como punto de partida se nos pide que recurramos a una mujer llamada Erika Schoenberg y le pidamos que mecanografié para nosotros lo que, a todas luces, parece un mensaje en clave.

—Así es, señor Heggyns —prosiguió Jupiter—. Necesitamos ver a esa mujer para que nos ayude. Puesto que la carta iba dirigida exclusivamente a usted, es de suponer que usted la conoce. Por tanto, necesitaríamos que usted nos condujese hasta ella para poder sacar algo en claro del mensaje cifrado. ¿Sabe usted dónde encontrar a la señorita Schoenberg? ¿Puede facilitarnos su dirección o número de teléfono?

Ante la sorpresa de los Tres Investigadores, el señor Heggyns guardó silencio durante unos segundos y, acto seguido, se echó a reír. Los muchachos, desconcertados, intercambiaron miradas de asombro. Al verles, el señor Heggyns dejó de reír e, irguiéndose en su asiento, se esforzó por recuperar la compostura.

—Os ruego que me perdonéis, muchachos —dijo todavía sonriendo—. Supongo que vuestra pregunta me ha cogido desprevenido.

Jupiter, mirando al hombre con expresión extrañada, aspiró profundamente.

—No acierto a comprender, señor —dijo—. ¿Qué ocurre con la señorita Schoenberg? ¿Acaso estamos equivocados y no la conoce usted?

—Oh, no. Nada de eso, Jupiter —respondió el señor Heggyns sacudiendo la cabeza—. Por supuesto que sé quién es. La conozco muy bien a pesar de que ella... ¡nunca ha existido!

CAPÍTULO 5

LA ENIGMÁTICA SEÑORITA SCHOENBERG

El señor Heggyns miró a los muchachos deleitándose en la expresión de sorpresa que se había apoderado de sus rostros. Una pícara sonrisa curvó sus labios durante los segundos de silencio que siguieron a sus palabras.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó entonces Pete mirando a su jefe—. Primero un ajedrez perdido, luego una carta misteriosa con el legado de un hombre muerto y ahora una mujer que no existe y que, aun así, el señor Heggyns asegura conocer. Nuestro misterio se complica, ¿no te parece?

Jupiter miró a Pete por un segundo y luego se volvió hacia el dueño del ajedrez mientras se presionaba el labio inferior con furia.

—Sin duda alguna, Pete —dijo—, el señor Heggyns podrá explicarnos lo que quiere decir al afirmar que conoce a la señorita Schoenberg a pesar de que ésta nunca ha existido. No obstante, yo diría que... Oh, claro —de repente, su rostro se iluminó.

Bob, intrigado, miró a su jefe y frunció el ceño.

—¿Tienes alguna idea, Jupe? —le preguntó.

—Estaba pensando que el señor Roberts era escritor —respondió el Primer Investigador—. Era un famoso autor de novelas de misterio. Para ello, creaba historias, creaba personajes, lo cual nos lleva a pensar que...

—¡Bravo! —aplaudió el señor Heggyns, divertido—. Eres un muchacho inteligente, Jupiter. En efecto, tienes razón. Erika Schoenberg nunca ha existido, y aun así yo la conozco muy bien. Y la conozco porque he leído sobre ella. Pero no existe ni ha existido nunca, al menos como mujer de carne y hueso. Erika Schoenberg no era sino un personaje de una de las novelas más celebradas de mi viejo amigo Arthur. La novela en cuestión se titulaba *La isla de los espejos*, y era una de las obras de las que Arthur se mostró siempre más satisfecho.

—¡Un personaje de novela! —exclamó Bob—. En ese caso ¿cómo vamos a pedirle que mecanografíe para nosotros el texto cifrado que aparece en la carta? No podemos pedirle nada a alguien que sólo existe en las páginas de un libro.

Jupe se reclinó en su silla pellizcándose todavía el labio inferior.

—Creo que el señor Heggyns puede respondernos a eso, Bob —dijo volviéndose hacia el abogado.

El señor Heggyns miró el ajedrez que descansaba sobre sus rodillas y lo acarició con adoración. Al cabo de unos segundos, durante los cuales pareció hallarse abstraído en profundos pensamientos, levantó la vista y miró nuevamente a los muchachos.

—Creo que, puesto que vais a ayudarme a desentrañar todo este asunto, lo mejor será que os cuente todo desde el principio —dijo—. Y ya que el primer paso que debemos dar es el de ir a ver a la señorita Erika Schoenberg, os propongo una cosa: venid conmigo a verla y así comenzaremos a desentrañar juntos este misterio. Podemos ir en mi coche, que he dejado aparcado junto a la entrada. Por el camino iré poniéndoos al corriente de cuanto sé en relación con mi difunto amigo Arthur y con este ajedrez. Así ahorraremos algo de tiempo. ¿Qué decís?

Los muchachos accedieron entusiasmados, en especial Jupiter, quien, sin tener todavía muy claro cómo pensaba el señor Heggyns pedirle a un personaje de novela que mecanografiase para ellos un texto cifrado, estaba deseando entrar en acción.

Tras informar a Tía Mathilda de que se ausentaban, los chicos salieron de Patio Salvaje en compañía de su visitante. Éste les guió hasta un sedán oscuro aparcado junto a la acera. Segundos más tarde los cuatro recorrían las calles de Rocky Beach cómodamente instalados en los mullidos asientos del vehículo.

—No vamos demasiado lejos de aquí —informó el señor Heggyns—. Nos dirigimos a las colinas, concretamente a un pequeño cañón situado no muy lejos de Hollywood.

Jupiter, sentado junto al conductor y con el ajedrez sobre sus rodillas, miró al señor Heggyns.

—¿Puede contarnos ahora su historia, señor? —preguntó.

El interpelado aceleró ligeramente en dirección a las afueras de Rocky Beach y aspiró con fuerza.

—Veréis, chicos —comenzó a decir—. Hace ahora unos dos meses recibí una breve carta de Arthur en la que éste me decía que, justo antes de su muerte, la cual él ya presentía cerca pues se encontraba muy enfermo, yo recibiría un ajedrez. Según Arthur, dicho ajedrez me ayudaría a desenredar una ingeniosa trama de misterio que él había urdido especialmente para mí y que, tras su muerte, yo podría convertir en una novela.

Jupiter asintió con la cabeza.

—Así es, señor —dijo—. Todo eso puede deducirse de la carta que encontramos en el ajedrez. El señor Roberts lo dice muy claramente.

—Arthur era un hombre propenso a hacer cosas así —explicó el señor Heggyns mientras conducía—. Tenía un sentido del humor de lo más peculiar y le encantaban las sorpresas, que empleaba de mil maneras diferentes en los desenlaces de sus novelas.

—Disculpe, señor —intervino Bob—. ¿Por qué urdir una trama antes de morir para que usted la desentrañe? ¿Qué interés puede tener eso en sí mismo? ¿No le parece un extraño legado?

—Bueno, chicos, a decir verdad —respondió el señor Heggyns con una tímida sonrisa al cabo de unos segundos—, yo adoro las historias de misterio. Las que Arthur escribía eran fantásticas. Sencillamente sensacionales. Yo siempre fui su más devoto admirador. No obstante, las historias de misterio me gustan tanto que nunca me conformé con leerlas. También las escribo, pero con la diferencia de que yo no soy más que un aprendiz si me comparo con Arthur, y mis propias historias resultan de lo más corriente al lado de las que él escribía. Así pues, mientras él era el escritor profesional yo no era más que un abogado que se encargaba de sus asuntos legales y que, además, escribía tramas de misterio en sus ratos libres. No tardé en confesarle esta pasión mía a Arthur, quien se mostró encantado de ayudarme a desarrollar mis historias.

»Arthur fue siempre mucho más que un cliente. Ante todo, fue un gran amigo. Me animaba constantemente a superarme a mí mismo en las historias que escribía. Alentado por él, escribí un par de novelas que, desgraciadamente, ninguna editorial aceptó. Hoy día, con el paso de los años, reconozco que sus tramas no valían gran cosa y que ninguna de ellas merecía ser publicada. Pero mis anhelos por escribir una buena trama de misterio perduraron. Arthur lo sabía. Siempre lo supo. Así que, como regalo de despedida al morir, me legó una trama que él mismo, gracias a su infinita imaginación, había urdido especialmente para mí. En la carta que recibí hace dos meses me advertía que desentrañar la trama no iba a resultarme sencillo, pero que tenía que intentarlo porque el resultado final merecería la pena. Según él, no sólo podría emplear la trama para escribir la novela de misterio que siempre deseé, sino que además daría con el paradero de algo muy valioso. La carta que vosotros habéis encontrado en el interior del

ajedrez no hace sino confirmar cuanto Arthur me adelantó en aquella primera carta. Yo no le di mucha importancia a ésta, ni siquiera tras recibir el ajedrez en mi domicilio, pero ahora veo que Arthur no bromeaba.

—Así es, señor —convino Jupiter—. La carta resulta muy clara en ciertos aspectos, sobre todo tras escuchar cuanto acaba usted de contarnos.

—A mí esa carta me resulta tan clara como el barro —refunfuñó Pete desde el asiento trasero.

—Si leemos detenidamente la carta advertimos que en realidad el único enigma reside en el mensaje cifrado y en la identidad del valioso objeto que el señor Roberts dice haber ocultado de manera tan misteriosa —explicó Jupiter—. Todo lo demás aparece tan claro como el agua, en especial tras lo que el señor Heggyns acaba de contarnos. Que el señor Roberts urdió una trama para que él la desentrañase y, posteriormente, le sirviese de inspiración para escribir una novela de misterio; que el ajedrez resulta de una importancia vital para resolver el misterio, lo cual se demuestra, para empezar, en el hecho de que contenía la carta oculta; que hay un valiosísimo objeto que el señor Roberts escondió y que puede ser hallado si seguimos sus indicaciones; que el objeto en cuestión es de un valor incalculable, pues su hallazgo puede llegar a reportar fama universal... En fin, hay aspectos muy evidentes en esta carta, si bien hay otros que no lo son tanto. Señor Heggyns, ¿qué le sugiere eso de que el objeto es algo que “casi nadie cree escondido”? ¿No le parece una descripción muy peculiar?

El interpelado asintió sin apartar la vista de la calzada.

—Así es, Jupiter —respondió—. Confieso que no tengo ni idea de a qué se refiere una descripción como ésa. De hecho, resulta sumamente desconcertante, pues parece encerrar cierta contradicción. El objeto está escondido aunque casi nadie cree que lo está. Resulta difícil buscar algo oculto si, en principio, no parece estar oculto... aunque realmente lo esté.

—Menudo galimatías —quejóse Pete rascándose la cabeza—. ¿Acaso buscamos algo de lo que ni siquiera sabemos con certeza que haya sido escondido? ¿No os parece esto un poco falto de sentido?

—Ten paciencia, Segundo —intervino Bob—. Dale a Jupe una oportunidad. Aún estamos empezando. ¿Qué más se te ocurre a raíz de la carta oculta en el ajedrez, Jupe?

—Varias cosas—respondió el Primer Investigador—. Por ejemplo, dígame, señor Heggyns: ¿sabe usted de algo de especial valor que poseyera el señor Roberts y que él pudiese haber ocultado para preparar la trama que urdió para usted?

El señor Heggyns enarcó las cejas.

—Arthur no vivía de manera ostentosa, si bien es cierto que, como escritor de éxito, ganaba mucho dinero —respondió—. Yo era su abogado, pero no su administrador. De hecho, carecía de él, así que sólo él sabía en qué gastaba la mayor parte de su fortuna. No tenía familia y gozaba más bien de pocos amigos. Yo soy lo más parecido a un confidente que él tenía, y aun así debo confesar que Arthur siempre se mostró reservado en lo tocante a su manera de gastar el dinero. No poseía joyas de valor, de eso estoy casi seguro. De hecho, sus grandes pasiones, además de la literatura, eran el ajedrez y el arte.

—El arte, ¿eh? —murmuró Jupiter—. ¿Poseía obras de arte? Obras de arte realmente valiosas, quiero decir.

—Algunas, si bien no se le podía considerar un coleccionista en el sentido estricto del término —respondió el abogado—. Tenía pinturas caras en casa, sí, y estatuas y jarrones de gran valor, pero éstas no podían ser calificadas de obras maestras de valor incalculable. En realidad el interés por el arte que Arthur demostraba tener parecía plasmarse en libros que hablaban de arte más bien que en la posesión de obras de arte propiamente dichas. Poseía varias enciclopedias de arte que recogían todas las épocas

de la Historia y le apasionaba visitar museos, pero no le obsesionaba poseer la obra de los artistas, salvo en alguna que otra excepción, y esto no ocurría con artistas de primera línea. Simplemente veía muy de vez en cuando un cuadro que le gustaba y lo compraba sin más. Pero, al menos por lo que yo sé, nada cuyo hallazgo pueda llegar a reportar fama universal.

Se produjo un breve silencio mientras el vehículo salía de Rocky Beach y se aproximaba a las colinas. Luego Jupiter, con expresión pensativa, preguntó:

—Dice usted que el señor Roberts amaba la literatura. ¿Tenía muchos libros en casa?

—Ya lo creo —asintió el señor Heggyns—. Tenía la casa llena de libros. Parecía encantado de poder forrar las paredes con estanterías repletas de ellos. Llegó a tener tantos que incluso hubo de convertirse en su propio bibliotecario. Recuerdo un verano en el que, entre novela acabada y novela por empezar, se pasó semanas enteras catalogando, clasificando y enumerando sus libros. Tenía miles de volúmenes, a cada uno de los cuales adoraba como si fueran sus propios hijos. Casi puedo verle sentado tras la enorme mesa de su despacho, entre pilas ingentes de libros, dedicado a enumerarlos y catalogarlos de varias maneras diferentes.

—¿Crees que el objeto que el señor Roberts escondió puede ser un libro? —le preguntó Bob a Jupiter.

—Es una posibilidad, Bob —respondió Juve—. Quizás, entre tantos y tantos libros, el señor Roberts se refiriese a uno de ellos. Y si ese libro se hallase en una de sus estanterías, estaría a la vista de cualquiera, con lo cual podría llegar a decirse que...

—¡... no estaría realmente escondido! —acabó Pete—. Estaría camuflado entre los demás libros, pero no realmente escondido. ¡Rayos, Juve! ¿Crees que tenemos algo?

—Aún no lo sé, Pete —respondió Jupiter—. Resulta demasiado pronto para decirlo. Señor Heggyns, ¿cree usted que el señor Roberts poseía algún libro de valor incalculable? ¿Quizás un volumen antiguo o incluso un manuscrito que pudiese haber sido obra de alguno de los grandes genios de la literatura?

El señor Heggyns consideró la pregunta durante unos segundos mientras conducía su coche por una de las sinuosas carreteras que bordeaba un macizo de colinas.

—No sabría decirte, Jupiter —respondió finalmente el abogado—. Durante aquel verano en que Arthur catalogó y enumeró todos los libros que poseía yo llegué a ayudarlo en varias ocasiones, durante alguna que otra tarde libre de la que pude disponer, y lo cierto es que no vi nada que se asemejase a lo que tú acabas de sugerir. Claro que también es cierto que nunca revisé todos sus libros, así que supongo que tu idea no deja de ser una posibilidad.

—Sea como fuere, antes de pasar revista a los libros del señor Roberts tendremos que ver qué podemos sacar en claro de la señorita Schoenberg —intervino Bob—. Según la carta, ése es el primer paso que debemos dar.

—Lo cual no deja de intrigarme, señor Heggyns —comentó Jupiter—. No acierto a comprender cómo un personaje de novela puede ayudarnos a mecanografiar un mensaje cifrado. A menos, claro está, que en la novela que el señor Roberts escribiera viniese la clave que descifra dicho mensaje.

—No es ése el caso, muchachos —repuso el señor Heggyns sonriendo—. Pero os ruego que no os impacientéis, pues dentro de pocos minutos conoceréis personalmente a la señorita Schoenberg. De hecho, ya hemos llegado.

El señor Heggyns, quien había conducido hasta el interior de un estrecho cañón, dirigió su coche hacia un pequeño bungalow que se erigía en el extremo más alejado del mismo. Allí, la carretera acababa en una minúscula placita junto a la que había un espacio asfaltado con capacidad para aparcar un par de vehículos y un frondoso seto tras el cual podía verse el tejado rojizo de la vivienda. El abogado aparcó el coche frente a la

casa y todos descendieron. A continuación el hombre emprendió el camino hacia la puerta principal. Los tres amigos le siguieron visiblemente intrigados.

—¿Es aquí donde vive la señorita Schoenberg? —inquirió Pete.

—Aquí es al menos donde podemos encontrarla —respondió el señor Heggyns con una sonrisa—, si bien quien vivía aquí era en realidad el señor Roberts. Sí, chicos: ésta es la casa de mi amigo Arthur.

Acto seguido, y ante la confusa e intrigada mirada de los muchachos, el abogado introdujo la mano en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó una llave.

—Y ésta —añadió— es la llave que abre la casa. Como abogado de Arthur, tras la muerte de éste soy yo su depositario. Así pues, entremos. La señorita Schoenberg nos espera.

—Éste no parece precisamente el lugar en el que uno espera que viva un escritor famoso —comentó Pete.

—Ya os dije antes que a Arthur no le gustaba vivir de manera ostentosa —repuso el señor Heggyns—. Además, mi amigo tenía algo de ermitaño. Éste es un lugar apartado y deliciosamente tranquilo, y no hay nada que un escritor aprecie más que un lugar silencioso y cómodo en el que poder hallar la paz necesaria para escribir. Os lo dice un escritor aficionado.

Pete y Bob sonrieron y Jupiter se pellizcó el labio inferior mientras el señor Heggyns introducía la llave en la cerradura. Una vez abierta la puerta, todos entraron. El señor Heggyns encendió las luces y los muchachos pudieron ver un pequeño vestíbulo. A la izquierda había una puerta cerrada, al frente arrancaba un pasillo, y a la derecha podía verse un enorme salón cómodamente amueblado en el que lo más llamativo eran las altas y macizas estanterías que, repletas de libros, cubrían las paredes de arriba abajo.

—¡Uau! —exclamó Pete—. ¿Dónde están las paredes? Aquí no hay más que libros.

—Desde luego, no exageraba usted al decir que el señor Roberts poseía miles de libros —comentó Bob—. Esta estancia se parece más a la biblioteca en la que trabajo que a una vivienda privada.

—Ya os lo dije —repuso el señor Heggyns—. Hacen falta muchos libros para mantener a una persona ocupada en catalogarlos durante todo un verano.

Los cuatro entraron en aquella habitación. En realidad no se trataba de una biblioteca, sino más bien de una sala de estar convencional cuya particularidad era la enorme abundancia de libros. En un hueco entre las estanterías los muchachos pudieron ver un par de cuadros y un gran espejo. Por lo demás, la habitación se hallaba amueblada por una mesa baja, unas cuantas sillas y un amplio sofá de aspecto confortable.

—Así que ésta era la morada del famoso escritor Arthur Roberts —musitó Jupiter como si estuviese realmente pensando en voz alta.

—Ésta es, en efecto —aseguró el señor Heggyns—. Si prescindimos de la abundancia de libros se trata de un hogar de lo más corriente.

—¿Es en uno de esos libros que ocupan las estanterías donde podemos encontrar a la señorita Schoenberg? —preguntó Bob señalando los volúmenes que ocupaban por completo una amplia y maciza estantería de roble.

—Supongo que sí —respondió el señor Heggyns—. En alguna de estas estanterías se hallan las obras del propio Arthur. Él les dedicó un lugar especial. En realidad, clasificó cuantos libros tenía según su temática y género. Hay una estantería dedicada única y exclusivamente a las novelas, otra a las obras de teatro, otra a la poesía, etc... En aquélla de allí —dijo señalando una sólida estantería de arce— están todos sus libros de ajedrez. Y en aquélla otra —añadió apuntando hacia otro rincón— todas sus enciclopedias y libros de arte. Cada estantería está catalogada y enumerada de una manera diferente. Arthur era un hombre sumamente creativo.

—Una estancia francamente impresionante —murmuró Jupiter—. A alguien que ame los libros le resultaría difícil salir de aquí. Pero no hemos venido a ver libros, sino a alguien que vive en uno de ellos. Bien, señor Heggyns, ardo en deseos de ver cómo puede ayudarnos la señorita Schoenberg.

El señor Heggyns sonrió y dio media vuelta.

—Naturalmente, Jupiter —dijo dirigiéndose de nuevo al vestíbulo—. Venid conmigo, muchachos. Es por aquí.

Los Tres Investigadores siguieron al abogado, quien los guió por el pasillo que vieran antes, nada más entrar en la casa. Al llegar al fondo del mismo giraron a la derecha para entrar en una amplia habitación que, a todas luces, debía haber sido el estudio del difunto Arthur Roberts. Si la sala de estar había sorprendido a los muchachos por la cantidad de libros que cubría sus paredes, la estancia en la que ahora se encontraban les llamó la atención por la increíble variedad de objetos que la decoraba. Repartidos por doquier a lo largo de muebles y paredes había objetos de lo más variopinto: una lechuga disecada, una antigua espada oriental, un casco de soldado que podía datar de la Segunda Guerra Mundial, una estantería llena de ajedreces de todos los colores y tamaños, una calavera que sonreía desde lo alto de un armario, un busto de Leonardo Da Vinci, una estatua de un tigre, y docenas de otros objetos. En el centro de la estancia se erigían un amplio escritorio cubierto por completo de papeles y un gran butacón. De las paredes colgaban varios cuadros de diferentes estilos y multitud de fotografías enmarcadas en las que aparecía el difunto escritor en compañía de importantes personalidades del cine y la literatura. En una de ellas los muchachos reconocieron a su propio mentor, Alfred Hitchcock.

—Éste es el estudio de Arthur —informó el señor Heggyns—. Aquí era donde escribía la mayoría de sus apasionantes novelas. Como podéis ver, le encantaba hallarse rodeado de los objetos más variopintos mientras escribía. Él mismo decía que a menudo ello le servía de inspiración. Sea como fuere, resulta una habitación cuando menos sorprendente, ¿no os parece?

—Ya lo creo —respondió Pete asintiendo—. Se parece más a una tienda de antigüedades que al estudio que mi padre tiene en casa.

—Y ahora, muchachos, permitidme un momento y os enseñaré lo que hemos venido a buscar —dijo el señor Heggyns.

Bajo la atenta mirada de los muchachos, el abogado se acercó a un armario, lo abrió y comenzó a rebuscar en su interior. Jupiter, Pete y Bob le observaron apartar objetos y mirar detrás de muchos otros con expresión intrigada.

—Creo que Arthur la guardaba por aquí —decía el hombre—. Si no me equivoco... ¡Ajá! Ya la tengo. Aquí está. Estaba seguro de que Arthur la tenía en este armario.

El señor Heggyns se agachó y cogió algo cuadrado de la parte inferior del armario. A continuación se incorporó y se giró hacia los muchachos llevando en las manos lo que a todas luces parecía una caja de madera de tamaño mediano dotada de un pestillo y un asa de metal. Mientras los muchachos le observaban con expresión llena de asombro, el abogado se acercó al amplio escritorio cubierto de papeles y depositó sobre él aquella misteriosa caja.

—Acercaos, muchachos —les dijo—. Así podréis contemplarla mucho mejor.

Los muchachos obedecieron y se apretujaron frente al escritorio sin perder de vista la caja. Con un rápido gesto, el señor Heggyns descorrió el pestillo que la mantenía cerrada y la abrió de golpe.

—Chicos, os presento a la señorita Schoenberg —canturreó.

Durante unos segundos los muchachos observaron boquiabiertos lo que había en el interior de la caja. Luego, una vez recuperado el ritmo normal de sus respectivas respiraciones, parpadearon asombrados. Pete sacudió la cabeza.

—Pero... ¡si no es más que una máquina de escribir! —exclamó con un tono de voz no exento de decepción.

Tras un par de segundos de silencio, Bob carraspeó y frunció el ceño.

—No, Pete —dijo—. Sólo *parece* una máquina de escribir. Desde luego, es muy distinta de la que nosotros tenemos en el puesto de mando. Quiero decir que no es una máquina de escribir convencional. Esto es otra cosa.

Y así era, en efecto. Lo que los tres amigos contemplaban, aun pareciendo una máquina de escribir, era, a la vez, diferente. Estaba dotado de un teclado que incluía todas las letras del alfabeto. No obstante, al otro lado de éste había una especie de panel en el que aparecían nuevamente, cada una dentro de un minúsculo compartimento circular, todas las letras del alfabeto. A primera vista daba la impresión de tener dos teclados. Además, el aspecto de la máquina era especialmente estrambótico al ir recubierta en su base por un entramado de cables que entraban y salían de diferentes orificios. Pete tuvo la extraña sensación de que la máquina, desde dentro de su caja abierta, sonreía burlonamente a la espera de que los muchachos comenzasen a utilizarla.

—¡Dos teclados! ¡Tiene dos teclados! —rezongó el muchacho—. ¿Qué clase de máquina de escribir tiene dos teclados? ¿Acaso no le basta con uno solo?

—No te apures, Pete —intervino el señor Heggyns sonriendo—. En realidad esta máquina no posee dos teclados, sino sólo uno. El otro es sólo un panel de visualización. Bob tenía razón al decir que esto no es una máquina de escribir, sino otra cosa. Jupiter —añadió mirando a éste—, tú eres el Primer Investigador. ¿Sabes qué es esto?

Bob y Pete se volvieron a mirar a su jefe. Éste, que había permanecido en silencio, se presionaba el labio inferior incansablemente.

—Creo que sí —dijo al cabo de un momento—. Si no me equivoco, se trata de una máquina Enigma. He leído sobre ella, pero jamás me imaginé que llegaría a ver una de verdad.

—¡Bravo, Jupiter! —aplaudió el señor Heggyns—. Sin lugar a dudas eres un verdadero pozo de sabiduría. Chicos, Jupiter tiene razón. Esto es una máquina Enigma. Y más concretamente un modelo Erika, que es una variante ligeramente posterior pero cuyo funcionamiento es esencialmente el mismo que el de Enigma. Este ejemplar data, por supuesto, de la Segunda Guerra Mundial. No sé de dónde la sacaría Arthur, pues lo único que me contó respecto a ella fue que se la regaló alguien muy importante durante un viaje a Europa hace varios años. Él mismo me confesó una vez que siempre había deseado poseer una. Os aseguro que no existen muchas como ésta en el mundo, así que, como podéis imaginar, estáis ante una valiosísima pieza de coleccionista dentro del apasionante campo de la criptografía.

—¿Cripto... qué? —preguntó Pete.

—Criptografía —repitió Bob—. Es la disciplina que se dedica a escribir mensajes cifrados. La criptología, por su parte, es la ciencia que se dedica a estudiar y descifrar dichos mensajes.

—¿Y qué rayos es esta máquina Enigma?

—Seguro que Juve sabe decírtelo, ¿verdad, Primero? —propuso Bob.

El Primer Investigador tomó aire profundamente, satisfecho al saberse en poder de la atención de los presentes.

—Se trata de una máquina codificadora y, a la vez, decodificadora, Pete —explicó Jupiter—. Con ella se pueden escribir mensajes cifrados y, además, descifrar los mensajes escritos previamente por ella misma o por otra máquina similar. Los nazis la

inventaron y la utilizaron durante la Segunda Guerra Mundial, y les fue muy útil hasta que los aliados capturaron una y se dedicaron a su estudio. Tras arduas investigaciones consiguieron desentrañar su mecanismo y, así, interceptar muchas de las comunicaciones secretas de los alemanes, lo cual les ayudó a ganar la guerra.

—Estoy seguro de que incluso sabes cómo funciona, ¿verdad? —dijo Pete, burlón.

—Más o menos —respondió Jupiter mirando a su amigo con el ceño fruncido—. Su funcionamiento resulta fascinante y, a la vez, sumamente complicado. Según lo que he leído sobre ella, dentro de la máquina hay tres rotores que van girando conforme uno escribe. Antes de escribir los rotores han de estar dispuestos en una posición determinada previamente acordada. Si no recuerdo mal, en la carta que encontramos en el ajedrez el señor Roberts dice que le pidamos a la señorita Schoenberg que mecanografíe un texto para nosotros, pues ella *está preparada para hacerlo*. Estas últimas palabras me llevan a pensar que no hemos de tocar los rotores, sino simplemente conectar la máquina y comenzar a teclear el texto.

—Eso mismo creo yo, Jupiter —convino el señor Heggyns asintiendo—. Así pues, pongámosla en marcha.

El abogado pulsó un botón situado en un lateral de la máquina y ésta produjo un ligero zumbido, como si acabase de despertar de un profundo letargo.

—Parece increíble que todavía funcione —comentó Bob.

—Arthur la hizo comprobar por especialistas poco después de obtenerla —aseguró el señor Heggyns—. Éstos llegaron a la conclusión de que su estado es impecable, pues había conocido muy poco uso. Pero no perdamos más tiempo y hagamos lo que hemos venido a hacer. Vamos, Jupiter, te cedo el honor. Supongo que sabrás hacerla funcionar, ¿verdad?

—Así lo espero —respondió el Primer Investigador—. Eso, al menos, resulta sencillo. Todo cuanto hay que hacer es teclear el texto cifrado. Por cada letra pulsada se enciende otra en el panel de visualización, que es la parte que Pete tomó por un segundo teclado. Iremos anotando las letras que se iluminen y así obtendremos el mensaje original, que es el que buscamos.

—Muy bien, Jupiter. Aquí tienes la carta con el texto —dijo el señor Heggyns sacándose ésta del bolsillo de la chaqueta y entregándosela al muchacho—. Cuando desees.

Jupiter miró la carta y a continuación adelantó una mano hacia la máquina para pulsar la letra X, que era la primera que figuraba en el mensaje cifrado. Automáticamente se encendió la letra C en el panel de visualización.

—Tercero —le dijo Jupiter a Bob—, ve anotando las letras que se iluminen.

—No te preocupes, jefe. Ya lo estoy haciendo —repuso el aludido, quien ya se había sacado del bolsillo una pequeña libreta y un lápiz y escribía en aquel instante la primera letra descifrada.

—Ahora viene la T —dijo Jupiter pulsando dicha letra.

La letra que se encendió en el panel de visualización fue la O.

Así, una a una, Jupe fue pulsando las letras del mensaje cifrado mientras Bob anotaba con trazo firme y seguro las del mensaje original.

—Así que ésta es la misteriosa señorita Schoenberg —comentó Pete, fascinado, mientras observaba cómo Bob y Jupiter trabajaban.

—En efecto, Pete —repuso el señor Heggyns, divertido—. *La isla de los espejos*, la novela de Arthur a la que antes hice referencia, y donde ella aparece, está ambientada en la Segunda Guerra Mundial. En ella los alemanes se pasan todo el tiempo a la caza y captura de una misteriosa mujer de la que sólo conocen el nombre, Erika Schoenberg, y de la que sospechan firmemente que se trata de una espía que trabaja para los aliados.

Ni siquiera se les ocurre sospechar que la tal señorita Schoenberg no es sino una máquina de codificar mensajes que un pobre anciano de aspecto inofensivo, y quien a la postre resulta ser el verdadero espía, lleva consigo en una destartada maleta. La novela es francamente brillante y el clímax está, en mi modesta opinión, muy logrado. Bueno —añadió mirando a Bob y a Jupiter—. ¿Qué tal va eso, chicos?

—Ya está —anunció Jupiter—. La última letra es una A.

El muchacho pulsó dicha letra y la letra N se iluminó en el panel adjunto.

—Lo tengo —dijo Bob escribiendo la última letra del mensaje original—. Hemos terminado. ¡Tenemos el mensaje! Aunque —añadió tras leer lo que acababa de escribir—, no sé qué pensaréis vosotros del mismo...

Arqueando las cejas en señal de sorpresa, Bob giró su libreta y le enseñó a los demás el mensaje que había transcrito. Jupiter, Pete y el señor Heggyns se acercaron para verlo mejor. Lo que leyeron fue lo siguiente:

COMO MUEVE EL CABALLO
COMO MUEVEN LOS ALFILES
COMO MUEVE EL PEÓN

—¡Oh, no...! —gimió Pete.

CAPÍTULO 6

DOS TIPOS DE DUDOSA CATADURA

Tras releer el mensaje varias veces, los cuatro se miraron en silencio.

—¡Rábanos picantes, Jupe! —exclamó Pete, incapaz de contenerse—. Creí que habíamos descifrado el mensaje. Lo único que tenemos ahora es otro galimatías con el mismo sentido que el anterior, es decir, ninguno. Afirmo que este caso es un auténtico calentamolleras.

—Yo, en cambio, creo que hemos avanzado, Pete —dijo Bob—. Este mensaje, al menos, puede leerse. ¿Qué opinas tú, Jupe?

Jupiter, con el ceño fruncido, había vuelto a presionarse su labio inferior con feroz energía.

—Parece un problema de ajedrez —dijo al fin tras un breve silencio—. Sí, sin duda se trata de algún tipo de acertijo relacionado con el ajedrez. Vamos de misterio en misterio, amigos.

—Yo opino lo mismo que tú, Jupiter —intervino el señor Heggyns—. Para ser franco, resulta algo muy propio de Arthur.

—¿Qué quiere usted decir, señor Heggyns? —preguntó Bob—. ¿Se refiere a que al señor Roberts le gustaban los acertijos relacionados con el ajedrez?

—Sí, claro que le gustaban, Bob —respondió el abogado—. Ya os he dicho que el mundo del ajedrez y todo cuanto tuviera que ver con dicho juego le apasionaba. Pero en esta ocasión me refería más bien a que resultaba muy propio de Arthur actuar como aquí lo está haciendo. Era un recurso que a menudo empleaba en sus novelas. Quiero decir que exponía una pista que conducía a otra, y ésta, a su vez, a una tercera, y así sucesivamente. A veces sometía a sus personajes a las más impensables penurias conduciéndoles de una pista a otra. Creo firmemente que algo así es lo que está intentando hacer con nosotros. Nos está planteando un juego. Este mensaje habrá de conducirnos a una nueva pista, ésta a otra, y así hasta que logremos encontrar lo que él ocultó. No os imagináis cómo disfrutaba maquinando todo este tipo de tramas. Era un hombre sumamente ingenioso.

—¿Y no puede ser que la máquina esté defectuosa? —preguntó Pete—. Quizás, de estarlo, no hayamos obtenido el mensaje correcto.

—No, Pete —dijo el abogado negando con la cabeza—. Si la máquina estuviese averiada daría como resultado un texto completamente ilegible. El que hemos obtenido, en cambio, es perfectamente legible. No hay duda de que se trata del mensaje correcto.

—¿De veras le parece legible el mensaje? —insistió Pete—. Yo no le veo ni pies ni cabeza.

—Lo que el señor Heggyns quiere decir, Pete —intervino Jupiter—, es que el mensaje en sí es comprensible. Lo único que no está claro es lo que éste significa. Eso es lo que nosotros tenemos que averiguar. Parece tratarse de un problema de ajedrez, y, por suerte, tenemos el ajedrez que el señor Roberts le envió al señor Heggyns antes de morir. Ahora comprendo por qué el señor Roberts le decía a éste en su carta que conservase el ajedrez siempre consigo. Dicho juego parece ser una pieza indispensable para hallar el paradero de aquello que el señor Roberts escondió. Propongo que ahora

que ya tenemos el mensaje original nos dediquemos a estudiarlo a fondo. Regresemos a Patio Salvaje y pongamos manos a la obra, amigos. Además, ya se está haciendo tarde y Tía Mathilda empezará a considerar muy seriamente la idea de no contar conmigo para la hora de cenar. ¡Y eso sí que sería para mí un problema difícil de resolver!

Todos rieron. Luego, tras consultar su reloj, el señor Heggyns miró a los muchachos.

—Muy bien —dijo—. Yo también tengo asuntos pendientes que tratar. Os llevaré en coche a Patio Salvaje y seguiré hacia mi casa. No obstante, me llevaré a la señorita Schoenberg conmigo por si acaso necesitamos volver a utilizarla. Una vez envuelto en las tramas de Arthur, uno nunca sabe muy bien qué puede ocurrir.

Con rápidos movimientos, el abogado apagó la máquina y cerró la caja que la guardaba. A continuación, cogiéndola por el asa de metal, se la colocó bajo el brazo.

—En marcha, muchachos —dijo.

Todos se encaminaron hacia la puerta principal. Una vez en el vestíbulo, Jupiter, quien iba el primero, abrió la puerta y se dispuso a salir por ella. No obstante, al cruzar el umbral estuvo a punto de darse de bruces con un hombre que en aquel preciso instante se disponía a llamar. Jupiter se detuvo en seco y miró al extraño. Los demás, incapaces de frenar a tiempo, se agolparon contra la recia espalda del Primer Investigador sin comprender muy bien qué sucedía.

—¿Qué ocurre, Juve? —inquirió Pete—. Déjanos salir.

—Tenemos visita —respondió Jupiter sin más.

Los demás levantaron la mirada y vieron entonces al hombre que, plantado frente a Jupiter, tenía todavía la mano levantada como en actitud de llamar a la puerta. Mientras el recién llegado bajaba la mano y miraba al señor Heggyns y a los muchachos con expresión entre sorprendida y divertida, los otros pudieron observarle algo más detenidamente. El visitante, hombre alto y delgado de mediana edad, iba vestido con un caro e impecable traje y tocado con un sombrero no menos flamante y costoso. Su rostro era delgado y huesudo, de ojos y mejillas hundidos. Su boca, de labios muy finos, parecía una cuchillada practicada en la piel de la cara. Todo su aspecto denotaba elegancia y distinción, las cuales se veían acentuadas por el fuerte aroma a colonia que le envolvía.

Una vez superada la primera sorpresa, el hombre miró uno a uno a los presentes y carraspeó.

—Les ruego a ustedes que me disculpen —dijo con un fuerte acento británico—. Si no me hallo en un lamentable error, es aquí donde reside mi amigo, el famoso escritor Arthur Roberts, ¿no es cierto?

El señor Heggyns se adelantó hasta ponerse frente al desconocido.

—El señor Roberts falleció hace apenas unos días —dijo—. Si es usted amigo suyo, quizás debió haberse enterado de alguna manera. Yo fui su abogado y me encargué personalmente de hacerles llegar la triste noticia a todos sus amigos y conocidos. No sé si usted estaría incluido en dicha lista. Su nombre es...

—Soy el señor Sinclair. Malcolm Sinclair —repuso el recién llegado—. Mi amigo el señor Lagalle, aquí presente —añadió haciéndose a un lado—, y yo acabamos de llegar de Europa en visita de negocios.

Al hacerse a un lado, el recién llegado permitió que los otros vieran a un hombre más bajo que él que había permanecido hasta entonces oculto a sus espaldas. Se trataba de un hombre moreno de hombros anchos y brazos fuertes que abultaban notablemente las mangas del traje que llevaba puesto. En vez de sombrero, como su compañero, llevaba puesta una especie de gorra. Su aspecto en general no era tan distinguido ni elegante como el del señor Sinclair y la expresión de rostro era más bien malhumorada. Tenía

espesas cejas y una profunda cicatriz le cruzaba la barbilla dibujando sobre ésta una línea diagonal de color rosado.

—El señor Lagalle procede de París —explicó el señor Sinclair—. Se reunió conmigo en Londres con el fin de que viniésemos a hacerle una visita de negocios al señor Roberts. Ambos le conocimos durante su último viaje a Europa y los tres nos hicimos muy amigos. Lamentamos su muerte, señor...

—Heggyns —dijo éste—. Mi nombre es Glenn Heggyns, y durante años fui el abogado personal del señor Roberts hasta su fallecimiento hace una semana. Yo me encargué, tal y como le he dicho, de notificar tan triste suceso a todos sus conocidos, e incluso a sus parientes lejanos de Europa, pero ya veo que no hice lo mismo con ustedes. De hecho, si no lo hice fue porque el señor Roberts nunca mencionó sus nombres ni hizo alusión alguna a ustedes. ¿Cómo le conocieron?

El hombre más bajo, el llamado Lagalle, se agitó nervioso y miró a su compañero. Éste, de temperamento sin duda alguna más templado, mantuvo la compostura y sonrió. Pete se estremeció ligeramente al ver aquella sonrisa.

—Es una larga historia —respondió— que resultaría algo pesada contar. Lamento profundamente que mi viejo amigo Arthur no le hablase de nosotros, pero ya sabe usted que estos escritores que gustan de vivir como ermitaños a menudo son hombres de lo más reservado. Arthur lo era, sin duda. Quizás por ello no le hablase de nosotros. ¿Quién sabe?

—Disculpe señor... er... St. Claire —dijo Jupiter.

El señor Heggyns miró a Juve y dio un respingo. Pete y Bob, algo menos sorprendidos, se volvieron también hacia su compañero. Éste, actor por naturaleza desde muy niño, había desencajado su mandíbula, que colgaba a un lado medio abierta dotando a su rostro de una expresión estúpida, y había dejado caer sus hombros como si sus brazos pesasen media tonelada cada uno. Entrecerró, además, sus ojos, lo cual terminó de conferirle un aspecto de imbécil redomado. Aquello era un estratagema que Jupiter empleaba a menudo a la hora de enfrentarse a otras personas de las que, a simple vista, más valía desconfiar. Dicha treta le había dado a Los Tres Investigadores muy buenos frutos en multitud de ocasiones, pues resultaba impensable para cualquiera llegar a recelar de un muchacho de aspecto tan bobalicón como el que Jupiter estaba interpretando en aquel momento.

—Sinclair, jovencito. Mi apellido es Sinclair, no St. Claire —corrigió el inglés dirigiéndole a Jupiter una mirada cargada de reproche.

—Disculpe, er... Sinclair —prosiguió Jupiter con voz de idiota—. No sé si sabrá usted que mi tío ya no se encuentra entre nosotros.

Lo cual era cierto. El tío de Jupiter se hallaba en Patio Salvaje, a varios kilómetros de distancia.

—¿Tu tío? —preguntó el inglés, sorprendido—. ¿Qué quieres decir con eso de tu tío? ¿Quién eres tú, muchacho?

—Mi tío ya no podrá recibirles —dijo Jupiter con aspecto estúpido—. Quizás pueda... er... atenderles yo mismo.

Bob y Pete sonrieron para sí. El tío de Jupiter, desde luego, ya no podría atender a mucha gente aquel día porque, teniendo en cuenta la hora que era, Patio Salvaje no tardaría en cerrar sus puertas al público.

—¿Tu tío? —repitió el señor Sinclair, estupefacto—. ¿Arthur Roberts era tu tío? Yo tenía entendido que no tenía familia en América.

El señor Heggyns carraspeó y posó una mano sobre el hombro de Juve.

—Jupiter es un sobrino lejano del difunto señor Roberts —dijo—. El pobre está muy afectado por la muerte de su tío. Actualmente yo soy su mentor. ¿Puedo ayudarles yo en algo? ¿Qué clase de negocios deseaban realizar con el señor Roberts?

—Verá usted —comenzó a decir el señor Sinclair mientras miraba confundido a Jupiter y al señor Heggyns alternativamente—. El señor Lagalle y yo somos tratantes de arte. El señor Roberts tiene algo que nosotros le compramos en cierta ocasión pero que, por uno u otro motivo, no pudo enviarnos. Así que, tras larga espera, decidimos viajar hasta aquí para recoger lo que nos pertenece. No tenemos intención de molestar a su sobrino. Tan sólo venimos en busca de algo que es nuestro. Ahora comprendo que, al hallarse enfermo, Arthur no pudiese enviarnos lo que nos vendió.

—¿Le vendió mi tío algo a usted... er... señor... er... St. Claire? —inquirió Jupiter—. ¿Qué le vendió? ¿Lo recuerda? Quizás yo pueda... er... encontrarlo para usted.

Bob y Pete sonrieron por dentro de nuevo. Les resultaba difícil imaginar a un tipo tan costosamente vestido y perfumado como el señor Sinclair rebuscando entre los montones de chatarra apilada de Patio Salvaje.

—Arte, muchacho. Obras de arte —respondió el hombre con una estremecedora sonrisa de dientes amarillentos—. Ya te he dicho que somos tratantes de arte. Y te repito que mi apellido no es St. Claire, sino Sinclair.

—Oh, cuánto lo siento, caballero —disculpóse Jupiter hablando con su voz de estúpido incurable—. Le ruego que... er... me disculpe. ¿Arte, dice usted? Es posible que... Señor Heggyns —añadió mirado al abogado con rostro desvalido—, ¿no cree que se referirá a los... er... cuadros y estatuas de mi tío?

El señor Heggyns miró a Jupiter sorprendido.

—¿Cómo dices, Jupiter? ¡Ah! Oh, claro, sí. Seguro que se refiere a ellos. Lástima que ya no estén aquí.

—Sí... Es una lástima —musitó Jupiter fingiéndose alicaído.

El señor Sinclair, pareciendo alarmado, los miró a los dos con el ceño fruncido

—¿Qué ha ocurrido con las obras de arte que había en la casa? —preguntó.

—La policía se las llevó —dijo Jupiter sin más.

—¿Cómo dices? —preguntó el señor Sinclair.

—Así es —se apresuró a corroborar el señor Heggyns—. Tras la muerte del señor Roberts la policía decidió requisar sus objetos de arte como medida preventiva alegando que son objetos demasiado valiosos para permanecer desprotegidos en una casa tan apartada como ésta que, de repente, se ha quedado vacía. Ahora es la policía quien lo tiene todo temporalmente. No obstante, ellos no son más que simples depositarios hasta que se normalice el testamento del señor Roberts.

—Si lo desean... er... pueden venir con nosotros a la comisaría —ofreció Jupiter—. Precisamente ahora nosotros nos dirigimos allí. Quizás les dejen ver las obras de arte que tienen en custodia y... er... quizás... quizás encuentren entre ellas la que dicen ustedes que mi tío les vendió.

El señor Sinclair cruzó una rápida mirada con su compañero y retrocedió un paso.

—No, muchacho, muchas gracias —dijo sin dejar de sonreír—. No creo que sea necesario llegar hasta ese extremo. Sigán ustedes con los trámites relativos al testamento del señor Roberts y nosotros nos pondremos en contacto con ustedes tan pronto como todo haya concluido. No deseamos molestar. En cuanto a lo de la policía, me parece una idea de lo más acertado que les hayan permitido quedarse en custodia de las obras de arte. Sin lugar a dudas es lo mejor que se podía haber hecho, ¿no le parece, señor Lagalle?

El hombre bajo y moreno se limitó a encoger sus anchos hombros.

—Vámonos ya. Es tarde —dijo sin más con un marcado acento francés.

—Sí, se hace tarde —convino el señor Sinclair—. Hemos de irnos, señores. Siento mucho lo de tu tío, muchacho —añadió dirigiéndose a Jupiter—. Espero que aceptes mi más sentido pésame ante tan lamentable pérdida. Y ahora debemos marcharnos. Ha sido un placer conocerles.

Dando media vuelta, los dos hombres se alejaron en dirección a la carretera, donde, aparcado junto al vehículo del señor Heggyns, había un coche pequeño de color negro. Con bastante apresuramiento, ambos se metieron en el automóvil, lo arrancaron y se alejaron de allí a gran velocidad hasta desaparecer tras un recodo del cañón. Incluso después de haberse marchado quedó flotando en el aire de la tarde el fuerte olor de la colonia empleada por el inglés.

—¡Estuviste genial, Jupe! —exclamó Pete, entusiasmado—. Desde que los vi no me gustó nada la pinta de esos dos tipos. Y tú conseguiste ahuyentarlos con tan sólo mencionar a la policía.

—Así es, Segundo —reconoció Jupiter volviendo a hablar como el muchacho inteligente que era y dejando a un lado al bobalicón que acababa de interpretar—. Esos dos parecen tipos de cuidado. Tenía razón el señor Roberts en su carta al advertirnos que muy posiblemente habría más personas interesadas en el hallazgo de lo que él ocultó antes de fallecer. Lo cual no es de extrañar sabiendo que se trata de algo de sumo valor.

—Debo descubrirme ante tu interpretación, Jupiter —comentó el señor Heggyns—. Por fortuna reaccioné con rapidez y pude seguir tu historia. A mí tampoco me gustó la pinta de esos tipos. Parecen peligrosos.

—Yo también lo creo —intervino Bob—. El tipo francés llevaba la chaqueta muy ajustada, y no creo que todo ello se debiera a su musculatura. Es muy probable que llevase puesta una funda sobaquera con un arma.

—A mí también me dio esa impresión —dijo el señor Heggyns—. Espero que no haya muchos más tipos así tras el rastro de lo que Arthur ocultó. Quizás este asunto entrañe demasiado peligro después de todo, muchachos.

—No, señor Heggyns —se apresuró a decir Jupiter—. No creo que haya mucha más gente en busca de lo que el señor Roberts escondió. En su carta dijo que “era posible” que alguien más anduviese en busca de ello, no que fuese un hecho seguro. Además, se refiere al supuesto botín como algo que “casi nadie cree escondido”. Ese “casi nadie” excluye a casi todo el mundo. No obstante, este encuentro ha resultado ciertamente revelador, pues desvela algo que hasta ahora no era para mí más que una ligera sospecha.

—¿Y qué es ello, Jupe? —preguntó Bob.

—Que lo que el señor Roberts escondió era una obra de arte —respondió Jupiter—. Atemos cabos, Tercero. El señor Roberts amaba el arte e incluso poseía obras de arte. Esos dos tipos reconocen ser tratantes de arte que dicen reclamar una obra que el señor Roberts les vendió. En la carta se nos habla de algo sumamente valioso. Todo ello, que resulta de lo más significativo, parece apuntar hacia una sola dirección: una obra de arte de gran valor que el escritor ocultó antes de morir.

—Pero, Jupiter —dijo el señor Heggyns—, aunque Arthur amaba el arte y poseía alguna que otra obra de cierto valor, no era realmente un coleccionista. Y yo nunca supe que poseyese o adquiriese ninguna obra de arte de valor especialmente incalculable.

—Lo sé —respondió Jupiter—. Pero quizá lo hiciese en alguna ocasión sin llegar a notificárselo nunca a usted. No debemos dar de lado una posibilidad como ésa.

—No sé, Jupiter —dijo el señor Heggyns—. Quizá tengas razón, pero lo cierto es que me parece una posibilidad bastante remota.

—Dejémoslo estar —intervino Bob—. Lo importante ahora es regresar a casa y comenzar a trabajar en el mensaje que hemos descifrado con la ayuda de la máquina Enigma.

Todos se mostraron de acuerdo con Bob. Así que, tras cerrar bien la puerta con llave, y sujetando firmemente la caja de madera bajo el brazo, el señor Heggyns condujo a los muchachos hasta su coche y todos subieron a él. Segundos más tarde emprendían el regreso a casa por la serpenteante carretera que recorría el cañón y, más allá, se internaba en las colinas cercanas a Rocky Beach. El sol, que comenzaba ya a ocultarse tras éstas, les alumbraba con una luz mortecina que proyectaba la alargada sombra del coche sobre la falda de las montañas.

En Rocky Beach las calles se hallaban ya iluminadas. Para cuando llegaron a Patio Salvaje el sol, que se oculta muy rápido en los atardeceres del sur de California, ya casi se había puesto. En el interior de la inmensa chatarrería todo estaba sumido en una densa penumbra a excepción de la oficina, donde alguien, seguramente Tío Titus o Tía Mathilda, reordenaba papeles en espera de la inminente hora de cierre. El señor Heggyns detuvo el coche junto a la acera, a unos metros de la entrada.

—Mis tíos están a punto de cerrar —dijo Jupiter—. Lo cierto es que ha sido un día de duro trabajo.

—Muy bien —asintió el señor Heggyns—. ¿Os dejo a los tres aquí? Bob y Pete, ¿queréis que os lleve hasta vuestros respectivos domicilios? —se ofreció.

Pero éstos negaron con la cabeza.

—Muchas gracias, señor —respondió Bob por los dos—, pero no se moleste. Pete y yo tenemos aquí nuestras bicicletas.

—Como queráis —convino el abogado.

—Quizás sería mejor que aparcase usted dentro del recinto, señor —dijo Jupiter de repente—, y no en plena calle.

—¿Teméis que nos hayan seguido, Primero? —preguntó Pete.

Jupiter asintió.

—Así es, amigos —respondió presionándose el labio inferior mientras hablaba—. El señor Sinclair y su compañero, el señor Lagalle, pueden habernos seguido. Es más, yo casi contaría con ello.

—Pero, Jupiter —repuso el señor Heggyns—, yo no he advertido nada extraño. No he visto su coche detrás del nuestro en ningún momento. Y te aseguro que me he fijado bien, pues reconozco que cuando emprendimos el camino de regreso pensé lo mismo que tú.

—Esos tipos tienen pinta de saber cómo seguir a alguien sin que su presa lo note —dijo Jupiter—. Además, es posible que hayan cambiado de coche. Esa gente suele tener un vehículo alternativo dondequiera que van para asegurarse una vía de escape o para “disfrazar” su seguimiento.

—Comprendo —suspiró el señor Heggyns—. ¿Qué propones pues, Jupiter?

—Propongo que aparque usted su vehículo dentro del recinto, en una zona poco iluminada —respondió éste—. No sé si esos tipos se habrán creído el cuento de que soy un pariente del señor Roberts, pero si nos vigilan y ven que me alojo aquí averiguarán que es aquí donde vivo, descubrirán cómo me llamo y se darán cuenta de que les engañamos. Al saber que les mentimos pensarán que lo hicimos con el fin de ocultarles algún secreto. Y en ese caso puede que sí se muestren *verdaderamente* peligrosos.

—Creo que tienes razón, Primero —dijo Pete tragando saliva.

—Además, no deseamos que vean el ajedrez —añadió Jupiter—. Si lo hacen podrían pensar que es importante e intentar apropiarse de él. Y necesitamos el ajedrez para resolver este embrollo. El señor Roberts lo dijo bien claro en su carta.

—De acuerdo, muchacho —accedió el señor Heggyns—. Aparquemos dentro, pues. El abogado hizo avanzar su coche y lo introdujo por entre las grandes verjas de hierro todavía abiertas. Luego se dirigió hacia el rincón cubierto de sombras que Jupiter le indicó y, una vez allí, apagó el motor. Tras echar una mirada a su alrededor y apagar los faros, el señor Heggyns se volvió hacia los muchachos.

—Espero que todo vaya bien, chicos —dijo—. Llamadme en cuanto hayáis sacado algo en claro del mensaje o si volvéis a ver a esos tipos de antes. Espero que éstos no causen problemas.

—Eso espero yo también —dijo Pete, nervioso.

Los muchachos descendieron del coche y se despidieron del señor Heggyns. Antes de volver a poner el coche en marcha, éste les dijo:

—Será mejor que vosotros os quedéis con el ajedrez y con la carta —dijo pasándole ambas cosas a Jupiter por la ventanilla—. Si ambos son de verdad tan importantes seguramente os harán falta para resolver el mensaje de Arthur. Así que quedáoslos. Sé que con vosotros estarán en buenas manos. Yo me quedaré con la señorita Schoenberg —añadió sonriendo y como disfrutando de aquella broma póstuma de Arthur Roberts—. Si creéis que ella puede volver a ser útil no tenéis más que llamarme.

—Le llamaremos para mantenerle al corriente de nuestros progresos —prometió Jupiter—. En cuanto al ajedrez y la carta, gracias por confiarnoslos. Los mantendremos en lugar seguro.

Tras darles nuevamente las gracias, el señor Heggyns puso su coche en marcha y salió lentamente de Patio Salvaje sin encender los faros hasta que alcanzó la calle.

Una vez se encontraron a solas, Jupiter dijo:

—Manteneos en las sombras. No queremos ser vistos. Yo iré a guardar el ajedrez en el puesto de mando. Vosotros podéis regresar a casa saliendo muy discretamente por alguno de nuestros accesos secretos.

Bob y Pete asintieron y siguieron a su amigo. Los tres se deslizaron furtivamente de sombra en sombra en dirección al taller de Jupiter. No obstante, la mala suerte quiso que Pete tropezase y volcase una pila de cubos de jardín que, con un sonoro retumbar, se desmoronó cual castillo de naipes.

Se oyeron pasos apresurados en la oficina, acompañados por una exclamación. Un segundo más tarde todas las luces del patio se encendieron. Las sombras se disiparon al instante mientras los tres muchachos permanecían completamente paralizados. En la puerta de la oficina apareció de repente la robusta figura de Tía Mathilda. La mujer, al verles, puso los brazos en jarras y les miró con severidad. Su ceño se hallaba tan profundamente fruncido que su frente parecía surcada por una profunda cicatriz.

—¡Pero por todos los santos del cielo! —estalló logrando que su voz resonara por todo el patio—. ¡Jupiter Jones y compañía! ¿Qué estáis haciendo los tres ahí? ¡Menudo susto me habéis dado! ¡Por un momento creí que había ladrones en el patio! ¿Se puede saber a qué diantres estáis jugando?

Jupiter tragó saliva y, adoptando la expresión más humilde que conocía, lo cual en su caso no era nada precisamente sencillo de conseguir, miró a su tía.

—Tan sólo jugábamos a... exploradores, Tía Mathilda —dijo.

—¡Pues aquí poco o nada tenéis que explorar! —exclamó la mujer—. Y para vuestra información os diré que ya hemos cerrado. Así que id a lavaros las manos y preparaos para la cena. Bob y Pete, ¿os quedáis a cenar? —añadió.

Los aludidos, quienes solían comer y cenar en casa de los Jones casi con la misma frecuencia que en sus respectivos hogares, decidieron declinar la oferta en aquella ocasión.

—No, gracias, señora Jones —dijo Bob—. Mis padres esperan que cene con ellos de vez en cuando.

—Yo me hallo en el mismo caso —suspiró Pete—. Pero gracias por la invitación.

—Como queráis —refunfuñó Tía Mathilda—. Y ahora dejaos de juegos de una vez. ¡Menudo susto me habéis dado!

La mujer se retiró al interior de la oficina y apagó desde allí las luces del patio. Éste se vio sumido en sombras aún más profundas que las de minutos antes.

—Hasta el último malhechor de Rocky Beach debe habernos visto —suspiró Pete mientras se afanaba en recomponer la pila de objetos que había tirado al suelo—. Incluso aunque no nos esté vigilando.

—Ha sido un golpe de mala suerte —dijo Jupiter—. Bien, será mejor que nos despedamos hasta mañana. Tú, Pete, piensa en el mensaje del señor Roberts. Tú, Bob, haz lo mismo, pero además procura documentarte acerca del ajedrez durante algún rato libre del que dispongas durante tu jornada de trabajo mañana en la biblioteca. No nos vendría mal saber cuanto más mejor acerca de este juego tan fascinante. Yo, por mi parte, he cambiado de opinión y creo que me llevaré el ajedrez a mi habitación por esta noche. Pete, tú y yo nos reuniremos mañana por la mañana en el puesto de mando. Tú Bob, ven en cuanto salgas de la biblioteca.

—¿Y tú qué harás, Jupe? —preguntó Pete.

El Primer Investigador miró a sus amigos y se encogió de hombros. Luego, con el ceño fruncido, dijo:

—¿Yo? Aparte de pensar en el mensaje sólo hay una cosa que puedo hacer.

—¿Y qué es ello? —inquirió Bob.

—Jugar al ajedrez —respondió sin más Jupiter Jones.

CAPÍTULO 7

UNA VISITA DEL JEFE REYNOLDS

Lo primero que Jupiter hizo nada más abrir los ojos a la mañana siguiente fue dedicarle una penetrante mirada al juego de ajedrez que descansaba plácidamente sobre su mesilla de noche y preguntarse en silencio qué clase de secreto podía guardar aquel pedazo de madera pintado a cuadros blancos y negros. Luego, cuando bajó a la cocina a desayunar, su Tío Titus, quien hacía rato que se hallaba sentado a la mesa, dejó a un lado el periódico que leía y le dedicó una afable sonrisa. Tía Mathilda, detrás de su marido, le dio los buenos días mientras freía unas lonchas de bacon.

—Buenos días, Tío Titus. Buenos días, Tía Mathilda —dijo ahogando un bostezo.

—Buenos días, Jupiter —respondió su tío—. ¿Qué tal estás esta mañana? No parece que hayas dormido muy bien. Espero que no te quitasen el sueño ciertas derrotas ajedrecísticas que un humilde servidor te infligió anoche, justo antes de acostarte.

Jupe sonrió muy a su pesar. La noche anterior, una vez terminada la cena, Jupiter le había propuesto a su tío jugar al ajedrez, a lo que el hombre accedió encantado. Habían jugado dos partidas y ambas habían acabado con idéntico resultado: victoria del tío sobre el sobrino. Jupiter, cansado tras los acontecimientos del día anterior y con la mente más atenta al mensaje dejado por Arthur Roberts que al desarrollo del juego, no fue rival para su tío, experto en el ajedrez y plenamente concentrado en el mismo. No obstante, se consoló pensando el muchacho, aquello había servido como acercamiento al ajedrez, a los movimientos de sus figuras y, en fin, al misterioso caso que Los Tres Investigadores tenían entre manos.

—Más o menos, Tío Titus —respondió Jupiter sentándose a la mesa—. Debo reconocer que eres un jugador excelente.

—Poco se puede hacer contra la apertura Jones si no se es un jugador verdaderamente experto —dijo su tío echándose a reír—. Todo es estrategia, Jupiter —añadió tocándose la frente con un dedo—. Pura y simple estrategia. Lo cierto es que resulta un placer jugar con un ajedrez tan bien acabado como el tuyo.

—Sí, Tío Titus, es cierto —asintió Jupiter—. Aunque es una lástima que pertenezca en realidad a otra persona.

—¿A otra persona? —preguntó Tía Mathilda levantando la vista de la sartén—. ¡Por todos los santos! ¡Tu tío pagó por él! A él le perteneció hasta que te lo regaló a ti. Ahora es tuyo.

Titus Jones miró a su sobrino inquisitivamente.

—¿Qué quieres decir, Jupiter? —le preguntó.

El muchacho procedió a relatar todo lo referente al anuncio publicado en la prensa y al verdadero propietario del juego, si bien se cuidó mucho de hacer la menor alusión a la carta encontrada en el mismo y al misterio que tanto ésta como el ajedrez habían desencadenado. Añadió que si poseía el ajedrez en aquel momento era porque el verdadero dueño había accedido a prestárselo por unos días, a manera de recompensa, para que él y sus amigos practicasen. Tras oírle, su tío sonrió y comenzó a prepararse una pipa.

—Tu gesto me parece muy loable, Jupiter —reconoció su tío—. Si yo fuese ese tal Heggyns me dolería mucho tener que renunciar a un ajedrez tan hermoso. No mucha gente haría lo que hiciste tú. En cuanto a tu regalo de cumpleaños, no te preocupes. Ya encontraré algo por ahí.

—No tienes por qué, Tío Titus —respondió Jupiter—. Pero gracias de todas formas.

Una vez acabado el desayuno, Jupiter fue requerido por su tía para ordenar ciertos artículos en el Patio Salvaje. Resignado, el muchacho puso manos a la obra, lo cual le permitió mantener las manos ocupadas durante un rato mientras su mente se hallaba absorta en el mensaje dejado por el señor Roberts. Durante el trabajo su mirada se fue iluminando poco a poco a medida que ciertas ideas referentes a lo que el mismo podía significar fueron acudiendo a su cabeza. Cuando, al cabo de una media hora, terminó la tarea encomendada, el Primer Investigador era un muchacho completamente distinto al que, soñoliento y malhumorado, había bajado las escaleras para desayunar. Sus ojos brillaban ahora de pura excitación.

Sin nada más que hacer por el momento, Jupiter miró a su alrededor. Tras comprobar que no había rastro de Tía Mathilda por ninguna parte, el muchacho corrió hacia la casa en la que vivía con sus tíos, subió a su habitación, cogió el ajedrez y, con éste firmemente sujeto bajo el brazo, regresó corriendo al patio de la chatarrería. A continuación se dirigió disimuladamente hacia el rincón que ocupaba su taller, entró en éste y, tras apartar el trozo de rejilla situado tras la imprenta, se deslizó por el Túnel Dos hasta llegar al puesto de mando.

Una vez en el interior de éste, Jupiter tomó asiento tras el escritorio y depositó ante sí el ajedrez. Abrió el cajón que contenía las piezas, las cuales continuaban cómodamente instaladas en su lecho de gomaespuma, y sacó de éste un caballo, dos alfiles y un peón. Con manos temblorosas cogió las cuatro figuras, las colocó sobre el tablero y comenzó a moverlas por el mismo según las normas que regían los movimientos de las piezas.

Al cabo de un minuto, Jupiter, completamente absorto en sus pensamientos, dejó de mover las piezas sobre el tablero. Los ojos le brillaban más que nunca. Luego, como despertando de un trance, descolgó el teléfono y marcó apresuradamente el número del señor Heggyns. La voz de una mujer contestó tras un par de timbrazos.

—Disculpe que la moleste, señora —dijo Jupiter—. ¿Hablo con el domicilio del señor Glenn Heggyns?

—Sí, así es, pero... —respondió la mujer con voz nerviosa y atropellada.

—¿Podría hablar con él, por favor? —se apresuró a preguntar Jupiter—. Se trata de algo muy importante. Mi nombre es Jupiter Jones. El señor Heggyns sabe quién soy.

—Sí, pero... El señor Heggyns no puede ponerse... —respondió la mujer entre balbuceos—. No está... En fin, él...

Jupiter no la dejó continuar, tal era su excitación.

—¿No está en casa? —preguntó—. Vaya... ¿Sabe cuándo volverá? ¿O puede usted darme algún otro número de teléfono en el que localizarle?

—El señor Heggyns...

Jupiter, sorprendido, oyó cómo la mujer ahogaba un sollozo.

—¿Es usted la asistente del señor Heggyns, señora? —preguntó.

—Sí —respondió la mujer con voz estrangulada—. El señor Heggyns está en el hospital. Anoche dos desaprensivos le atacaron y... le agredieron severamente. El pobre está malherido y... Usted me ha encontrado en casa por pura casualidad. He venido simplemente a recoger algunas de sus pertenencias para llevárselas y... ¡Dios mío, qué desgracia!

—Señora, ¿se encuentra muy grave el señor Heggyns? —inquirió Jupiter, cada vez más alarmado.

—En realidad aún no lo sé —respondió la mujer—. Yo... ¿Cómo pueden hacerle algo así al señor Heggyns? Él, que es tan bueno con todo el mundo... Lo siento, pero debo regresar al hospital cuanto antes. Llame usted allí.

La mujer colgó al otro lado de la línea. Jupiter, todavía sorprendido por la noticia que acababa de recibir, colgó lentamente el auricular y se quedó inmóvil mirando al vacío.

—¡Bribón! ¡Bribón! ¡Devuélveme mis doblones, bribón! —graznó *Barbanegra*, el pájaro mina que los muchachos habían adoptado tras resolver un caso anterior, desde el interior de la jaula que colgaba del techo.

Jupiter alzó la vista y se quedó mirándolo fijamente. *Barbanegra*, cohibido ante la atenta mirada del Primer Investigador, optó por guardar silencio y ocultar la cabeza bajo una de sus alas. Jupiter, finalmente, desvió la mirada y suspiró con desaliento.

Al cabo de unos segundos un ruido procedente del suelo le hizo reaccionar. La trampilla que conducía al Túnel Dos se abrió y Pete apareció por ella sonriente. No obstante, al ver la expresión dibujada en el rostro de su amigo el Segundo Investigador no pudo menos que exclamar mientras tomaba asiento frente a Jupiter:

—¡Canastos, Jupe! ¿Qué te ocurre? Cualquiera diría que has visto un fantasma. ¿Has dormido poco pensando en el acertijo planteado por el señor Roberts?

Jupiter procedió a contar lo que acababa de averiguar con la llamada al domicilio del señor Heggyns.

—¡Atacado! —exclamó Pete nada más oírlo todo—. ¡Rábanos picantes, Jupe! ¡Atacado por dos desaprensivos! ¡Apuesto a que fueron Sinclair y Lagalle! ¡Sabía que esos tipos eran de cuidado! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Jupiter suspiró.

—En primer lugar —dijo—, no sabemos que fuesen el señor Sinclair y el señor Lagalle quienes atacaron al señor Heggyns, pero por lo pronto lo que sí podemos hacer es llamar al hospital de Rocky Beach para ver cómo se encuentra éste último. Si podemos hablar con él e incluso ir a verle es posible que averigüemos quiénes le agredieron y podamos intercambiar con él ciertas impresiones que tengo acerca del mensaje del señor Roberts.

Pete parpadeó sorprendido.

—¿Has resuelto el mensaje? —preguntó—. Yo confieso que estuve toda la noche dándole vueltas en la cabeza sin sacar nada en claro de él. Bueno —añadió—, al menos hasta que me quedé dormido.

—No sé si he resuelto el mensaje, Pete —dijo Jupiter—. Pero, desde luego, sí que tengo ciertas ideas muy sugerentes acerca del mismo. Me hubiera gustado dárselas a conocer al señor Heggyns para ver qué opina él de todo ello. Pero, como comprenderás, me ha sido imposible.

—¿Y qué idea es ésa, Jupe? —inquirió Pete sin más—. ¿Qué crees que significa el mensaje?

—Todo a su tiempo, Segundo —respondió Jupiter—. Antes hemos de llamar al hospital para ver si podemos averiguar algo relativo al estado del señor Heggyns. Además, debemos esperar a Bob para que nos informe de cuanto pueda haber encontrado en la biblioteca.

Jupiter abrió un cajón del escritorio y sacó de él un listín telefónico. Tras buscar el número de teléfono del hospital de Rocky Beach, descolgó el auricular y comenzó a marcar. No obstante, todavía no había acabado de hacerlo cuando, de repente, oyeron la potente voz de Tía Mathilda resonando por todo Patio Salvaje.

—¡Jupiter! ¡Jupiter Jones! —clamaba a voz en grito la buena mujer—. ¿Dónde te has metido? ¡Jupiter Jones! ¡Sal ahora mismo de donde estés! ¡Tienes visita!

Los chicos intercambiaron una mirada en silencio. Jupiter colgó el auricular y dejó el listín de teléfonos a un lado mientras Pete, por su parte, se levantaba de un salto y se acercaba a echar un vistazo a las inmediaciones del puesto de mando a través del *Todolové*. Éste era un artilugio que había confeccionado Jupiter para ponerle remedio al único defecto que poseía el puesto de mando de Los Tres Investigadores: su falta de visibilidad. En realidad no se trataba más que de un rudimentario periscopio fabricado con una vieja tubería de metal en cuyo interior habían sido dispuestos unos espejos. No obstante, y pese a su casera facturación, les resultaba sumamente útil a los chicos para poder inspeccionar las cercanías al puesto de mando.

Pete hizo girar el “*Todolové*” en uno y otro sentido hasta que por fin dio con lo que buscaba. Al hacerlo, el muchacho dio un respingo.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó—. Adivina quién está con Tía Mathilda. ¡El jefe Reynolds!

Jupiter miró a su amigo y se puso en pie. El jefe Reynolds era el jefe de policía de Rocky Beach. Los chicos le conocían bien, pues le habían ayudado en diversas ocasiones a resolver misterios harto intrincados.

—Si el jefe en persona viene a vernos seguro que tiene un motivo de importancia para ello —dijo—. Venga. Salgamos de aquí y vayamos a ver qué desea.

Los dos muchachos salieron a toda prisa del puesto de mando por el Túnel Dos. La voz de Tía Mathilda, quien no cesaba de llamar a Jupiter, les siguió todo el tiempo hasta que salieron tras la imprentilla del taller de éste. Tras sacudirse brevemente los pantalones, los muchachos salieron del taller, rodearon una enorme pila de chatarra y se dirigieron hacia donde el jefe Reynolds y Tía Mathilda les esperaban. Ésta, al verlos, exclamó:

—¡Por fin apareces! Desde luego, no sé dónde te metes para tardar tanto en atender a mis llamadas. ¡Vas a conseguir que me quede afónica de tanto llamarte a gritos! El jefe Reynolds ha venido a verte, Jupiter. Por cierto, buenos días, Pete.

—Buenos días, señora Jones —respondió cortésmente el aludido mientras la mujer daba media vuelta y se acercaba a atender a un cliente que requería su ayuda.

Jupiter y Pete se quedaron a solas con el jefe de policía de Rocky Beach. Samuel Reynolds, vestido con su impecable uniforme azul, les dedicó una leve sonrisa si bien, a pesar de ello, podían advertirse en su rostro signos evidentes de preocupación.

—Hola, chicos —les saludó al tiempo que les estrechaba las manos.

—Hola, jefe —dijo Jupiter—. ¿A qué se debe su visita? ¿Podemos ayudarle en algo?

Reynolds miró a los muchachos con expresión grave.

—Creo que, en efecto, podéis ayudarme —respondió—. He venido expresamente a veros por un asunto muy concreto. Veréis: vengo directamente desde el hospital. Si no me equivoco, conocéis a un hombre que fue ingresado ayer tras ser brutalmente asaltado. Su nombre es Glenn Heggyns. ¿Estoy en lo cierto? ¿Le conocéis?

Jupiter y Pete asintieron.

—Así es, jefe —dijo el primero—, si bien sólo desde ayer.

Reynolds asintió lentamente con la cabeza y frunció los labios.

—Muy bien —dijo—. Él me dijo exactamente lo mismo. Sea como fuere, el hecho es que ayer por la noche, mientras se dirigía a su casa, el señor Heggyns fue asaltado por dos individuos que le agredieron, le amenazaron e incluso le robaron.

—Sí, señor —respondió Jupiter asintiendo—. Lo sabemos. Bueno, al menos sabemos que está en el hospital porque ayer le atacaron. No sabíamos nada de ningún robo.

El jefe Reynolds enarcó las cejas, visiblemente sorprendido.

—¿Lo sabéis? —preguntó.

—Bueno, en realidad acabábamos de enterarnos justo antes de que usted llegase —dijo Jupiter.

El Primer Investigador procedió a relatar todo lo referente a la llamada que había hecho al domicilio del señor Heggyns y a la breve conversación que había mantenido con la asistente del abogado.

—Estábamos a punto de llamar al hospital para ver si podíamos hablar con él o, cuando menos, averiguar cuál es su estado, cuando llegó usted —concluyó Jupiter—. Eso es todo cuanto sabemos. Así pues, ¿ha podido usted hablar con el señor Heggyns? ¿Cómo se encuentra?

El jefe Reynolds se quitó la gorra, se la puso bajo el brazo y se pasó una mano por la frente.

—Ante todo —dijo— quiero que tengáis bien clara una cosa. El señor Heggyns no se encuentra precisamente bien. El doctor ha dictaminado reposo absoluto para él, así que no quiero que le molestéis bajo ningún concepto. Dado su delicado estado las únicas personas que tienen permitido entrevistarse con él son el médico que le tiene a su cargo y yo mismo, puesto que él me hizo llamar personalmente. No obstante, para vuestra información os diré que su estado raya en lo grave, si bien, si mantiene el reposo absoluto que le ha recetado el médico y no realiza esfuerzos ni se somete a preocupaciones, sin duda alguna evolucionará favorablemente. Aparte de una fuerte impresión, el señor Heggyns ha sufrido fuertes traumatismos y tiene desvanecimientos e intervalos de inconsciencia.

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió, señor? —inquirió Pete.

—Según él me contó esta mañana mientras permanecía consciente —respondió Reynolds—, ayer por la noche, tras dejaros a vosotros aquí, y mientras se dirigía a su casa por una de las carreteras secundarias de la costa, un coche conducido por dos individuos se colocó a su altura y le obligó a salirse de la vía. Su coche fue literalmente empujado y acabó estrellándose contra un árbol. Semiinconsciente a causa del choque, y sin poder moverse, el señor Heggyns acertó a ver, no obstante, cómo el coche que le atacó se detenía unos metros delante del suyo y cómo dos individuos se apeaban de él. Los dos tipos se acercaron hasta donde él estaba y, además de registrarle, le robaron una caja de madera en la que había una valiosa máquina codificadora de mensajes que data de la Segunda Guerra Mundial. Lo último que vio fue cómo los dos individuos regresaban corriendo a su coche llevándose consigo dicha máquina. Entonces se desvaneció. Cuando recuperó el conocimiento estaba ya en el hospital.

»El señor Heggyns me dijo que los dos tipos que le atacaron son los mismos que, tanto él como vosotros, visteis ayer en casa de un tal Roberts, un escritor que murió recientemente y que era cliente del señor Heggyns. Éste me dio una somera descripción de los dos individuos, pero me dijo que quizá vosotros podríais ampliar la información referente a ellos. El señor Heggyns me mostró además vuestra tarjeta y me explicó que le estáis ayudando a buscar algo que su difunto cliente, el señor Roberts, escondió con la intención de que él lo encontrase. Supongo que se trata de uno más de esos misterios extraños que a vosotros os encanta resolver, ¿verdad?

Jupiter y Pete asintieron.

—Así es, jefe —dijo el Primer Investigador—. Se trata del caso que tenemos actualmente entre manos. Todo comenzó ayer mismo, cuando mi Tío Titus me regaló un ajedrez que acababa de adquirir en una tienda de empeños del centro de la ciudad. Verá, señor, resulta que...

Jupiter procedió a relatarle al jefe Reynolds todo lo relativo al caso hasta el momento, sin omitir ni un solo detalle, explicándolo todo paso por paso y poniendo especial cuidado en describir tanto la máquina Enigma, cuyo robo era el supuesto móvil del asalto al señor Heggyns, como a Malcolm Sinclair y a Lagalle, a todas luces autores del

mencionado asalto. Cuando Jupiter pasó a describir el coche en el que se marcharon los dos individuos tras su breve visita a la casa de Arthur Roberts, se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo era el coche que atacó al señor Heggyns, jefe? ¿Llegó él a describírselo?

—El señor Heggyns sólo acertó a decirme que era un sedán rojo —respondió el jefe—, pero no tuvo oportunidad de fijarse en ningún otro detalle, y menos aún en el número de matrícula.

Jupiter se mordió el labio inferior.

—Cuando esos dos tipos se marcharon de la casa de Arthur Roberts lo hicieron en un coche más pequeño y de color negro. Yo tenía razón al creer que podían tener otro vehículo. Por ello ninguno de nosotros logró advertir nada extraño ayer, mientras, presumiblemente, nos seguían.

Jupiter añadió una exhaustiva descripción del coche pequeño y negro que el jefe Reynolds anotó en una pequeña libreta en la que previamente había anotado tanto la descripción de los dos individuos como algún que otro detalle referente al misterio planteado por el escritor muerto.

—Muy bien, chicos —dijo finalmente el jefe cerrando su libreta y guardándola en el bolsillo de su camisa—. Así que estáis ayudando al señor Heggyns a buscar algo que Arthur Roberts, el escritor recientemente fallecido, parece haber escondido con la única intención de que él lo encuentre. Todo eso suena a juego macabro y retorcido, como si Roberts estuviese intentando escribir una última historia de misterio incluso después de muerto. O como si, incapaz de poder escribirla por haber fallecido, estuviese haciéndosla vivir a vosotros.

Jupiter frunció los labios.

—Sí, señor —dijo—. Supongo que todo esto podría llegar a interpretarse desde ese punto de vista.

El jefe Reynolds guardó silencio durante unos segundos y, a continuación, aspiró aire profundamente:

—Mirad, chicos —dijo—. Este caso parece no ser precisamente un juego. Una persona ha sido atacada sin el menor escrúpulo, y si hay malhechores sueltos capaces de hacerle eso a un adulto, pensad en lo que podrían hacerles a tres muchachos como vosotros. Sé que si os prohíbo tomar parte en este asunto o avanzar en vuestra investigación mi veto no servirá de mucho porque acabaréis siguiendo adelante con el misterio. Sé lo que significa un misterio para vosotros, y muy especialmente para ti, Jupiter. Así que quiero que me prometáis que tendréis los ojos bien abiertos y que extremaréis las precauciones en todo momento, sin excepción. Habéis demostrado muchas cosas en más de una ocasión y yo confío plenamente en vuestro buen juicio, pero prometedme que tendréis mucho, mucho cuidado. ¿Estamos de acuerdo en eso, jovencitos?

Pete y Jupiter asintieron.

—Así lo haremos, jefe —dijo éste último—. Gracias por no relegarnos de la investigación y por dejarnos continuar.

—Está bien, Jupiter —dijo el jefe—. Ahora, chicos, decidme una cosa. ¿Estáis plenamente convencidos de que aquello que Arthur Roberts ocultó era una obra de arte? ¿Qué os hace pensar así?

—Jupe, al menos, sí lo está —respondió Pete—. ¿Verdad, Jupe?

Jupiter asintió.

—Así es, señor —dijo—. Ciertos detalles del caso, a los que ya he hecho alusión, así me inducen a pensarlo. Detalles como, por ejemplo, el que el señor Roberts amase el arte pero no poseyese más que unas pocas obras de relativo valor en su casa. Eso lleva a pensar que podía guardar una o más obras de verdadero valor en algún otro sitio, del cual no le habló nunca a su abogado, el señor Heggyns. Por otro lado, el señor Sinclair y

el señor Lagalle, quienes han demostrado con sus actos ir tras la pista de algo, pues de lo contrario no creo que hubiesen llegado al extremo de agredir al señor Heggyns de la manera en que lo han hecho, dicen ser tratantes de arte en busca de algo que el señor Roberts poseía. Yo no creo que sean tratantes de arte, sino más bien miembros de alguna banda de traficantes. Sea como fuere, el arte aparece en cada rincón de este caso. El jefe Reynolds miró fijamente a Jupiter durante unos segundos y esbozó una sonrisa.

—No hay duda de que piensas rápido, Jupiter —dijo—. Por eso mismo, y porque sé sobradamente que puedo confiar en vosotros, voy a proporcionaros cierta información que, si bien nunca se ha llegado a demostrar, sí es cierto que es un rumor de cierta consistencia que desde hace ya algún tiempo ronda por los bajos fondos. Pero sabed que cuanto voy a deciros ha de quedar estrictamente entre vosotros y yo.

Jupiter y Pete, intrigados, abrieron mucho los ojos.

—Seremos como tumbas, señor —dijo Pete.

—Veréis, chicos —comenzó a decir el jefe Reynolds—. A lo largo de los últimos años el cuerpo de policía de Rocky Beach ha desarticulado, en más de una ocasión, a bandas de malhechores especializadas en el tráfico de arte. Para bien o para mal, en esta zona y en los alrededores de Los Angeles abundan las mansiones de gente relacionada con el cine. Esta gente es rica, y muchos de ellos coleccionan arte. Y cuando digo arte estoy hablando de obras de arte que valen mucho, mucho dinero. Hay paredes en algunas mansiones de Hollywood que, a tenor de lo que cuelga de ellas, valen mucho más que las que hay en muchos museos. Vosotros mismos, en algún que otro caso anterior, habéis podido comprobar cuanto os estoy contando.

»Roberts era una de esas personas del mundo del cine que aman el arte —continuó el jefe Reynolds mientras los muchachos asentían con la cabeza—, si bien apenas poseía obras de valor. O al menos eso es lo que cree la inmensa mayoría de la gente. Porque lo cierto es que, a raíz de lo que nos confesó un miembro de una de estas bandas que operaban en Hollywood, a quien detuvimos hará alrededor de un año, el nombre de Arthur Roberts era un nombre que llegó a sonar con cierta asiduidad en el mundo del tráfico de arte hace ya mucho tiempo. Esta persona nos contó en cierta ocasión que había oído decir que Roberts había mantenido tratos con traficantes de arte. Según él, esto ocurrió, como os digo, hace años, cuando yo ni siquiera era policía. Pero el rumor, muy difundido en algunos círculos, puede haber cobrado consistencia a raíz de la muerte de Roberts. Lo que se dice concretamente no es que el escritor comprase obras de arte, sino que conocía a traficantes y que incluso en cierta ocasión llegó a colaborar con ellos identificando obras de arte auténticas y diferenciándolas de meras falsificaciones. En otras palabras, que en virtud de sus amplios conocimientos de arte llegó a actuar como tasador certificando la autenticidad de obras robadas con las que otros traficaban. Esto no lo convierte en un traficante propiamente dicho, pero sí en alguien que conocía ese mundo, que mantenía ciertos contactos... digamos... arriesgados, y que quizá, en alguna ocasión, y como buen amante del mundo del arte, adquiriese algo que más valía mantener oculto.

»Si todo esto es cierto, lo cual nunca se ha podido demostrar, es posible que tengáis razón al pensar que lo que el señor Roberts ocultó antes de morir era una valiosa obra de arte que adquirió hace mucho tiempo pero que ha mantenido oculta durante años en un lugar seguro que sólo él conocía.

»Si bien, aunque no muy extendido, esto no es más que un rumor que existe en ciertas esferas del mundo del hampa, es posible que algunos crean que hay algo de verdad en el fondo de todo. Es por ello que puede que os encontréis con sujetos especialmente peligrosos si decidís seguir adelante con este caso. Bueno, a algunos ya los habéis

conocido. Espero que no haya más involucrados en esta historia. Ésa es la razón de que os pida que os mantengáis alerta en todo momento.

Pete y Jupiter intercambiaron una mirada.

—¡Menuda historia! —exclamó Pete—. Mensajes cifrados, un tesoro escondido, nuestro cliente en el hospital, y ahora... ¡nada menos que traficantes! ¡Y todo empezó con un simple juego de ajedrez!

—El caso va adquiriendo matices cada vez más serios, intrincados e incluso diría que siniestros —admitió Jupiter—. Puede que, sin saberlo, estemos sentados sobre una bomba de relojería. Gracias por su confianza al contarnos todo esto, jefe Reynolds, así como por su recomendación. Pero no se preocupe. Tendremos los ojos bien abiertos. Si advertimos algo extraño se lo haremos saber.

—Espero que así sea, Jupiter —dijo el jefe Reynolds—. Me parece lo más acertado. Y ahora disculpadme, pero he de continuar. Tengo cosas que hacer. Mantenedme informado de cuanto ocurra. Y no se os ocurra molestar al señor Heggyns. Si necesitáis decirle algo, recurrid a mí y yo se lo transmitiré a él en cuanto me sea posible.

—Así lo haremos, jefe —dijo Pete—. Salude al señor Heggyns de nuestra parte la próxima vez que hable con él. Dígale que le deseamos una pronta mejoría.

El jefe Reynolds estrechó las manos de los muchachos y se puso su gorra. Luego dio media vuelta y se dirigió a su coche patrulla, que había dejado aparcado junto a la entrada de Patio Salvaje. Se introdujo en él, lo arrancó y se marchó calle abajo.

Cuando se encontraron solos, Pete miró a Jupiter.

—¡En menudo embrollo estamos metidos! Cuando pienso en lo bien que estaríamos tomando el sol en la playa y disfrutando de los últimos días del verano...

Luego, al ver que su amigo se hallaba absorto en sus pensamientos y no dejaba de pellizcarse el labio inferior, preguntó:

—¿Qué piensas, Jupe? ¿Alguna idea?

El interpelado miró a Pete.

—Es sólo que —dijo como si realmente estuviese pensando en voz alta— creo que acierto a entender por qué, de ser ciertos los rumores, el señor Roberts mantuvo al señor Heggyns al margen de su antigua relación con traficantes de arte.

—¿Ah, sí? —preguntó Pete—. ¿Por qué lo hizo, según tú?

—Era su amigo, Segundo —respondió Jupiter—. Si el señor Roberts se relacionó realmente con contrabandistas de arte, es probable que llegase a infringir la ley. Si ponía en conocimiento de ello al señor Heggyns, quien era su abogado personal, éste podría ser visto por la justicia como cómplice caso de que todo el asunto saliese algún día a la luz. Por fortuna para el señor Roberts, eso nunca ocurrió estando él en vida. Pero tenía que asegurarse la inocencia de su abogado, el señor Heggyns, de todas formas. Por eso nunca le contó absolutamente nada. Y ahora, una vez muerto, idea una ingeniosa trama en virtud de la cual puede hacer que el señor Heggyns, al encontrar el tesoro oculto, pueda no sólo lograr fama sino además tener un buen argumento para una novela. Y todo ello siendo inocente, pues nunca sospechó el secreto que ocultaba el señor Roberts. Sin duda, Arthur Roberts era un hombre sumamente inteligente. De no serlo nunca hubiera sido capaz de llevar la doble vida que llevó durante años.

—Tal y como lo planteas no hay duda de ello —convino Pete—. Esta historia es ciertamente complicada y, además... ¡Vaya! Ahí viene Bob. Quizás traiga noticias.

Jupiter levantó la vista y vio cómo Bob entraba pedaleando por entre las grandes verjas abiertas de Patio Salvaje. Cuando llegó junto a ellos frenó bruscamente y desmontó.

—Chicos, ¿no era el jefe Reynolds en persona quien conducía ese coche patrulla que acaba de salir de aquí? —preguntó—. ¿Ha venido a hablar con vosotros? ¿Ha ocurrido algo?

Jupiter y Pete le contaron todo cuanto había sucedido aquella mañana. Cuando acabó de oír el relato de sus amigos Bob soltó un silbido.

—¡Vaya! La cosa se complica, pero al menos vamos averiguando cosas —dijo—. Siento lo del señor Heggyns. Espero que se recupere pronto.

—También nosotros —dijo Jupiter—. ¿Y tú, Tercero? ¿Has podido averiguar algo durante tu trabajo en la biblioteca?

—No mucho —respondió Bob sacando una pequeña libreta del bolsillo trasero de su pantalón—, pero si queréis podemos intercambiar opiniones en el puesto de mando.

—¡Excelente idea! —exclamó Pete—. ¿Sabías que Jupe cree haber descubierto el significado del mensaje del señor Roberts?

Bob se volvió hacia Jupiter.

—¿Es cierto eso, Jupe? —preguntó.

—Mmm... Es posible —gruñó el Primer Investigador, ligeramente malhumorado—. Vayamos primero al puesto de mando y oigamos lo que tú tienes que contarnos.

Los tres se encaminaron al taller de Jupiter, donde Bob dejó aparcada su bicicleta. Luego, a través del Túnel Dos, entraron en el puesto de mando. Jupiter ocupó la silla giratoria situada tras el escritorio. Bob y Pete tomaron asiento frente a él.

—Y ahora, Tercero, cuéntanos cómo te ha ido —dijo Jupiter.

Bob carraspeó y abrió su libreta de notas.

—En realidad no es gran cosa —dijo—. Si uno se pone a buscar información sobre ajedrez puede encontrarla en miles de libros. No obstante, por mucho que busqué y rebusqué no encontré nada realmente útil para nuestra investigación, y mucho menos para desentrañar el misterioso mensaje del señor Roberts.

—Eso nunca se sabe, Bob —alentó Jupiter—. Por favor, refiérenos cuanto hayas averiguado.

—Está bien, jefe —accedió Bob clavando la vista en sus anotaciones—. Para empezar, el ajedrez es un juego antiquísimo sobre cuyo origen hay muchas versiones. La más aceptada dice que fue inventado en la India allá por el siglo VI después de Cristo. Gracias a las rutas de comercio su conocimiento se fue expandiendo primero a Persia, luego al resto de Asia, y de ahí a los árabes, quienes lo estudiaron, escribieron tratados sobre él y formalizaron sus reglas. No tardó mucho en expandirse por Europa, si bien no fue hasta los siglos XVI y XVII cuando el juego obtuvo la forma con la que lo conocemos actualmente y se sentaron por escrito las reglas que se conocen hoy día. A partir de ahí su desarrollo fue en aumento progresivo, con lo que no tardaron en aparecer las primeras escuelas. De ahí hasta el presente sus reglas no han variado.

»En cuanto al objetivo del juego, éste es dar mate al adversario, lo cual sólo puede lograrse mediante la colaboración de todas las piezas y empleando las jugadas correctas basadas en planes estratégicos. La estrategia se convierte así en el punto fundamental para llevar a buen fin una partida.

»Por lo que se refiere a los movimientos de las piezas...

—¿Para qué nos sirve saber todo eso? —interrumpió Pete—. ¿Qué relación tiene eso con el mensaje del señor Roberts?

—Dale a Bob una oportunidad, Segundo —reprendió Jupiter—. Tercero —añadió luego volviéndose hacia éste—, tú conoces las reglas del ajedrez, si no me equivoco. Pete, en cambio, no. El mensaje del señor Roberts se refería a los movimientos de algunas piezas concretas. ¿Puedes explicarle a Pete algo acerca de esto?

—Claro que sí, jefe —respondió Bob—. A eso iba. Si recordamos el mensaje, éste alude a la manera en que mueven el caballo, el alfil y el peón. Con respecto a esto, tenemos que el caballo mueve siempre e inexcusablemente en forma de “L”, que el alfil

lo hace siempre en diagonal sin importar cuántas casillas recorra, y que el peón mueve siempre hacia adelante, es decir, en vertical según miramos el tablero.

Pete miró a Bob, después a Jupiter, y luego de nuevo a Bob.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Acaso eso debe aclararnos las ideas acerca de este caso? Si así es, os aseguro que no veo cómo.

Bob se volvió hacia Jupiter.

—Jupe —dijo—, estoy con Pete. Confieso que por más que he leído el mensaje del señor Roberts y he pensado en los movimientos de las piezas no he logrado sacar nada en claro. Pete dijo antes que tú creías haber averiguado algo. ¿De qué se trata?

—Eso, Jupe —insistió Pete—. Deja de hacerte el misterioso y dinos de una vez qué ideas tienes acerca del mensaje. Por más que pienso en él no consigo ver nada en claro.

—Eso es porque no veis lo que debéis ver —repuso Jupiter—. O, cuando menos, no veis lo que el señor Roberts pretende que veamos.

—Déjate de galimatías y suéltalo de una vez, Jupe —se quejó Pete—. Bastante tengo ya con estar aquí y no poder ir a nadar.

Jupiter, condescendiente, sonrió y se inclinó hacia adelante hasta apoyar los codos sobre el escritorio.

—Está bien —dijo—. Bob, ¿puedes repetirnos tu descripción de la manera en que se mueve un caballo de ajedrez?

El Tercer Investigador, sorprendido, se ajustó las gafas y repitió:

—El caballo mueve siempre e inexcusablemente en forma de “L”.

Jupiter miró a sus amigos.

—¿Y bien? —preguntó Pete tras unos segundos de silencio.

—¿No lo veis? —repuso Jupiter—. El caballo mueve en forma de “L”. En forma de “L”. Al decir eso el señor Roberts nos está diciendo...

—¡Un momento, un momento! —exclamó Bob—. ¿No querrás decir que...?

—En efecto, Bob —dijo Jupiter asintiendo con la cabeza—. El señor Roberts nos está diciendo algo. Nos está diciendo... ¡la letra L! O, al menos, hace referencia a algo o a alguien cuyo nombre comienza por dicha letra.

—¡Diantre! —exclamó Pete—. Bob lo dijo antes y yo ni siquiera me fijé en ello. Parecía algo tan evidente...

—A menudo lo más evidente es lo más difícil de captar precisamente por no hallarse oculto, Pete —aleccionó Jupiter—. Bien. Por tanto, tenemos que la primera línea del mensaje dejado por Arthur Roberts hace referencia a la letra L. ¿Qué más tenemos, Bob?

—Pues —respondió éste, pensativo— tenemos el movimiento del alfil, el cual, como ya dije antes, es siempre en diagonal. Así que, si seguimos el mismo método que con el movimiento del caballo, tenemos que...

A continuación, sacudiendo la cabeza, dijo:

—Hay algo que falla, Jupe. Si trazamos una línea diagonal, que es como movería un alfil, no obtenemos ninguna letra, así como tampoco ningún número ni ningún otro carácter. Todo cuanto se obtiene es una simple línea diagonal.

—Te ruego que leas bien el mensaje, Bob —dijo Jupiter—. Éste, en su segunda línea, dice claramente: “como mueven los alfiles”, no “como mueve *un solo* alfil”. Así, pues, hemos de considerar el movimiento de los dos alfiles al mismo tiempo, ¿comprendéis? Ved lo que ocurre cuando desplazo los dos alfiles sobre el tablero de ajedrez partiendo de la posición original de éstos.

Pete y Bob vieron cómo su jefe cogía las figuras de los dos alfiles blancos y las ponía sobre el tablero. El Primer Investigador movió entonces uno de ellos hasta el extremo

opuesto de éste. Acto seguido movió el otro. Las líneas imaginarias trazadas por el movimiento de ambas figuras se cruzaban justo en la mitad.

—¿Lo veis? —inquirió Jupiter—. ¿Veis lo que resulta si dibujamos con una línea recta el movimiento de cada alfil?

—¡La letra X! —exclamó Bob abriendo mucho los ojos—. Las dos líneas se cruzan y forman un X. ¡El señor Roberts nos está diciendo otra letra! Tengo la impresión de que pueden ser las siglas de algo o las iniciales de alguien.

—Eso mismo he pensado yo, Tercero —dijo Jupiter—. En realidad, con respecto al movimiento de los alfiles hay otras posibilidades, pero ésta es la única que da como resultado una letra bien definida. Así pues, tenemos la letra L y también la letra X.

—¿Y qué hay de la tercera línea del mensaje? —intervino Pete—. ¿Acaso os habéis olvidado de ella?

—A eso vamos, Pete, a eso vamos —repuso Jupiter—. Bob, por favor, repítenos lo referente al movimiento del peón.

—Como expliqué antes —comenzó a decir el aludido—, el peón mueve en vertical, hacia la línea de piezas del adversario, así que...

—¡Espera un momento! —exclamó Pete—. Si esto va de trazar letras a partir de los movimientos de ciertas piezas de ajedrez sobre el tablero, dejadme ésta a mí. Un movimiento en vertical supone trazar una línea vertical. Si trazamos una línea vertical obtenemos... la letra I. ¡Simple y llanamente la letra I! ¿Estoy en lo cierto, Juve?

Éste asintió con la cabeza.

—Así es, Pete —dijo—. Estoy seguro de que con esto vamos por el buen camino. Creo que, con su mensaje, el señor Roberts nos dice que busquemos algo o alguien cuyo nombre responde a las iniciales L, X e I que acabamos de descubrir. Estoy convencido de que no se refería a otra cosa.

—¡Unas iniciales! —exclamó Bob—. ¡O unas siglas que conducen a algo! Juve, ¿tienes alguna idea de dónde hemos de buscar aquello a lo que corresponden estas tres iniciales?

—También he estado pensando en ello, Tercero —respondió Jupiter—. En la carta que ocultó en el ajedrez el señor Roberts escribió, justo a continuación del mensaje cifrado, lo siguiente —cogió la carta de encima del escritorio, la desplegó y leyó en voz alta—: “Hasta aquí lo más sencillo. Ahora busca entre lo que más quiero. El nombre te conducirá por el camino correcto.” ¿No os parecen unas indicaciones de lo más sugerente?

—A mí no me sugieren más que una sola cosa: “siga buscando” —refunfuñó Pete con el ceño fruncido.

—Bob —dijo Jupiter—, tú eres bueno proponiendo líneas de acción. ¿Qué te sugiere lo que acabo de leer?

—Supongo —respondió el interpelado— que lo que el señor Roberts más quería debe hallarse en su casa. Creo que hay algo que debe ser encontrado allí, algo que responde a las iniciales que acabamos de descubrir. Quizás se trate del nombre de algún amigo o de algún lugar al que debemos ir. De ahí que diga “el nombre te conducirá por el camino correcto”.

—Así pues... —apremió Jupiter.

—Así pues, sugiero que regresemos lo antes posible a la casa del señor Roberts y busquemos entre sus pertenencias aquello que encaja con lo que hemos averiguado a partir del mensaje cifrado. Si damos con ello habremos encontrado la siguiente pista.

—Así es, Tercero —asintió Jupiter—. Al igual que tú, creo que nuestro siguiente movimiento consiste en regresar a la casa del señor Roberts.

—¿Y cómo vamos a entrar? —intervino Pete—. Es el señor Heggyns quien tiene la llave. Y no podemos recurrir a él porque está en el hospital.

—Pete tiene razón —dijo Bob mirando a Jupiter—. No pensé en ese detalle.

—Ya se nos ocurrirá algo —repuso el Primer Investigador—. Entraremos de alguna manera. El señor Heggyns es nuestro cliente y eso hace que tengamos su permiso para emprender nuestra búsqueda. Además, nuestros fines son completamente honrados.

—Si alguien nos ve puede que no piense lo mismo que tú —dijo Pete.

—Tendremos cuidado —repuso Jupiter—. Bien, es hora de que nos pongamos en marcha. Vayamos a ver a Tío Titus para pedirle prestado el camión pequeño con Hans o Konrad. Teniendo en cuenta la hora que es —añadió tras consultar su reloj—, tendremos que esperar a después de comer para ir. Pero cuanto antes le pidamos el camión, tanto mejor.

Los tres se pusieron en pie y se introdujeron en el Túnel Dos. Tras gatear durante unos metros salieron tras la imprentilla del taller de Jupiter. Se disponían a salir de éste cuando Pete, quien se había rezagado ligeramente para sacudirse los pantalones, exclamó:

—¡Cáscaras! ¡Mirad eso! ¡Decidme si lo que estoy viendo es cierto o no!

Bob y Jupiter se detuvieron y se volvieron para mirar a su amigo. Éste, con los ojos muy abiertos, señalaba la imprentilla con una mano. Bob y Jupiter miraron hacia donde Pete indicaba y sintieron cómo sus bocas se abrían a causa de la sorpresa. Allí, sobre la imprenta, descansaba una maltrecha caja de madera provista de un asa metálica que todos ellos conocían sobradamente bien.

—¡La máquina Enigma! —exclamó Bob, perplejo—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¡No estaba ahí cuando entramos al puesto de mando! —exclamó Pete—. Estoy seguro de ello.

—Evidentemente alguien la ha traído y la ha dejado aquí —dijo Jupiter, quien se había repuesto rápidamente de su primera sorpresa y se presionaba furiosamente el labio inferior—. Y quien la haya traído no la ha dejado ahí por casualidad, sino que la ha traído *para nosotros*, para que la veamos y la recuperemos. Así pues, la valiosa señorita Schoenberg vuelve a aparecer. Muy, pero que muy interesante...

—¡Diantres de caso! —exclamó Pete—. Como si todo esto no fuera ya embrollo suficiente, ahora hay que sumarle el misterio de una misteriosa máquina que aparece misteriosamente.

—¿Quién la habrá traído, Juve? —preguntó Bob—. ¿Crees que pueden haber sido Sinclair y Lagalle? Ellos la robaron ayer. Quizás, no sabiendo cómo utilizarla, nos la devuelven a nosotros pensando que sí sabemos hacerlo con la intención de dejarnos actuar mientras nos vigilan. Estarán al acecho mientras nosotros les conducimos hasta el tesoro escondido.

—Mmm... Es posible —convino Jupiter—. Puede que hayan sido ellos y puede que no. Si hay más gente interesada en este asunto, puede que dicha persona o personas se la hayan arrebatado a ellos y nos la hayan traído por su cuenta. Recuerda que no sabemos cuánta gente puede haber involucrada en toda esta historia. Quizás, mientras Sinclair y Lagalle nos vigilan a nosotros haya gente que, a su vez, les vigile a ellos.

—¡Uf! —rezongó Pete—. Para colmo de males, vigilantes que son vigilados. ¡Eso es lo que yo llamo enredar el ovillo!

—Lo cual nos recuerda la promesa que le hicimos al jefe Reynolds referente a mantener los ojos bien abiertos en todo momento —dijo Jupiter sin hacer caso del comentario de Pete.

Luego, acercándose a la imprenta, tomó la caja en sus manos y la abrió.

—No tiene muy buen aspecto, Jupe —comentó Bob—. ¿Crees que puede estar averiada?

Jupiter se mordió el labio inferior y sostuvo en alto la caja abierta. La máquina guardada en su interior aparecía, en efecto, desvencijada, rajada en tres o cuatro sitios y tenía algunas teclas rotas. En realidad incluso la caja en sí estaba maltrecha y no encajaba bien. Jupiter observó que una de las bisagras estaba rota y una de las esquinas de madera, partida. Al agitarla ligeramente, los tres percibieron un amortiguado pero inquietante sonido de piezas sueltas.

—Mucho me temo que, de hecho, lo está —respondió finalmente Jupiter—. Esta máquina viajaba ayer en el coche del señor Heggyns cuando éste sufrió el accidente. Deduzco que se rompió en el mismo y que, a todas luces, ha quedado completamente inutilizada.

—¡Pues estamos apañados! —exclamó Pete—. Espero que no tengamos que recurrir a ella de nuevo para desentrañar este misterio, porque, si ello fuese necesario, podemos ir diciéndole adiós al tesoro que ocultó el señor Roberts.

—Me temo que tienes razón, Segundo —dijo Jupiter—. Yo también espero que no tengamos que volver a utilizarla.

—¿Qué hacemos con ella, jefe? —inquirió Bob.

—Puesto que de nada sirve estando averiada, podemos esconderla aquí mismo, en el taller —respondió Jupiter—. Luego iremos a hablar con Tío Titus, Hans y Konrad. Puede que alguno de ellos haya visto rondar por aquí a alguien sospechoso que haya podido dejar aquí la máquina.

Jupiter cerró la maltrecha caja de madera, la colocó bajo la imprenta y la cubrió con un retal de tela de arpillera que cogió de un rincón. La máquina quedó allí, tapada y con aspecto inocente.

—Nadie sospechará de un bulto de aspecto corriente cubierto con arpillera —dijo.

A continuación los tres chicos salieron del taller y, tras rodear las enormes pilas de material de desecho que ocultaban el puesto de mando, cruzaron el patio y se acercaron a donde Tío Titus, en compañía de Hans y Konrad, se hallaban ocupados clasificando parte de los materiales adquiridos el día anterior. No obstante, por más que les preguntaron, ninguno de los tres pudo ayudarles. Habían estado demasiado atareados para prestarle atención al rincón de la chatarrería en el que se hallaba el taller de Jupiter. Ni siquiera Tía Mathilda, quien al verles se acercó a ellos con la firme intención de hacerles trabajar un rato, pudo resultarles de ayuda. Había habido bastante clientela que atender durante toda la mañana, por lo que la buena mujer no había advertido nada fuera de lo normal ni había visto a nadie que se ajustara a las descripciones que los muchachos le dieron de Sinclair y Lagalle.

—Siento no poder ayudaros, chicos —concluyó la señora Jones—. No obstante, celebro veros, porque vosotros sí que podéis ayudarme a mí con esa pila de material que hay en ese lado —añadió señalando hacia un rincón del patio.

Los muchachos gimieron al mirar en la dirección indicada y ver lo que les esperaba.

—Sería perfecto que lo inventariaseis y lo clasificaseis mientras yo me dedico a preparar la comida —dijo la mujer entregándole a su sobrino un lápiz y un bloc de notas—. Y no admito protestas de ningún tipo, Jupiter. Así que deja de mirarme de esa manera y... ¡a trabajar!

CAPÍTULO 8

DE NUEVO EN CASA DEL ESCRITOR

—¿Qué vamos a buscar exactamente en casa del señor Roberts, Jupe? —preguntó Pete.

—Cualquier cosa relacionada con las letras que hemos descubierto —respondió Jupiter distraídamente, pues parecía absorto en sus propios pensamientos—. El nombre de una persona, una referencia a un lugar... No sé, cualquier cosa. Supongo que lo veremos sobre la marcha y que sabremos lo que buscamos tan pronto como lo encontremos.

—¿Y si no encontramos nada, Jupe? ¿Y si ni siquiera logramos averiguar qué es lo que buscamos? —inquirió Pete en tono sarcástico.

—Entonces empezaré a preocuparme —respondió Jupiter sin más.

Los tres muchachos viajaban apretujados en el interior de la cabina del camión pequeño conducido por Hans, con Bob sentado sobre las rodillas de Pete. Tras finalizar el trabajo de inventario encargado por la señora Jones, y después de una rápida comida, Tío Titus le había concedido a Jupiter el derecho a disponer del vehículo durante aquella tarde. No había viajes pendientes que hacer, por lo que el chatarrero podía prescindir del camión y de uno de sus ayudantes.

—Lo que más me inquieta, jefe —intervino Bob mientras Hans recorría las calles de Rocky Beach en dirección a las afueras—, es una de esas letras, la X. No hay muchos nombres, ya sean de personas o lugares, que empiecen por dicha letra. ¿Estás seguro de que nos hallamos sobre la pista correcta?

Jupiter, como despertando de un profundo ensueño, miró a Bob.

—Te confieso, Tercero, que también a mí me da que pensar ese punto —respondió—. No obstante, aun habiendo pocas palabras y nombres que comiencen por X, cierto es que éstas existen. Yo creo que sí estamos sobre la verdadera pista. De todas formas, y aun a pesar de que no fuese así, es nuestro deber como investigadores agotar todas las posibilidades que se nos ofrecen. Pero, tal y como digo, estoy convencido de que... ¿Qué ocurre, Hans?

—No quiero alarmarte, Jupe —respondió el rubio bávaro mirando por el espejo retrovisor—, pero creo que nos siguen.

—¿Puedes ver de quién se trata, Hans? —preguntó Pete mirando por el retrovisor de la derecha.

—No miréis atrás —advirtió Jupiter—. Actuad con normalidad.

Los otros obedecieron. Luego, al cabo de unos segundos de calma, Jupe volvió a hablar:

—Mira disimuladamente por el retrovisor, Hans, y dínos si sigue ahí.

Hans hizo lo que se le decía y asintió con la cabeza.

—Actuemos con naturalidad, chicos —recomendó Jupiter—. Hans, ¿cómo es el coche?

—Se trata de un sedán rojo —respondió el bávaro—. Se puso detrás de nosotros justo después de que saliéramos de Patio Salvaje. Nos ha seguido a una distancia bastante prudente, pero ha estado ahí durante todo el camino.

—¡Un sedán rojo! —exclamó Bob—. Apuesto a que son Sinclair y Lagalle. Ellos desconocen que nosotros sabemos que, además del coche de color negro, tienen un sedán rojo. Ésa es nuestra ventaja.

—¿Puedes ver quién lo conduce, Hans? —preguntó Jupiter.

El bávaro miró disimuladamente un par de veces por el espejo retrovisor mientras continuaba dejando atrás, una tras otra, las calles de Rocky Beach.

—Son dos hombres —respondió—. El que conduce es un tipo bajito. El otro parece más alto y lleva sombrero.

—¡Son ellos, Jupe! —exclamó Pete—. Seguro que han estado vigilándonos todo el tiempo.

—Eso creo, Pete —repuso el aludido.

—¿Qué hacemos ahora, Jupe? —inquirió Hans—. ¿Quieres que intente darles esquinazo?

Jupiter reflexionó durante unos segundos y luego, mordiéndose su labio inferior, respondió:

—Cambio de planes, chicos. Hans, rodea la manzana siguiente y llévanos a la autopista. Una vez allí intentaremos quitárnoslos de encima. A estas horas hay gran cantidad de coches en ella. Eso nos lo pondrá más fácil.

—A la orden, Jupe —dijo Hans.

Obedeciendo al Primer Investigador, Hans giró a la derecha en el siguiente cruce y rodeó una manzana para a continuación dirigirse hacia la autopista de Los Angeles, uno de cuyos accesos no distaba mucho de donde se encontraban en aquel momento. Tanto Los Angeles como toda el área suburbana que la rodea se hallan recorridos por amplias autopistas de numerosos carriles que se entrecruzan hasta formar una tupida red por donde a diario se desplazan miles de vehículos. En medio de dicha maraña no resulta demasiado difícil despistar a un perseguidor si se conduce a horas determinadas.

—Ahí sigue, ¿verdad, Hans? —inquirió Pete.

—Así es, Pete —respondió el bávaro.

—No conviene que dejemos ver que sabemos que nos siguen —recomendó Jupiter—. Dirijámonos a la autopista como si nada. Una vez allí ya tendremos tiempo de acelerar para despistarles.

—Eso es pan comido, Jupiter —dictaminó Hans.

El conductor giró a la derecha y enfiló una calle muy tranquila al final de la cual podía divisarse una de las entradas a la autopista. Sobre ésta, y al final de una rampa de acceso, miles de vehículos se deslizaban por la imponente vía construida con toneladas de cemento y hormigón.

El camión pequeño avanzó por la calle. Por el retrovisor, Hans pudo comprobar cómo el sedán rojo rodeaba la esquina y avanzaba, a su vez, tras ellos.

—Siguen detrás de nosotros —informó el bávaro—. No parecen haberse percatado de que les hayamos descubierto. De hecho, nuestra velocidad es moderada y no induce a sospechar nada. Espero que resulte fácil despistarles en la autopista. Habrá que esperar el momento propicio para acelerar y... Pero ¿qué diantres...?

Sin poder evitarlo, los chicos, incluso Jupe, se volvieron para ver lo que había causado la sorpresa de Hans. Olvidada toda cautela, los tres rostros infantiles observaron a través de la ventanilla trasera de la cabina cómo un segundo coche giraba la esquina a gran velocidad y con un estrepitoso chirriar de ruedas.

Todo sucedió en apenas unos segundos. Mientras Hans y el sedán rojo conducían a velocidad moderada, el vehículo recién llegado se dirigió hacia ellos con una celeridad tal que los tres amigos apenas acertaron a discernir que se trataba de un vehículo azul oscuro. Sea como fuere, el coche azul aceleró hasta ponerse junto al sedán rojo y, de un único pero imperioso volantazo, lo empujó hacia la acera. Tras un breve choque y un fugaz chisporroteo de metal contra metal, el sedán rojo, perdido parcialmente el control, se desvió hacia un lado, saltó por encima del bordillo de la acera y se estrelló lateralmente contra una farola. El vehículo se detuvo con dos neumáticos reventados

mientras un hilo de humo emergía del motor. Jupiter, Pete y Bob pudieron ver fugazmente los rostros encolerizados de Sinclair y Lagalle. Éste último parecía estar profiriendo todo tipo de imprecaciones mientras amenazaba con los puños en alto al conductor del otro vehículo.

En cuanto al coche azul oscuro, éste, sin disminuir un ápice su velocidad sino más bien todo lo contrario, avanzó veloz hacia el camión pequeño de Patio Salvaje, pasó raudo junto a él y lo adelantó. Hans y los chicos contemplaron cómo se alejaba en dirección a la rampa de acceso a la autopista, se internaba en ésta y desaparecía entre el enjambre de vehículos que en aquel momento rodaba veloz al sol de California.

—¡Cáscaras! —exclamó Pete una vez que se hubo recuperado de la sorpresa—. ¡Menuda manera de conducir! Por fortuna ésta es una calle algo solitaria y no había peatones a la vista. ¿Pudisteis ver quién era?

—No, Segundo —respondió Bob—. Ese coche tenía las lunas tintadas. No pude ver nada ni siquiera cuando pasó zumbando junto a nosotros. Claro que lo hizo tan rápido que dudo mucho que hubiéramos podido ver algo incluso aunque hubiese tenido cristales corrientes.

—¿Alguien vio el número de matrícula? —preguntó Hans—. Ese tipo merece que lo detengan.

—La matrícula se hallaba parcialmente cubierta de barro —intervino Jupiter hablando despacio mientras se presionaba el labio inferior—. Posiblemente sus ocupantes lo hayan hecho adrede para ocultar el número. Desde luego, ese tipo merece que lo detengan, pero lo cierto es que le debemos un favor.

—¿Un favor? —inquirió Pete—. Jupe, ese tipo es un loco. ¡Casi nos mata!

—No, Pete, no es así —repuso Jupiter—. Te ruego repases bien cuanto acaba de suceder.

Pete parpadeó sorprendido.

—Jupe tiene razón, Segundo —intervino Bob—. El coche azul ha atacado a Sinclair y Lagalle pero ha pasado junto a nosotros sin tocarnos. A velocidad temeraria, es cierto, pero sin tocarnos. Resulta claro que no éramos nosotros su objetivo.

—Así es, Tercero —dijo Jupiter—. Lo sucedido confirma de manera irrefutable que, aparte de Sinclair y Lagalle, hay más gente interesada en todo este asunto. ¿Quiénes son? No lo sabemos, pero lo que sí está claro es que, al menos en esta ocasión, nos han ayudado protegiéndonos de esos tipos.

—¡Jupe! —exclamó Bob, súbitamente asaltado por una idea—. ¿Crees que pueden haber sido ellos quienes dejaron la máquina Enigma en el taller de Patio Salvaje?

Jupiter guardó silencio y reflexionó durante unos segundos.

—Es una posibilidad a considerar —dijo al fin—. No me extrañaría nada que así fuese. Amigos, definitivamente alguien más desea que encontremos lo que andamos buscando. Así pues, somos vigilados por más de una banda de malhechores, las cuales, a tenor de lo visto hasta el momento, pueden ser consideradas como potencialmente peligrosas.

—Jupiter —intervino Hans, quien había reducido ligeramente la velocidad—, si estáis metidos en un embrollo y hay, como tú dices, bandas peligrosas detrás de vosotros, quizás sería mejor que diésemos media vuelta y se lo contaras a tu tío o, si no, que fuésemos directamente a ver a la policía. Acudir a las autoridades en el momento adecuado es una sabia decisión.

Jupe consideró la idea.

—En realidad la policía ya está al tanto de todo, Hans —repuso—. No obstante, sí sería conveniente informarles de cuanto acaba de ocurrir. Aun así, preferiría hacerlo más tarde, Hans, si no te importa.

—Como quieras, Jupe —accedió el bávaro—. ¿Qué hacemos entonces?

—Desearía ir al lugar al que nos dirigíamos en un principio —respondió Jupiter—. Luego, una vez hayamos terminado nuestro cometido, podremos llamar a la policía. Olvidémonos de la autopista, Hans, y retomemos el camino que llevábamos.

—Muy bien, Jupe —dijo Hans sin más.

El bávaro giró en la siguiente esquina, justo una manzana antes de alcanzar la rampa de acceso a la autopista, y volvió a internarse en las calles de Rocky Beach. Esta vez todos hicieron el camino prácticamente en silencio, con los ojos bien abiertos, y en extremo alertas por si descubrían algún posible perseguidor o algún detalle sospechoso a su alrededor. No obstante, no volvieron a ver el coche azul oscuro ni advirtieron tras ellos la presencia de ningún vehículo que pudiese estar siguiéndoles.

Gracias a la mano firme de Hans al volante, no tardaron en hallarse en las afueras de Rocky Beach, recorriendo la sinuosa carretera que discurría por entre las colinas. Al cabo de un breve rato el bávaro, siguiendo las indicaciones de los chicos, se internó en el estrecho cañón al final del cual se hallaba la casa de Arthur Roberts.

—Por favor, Hans, aparca ahí, junto a la acera —indicó Jupiter nada más ver la casa.

Hans obedeció y aparcó el camión frente al macizo de setos que se levantaba junto a la acera. Jupiter, Pete y Bob se apearon y se encaminaron a la puerta principal. Hans les siguió de cerca.

—¿Cómo haremos para entrar, Jupe? —preguntó Pete.

—Comprobaremos puertas y ventanas —respondió el interpelado—. Con un poco de suerte encontraremos una abierta o que resulte fácil de abrir.

—Pues debemos hallarnos en verdadera racha de buena suerte, jefe —dijo Pete—. ¡Mirad!

Jupiter y Bob miraron hacia donde Pete señalaba. El brazo de éste apuntaba hacia la puerta, y cuando ambos la miraron pudieron ver que ésta se hallaba entornada.

—¡La puerta está abierta! —exclamó Bob—. No puede haberla abierto el señor Heggyns. Él es quien tiene la llave y está en el hospital. Y todos pudimos ver claramente cómo la cerraba ayer, cuando nos marchamos de aquí.

—Alguien debe haber entrado aquí por la fuerza —comentó Pete.

Los tres se acercaron corriendo a la puerta. Jupiter se agachó y contempló la cerradura durante unos segundos. Acto seguido se incorporó y miró a sus amigos con el ceño fruncido.

—La puerta ha sido forzada —declaró—. No usaron una palanqueta, pues el marco no ha sufrido desperfectos, sino alguna especie de ganzúa. Ésta abrió la puerta pero dejó inutilizada la cerradura.

—Tengamos cuidado —dijo Hans, quien se había reunido con ellos—. De ser como dices, Jupe, puede haber alguien dentro. Si se ve descubierto, cualquier intruso puede reaccionar de manera violenta y resultar peligroso.

—Tienes razón, Hans —concedió Jupiter—. Registremos la casa habitación por habitación. Vayamos juntos y no nos separemos bajo ningún concepto. Y sobre todo procuremos no hacer el menor ruido.

Siguiendo las instrucciones de Jupiter, los cuatro entraron en la casa y fueron pasando de una habitación a otra tan silenciosamente como les fue posible hasta que la recorrieron por completo. A su paso fueron descubriendo cómo muchas de las cosas que el día anterior habían visto puestas pulcra y ordenadamente en su sitio se hallaban ahora tiradas por el suelo o arrojadas de cualquier manera por los rincones. No obstante, si bien la casa había sido registrada, dicho registro no parecía haber sido efectuado demasiado a fondo, sino más bien de manera somera. Así, aunque en el salón podían verse libros tirados por el suelo, la mayoría de éstos se hallaba todavía en las estanterías.

En cuanto a los muebles, algunos se hallaban desplazados de su sitio, pero no todos los cajones habían sido abiertos y vaciados.

—La impresión general que se saca de este registro —comentó Jupiter— es que quienes lo llevaron a cabo tenían prisa y estaban impacientes. Si hubieran registrado la casa a fondo seguramente nos encontraríamos incluso tablas del suelo levantadas. Quien registró la casa se vio, o bien sorprendido en mitad de su trabajo, o bien cambió de idea y, simplemente, se marchó.

—O quizás encontró lo que andaba buscando —apuntó Bob.

—No lo creo, Tercero —rechazó Jupiter negando con la cabeza—. De ser así no creo que nos hubiesen seguido mientras veníamos hacia aquí, sino a quien supuestamente hubiese encontrado lo que buscaba. No, Bob. El tesoro sigue oculto. Estoy seguro de ello.

Se hallaban ya en la estancia que antaño fuera el estudio de Arthur Roberts, la misma en la que el día anterior descifraron el mensaje codificado.

—Quienes registraron la casa prestaron especial atención a esta habitación —comentó Pete.

En efecto, el desorden parecía ser allí mayor. Los cajones de escritorio y armarios habían sido vaciados y tirados al suelo. El armario en sí se hallaba abierto y desvalijado cual muñeco de peluche despanzurrado. Todo cuanto había contenido se hallaba tirado por el suelo. Los objetos extraños que poblaban la habitación habían sido movidos de su sitio y el enorme escritorio de madera había sido desplazado y revisado, de manera que todos los papeles que lo habían cubierto el día anterior se hallaban también esparcidos por el suelo. Muchas de las innumerables fotografías que colgaban de las paredes se hallaban torcidas. Algunas de ellas, las más grandes, habían sido incluso descolgadas y arrojadas al suelo.

—No es de extrañar que registrasen más a fondo este estudio —dijo Jupiter—. El señor Roberts guardaba muchos de sus artículos favoritos en esta habitación. Era, por así decirlo, su guarida, el lugar donde escribía sus novelas. En cierto sentido esta habitación podría haber sido para el señor Roberts el lugar en el que guardaba “lo que más quería”. Así pues, si hemos de buscar entre lo que el señor Roberts más quería, sería sugerible comenzar a hacerlo en esta habitación.

—Tu idea suena razonable —aceptó Pete.

—Quien registró esto se ha ocupado incluso de las paredes —intervino Bob—. Puede que pensase lo mismo que tú acabas de decir, Juve. Mirad, incluso hay fotos que han sido descolgadas, como si quien estuviese aquí esperase encontrar una caja fuerte o un panel secreto tras alguna de ellas. Hasta la foto en la que aparece el señor Roberts junto al señor Hitchcock ha sido movida.

Bob, meticuloso y ordenado por naturaleza, se acercó a la pared para enderezar la foto mencionada. Mientras lo hacía, Hans se acercó a Jupiter y se puso frente a él.

—Juve —dijo—, esta casa ha sido forzada, allanada, registrada y es muy posible que también robada. Hace un rato hemos presenciado una situación peligrosa en la que un coche ha arrojado a otro fuera de la vía pública. Siento insistir, pero creo que cada vez se hace más necesaria la presencia de la policía en todo esto. Deberíamos llamarles. Sabes que es lo que debemos hacer. Tu tío opinaría lo mismo, Juve.

Jupiter miró a Hans e intentó alegar algo a favor de la investigación que los chicos tenían entre manos. No obstante, tras oír las palabras de Hans y sopesarlas en su interior, acabó dándose por vencido. Con expresión resignada, soltó un suspiro.

—Creo que tienes razón, Hans —reconoció—. Lo mejor será llamar a la policía cuanto antes. Busquemos un teléfono y llamemos al jefe Reynolds.

Se disponía a abandonar el estudio en compañía de Hans para ir en busca del teléfono de la casa cuando la voz de Bob le detuvo en seco.

—¡Chicos! ¡Venid aquí! ¡Venid y mirad esto! ¡Decidme si es cierto lo que estoy viendo!

Jupiter, Pete y Hans se acercaron corriendo hasta donde Bob se encontraba, junto a la pared. Allí, el Tercer Investigador señalaba con mano temblorosa una de las fotos que, todavía torcida, colgaba de la pared.

—Me acerqué para enderezar la foto en la que el señor Roberts aparece junto al señor Hitchcock cuando, de repente, mirad lo que vi —explicó.

Con la punta de su dedo, Bob tocó la foto situada inmediatamente debajo de aquélla en la que aparecía Alfred Hitchcock. En esta nueva foto la delgada figura de Arthur Roberts aparecía a la puerta de uno de los famosos estudios de Hollywood en compañía de un hombre bajito y rechoncho que lucía una amplia sonrisa. Era una foto en blanco y negro que parecía haber sido tomada al menos quince o veinte años atrás.

—¿Y bien, Tercero? —inquirió Pete—. ¿Qué ocurre con la foto? Al menos que yo sepa, no conocemos al tipo que aparece en ella con el señor Roberts.

—Ved lo que hay justo bajo la imagen —indicó Bob.

Obedecieron. Pete se rascó la cabeza.

—Es simplemente un comentario a pie de foto —respondió Pete—. Por lo que puedo apreciar casi todas las fotos que hay en esta habitación lo tienen. La del señor Hitchcock, por ejemplo, dice: “Con el maestro del suspense en el descanso de un rodaje” —leyó.

—Lo sé, pero lee *este* pie de página, Pete —insistió Bob señalando nuevamente la foto que tan poderosamente había llamado su atención.

—Como quieras —obedeció aquél—. Dice: “Con mi querido amigo, el guionista Lewis Xavier Inglewood, a la puerta de los estudios”. ¿Y bien?

Jupiter, con los ojos brillantes de pura excitación, sonrió.

—¡Buen trabajo, Bob! —dijo—. ¡Lo tenemos! ¡Acabamos de encontrar lo que habíamos venido a buscar!

—¿Qué estáis diciendo, chicos? —inquirió Pete—. ¿Habéis perdido el juicio? ¿Qué es lo que hemos encontrado?

—Tenemos a Lewis Xavier Inglewood —respondió Jupiter.

—¿Y bien? —volvió a preguntar el Segundo Investigador.

—Lewis Xavier Inglewood —repitió Jupiter—. El nombre que encaja en las iniciales L, X e I que descubrimos a partir del mensaje del señor Roberts.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó Pete cuando la luz de la comprensión se abrió camino por fin en su cabeza—. ¡El mensaje se refería a un amigo del señor Roberts!

—Así es, Pete —dijo Jupiter asintiendo—. Un viejo y querido amigo suyo, de ahí que el señor Roberts nos indicase que buscásemos “entre lo que más quería”. Se refería a un viejo amigo suyo.

—¿Estáis realmente seguros de que nos hallamos sobre la pista correcta? —preguntó Pete, dubitativo.

—Hemos de estarlo —intervino Bob—. Xavier no es un nombre precisamente corriente en inglés. Y encontrar a alguien cuyas iniciales coincidan exactamente con las letras que descubrimos en el mensaje ya es algo que resulta difícil de por sí. Al menos en esta ocasión creo que podemos descartar de manera definitiva las casualidades.

—Bob tiene razón —dijo Jupiter—. Sin lugar a dudas nos hallamos tras la pista correcta. Si el señor Roberts se refería al señor Inglewood creo que nuestro próximo paso será ir a visitarle y ver qué puede él decirnos acerca del señor Roberts. Quizás tenga algo para nosotros o pueda indicarnos dónde hallar la próxima pista.

—¿Y cómo daremos con él? —inquirió Pete—. No sabemos dónde vive.

Jupiter se pellizcó el labio inferior durante unos segundos.

—El señor Inglewood era amigo personal del señor Roberts —dijo al fin—. Por lo tanto, debe guardar sus señas o su número de teléfono en alguna parte. Chicos, busquemos alguna agenda o libreta de direcciones. No sé, cualquier cosa donde alguien anotaría el teléfono y la dirección de un viejo amigo.

—Un momento, Jupiter —intervino entonces Hans—. Antes que nada, llama a la policía.

Por un segundo, el Primer Investigador pareció a punto de elevar una protesta, pero finalmente accedió.

—Sí, Hans, tienes razón —dijo no sin pesar—. Discúlpame. Lo que hemos descubierto me hizo olvidar lo que estaba a punto de hacer. Bob, Pete —añadió volviéndose a sus amigos—, buscad alguna agenda o listín mientras yo uso el teléfono para llamar al jefe Reynolds.

Mientras Jupiter hacía lo dicho, Pete y Bob abrieron cajones y revolvieron papeles cuidadosamente para no desordenar más lo ya de por sí desordenado.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —se quejó Pete—. ¿Cómo vamos a ser capaces de encontrar una agenda en este revoltijo de papeles, libros y objetos de todo tipo? Esto es peor que una selva.

—Ánimo, Pete —alentó Bob mientras miraba en uno de los cajones del amplio escritorio—. Ya has oído a Jupe. Sin duda alguna nos hallamos sobre la pista correcta. Sigamos buscando.

Hans se sumó a ellos en la búsqueda, pero ni con la ayuda del rubio bávaro fueron capaces de hallar nada que resultase de utilidad. Finalmente, al cabo de unos minutos, Jupiter apareció de nuevo en la puerta del estudio.

—Acabo de hablar con el jefe Reynolds y le he explicado lo sucedido —anunció—. Viene para acá. No creo que tarden mucho en llegar. El jefe ha dicho que lo más prudente será dejar a algún agente de guardia aquí durante unos días mientras se lleva a cabo un inventario de cuanto hay en la casa. ¿Y vosotros? ¿Cómo os ha ido? ¿Algo que reportar?

Bob levantó la vista de debajo de un montón de papeles y miró a su jefe.

—Aún no hemos encontrado nada, Jupe —dijo—. Ayúdanos a buscar. Con un poco de suerte quizás hallemos algo antes de que el jefe Reynolds aparezca.

—En realidad no creo que merezca la pena seguir buscando, Tercero —musitó Jupiter.

Pete, Bob y Hans se incorporaron y miraron al Primer Investigador.

—¿Qué quieres decir, Jupe? —preguntó Bob, sorprendido—. Espero que el jefe Reynolds no nos haya relegado del caso.

—Nada de eso, Bob —respondió Jupiter con una media sonrisa—. Lo que quiero decir es que no es necesario que *vosotros* sigáis buscando.

Luego, alzando una pequeña libreta encuadernada en piel que había mantenido oculta tras de sí, añadió:

—Lo tengo, chicos. Encontré esta agenda tirada en un rincón tras la mesita del teléfono. Debí cearse allí mientras registraban el salón. En realidad —dijo con cierto tono de autorreproche en su voz—, debí tener en cuenta que una agenda telefónica nunca suele andar lejos de un teléfono.

»En esta agenda —continuó diciendo tras recuperar su aplomo habitual— figura no sólo el número de teléfono del señor Inglewood, sino también su dirección. Vive en Hollywood, así que si nos damos prisa podemos ir a verle. No está lejos de aquí y todavía es temprano para hacerle una visita a un guionista de cine. Así pues, ¡en marcha, chicos!

CAPÍTULO 9

CONVERSACIÓN CON UN AMIGO

—Aquí es, Hans —dijo Jupiter—. Ésta debe ser la casa. Aparca junto a la acera si eres tan amable.

—Entendido, Jupe —mostróse conforme el bávaro.

Habían pasado apenas veinte minutos desde que los muchachos se marchasen de la casa del difunto señor Roberts a bordo del camión pequeño conducido por Hans. Mientras éste se encargaba de manejar el vehículo, Jupe, Pete y Bob, tras consultar la localización exacta de la calle en cuestión en un mapa que encontraron en la guantera, hicieron las veces de guía mientras recorrían la distancia que les separaba de la dirección en la que, supuestamente, vivía Lewis Xavier Inglewood. Tras abandonar las colinas se internaron en uno de los barrios residenciales de Hollywood. Cuando por fin localizaron la casa que buscaban el sol comenzaba ya su camino descendente sobre las montañas más cercanas.

Hans aparcó el camión frente a la casa y los muchachos saltaron a la acera.

—Espéranos aquí, Hans —dijo Jupiter—. No creo que tardemos mucho.

Hans asintió y sacó un periódico. Los chicos echaron a andar hacia la casa. Ésta era un bungalow más bien pequeño medio escondido tras altos macizos de arbustos y sicomoros al que se accedía por un caminito de piedras planas que dividía en dos una amplia parcela de césped bien cuidado.

—Espero que el señor Inglewood esté en casa —comentó Jupe—. Estoy deseando enfrentarme a cualquier pista que pueda proporcionarnos.

Siguiendo el sendero de piedras los muchachos dejaron atrás los arbustos que ocultaban la casa y fueron a parar a un pequeño porche. Jupiter se adelantó con la intención de llamar al timbre, pero justo cuando se disponía a hacerlo una cascada voz de hombre le detuvo.

—¿Qué buscáis, chicos? ¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó.

Los chicos se volvieron hacia la voz y pudieron ver a un anciano bajito y rechoncho que se aproximó a ellos por entre medio de los arbustos. Llevaba puestos unos enormes y gruesos guantes y llevaba en la mano un pequeño azadón. Cuando sonrió toda su persona adquirió un aspecto sumamente simpático. Los chicos reconocieron en aquel anciano al mismo hombre que un rato antes vieron sonreír en compañía de Arthur Roberts desde una fotografía tomada años atrás.

—¿El señor Lewis Inglewood? —preguntó Jupiter.

—Sí, yo soy, muchachos —respondió el hombre afablemente llegando hasta donde ellos se encontraban—. O al menos ése es el nombre por el que me han conocido siempre.

¿Deseáis verme?

—Así es —respondió Jupiter—. Venimos a verle por una cuestión concerniente al señor Arthur Roberts.

El hombre parpadeó y, a continuación, sonrió asintiendo con la cabeza.

—Querrás decir el difunto señor Roberts —corrigió—. Murió la semana pasada. Era un viejo amigo mío.

—Lo sabemos, señor —repuso Jupiter—. Si hemos venido a verle es porque el difunto señor Roberts nos ha conducido hasta usted. Venimos de parte del señor Glenn Heggyns, quien no ha podido venir a verle personalmente por hallarse en el hospital. Nosotros trabajamos para él. Aquí tiene nuestras credenciales, señor.

Jupiter sacó una de las tarjetas de negocios de Los Tres Investigadores y se la entregó al anciano. Éste se quitó uno de sus guantes y la tomó con una mano fuerte y nervuda.

—Conozco a Glenn, sí. Era el abogado de Arthur —dijo mientras examinaba la tarjeta. Luego, tras leer ésta, añadió: —Una tarjeta impresionante la vuestra. ¿Qué significan los interrogantes?

Jupiter se lo explicó y procedió a presentarle a Pete y a Bob.

—Encantado de conocerlos, muchachos —dijo el hombre cortésmente mientras les estrechaba la mano a los tres—. ¿Y decís que Glenn está en el hospital? ¿Qué le ha ocurrido?

Sin extenderse demasiado en los detalles, los muchachos pusieron al señor Inglewood al corriente de cuanto le había sucedido al señor Heggyns.

—Espero que se recupere pronto —dijo el hombre—. Cuánto loco anda suelto hoy día por ahí al volante de un coche. A un viejo como yo se le pone la piel de gallina sólo de pensar en ello cada vez que cruza la calle. Pero decidme una cosa: habéis dicho que venís a verme de parte de Glenn porque el viejo Arthur os ha conducido hasta mí. Eso me intriga. Parece uno de los viejos misterios de Arthur. ¿Podéis explicarme qué queréis decir exactamente con esas palabras?

Jupiter asintió y procedió a contarle al anciano, de muy sucinta manera, lo referente al ajedrez y a la carta escondida en el mismo que el señor Roberts le había dirigido al señor Heggyns antes de morir. Finalmente le contó lo del objeto oculto y de cómo ellos estaban intentando encontrarlo a partir de las diferentes pistas que les había dejado el escritor.

—Así pues —concluyó Jupiter—, hemos venido a verle porque la última pista que encontramos nos inducía a visitarle. Deseamos preguntarle si puede ayudarnos y si tiene algo que aportarnos, ya sea algún objeto, mensaje o información que el señor Roberts le confiase a usted antes de fallecer.

El señor Inglewood miró a los muchachos con atención y luego, sonriendo afablemente, dijo:

—Venid conmigo, muchachos. Me gustaría hablar con vosotros mientras os invito a un vaso de naranjada fresca. No os entretendré mucho y la naranjada merece la pena. La ha hecho mi esposa.

Los muchachos se mostraron de acuerdo y siguieron al señor Inglewood hasta el patio trasero de la casa. Allí tomaron asiento en unas amplias sillas de jardín que el anciano les ofreció.

—Dadme unos segundos mientras traigo la naranjada y unos vasos —dijo éste.

El señor Inglewood desapareció en el interior de la casa. Cuando se encontraron a solas, Pete miró a Jupiter.

—Jue, ¿no crees que estamos perdiendo el tiempo? —le preguntó en voz baja.

—No tengo esa impresión, Pete —respondió el interpelado—. Si el señor Inglewood no tuviese nada que decirnos no nos habría ofrecido su hospitalidad. Ten paciencia, Segundo. Veamos en qué acaba todo esto.

Los muchachos guardaron silencio al ver reaparecer a su anfitrión. Éste llegó cargado con una bandeja en la que portaba una jarra llena de naranjada y cuatro vasos, y la cual depositó cuidadosamente sobre una pequeña mesa de mimbre. Sin dejar en ningún momento de sonreír, el señor Inglewood sirvió cuatro vasos y entregó tres a los muchachos. Luego, tras darle un trago a su propia bebida, exhaló un profundo suspiro.

—Así que habéis venido en busca de alguna pista que, según suponéis, Arthur me entregó y que debe ayudaros a encontrar algo que él escondió antes de morir —dijo mirando fijamente a los muchachos.

—En resumidas cuentas así es —asintió Jupiter—. ¿Puede usted decirnos si nuestras suposiciones son correctas, señor Inglewood?

—En parte sí y en parte no —fue la enigmática respuesta que dio el anciano tras un nuevo trago a su vaso de naranjada.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —inquirió Jupiter, visiblemente intrigado.

—Quiero decir —respondió el hombre— que es cierto que Arthur me dio algo, pero que se supone que ese algo vendría a recogerlo Glenn y no tres muchachos que dicen ser investigadores.

Se produjo un breve silencio durante el cual el anciano bebió un nuevo trago de naranjada. Jupiter, por su parte, aún no había probado la suya.

—No obstante —continuó diciendo el señor Inglewood afablemente—, como decís venir de parte suya y puesto que parecéis unos chicos respetables, me fiaré de vosotros y os entregaré lo que Arthur me confió.

—Oh... Gracias, señor —respondió Jupiter respirando tranquilo y llevándose su vaso a los labios por primera vez—. Su naranjada es excelente —añadió.

El señor Inglewood se echó a reír.

—Ya lo sé, muchacho —dijo entre risas—. Eres muy amable.

Acto seguido el hombre metió una de sus nervudas manos en el bolsillo de su camisa y sacó de él un sobre blanco que entregó a Jupiter.

—Hace unas tres semanas Arthur vino a verme y me entregó este sobre —explicó—. Aunque estaba muy desmejorado tuvo fuerzas para venir a dármele. Al hacerlo me dio instrucciones muy claras con respecto a él. Me hizo prometer que no lo abriría bajo ningún concepto y que se lo entregaría en mano a Glenn sólo si éste venía hasta aquí para recogerlo. Me prohibió terminantemente enviárselo, pues era él quien tenía que venir a por él, ya que, según Arthur, eso significaba que todo iba saliendo según lo planeado. Cuando le pregunté qué quería decir con eso se echó a reír y se negó a contestar. Bueno, si como vosotros decís lo que hay en ese sobre puede conducirnos hasta algo oculto quizás eso explique las palabras de Arthur. Sea como fuere, ahí tenéis el sobre. Parecéis buenos chicos y decís venir de parte de Glenn. Eso es suficiente para mí.

»Por cierto —añadió el anciano—, os daréis cuenta de que el sobre está lacrado. Como veis, he mantenido mi promesa de no abrirlo para leer su contenido. Y eso que, sin duda alguna, todo esto despierta mi curiosidad. Estoy convencido de que no se trata sino de una de esas fascinantes tramas de misterio que sólo alguien como Arthur era capaz de idear, ¿verdad?

—Eso creemos, señor Inglewood —respondió Jupiter dándole vueltas en sus manos al sobre misterioso—. Usted trabajó con el señor Roberts, ¿verdad? Si no tengo mal entendido, es usted guionista de cine.

—*Era* guionista de cine —corrigió el anciano—. Todo eso quedó atrás y ahora sólo me interesa el cuidado de mis plantas de jardín. En cuanto a tu otra pregunta, sí, trabajé codo con codo con Arthur en la adaptación al cine de algunas de sus novelas. Él era un verdadero genio inventando tramas de misterio mientras que yo, en realidad, no era más que un adaptador de guiones especializado en diálogos. Trabajar con él fue una experiencia sencillamente fascinante.

—¿Es cierto que al señor Roberts le fascinaban el ajedrez y el arte? —inquirió Bob.

—Así es, muchacho —respondió el señor Inglewood—. Era un excelente jugador de ajedrez. Yo al menos nunca conseguí derrotarle. En cuanto al arte, aprovechaba

cualquier momento para visitar un museo sin importarle lo pequeño e insignificante que éste pudiera ser. Recuerdo perfectamente cierto viaje relámpago que hicimos a París años atrás con el objetivo de ambientar uno de nuestros guiones. En tres días se recorrió todos los museos de la capital francesa y de las ciudades circundantes. Aunque los libros eran lo que más quería en este mundo, el arte era su gran pasión frustrada.

—¿Cree usted que podría haber llegado a coleccionar en secreto obras de arte de gran valor? —preguntó Jupiter apurando su vaso de naranjada.

El señor Inglewood frunció el ceño y, tras pensarlo detenidamente durante unos segundos, denegó con la cabeza.

—No lo creo —dijo—. Arthur no solía comprar obras de arte. Prefería comprar libros. Claro que muy bien podría estar equivocado a ese respecto. Arthur siempre fue un hombre misterioso. Lo conocí durante años y siempre tuve la sensación de que le envolvía el mismo aura de misterio que podía percibirse en cada página de sus novelas.

—Bueno —dijo Jupiter dejando el vaso vacío sobre la mesa y poniéndose en pie—, ha sido un placer hablar con usted, señor, pero ahora le rogamos que nos disculpe, pues tenemos obligaciones que atender. Muchas gracias por su hospitalidad y por confiar en nosotros al darnos el sobre que el señor Roberts le entregó.

—El placer ha sido mío, muchachos —repuso el anciano—. Os rogaría que le deseéis a Glenn una pronta recuperación de mi parte la próxima vez que habléis con él.

Los chicos así lo prometieron y dejaron que el señor Inglewood los acompañase hasta la parte delantera de la casa. Allí se despidieron de él y regresaron a la acera por el sendero de piedras. Mientras caminaban hacia donde Hans les esperaba, Jupiter levantó ante sí el sobre que acababan de recoger y lo acarició con la mirada.

—Lo tenemos, chicos —dijo—. Tenemos la siguiente pista.

—¿Por qué no lo abres y vemos de una vez por todas de qué se trata, Jupe? —refunfuñó Pete.

—Debemos tener cuidado, chicos —advirtió el Primer Investigador—. Recordad que pueden estar vigilándonos.

Pete miró a uno y otro lado de la calle y soltó un resoplido.

—Vamos, Jupe —se quejó—. La calle está desierta y no hay aquí nadie excepto nosotros y Hans esperándonos en el camión. Abre el sobre de una vez y mira lo que hay dentro. Estás deseando hacerlo aún más que nosotros.

Jupiter miró a Pete, luego a Bob, y a continuación asintió de mala gana.

—Está bien. Lo abriré. Pero insisto en que no me parece lo más prudente.

A pesar de su desgana, sus manos temblaron al abrir el sobre y sacar de él una hoja de papel doblada. Lentamente, desplegó ésta y la extendió ante sí mientras Pete y Bob se situaban detrás de él para mirar por encima de su hombro. Cuando los tres terminaron de leer el desaliento se apoderó de sus rostros. Pete, frunciendo el ceño, suspiró.

—¡Cáscaras, Jupe! ¿Tantas molestias para esto? Debe tratarse de una broma.

—Confieso que no lo entiendo, Jupiter —murmuró Bob—. Hemos debido hacer algo mal o pasado algún detalle por alto.

Jupiter, incrédulo, se mordió furiosamente el labio inferior mientras releía el mensaje encontrado en el sobre. Éste, en una letra pulcra y clara, decía:

“Esto es una pista falsa, amigo mío, así que has de volver atrás. Y no olvides tener bien presente que las cosas no siempre son lo que parecen”.

CAPÍTULO 10

UNA REFRIEGA EN LA OSCURIDAD

Jupiter guardó silencio durante todo el camino de regreso a Patio Salvaje. Pete y Bob, intrigados y confundidos, le dirigieron una tras otra cien preguntas, pero ambos, viendo que su ceñudo y malhumorado amigo se negaba a contestar, optaron por guardar también silencio y dedicarse a observar monótonamente el tráfico de Hollywood y Rocky Beach mientras Hans conducía.

Cuando por fin llegaron a la chatarrería el sol estaba ya muy bajo y comenzaba a oscurecer. Hans condujo el camión por entre las grandes puertas de hierro forjado y aparcó frente a la oficina. Pete, Bob y Jupiter se apearon lentamente y le dieron las gracias a Hans por su tiempo.

—No hay por qué darlas, chicos —contestó el rubio ayudante de los Jones—. Espero que tengáis suerte con vuestra investigación —añadió.

—Gracias, Hans —dijo Pete soltando un soplido—. A este paso creo que nos va a hacer falta.

Hans sonrió y entró en la oficina. Los chicos, de pie junto al camión, miraron a su alrededor. El sol estaba a punto de ocultarse y bañaba la chatarrería con una luz oblicua y anaranjada. Las pilas de chatarra y material soltaban tímidos destellos a aquella luz agonizante cual gigantes de metal que dormitasen al atardecer. Por entre ellas ningún cliente paseaba ya en busca de cualquier tesoro largamente ansiado. Era tarde y Patio Salvaje se disponía a cerrar.

Bob y Pete miraron a Jupiter. Éste, por primera vez desde que salieran de casa del señor Inglewood, les devolvió la mirada. Luego, exhalando un profundo suspiro, puso los brazos en jarras.

—Estaba convencido de que íbamos por buen camino —dijo—. Estaba tan seguro de que nos hallábamos sobre la pista correcta...

—No te lo tomes tan a pecho, Jupe —le dijo Bob—. Estábamos sobre la pista pero resulto que ésta no era la adecuada. Pero no por ello hemos perdido el rastro. Tan sólo hemos de volver atrás y repasar los pasos que hemos dado hasta el momento.

—Bob tiene razón, Jupe —intervino Pete—. Hemos interpretado mal alguna pista, pero no hemos perdido el rastro. Digamos que íbamos por buen camino pero nos equivocamos al tomar la última curva.

Jupiter miró a Pete y sonrió ligeramente.

—Supongo que tenéis razón —dijo—. Habremos de retroceder y volver a empezar. Creo que si nos vamos al puesto de mando a deliberar y ponemos en común nuestras ideas quizás así...

—¡Un momento, Jupe! —intervino Pete—. Es tarde ya. Tus tíos están a punto de cerrar Patio Salvaje por hoy. A Bob y a mí nos esperan para cenar. Y tú convendrás conmigo en que hoy ya hemos vivido demasiadas emociones para un solo día. Vayámonos a casa, descansemos y enfrentémonos al caso mañana, cuando nuestros cerebros estén más frescos y nuestros cuerpos más descansados. Yo voto por ello. ¿Alguien más vota conmigo? ¡Vamos! Sólo hay que levantar la mano y decir que sí.

—Estoy con Pete, jefe —dijo Bob—. Además, tengo que ir a casa y recopilar toda la información referente al caso. Tengo muchas anotaciones que poner en orden.

Jupiter, si bien no de buena gana, accedió.

—Está bien —dijo con el ceño fruncido—. Vayámonos a casa y descansenos. Pero reunámonos de nuevo mañana en el puesto de mando. Bob, tú ven en cuanto acabes tu jornada en la biblioteca. Creo que por hoy ya hemos tenido suficiente.

—¡Así se habla, jefe! —dijo Pete riendo.

—Pensaré en el caso mientras ordeno mis notas, Jupe —dijo Bob—. Si se me ocurre algo que pudiera ser interesante, te llamaré. Hasta mañana.

Jupiter acompañó a sus amigos hasta donde éstos habían dejado sus bicicletas y les siguió hasta la puerta principal. Una vez allí, Bob se volvió hacia su jefe.

—Jupe, ¿qué opinas del mensaje que nos entregó el señor Inglewood? —le preguntó—. ¿Qué crees que puede querer decir con eso de que “las cosas no siempre son lo que parecen”?

—No lo sé, Bob —reconoció el Primer Investigador—. Es una frase que aparecía en la carta que encontramos en el ajedrez. Parecía algo meramente circunstancial, puesto ahí para indicarnos que podemos esperar casi cualquier cosa de este caso. Pero quizá tenga algún significado oculto o apunte hacia alguna dirección en concreto.

—Puede que sea una frase que resulte más importante de lo que a simple vista pueda parecer —apuntó Bob.

—Supongo que sí —admitió Jupiter—. Pensaré en ello esta noche.

—A mí no me sugiere más que el hecho seguro de que el señor Roberts se burla de nosotros —intervino Pete—. Quizás no haya ningún tesoro tras todo esto y esta historia no sea más que una broma pesada.

Jupiter miró a Pete.

—Mmmm... —dijo, pensativo—. No lo creo, Pete. Opino que de veras hay algo escondido. De no ser así el señor Roberts no hubiese escrito una carta que parece seria y formal y no se hubiese tomado la molestia de esconderla.

—Espero que se te ocurra algo pronto, Jupe —dijo Pete—. Yo confieso que estoy completamente atascado.

Jupiter se despidió de sus amigos, quienes pedalearon juntos calle abajo durante unas cuantas manzanas antes de separarse y enfilar el camino de regreso a sus respectivos hogares. Una vez a solas, Jupiter, incapaz de retirarse a casa debido a las ideas que bullían en su cabeza, decidió darle por aquel día una última oportunidad al caso y se encaminó hacia su taller para reflexionar. Al pasar frente a la oficina su tío Titus, quien en aquel momento salía por la puerta, le detuvo.

—Hola, Jupe —le saludó—. Por fin te veo esta tarde. ¿Dónde has estado metido?

—Pete, Bob y yo hemos estado ocupados intentando resolver un acertijo que se nos resiste —respondió Jupiter—. Todavía no hemos encontrado la respuesta. Creíamos haber avanzado en su resolución pero nos equivocamos.

—Ah, sí... Vosotros y vuestro club dedicado a resolver acertijos —musitó su tío.

Tanto él como la señora Jones creían firmemente que la empresa constituida por Jupiter y sus amigos no era más que un club dedicado a resolver enigmas, rompecabezas, crucigramas y esa clase de cosas. No en vano, así había sido en un principio. Pero lo que no sabían era que ese club inicial había acabado dando origen a Los Tres Investigadores, cuyos fines y miras, así como la clase de misterios a los que se enfrentaban, eran de una categoría e índole muy superiores.

—Por cierto —continuó diciendo Tío Titus—, tengo algo para ti.

El chatarrero se agachó y cogió de un rincón del porche una caja de cartón de tamaño mediano que parecía contener objetos de todo tipo. Luego se acercó a Jupe y se la entregó. Éste, tras echarle un vistazo al contenido de la caja, miró a su tío.

—¿Qué es esto, Tío Titus? —le preguntó—. ¿Y qué quieres que haga con ello?

—Son cosas que han entrado esta tarde en el patio y que, lejos de ser chatarra, pueden quedar como nuevas si se les practican los arreglos necesarios —explicó pomposamente Tío Titus mientras le daba ligeros tirones a una de las puntas de su bigote—. En cuanto a ti, jovencito, acabo de nombrarte reparador oficial de Patio Salvaje. Así que vamos, Jupe. A ver si puedes arreglar esos cachivaches para que sean puestos a la venta luego. Si haces un buen trabajo y hay algún objeto ahí que te guste podrás quedarte con él. Jupiter miró primero a su tío y luego a la caja que tenía entre las manos.

—Muy bien, Tío Titus —dijo— Veré qué puedo hacer.

Echó a andar en dirección a su taller. Mientras se encaminaba hacia allí, su tía Mathilda, quien acababa de salir de la oficina para reunirse con su marido, le gritó con su potente voz:

—¡No tardes, Jupe! ¡Vamos a cerrar enseguida!

—No te preocupes, Tía Mathilda —respondió Jupiter por encima del hombro—. Vosotros iros. Ya me encargaré yo de cerrar.

Sus tíos lo miraron mientras el muchacho se alejaba hacia su taller a la mortecina luz del atardecer.

—¿En qué anda metido este chico, Titus? —le preguntó Tía Mathilda a su marido—. ¿Sabes tú algo?

—Déjale, mujer —respondió el interpelado abrazando a su esposa—. Tiene metido en la cabeza uno de esos rompecabezas que tanto le gusta resolver. Le he dado un poco de trabajo manual para que se entretenga. Así tendrá las manos ocupadas mientras ejercita la mente descifrando acertijos.

Tras rodear unas amplias pilas de material, Jupiter llegó por fin a su taller. Una vez allí, se sentó y comenzó a revisar los objetos que contenía la caja sacándolos de uno en uno y poniéndolos en fila sobre su banco de trabajo. A aquella hora del día la luz era allí tan escasa que tuvo que levantarse un momento para encender una pequeña lámpara que colgaba sobre la imprenta. Acto seguido volvió a sentarse y a seguir sacando objetos usados de aquella caja. Encontró cosas de lo más variopinto: un microscopio con una lente rota, una pipa nueva pero con la boquilla partida, una lupa, un par de libros en buen estado pero con las cubiertas separadas del texto, una raqueta de tenis con el cordaje suelto, un muñeco de peluche, un reloj despertador cuya esfera de cristal se hallaba rajada...

De repente, Jupiter se quedó completamente paralizado. Su boca se abrió sin él quererlo mientras mantenía los ojos clavados en el reloj que acababa de depositar sobre el banco de trabajo. Con expresión alhelada, permaneció mirando la esfera rajada de cristal durante al menos medio minuto mientras en su cabeza resonaba una única frase: “Las cosas no siempre son lo que parecen”. Cuando finalmente logró reaccionar, alargó la mano, cogió el reloj y lo sostuvo con incredulidad ante sus ojos durante unos segundos mientras sentía un irrefrenable deseo de abofetearse.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —se reprochó a sí mismo—. Por supuesto que las cosas no siempre son lo que parecen. A veces son aquello que, a simple vista, no parecen ser.

Jupiter dejó el despertador sobre el banco de trabajo y se puso en pie olvidando por completo la caja y los demás objetos que ésta contenía. Acto seguido rodeó la imprenta, se arrodilló y se introdujo en el Túnel Dos. Segundos más tarde abría la trampilla que daba acceso al puesto de mando y se abalanzaba sobre el teléfono. Quizás todavía

llegase a tiempo de encontrarle en su oficina. Con dedos temblorosos de excitación, marcó el número de la línea directa del jefe Reynolds.

—Comisaría de Rocky Beach. Samuel Reynolds al habla —oyó que decía la voz de éste.

—Menos mal que le encuentro, jefe —dijo el muchacho—. Soy Jupiter Jones. Necesito pedirle un favor.

Al otro lado de la línea, el jefe Reynolds soltó un leve gruñido de impaciencia.

—Me has encontrado por pura casualidad, Jupiter —dijo—. Ya me marchaba. ¿Se puede saber qué es lo que ocurre? ¿Qué es eso tan urgente que necesitas pedirme? Habla. Y hazlo deprisa.

—Verá, señor —comenzó a decir Jupiter—, le llamo con motivo del registro que tuvo lugar en la vivienda del señor Roberts. Si no recuerdo mal, usted me dijo esta tarde por teléfono que dejaría a uno de sus hombres custodiando la casa para que nadie pueda volver a entrar en ella, ¿no es cierto?

—Así es, Jupiter —respondió el jefe de policía—. En efecto, uno de mis hombres guarda la casa en estos momentos. Permanecerá en su puesto hasta mañana, cuando se persone la policía judicial, que es la que tendrá que hacer inventario de cuanto hay en la casa para intentar comprobar si falta algo. Posiblemente tenga que quedarse algunos días, mientras dura dicho inventario. ¿Por qué lo preguntas?

Jupiter tragó saliva.

—Jefe, ¿podría usted hablar con dicho agente y ordenarle que me deje pasar? Estaré allí cuanto antes. Creo que eso podría ser dentro de una media hora, más o menos, si Worthington y el Rolls-Royce están libres esta noche, y...

—Me temo que eso es del todo imposible, joven Jones —dijo el jefe—. Nadie puede entrar en esa casa hasta que llegue la policía judicial. Nadie excepto la policía y el dueño de la casa, claro está, y éste último, por desgracia, ya no podrá hacerlo.

—Pero usted sí podría, jefe —argumentó Jupiter—. Usted es el jefe de policía. A usted sí le dejarían entrar. Y si yo voy con usted, también a mí. ¿No podría usted...?

—Ni pensarlo, Jones —rechazó Reynolds de plano—. Si deseas ir a esa casa habrás de esperar hasta mañana. Ahora mismo lo que pides es imposible. A menos que se trate de una cuestión de máxima urgencia, claro está. ¿Es ése el caso?

Jupiter guardó silencio durante unos segundos.

—Bueno, en realidad no, jefe —dijo al fin con la voz ligeramente estrangulada—. Supongo que sí podría esperar hasta mañana. Pero...

—¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer en la casa de un viejo escritor muerto? —inquirió el jefe—. ¿Seguís tus amigos y tú en busca del tesoro supuestamente oculto por el viejo Roberts?

—Así es, señor —asintió Jupiter—. En realidad lo único que tengo que hacer es buscar un libro. No tendría que llevármelo, ni tan siquiera consultarlo. Sólo necesitaría ver su título.

—¿Y para ver el título de un libro tienes que ir ahora hasta allí? —preguntó Reynolds no sin cierta nota de fastidio en la voz—. Jupiter —añadió luego con más calma—, alabo mucho tu labor y la de tus amigos y reconozco que vuestra ayuda ha sido vital para la policía de Rocky Beach en más de una ocasión. No obstante, tendrás que esperar hasta mañana para buscar ese libro. Tengo un hombre de confianza en esa casa que no permitirá que nadie se acerque a ella. Además, los libros no andan solos, así que el que buscas no se escapará. Y si lo intenta mi agente estará allí para detenerle en su huida. ¿Entendido, muchacho?

—Sí, señor —dijo Jupiter en voz baja sin poder ocultar su desaliento—. Lo comprendo perfectamente. Gracias de todas formas.

Tras unos segundos de silencio, no obstante, Reynolds añadió:

—Haremos una cosa, Jupiter. Si mañana por la mañana a las diez en punto acudes a la casa de Roberts es posible que pueda hacer algo por ti. Yo estaré allí y podrás entrar si vas conmigo, pues la policía judicial no llegará hasta algo más tarde. No obstante, una vez en la casa no podrás separarte de mí ni un solo momento, ¿entendido?

—Entendido, señor —respondió Jupiter—. Hasta mañana a las diez, pues. Y, nuevamente, muchas gracias.

El jefe Reynolds colgó y Jupiter le imitó. Luego, levantando una vez más el auricular, marcó el número de Pete.

—Hola, Jupe —saludó el Segundo Investigador—. ¿Algún progreso?

—Es muy posible —respondió Jupiter—. ¿Crees que podrás estar aquí mañana por la mañana a las nueve y media? Haremos una breve excursión a las colinas.

—¿En serio? —inquirió Pete—. ¿Y qué tal lo de ir a nadar, Jupe? Todavía hace calor y...

—Hasta mañana a las nueve y media, Segundo —atajó Jupiter.

—Allí estaré, jefe —respondió Pete.

Jupe colgó nuevamente y, por tercera vez, descolgó. Marcó el número de la agencia de alquiler de automóviles Rent'n'Ride y, segundos más tarde, hablaba con el señor Gelbert, propietario de la misma.

—¿Y bien, muchacho? ¿Qué se te ofrece? —inquirió éste.

Jupiter requirió los servicios de Worthington y el Rolls-Royce para la mañana siguiente a las nueve y media, servicio que le fue concedido. Por fortuna, tanto chófer como automóvil no se hallaban previamente ocupados hasta por la tarde.

Algún tiempo atrás, el uso de dicho automóvil junto con Worthington, su chófer de origen inglés, le había sido concedido a Jupiter durante un período de treinta días, tras ganar un concurso. Posteriormente, la gratitud de Augusto Agosto, un muchacho al que Los Tres Investigadores habían ayudado a encontrar una valiosa joya heredada de su tío abuelo, les había dado la oportunidad de hacer uso del Rolls-Royce con su chófer siempre que ellos así lo desearan.

—Muchas gracias, señor Gelbert —se despidió Jupiter—. Hasta mañana, pues.

Jupiter colgó por tercera vez y, tras soltar un profundo suspiro, se reclinó en la silla giratoria en la que se hallaba sentado. Multitud de ideas se agolpaban en su cabeza, pero de entre todas ellas una destacaba por encima de las demás: la de que las cosas no siempre son lo que parecen. Y ello, curiosamente, se lo había hecho comprender, casi por pura casualidad, un viejo despertador con la esfera rajada. No obstante, tendría que esperar hasta la mañana siguiente para comprobar si la nueva pista que acababa de encontrar era la correcta y si era capaz de encauzarles por el camino adecuado. Aquella sería una noche muy larga en la que la impaciencia y el misterio planteado por el señor Roberts iban a ponerle muy difícil conciliar el sueño.

Lentamente, Jupiter se puso en pie y se introdujo en el Túnel Dos. Segundos más tarde empujó la rejilla que ocultaba la boca de éste tras la imprenta y se encontró de nuevo en el taller. Tras apagar la luz que colgaba sobre la imprenta, se puso en pie y se encaminó hacia la salida. Afuera, el Patio Salvaje se hallaba ya completamente sumido en las sombras.

Nada más abandonar el taller algo captó la atención de Jupiter. No fue ningún ruido, ni siquiera algo que pudiera haber visto, pues todo se hallaba cubierto por un espeso manto de oscuridad. Fue algo que aspiró con fuerza por la nariz: un cierto olor a colonia que él ya había percibido en otro lugar.

Aunque aquel olor debió ponerle en guardia, lo cierto fue que cuando Jupiter decidió echar a correr ya era demasiado tarde. Una enorme y huesuda mano le tapó la boca al

tiempo que un par de brazos increíblemente fuertes y nervudos le rodeaban el torso aprisionándole y haciendo inútil cualquier resistencia o intento de huída. Incapaz de defenderse con los brazos, Jupiter agitó desesperadamente las piernas pateando con fuerza cuanto se interponía en el camino de éstas. El hombre que mantenía tapada su boca soltó un gemido al recibir un puntapié. Acto seguido, la voz de éste, con marcado acento inglés, sonó junto a su oído en un amortiguado susurro.

—Si yo fuera tú me estaría quietecito, muchacho —dijo la voz—. Yo sé mantener la calma, pero mi amigo, aquí presente, no es tan paciente como yo. Cuando alguien le incomoda lo más mínimo no duda en alojarle un cuchillo entre las costillas. Y te aseguro que es sumamente hábil con un cuchillo incluso en mitad de una oscuridad como ésta. Así pues, ¿te estarás quieto?

Jupiter, comprendiendo, asintió con la cabeza y relajó el cuerpo. El hombre que le había estado sujetando el torso con sus vigorosos brazos se separó de él y pareció sacar algo de un bolsillo. Acto seguido encendió una linterna y se iluminó brevemente a sí mismo. Durante apenas un par de segundos Jupiter pudo ver el rostro de Lagalle, el compinche de Sinclair, sonriéndole con fantasmagórica expresión. Junto a su rostro, alzado en el aire, Jupiter vio relucir la intimidante hoja de un cuchillo de tamaño más que respetable.

—Esto es lo que te espera si no colaboras, chico —dijo Lagalle señalando el cuchillo con un leve movimiento de cabeza—. Ahora ven con nosotros si no quieres tener quince centímetros de acero enredados en las tripas.

Lagalle apagó la linterna y todo volvió a quedar sumido en una profunda penumbra. La escasísima luz existente procedía tan sólo de la luna y del haz de una lejana farola situada en la calle, al otro lado de la alta valla.

— Si te portas bien no sufrirás el menor daño —le susurró al oído Sinclair a Jupiter—. Sólo buscamos información.

Luego, hablándole a su compañero, añadió:

—Vámonos, Henri. Abre tú la marcha y sácanos de aquí. No veo nada en medio de esta maldita oscuridad.

Sin mediar palabra, Lagalle echó a andar mientras Sinclair y Jupiter, el primero sin soltar en ningún momento al segundo, seguían el bulto informe de su cuerpo en la casi absoluta oscuridad. Jupiter pudo ver el tímido y pálido reflejo de la luna sobre el afilado cuchillo que el francés portaba todavía en la mano.

La silenciosa procesión rodeó lentamente las amplias pilas de chatarra en dirección a las grandes verjas de entrada a Patio Salvaje. Jupiter vio con desaliento que la oficina se hallaba ya cerrada y a oscuras, lo cual significaba que ni sus tíos, ni Hans, ni Konrad se encontraban ya allí. Seguramente se habían marchado a casa tras oír que él se encargaría de cerrar. Al recordar sus propias palabras, Jupiter sintió unos irrefrenables deseos de abofetearse por haber sido tan estúpido como para olvidar que tanto él como sus amigos estaban siendo vigilados y por haber propiciado una situación en la que él se había encontrado a solas y, por tanto, en una posición sumamente vulnerable ante cualquier ataque enemigo. Jupiter se preguntó cuánto tiempo llevarían Sinclair y Lagalle escondidos entre la chatarra a la espera del momento propicio para capturarlo. Sin lugar a dudas, tras el accidente de coche que sufrieran esa tarde habían decidido acudir al lugar en el que sabían a ciencia cierta que les encontrarían: el Patio Salvaje de los Jones. Siempre despacio para no tropezar con nada a la escasa luz reinante, y procurando hacer el menor ruido posible, captores y capturado rodearon una última esquina y enfilaron el camino que, en línea recta, conducía a las amplias puertas de hierro. De repente, justo en el momento en el que pasaban junto a la última pila de cachivaches que se interponía en su camino, una sombra alta pareció desprenderse de la amplia mole de chatarra y, moviéndose a gran velocidad, cayó sobre Lagalle. El francés, sorprendido, ahogó un

gemido y rodó por el suelo en compañía de su atacante, enzarzados ambos en un amasijo de brazos y piernas que se debatían. Jupiter pudo ver cómo el cuchillo que el francés había empuñado hasta entonces saltaba por los aires con un último destello fantasmal para, a continuación, perderse en las sombras.

Al ver a su compinche atacado, Sinclair se retiró hacia un rincón arrastrando consigo a Jupiter. Mientras lo hacía el muchacho pudo notar cómo el inglés hurgaba con su mano libre en el bolsillo interior de su chaqueta en busca de lo que, con total seguridad, no podía ser sino un arma. No obstante, antes de que lograra sacar ésta, alguien le aferró por detrás. Jupiter, al notar cómo la presa que ejercía sobre él el inglés se aflojaba de repente, echó todo su peso hacia adelante y, no sin esfuerzo, logró desasirse. Libre al fin, el muchacho echó a correr pero, en la oscuridad, y sorprendido todavía por cuanto ocurría a su alrededor, tropezó con algo que no alcanzó a ver y cayó pesadamente sobre el suelo de tierra, golpeándose la cabeza al caer con algo duro y romo. Aturdido por el golpe e incapaz de moverse ni de pensar con claridad, Jupiter optó por permanecer donde estaba, agazapado en el suelo, observando lo que podía de cuanto ocurría a su lado.

Al parecer, Sinclair y Lagalle habían sido atacados por sorpresa por quienes, a todas luces, parecían ser los miembros de una banda rival, quizás los mismos que les obligaran a salirse de la carretera esa misma tarde, si bien este detalle resultaba imposible de comprobar, ya que ni Jupiter había sido capaz de ver los rostros de aquellos hombres entonces ni era capaz de verlos ahora. Todo cuanto Jupiter acertó a ver fueron unos bultos con forma humana que, enzarzados en fiera pelea, parecían saltar y debatirse fantasmalmente por entre las sombras del patio.

En un momento dado Jupiter oyó cómo Sinclair, quien parecía haberse desembarazado momentáneamente de su atacante, echaba a correr a través del patio.

—¡Vámonos de aquí, Henri! ¡Rápido! ¡Él está aquí! —gritó al pasar junto al lugar donde se debatían Lagalle y su oponente.

Con un último y soberbio empujón el francés se quitó de encima a su adversario, que fue a parar contra una pila de chatarra, y echó a correr tras su compinche. Jupiter acertó a ver, una tras otra, las siluetas de los dos hombres, nítidamente recortadas contra la luz de una farola, salir corriendo por entre las grandes puertas de hierro forjado, que aún permanecían abiertas. Segundos más tarde se oyó el ruido de un motor al ponerse en marcha y, tras un brusco chirriar de neumáticos, un coche partió veloz y se perdió en la noche.

Una vez que los dos hombres se hubieron marchado, Jupiter permaneció inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar, tumbado todavía sobre el suelo de tierra del patio. Al fin y al cabo no se encontraba a solas. A escasos metros de él había todavía al menos dos personas cuyas intenciones no parecían estar aún muy claras.

Aunque la cabeza le dolía horrores merced al golpe recibido, Jupiter escuchó en silencio, agazapado en la oscuridad. Tras la refriega, los dos hombres que acababan de tomar parte en la pelea se incorporaron y se sacudieron las ropas entre leves gruñidos de dolor. Jupiter pudo advertir que ambos miraban a su alrededor, como buscando algo entre las sombras.

—¿Dónde se ha metido ese chico? ¿Puedes tú ver algo? —oyó que decía la silueta del más alto y fornido de los dos, dotado de una voz rasposa y desagradable.

El otro, algo más bajo pero igualmente ancho de espaldas, no respondió. Desde el suelo, Jupiter pudo ver su silueta recortada contra el cielo oscuro iluminado tenuemente por la luz de la luna. Permanecía completamente inmóvil, con la cabeza inclinada, como esperando oír el más leve ruido. Jupiter se esforzó por contener la respiración.

—Sé que estás ahí, chico —oyó que decía por fin el segundo hombre con voz grave y varonil—. No te preocupes, no temas nada. No pretendemos hacerte daño.

Sabiéndose descubierto, Jupiter tragó saliva e hizo acopio de todo su valor.

—¿Qué quieren ustedes? —acertó a preguntar desde el suelo.

Jupiter pudo ver cómo la cabeza del hombre se volvía automáticamente hacia las sombras en las que él se hallaba oculto. Algo parecido a una maliciosa sonrisa se movió en aquel rostro. Jupiter tragó saliva nuevamente.

—Sólo buscamos información —respondió el hombre en voz baja—. No tengas miedo y ven con nosotros. El jefe quiere verte.

Jupiter dudó, contenido al aliento. Justo en aquel preciso instante pasos precipitados resonaron cada vez más cerca de las puertas de entrada de Patio Salvaje. Segundos más tarde, tres hombres entraron corriendo por ellas y comenzaron a enfocar a todas partes con los haces de potentes linternas.

—¡Larguémonos de aquí, Norbert! —le dijo el hombre más bajo a su compañero—. Salgamos por donde entramos. En cuanto a ti, chico —añadió dirigiéndose a Jupiter—, volverás a tener noticias nuestras.

Los dos hombres se internaron en las sombras y desaparecieron como si hubieran sido engullidos por éstas. Jupiter, agotado, se puso en pie trabajosamente. En aquel momento las luces del patio se encendieron y los tres hombres que un momento antes entraran corriendo en la chatarrería se acercaron hasta donde Jupiter se encontraba.

—¡Tío Titus! ¡Konrad! ¡Hans! —exclamó Jupiter al reconocerlos.

—¡Jupiter! —exclamó su tío llegando hasta él y tomándolo por el brazo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? Oímos ruido y pensamos que podía haberte pasado algo.

—Estoy bien, Tío Titus —respondió el muchacho—. Creo que sorprendí a un ladrón. Eso es todo. Me lo tropecé por casualidad e intenté detenerle, pero fue más rápido que yo. Caí al suelo y él escapó trepando por la valla.

—¡Ladrones! —exclamó una cuarta figura que Jupiter no había acertado a ver todavía por haber entrado después que los tres hombres—. ¡Justo lo que me imaginaba!

Jupiter miró hacia quien acababa de hablar y sonrió ligeramente al ver a su tía Mathilda con cara de pocos amigos. La buena mujer blandía en su mano derecha una enorme sartén.

—¡Ladrones en Patio Salvaje! ¡En *mi* Patio Salvaje! —continuó exclamando la señora Jones—. ¡Lo que nos faltaba! ¡Tiene suerte ese bribón de haber escapado, porque si llego a ponerle las manos encima se hubiera enterado de quién es Mathilda Jones!

Al oírla hablar así Jupiter no pudo menos que compadecer a cualquier ladrón que tuviese alguna vez la mala fortuna de caer en manos de su tía. Dicha compasión, no obstante, no fue nada comparada con la que sintió por sí mismo cuando escuchó lo que la buena mujer dijo a continuación:

—¡Pero por todos los santos! ¡Jupiter, mírate bien! ¡Estás cubierto de polvo de arriba abajo! ¡Y eso que tienes en la frente parece un buen chichón! ¡Jupiter Jones: a tomar un baño ahora mismo!

CAPÍTULO 11

TRAS UNA NUEVA PISTA

Tras ingerir un copioso desayuno y prometerle a su madre que aquella misma tarde limpiaría y ordenaría el garaje de su casa, Pete Crenshaw pedaleaba furiosamente por las calles de Rocky Beach para no llegar tarde a su cita con Jupiter Jones. Pete, sabedor de cuánto desagradaba a su amigo que los planes se trastocaran a causa de un imprevisto o un retraso, incrementó el ritmo de su pedaleo al pensar en ello.

No tardó en divisar la valla exterior del Patio Salvaje de los Jones. En aquella ocasión, no obstante, Pete decidió no entrar por la puerta principal para evitar que la señora Jones, nada más verle, le pusiera automáticamente a trabajar. En vez de ello Pete se dirigió hacia el extremo más alejado de la fachada frontal de la chatarrería. En un punto concreto situado a unos treinta metros de las amplias puertas de entrada se detuvo junto a la valla. Sobre ésta, confiriéndole un aspecto de lo más pintoresco, había pintada una escena en la que un barco se debatía en medio de un fuerte oleaje. En un rincón de la escena un pez asomaba del agua y contemplaba el barco vapuleado por las olas. Pete se acercó hasta dicho pez y presionó en el punto en el que se hallaba pintado el ojo del mismo. Automáticamente dos de las tablas de la valla, accionadas por un resorte, se elevaron y dejaron abierta una entrada secreta. Aquélla era la Puerta Verde Número Uno, así llamada por el color verdoso con el que el mar había sido pintado. Por ella se accedía al rincón de Patio Salvaje en el que se hallaba ubicado el taller de Jupiter.

Pete se introdujo por el hueco abierto y arrastró tras de sí su bicicleta. Acto seguido se volvió y empujó las tablas hacia abajo hasta devolverlas a su posición original. Faltaban apenas cinco minutos para las nueve y media. Había llegado con tiempo de sobra.

—¡Quieto! —oyó de repente que una voz le decía tras de sí—. ¡No te muevas!

Pete dio un respingo y se quedó inmóvil, obediente ante la advertencia recién escuchada. Luego, lentamente, el alto muchacho de pelo castaño se volvió y miró a su alrededor. A unos metros de él, en cuclillas y observando atentamente el piso de tierra, se hallaba su amigo Jupiter.

—¡Rayos, Juve! ¿Qué te pasa? —se quejó Pete—. Me has asustado.

—Dame un momento, Segundo —respondió Jupiter sin apartar la mirada del suelo—. Y sobre todo no te muevas de donde estás.

—¿Te importa si respiro? —preguntó Pete, sarcástico—. He venido pedaleando a todo ritmo desde casa y estoy sin resuello. Espero que no te moleste que tome algo de oxígeno. Lo necesito para sobrevivir.

Jupiter no contestó. De hecho, ni siquiera le miró. Continuó observando el suelo de tierra y moviéndose lentamente hacia donde Pete se encontraba. Al cabo de un par de minutos el robusto muchacho se puso en pie y se pellizó el labio inferior, signo inequívoco de que ponía en marcha toda su maquinaria mental.

—Tal y como me imaginaba —musitó en voz baja—. Era la única respuesta posible.

Pete, parpadeando, soltó un suspiro.

—¿Qué es lo que te imaginabas? —preguntó—. ¿Qué es lo que ocurre aquí? Y sobre todo, ¿puedo moverme ya? Me está entrando complejo de estatua.

Jupiter, distraído, miró a su amigo.

—¿Eh? Oh, sí, claro, Pete —respondió—. Pasa y aparca tu bicicleta en cualquier parte. Espero que estés listo para partir. Worthington ya no tardará en llegar.

—Gracias por permitirme que me mueva —suspiró Pete con ironía.

El Segundo Investigador empujó su bicicleta hasta un rincón, la dejó allí, apoyada contra la cara interior de la alta valla, y regresó hasta donde Jupiter se encontraba de pie cavilando.

—Bueno, jefe —comenzó a decir—, ¿puedes explicarme ahora de qué va todo esto? ¿Qué buscabas en el suelo? ¿Has perdido una moneda de medio dólar?

Luego, abriendo mucho los ojos, señaló la frente de Jupiter.

—¡Menudo chichón! —exclamó—. ¿Cómo te lo has hecho? ¿Te caíste de la cama esta mañana? —añadió socarronamente.

Jupiter frunció el ceño y soltó un gruñido. A continuación procedió a relatarle a Pete todo cuanto había ocurrido la noche anterior, cuando fue asaltado al salir del puesto de mando.

—Se confirma de manera más que definitiva —concluyó— que hay más de una banda en todo este asunto. Los integrantes de la primera banda eran Sinclair y Lagalle. De los otros dos hombres, los que a su vez les atacaron a ellos y de los cuales no podría asegurar que fueran quienes nos ayudaron ayer en la carretera dado que ni entonces ni anoche pude verles los rostros, no puedo decir nada excepto que el más alto respondía al nombre de Norbert. Pero, por lo demás, sus voces no me resultan familiares en lo más mínimo. Quizás se trate de una tercera banda y haya aquí más maleantes de los que podamos imaginar. Sea como fuere, estoy seguro de dos cosas: las dos bandas se conocen entre sí, pues durante la refriega oí claramente cómo Sinclair, al escapar, gritaba: “¡Él está aquí!”. Sin duda se refería a uno de los hombres de la otra banda. Por otro lado, estoy seguro de que los integrantes de ésta conocen al menos la existencia de la Puerta Verde Número Uno.

—¿Cómo es eso, Juve? —inquirió Pete.

—Al escapar corriendo, Sinclair y Lagalle lo hicieron por la puerta principal de Patio Salvaje —explicó Jupiter—, pero no así los otros dos hombres. Éstos escaparon, según dijo el más bajo de ellos, “por donde vinieron”. Al escapar lo hicieron hacia este rincón del patio y no hacia la puerta principal, pues por ella entraban en ese momento mis tíos, Hans y Konrad. Por lo tanto escaparon por otra parte. Por este rincón del patio, más concretamente. Hoy, a la luz del día, las huellas que dejaron al escapar, y que estaba estudiando justo en el momento en el que tú has entrado, me han permitido verlo con claridad. Junto a la valla, justo donde se encuentra la Puerta Verde Número Uno, sólo hay, normalmente, huellas nuestras. Pero hoy se pueden apreciar huellas de hasta dos personas que no son ninguno de nosotros ya que son diferentes y más grandes. Así pues, Norbert y su compinche, es decir, los integrantes de la segunda banda, entraron y salieron utilizando nuestro acceso secreto. Eso prueba que llevan tiempo vigilándonos y que al menos uno de nosotros ha hecho uso de la Puerta Verde Número Uno mientras era vigilado. En lo sucesivo tendremos que extremar las precauciones y emplear las entradas secretas sólo cuando estemos del todo seguros de no ser vigilados o, ante la duda, utilizarlas sólo cuando resulte estrictamente necesario.

—Comprendo, jefe —convino Pete—. Y ahora ¿puedes explicarme...?

Pero Pete no acabó la pregunta. Un bocinazo le interrumpió y Jupiter, al oírlo, dijo:

—Worthington acaba de llegar. Vayamos a su encuentro. Tenemos prisa.

—¿En serio la tenemos? —inquirió Pete—. Este asunto se está complicando cada vez más, Juve. De lo único que yo tengo prisa es de olvidarme de él y dejar que otros se encarguen de resolver el misterio. No resulta fácil ser investigador cuando tienes tras de ti al menos a dos bandas de malhechores dispuestos a atraparte en mitad de la noche.

—Al contrario, Pete —repuso Jupiter—. Todo eso lo hace aún más estimulante. Además, esos hombres no nos dejarán en paz hasta que solucionemos todo el misterio. Así pues, cuanto antes pongamos todo en claro antes nos veremos libres del peligro que representan para nosotros. Y ahora ¡en marcha! —añadió echando a caminar.

—Muy bien, Jupe. Tú sabrás lo que haces —dijo Pete siguiendo a su amigo—. Pero al menos dime una cosa: ¿a dónde vamos?

—Responderé cualquier pregunta que desees hacerme durante el trayecto —se limitó a contestar Jupiter—. Ahora démonos prisa. Worthington nos aguarda.

Los dos amigos rodearon las amplias pilas de chatarra que les separaban del centro del patio. Cuando alcanzaron éste vieron junto a la puerta de entrada el flamante Rolls-Royce, cuyos impolutos apliques dorados en faros y carrocería relucían al sol de California. Al verlos aparecer, Worthington, el alto e impasible chófer inglés tocado con su impecable uniforme, descendió del automóvil, abrió una de las puertas traseras para los muchachos y saludó a éstos con una leve inclinación de cabeza.

Jupiter y Pete se acercaron a él a grandes zancadas.

—Aprovechemos que Tía Mathilda no está a la vista para marcharnos —apremió Jupiter—. Esta vez preferiría no toparme con ella ni con sus ganas de ponernos a trabajar.

—¿Esta vez, dices? —comentó Pete—. ¡Cáscaras, Jupe! ¡Eso es lo que yo prefiero siempre!

Worthington les recibió con una amplia sonrisa cuando los chicos llegaron junto al coche.

—Buenos días, *master* Jones —dijo—. Buenos días, *master* Crenshaw. Encantado de volver a verles.

—Buenos días, Worthington —saludó Jupiter—. Gracias por venir.

—Es un placer —corroboró el chófer inglés—. ¿Nuevos misterios que investigar?

—Así es, Worthington —respondió Jupiter mientras él y Pete se introducían en el lujoso automóvil—. En esta ocasión investigamos el paradero de un valioso objeto que alguien escondió antes de morir.

—Mmmm... Suena interesante, *master* Jones —repuso Worthington—. Deseo que sean ustedes capaces de llevar la investigación a buen término.

—Gracias, Worthington —respondió Jupiter.

Una vez que los muchachos estuvieron acomodados en el interior, el chófer inglés cerró la puerta y se situó tras el volante.

—¿A dónde nos dirigimos, *master* Jones? —preguntó Worthington maniobrando para poner el coche en movimiento.

Jupiter le dio las indicaciones necesarias para que les llevase a la casa del difunto señor Roberts. Worthington, mostrándose conforme, condujo el Rolls-Royce hasta la calle y se unió al escaso tráfico que a aquella hora circulaba por la misma. Pete, por su parte, parpadeó sorprendido al oír las indicaciones dadas por su amigo.

—¿Vamos otra vez a casa del señor Roberts? —preguntó intrigado—. ¿Qué pretendes, Jupe?

Éste, ausente, miraba con disimulo y con la cabeza ligeramente ladeada por la ventanilla trasera del vehículo. Recorridas un par de manzanas, y pareciendo darse finalmente por satisfecho, se acomodó en el mullido asiento trasero y suspiró aliviado.

—Al parecer nadie nos sigue esta vez —informó—. Pero no debemos bajar la guardia en ningún momento.

—Bueno, quizás quienes nos vigilan hayan decidido tomarse un descanso después de lo de anoche —apuntó Pete.

—No lo creo —desechó Jupiter—. Aunque seguramente sí se muestren más prudentes a la hora de acercarse a nosotros. Eso nos favorecerá siempre que no decidan unir sus fuerzas para ir en pos nuestra. Espero que algo así no llegue a ocurrir.

Durante unos segundos los dos muchachos guardaron silencio mientras Worthington conducía en dirección a las colinas.

—Bueno, Jupe —dijo Pete al fin—. Y ahora ¿me explicarás de una vez qué es todo esto? ¿Para qué vamos de nuevo a la casa del señor Roberts?

Jupiter, sin mirar a su amigo, respondió:

—Para encontrar la siguiente pista, Pete.

—¿Qué quieres decir, Primero? —inquirió Pete parpadeando. Luego, adoptando una pose más seria, añadió: —Jupiter Jones, tú has descubierto algo y estás convencido de que ello es importante. ¿Por qué no lo sueltas ya? No te hagas el misterioso. Antes dijiste que responderías cualquier pregunta mía durante el trayecto. Bien, ya estamos de camino. Empieza a contar.

Jupiter miró a Pete y sonrió.

—Muy bien —dijo—. Verás: creo haber descubierto la siguiente pista a la que se refería el señor Roberts. Aunque para ser del todo sincero debo reconocer que la casualidad tuvo bastante que ver en ello. Claro que eso no es nada malo, pues muchos detalles importantes de la historia de la criminología se han descubierto por casualidad. Sea como fuere, fui un tonto al no darme cuenta antes de un detalle aparentemente tan sencillo.

—Ve al grano y suéltalo de una vez, Jupe —dijo Pete, intrigado.

—Ayer por la noche, al despedirme de vosotros —explicó Jupiter—, mi tío Titus me entregó una caja con objetos usados que necesitaban alguna reparación. En el interior de dicha caja encontré un reloj despertador. Al principio no me fijé, pero al posar mis ojos sobre él por segunda vez me di cuenta de un detalle de lo más trivial. Entonces lo comprendí todo.

—¿Y qué tiene que ver un despertador usado con el señor Roberts y todo este asunto del ajedrez y el tesoro escondido? —inquirió Pete.

—Los números, Pete —respondió enigmáticamente Jupiter—. Eso es lo que tiene que ver. ¡Ésa es la pista!

—¿Los números? —repitió Pete, confuso.

—Así es, Segundo —continuó Jupiter—. Verás: en la mayoría de los relojes los números que aparecen en la esfera indicando las diferentes horas son números convencionales o, dicho de otra manera, números de origen árabe. Son los números que empleamos a diario. El 1, el 2, el 3, etc... Pero muchos otros relojes señalan las horas con otra clase de números, es decir, números que son letras. O, mejor dicho, letras que son números.

—¿Qué quieres decir, Jupe? —preguntó Pete.

—Estoy hablando de números romanos, Pete —explicó Jupiter—. Eso es lo que quiero decir. Letras que no son realmente letras, sino números. El despertador que me dio mi tío representaba las horas de la una a las doce con números romanos. Al verlos lo comprendí todo. Fui un estúpido al no darme cuenta de ello antes.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó Pete—. ¿Estás seguro de hallarte en lo cierto?

—Completamente, Segundo —respondió Jupiter—. Varias cosas encajan con ese detalle. Por un lado ésa es la razón de que el señor Roberts dijese que “las cosas no siempre son lo que parecen”. Esa frase, que aparece en la carta dirigida al señor Heggyns, se repite en el mensaje que el señor Inglewood nos entregó ayer. Así pues, “si las cosas no siempre son lo que parecen”, es lógico pensar que las letras no son siempre letras, sino que a veces son otra cosa. A veces no son sino...

—¡Números! —acabó Pete—. ¡Rayos, Jupe! Eso sí que suena con sentido.

—Pero aún hay más, Pete —prosiguió Jupiter—. ¿Recuerdas lo que el señor Heggyns nos contó acerca de lo que el señor Roberts hizo con los libros que poseía en su casa?

—¿A qué te refieres exactamente, Jupe?

—Me refiero al hecho de que el señor Heggyns nos dijo muy claramente que el señor Roberts se pasó todo un verano ordenando, clasificando y catalogando todos sus libros. Y que incluso llegó a *enumerarlos de diferentes maneras*. ¿No lo entiendes, Pete? Estoy convencido de que algunos de esos libros están numerados con números romanos, y que en alguna de las estanterías de esa casa hay un libro cuya numeración es LXI, es decir, 61 expresado en números convencionales.

—¡Cáscaras, Jupe! —volvió a exclamar Pete—. ¡Todo eso tiene su lógica! Ahora bien, ¿qué te hace pensar en los libros que el señor Roberts poseía? ¿Cuál es la conexión de éstos con el mensaje?

Jupiter se mordió el labio inferior.

—Hubo un detalle que me hizo pensar en los libros —explicó Jupiter—. En su carta, el señor Roberts dice claramente: “busca entre lo que más quiero”. A nosotros nos despistó el hecho de que descubriéramos a un viejo amigo suyo cuyo nombre encajaba en las iniciales L, X e I. Uno quiere a sus amigos, y eso fue lo que nos despistó. Pero el señor Roberts amaba también otras cosas, como el arte, el ajedrez y... sus libros. El señor Heggyns nos lo dijo claramente y nosotros lo pasamos por alto. Incluso el señor Inglewood aludió ayer a ello.

»Por lo demás, cuando el señor Roberts dice en su carta que “el nombre os conducirá por el camino correcto”, a lo que está haciendo realmente referencia es, ni más ni menos, que...

—¡Al título del libro! —exclamó Pete—. ¡Rábanos picantes, Jupe! ¿Estoy en lo cierto?

—Eso creo, Pete —respondió Jupiter—. El nombre del libro en cuestión, es decir, su título, debe supuestamente conducirnos por el camino correcto.

—O sea —retomó Pete—, que hemos de ir a la casa del señor Roberts, entrar en su biblioteca, dar con los libros clasificados con números romanos, encontrar el numerado como LXI, es decir, el número 61, y leer su título. Y en dicho título debe hallarse la siguiente pista. ¿Es así, Jupe?

—Así es, Pete —respondió el Primer Investigador—. O, cuando menos, ésa es la conclusión a la que he llegado con mis deducciones. Creo firmemente en mi teoría, y estoy convencido de que esta vez nos hallamos sobre la pista correcta.

—¡Vaya! —silbó Pete—. Si tienes razón con tu teoría, no hay duda de que el señor Roberts era capaz de idear tramas de lo más retorcido.

—De eso puedes estar absolutamente seguro, Segundo —sentenció Jupiter—. Pero también estoy convencido de otra cosa.

—¿De qué, Jupe? —preguntó Pete mirando a su amigo.

—De que vamos a desentrañar esta trama —respondió Jupiter no sin cierta pomposidad. Dicho lo cual se negó a añadir una sola palabra más durante el resto del trayecto.

CAPÍTULO 12

EL TÍTULO MISTERIOSO

Tras un agradable paseo por las colinas el Rolls-Royce enfiló por fin el cañón en cuyo extremo más alejado se hallaba la casa de Arthur Roberts. Durante el resto del camino Pete no pudo evitar mirar atrás cada cierto tiempo para comprobar si alguien les seguía. Al no ver ningún coche sospechoso el muchacho suspiró aliviado, sobre todo cuando, al aproximarse a la casa del escritor difunto, quedaron a la vista un par de coches patrulla de la policía de Rocky Beach.

Siguiendo las instrucciones dadas por Jupiter, Worthington se aproximó a la casa y se detuvo junto a la acera a escasos metros de los coches patrulla. Al ver estacionar al flamante Rolls-Royce, el agente que hacía guardia junto a la puerta del jardín se aproximó al coche y se inclinó sobre la ventanilla del conductor.

—Lo siento, pero no puede usted permanecer aquí —le dijo a Worthington—. Esta casa ha sido allanada y la zona entera está en manos de la policía.

Antes de darle tiempo a Worthington para contestar, Jupiter bajó su ventanilla y, adoptando la voz y la pose más adultas que le fue posible, le dijo al agente:

—Discúlpeme usted a mí, buen hombre, pero tengo una cita aquí con el jefe Samuel Reynolds. Él me está esperando. ¿Sería tan amable de comunicarle mi llegada, por favor?

Aun a sabiendas de las dotes de actor que poseía su amigo, Pete no pudo menos que dar un respingo al oírlo hablar así. Pese a ser un jovencito, Jupiter parecía haber envejecido de golpe diez o quince años. Su apostura, unida a la presencia del Rolls-Royce, le confería la apariencia de un serio y exigente joven al que no le gustaba que le hicieran esperar.

El agente, al oírlo, titubeó.

—Le repito que la zona está en manos de la policía y que no se le permite el paso a extraños —insistió rascándose la cabeza.

—Y yo le repito que el jefe Reynolds me espera —replicó Jupiter—. Tenga la bondad de avisarle, caballero, o me verá obligado a ir yo mismo en su busca.

El agente pareció más confundido que nunca. No obstante, la voz varonil y autoritaria de Samuel Reynolds, quien apareció por detrás del apabullado agente, puso fin a aquel remedo de discusión.

—Está bien, Johnson, está bien —dijo—. El muchacho tiene razón. Vuelva a su puesto y yo me encargaré de atenderle.

Todavía confuso y con el ceño fruncido, el agente se retiró obedientemente hacia la entrada del jardín. Una vez a solas junto al Rolls-Royce, el jefe Reynolds puso los brazos en jarras y miró a Jupiter.

—Muy bien, joven Jones —dijo no sin cierta severidad—. Ya has conseguido lo que querías: venir a esta casa a pesar de que ello va contra las normas. ¿En qué puedo ayudarte esta vez?

—Tal y como le dije ayer por teléfono, jefe —respondió Jupiter mientras él y Pete se apeaban del lujoso automóvil—, necesito consultar un libro que espero poder encontrar en esta casa.

—Ah, sí, es cierto —asintió el jefe—. Recuerdo que mencionaste algo referente a un libro. Verás, Jupiter... Esta casa ha sido allanada y nada de cuanto hay todavía en ella puede ser sustraído. Así pues, no podrás llevarte nada de cuanto hay en ella, sea un libro o no lo sea.

—No importa, jefe —repuso Jupiter—. Tan sólo necesito consultarlo. De todas formas, si necesitásemos el libro en sí quizás pudiésemos conseguir un ejemplar en la biblioteca pública. Como usted sabe, nuestro socio, Bob Andrews, trabaja allí y podría sacarlo en préstamo con facilidad. Aun así, no creo que sea necesario sacar el libro de la casa. En teoría sólo necesitamos ver el título.

El jefe Reynolds miró a los muchachos y suspiró.

—Muy bien, chicos —dijo—. Venid conmigo. Pero tened bien presente una cosa: no toquéis nada. Si tenéis necesidad de coger algo decídmelo a mí y yo lo cogeré por vosotros.

—Si se refiere a huellas no se preocupe por ello —arguyó Jupiter—. Hemos estado con anterioridad dos veces en esta casa, así que lo más probable es que las nuestras ya estén en su interior.

—De eso ya hablaremos luego. Vosotros, por el momento, obedeced a lo que yo os diga y no toquéis nada —insistió el jefe—. Y ahora, seguidme.

Pete y Jupiter asintieron y, tras pedirle a Worthington que les esperase, echaron a andar tras el jefe de policía de Rocky Beach. Éste les condujo a través del jardín y hasta el interior de la casa. Una vez en el vestíbulo, éste se giró y miró a los chicos.

—¿Y bien, Jones? —le preguntó a Jupiter.

—Entremos al salón, jefe —respondió éste—. Es ahí donde el señor Roberts tenía su biblioteca particular. Buscaremos ahí.

—Muy bien —accedió el jefe de policía.

Los tres entraron en el salón y contemplaron la amplia estancia desde el umbral. Pete y Jupiter posaron una vez más su mirada sobre las grandes estanterías atiborradas de libros que ascendían desde el suelo hasta el techo ocupando casi la totalidad de las paredes.

—El señor Roberts catalogó personalmente todos sus libros —explicó Jupiter—. Los agrupó en secciones y le dio a cada una de éstas una numeración diferente. Nosotros buscamos la sección de su biblioteca que está marcada con números romanos, sea cual sea su temática.

—Eso será fácil —comentó el jefe Reynolds—. Los libros no parecen haber sido uno de los objetivos primordiales del registro que se efectuó aquí. Busquemos. Pero recordad que no disponemos de mucho tiempo. La policía judicial no tardará en llegar, y preferiría que no estuvierais aquí para entonces.

—Será cosa de un momento, jefe —aseguró Jupiter, quien ya se había acercado a la primera estantería para, con mucho cuidado de no tocar nada, ver la numeración de los libros allí dispuestos.

Cada uno de ellos se acercó a una pared diferente y comenzó a mirar en las estanterías que contra ella se levantaba.

—Cada libro lleva una etiqueta en la parte inferior del lomo —comentó Jupiter tras contemplar los libros que tenía ante sí—. Es ahí donde figura el número. Éstos de aquí no son. Están numerados con el alfabeto griego.

Siguieron mirando.

—Es posible que el libro que buscamos verse sobre ajedrez —dijo Jupiter mordiéndose el labio inferior—. Todo este asunto tiene que ver, de alguna u otra manera, con dicho juego. Busquemos la sección de ajedrez. Puede que allí...

—Esa sección está aquí, Jupe —interrumpió Pete—. La tengo justo delante de mí y... ¡sí! Están ordenados con números romanos. ¡Tenías razón, Jupe!

Jupiter y el jefe Reynolds se acercaron hasta donde Pete se hallaba, arrodillado frente a una estantería de roble que ocupaba el rincón más alejado de la estancia.

—Busca el número 61, Segundo —apremió Jupiter—. Es decir, el numerado como LXI.

—¡Aquí está, Jupe! —respondió Pete—. ¡Lo estoy viendo ahora mismo! Por favor, jefe Reynolds —añadió volviéndose hacia el jefe de policía—, cójalo y enséñenoslo. El título no figura en el lomo. Parece un libro bastante antiguo.

El jefe Reynolds se sacó del bolsillo unos finos guantes de goma y se los puso. Acto seguido se agachó y cogió el libro que Pete señalaba. Luego se irguió y lo puso frente a sí para que Pete y Jupiter pudieran contemplarlo. En efecto, tal y como dijese Pete, se trataba de un libro de aspecto bastante antiguo. Sus cubiertas se hallaban muy desgastadas y sus páginas comenzaban a amarillear por los bordes debido al efecto de la humedad, la luz y el paso del tiempo.

—No podías leer el título en el lomo porque éste ha sido forrado, Pete —explicó el jefe Reynolds—. Sin duda las tapas se desprendieron en algún momento y el señor Roberts lo reparó para evitar que su deterioro fuera a mayores. No obstante, el título aparece en la portada, chicos. Leedlo vosotros mismos.

—Ya lo hacemos, jefe —dijo Pete—. Y, la verdad, no entiendo nada. ¿Qué opinas tú, Jupe?

—*La base del ajedrez* —leyó Jupiter en voz baja como abstraído por sus pensamientos. Luego, como volviendo en sí, añadió: —La verdad es que... no sé qué decir. Esperaba que el título del libro resultase algo más descriptivo. *La base del ajedrez*. Un título así, que dice tanto y tan poco a la vez, resulta sumamente intrigante.

—Jupiter, ¿qué clase de título es éste? —preguntó Pete—. No nos dice nada realmente. ¿Estás seguro de que ésta es la pista que buscamos?

—Tiene que serlo, Pete —respondió Jupiter sin dejar en ningún momento de pellizcarse el labio inferior—. Estoy absolutamente seguro de que mi teoría es cierta. El señor Roberts se refería al título de *este* libro. Tenemos que discurrir sobre ello, Segundo. Jefe —añadió volviéndose hacia el jefe de policía—, ¿no podemos llevarnos el libro para estudiarlo, aunque sea tan sólo por unas horas?

El jefe Reynolds sacudió la cabeza.

—Me temo que eso es del todo imposible, Jupiter —dijo—. Además, si ya habéis obtenido lo que buscabais, tengo que pedir os que salgáis de la casa. La policía judicial llegará de un momento a otro y no es conveniente que os encuentre aquí dentro.

—Tiene usted razón, jefe —accedió Jupiter visiblemente desilusionado—. Quizás Bob pueda facilitarnos un ejemplar de la biblioteca pese a tratarse de un libro tan antiguo. Por fortuna la biblioteca pública de Rocky Beach está muy bien surtida. Déjeme anotar tan sólo el nombre del autor para poder comunicárselo a nuestro amigo.

Tras hacer lo dicho en un pedazo de papel, Jupiter le agradeció al jefe Reynolds la ayuda prestada. Éste, tras devolver el libro a su lugar, les acompañó hasta el exterior y se despidió de ellos. Pete y Jupiter regresaron lentamente hasta donde se encontraba aparcado el Rolls-Royce con Worthington al volante. Por el camino Pete miró a Jupiter. Éste, perdido en sus pensamientos, tenía el ceño fruncido y se presionaba con furia el labio inferior.

—¿Qué opinas, Jupe? —le preguntó—. ¿Cuál será nuestro próximo paso? ¿Qué podemos sacar en claro a partir de un título tan tonto como *La base del ajedrez*?

—Reconozco que estoy sumamente desorientado —respondió Jupiter—. No obstante, creo que no nos vendría mal tener un ejemplar de ese libro. Quizás su lectura nos ayude a dar con la pista que necesitamos para avanzar en este caso. Vamos, Pete, llamaremos a

Bob a la biblioteca desde el teléfono del Rolls-Royce. Le pediremos que busque un ejemplar de *La base del ajedrez*, de Alexander Redimov, y lo saque en préstamo. Una dosis de estudio del ajedrez no nos vendría mal en este caso.

—¿Y qué haremos si Bob no logra encontrar un ejemplar del libro? —inquirió Pete—. Se trata de un libro viejo que quizás no sea tan sencillo de encontrar. ¿Y si debido a ello no logramos seguir avanzando en este caso?

Jupiter guardó silencio durante unos segundos.

—¿Y bien? —insistió Pete.

—En ese caso, y muy a mi pesar —respondió Jupiter frunciendo el ceño—, gustosamente accederé a acompañarte a la playa y aprovechar los últimos días del verano nadando en el mar.

Las carcajadas de Pete resonaron por todo el cañón mientras Jupiter, presionándose el labio inferior, recorría a grandes zancadas la distancia que todavía les separaba del lujoso Rolls-Royce.

CAPÍTULO 13

REFLEXIONES SIN SALIDA

Bob Andrews empujó la trampilla situada al final del Túnel Dos y ésta se levantó suavemente. Mientras saltaba al interior del puesto de mando vio que sus amigos Pete y Jupiter se hallaban ya allí, esperándole, tal y como le habían dicho cuando le llamaron a la biblioteca desde el teléfono instalado en el Rolls-Royce.

Era ya mediodía y se acercaba la hora de comer. Worthington y el lujoso automóvil habían regresado hacía rato a la agencia de automóviles Rent'n Ride tras dejar a los chicos de regreso en Patio Salvaje. Nada más poner los pies en tierra, Tía Mathilda, quien los vio llegar por pura casualidad, los puso a trabajar inmediatamente ordenando y transportando chatarra de un lugar a otro del patio. La ardua jornada de trabajo duró hasta poco antes de la hora de comer. Jupiter y Pete habían aprovechado la tregua para retirarse al puesto de mando con el fin de cambiar impresiones sobre el caso y esperar la llegada del Tercer Investigador.

Tras ajustarse las gafas, Bob se acercó hasta el escritorio al que se hallaban sentados sus amigos. Pete, con aspecto cansado, jugaba distraídamente con las piezas del ajedrez mientras Jupiter, por su parte, parecía cavilar con expresión enfurruñada. Al ver llegar a Bob, no obstante, Juve levantó la vista y miró a su amigo.

—Hola, Bob —le saludó—. ¿Lo tienes? —le preguntó sin más.

Bob sonrió y levantó en alto un libro que hasta ese momento había mantenido oculto bajo el brazo.

—Lo tengo, jefe —dijo entregándole el libro a Jupiter—. No os imagináis cuánto me ha costado sacarlo. Convencer a la señorita Bennett fue un duro trabajo.

—¡Je! —se mofó Pete mientras alineaba sobre el tablero de ajedrez las piezas blancas y negras—. ¿Duro trabajo, dices? Para trabajo duro el que hemos tenido nosotros esta mañana al regresar de la casa del señor Roberts. Tía Mathilda nos cogió por sorpresa, así que no tuvimos escapatoria. Y ha sido horrible. Gracias, Tercero, pero no me hables de trabajo duro.

—¿Por qué tuviste problemas para sacar el libro, Bob? —preguntó Jupiter sin hacer caso del comentario de Pete y comenzando a hojear el libro—. ¿Qué quieres decir?

—Para empezar, tuve problemas para encontrarlo —explicó Bob—. Ese libro está descatalogado, pues es muy antiguo. Aparecía mencionado en el fichero pero no había rastro de él en las estanterías ni en el archivador de libros en préstamo. Finalmente, y con ayuda de la señorita Bennett, lo encontré en el almacén, pendiente de reparación, e incluido en un listado de libros fuera de préstamo que no se permite sacar de la biblioteca. Tras mucho insistir conseguí que la señorita Bennett me permitiese sacarlo, pero sólo durante un par de días y con la condición de que esta tarde vaya a trabajar a la biblioteca a manera de favor extraordinario. No pude negarme, así que esta tarde no podréis contar conmigo para avanzar en el caso. ¿Qué opinas, Juve? ¿Crees que te bastarán un par de días caso de que tengas que leerlo entero? Como podrás ver, tuve que someter el libro a unas cuantas reparaciones.

—E hiciste un buen trabajo —reconoció Jupiter mientras contemplaba el libro—. Siento que ir a la biblioteca te aparte del caso por esta tarde, Tercero, pero te mantendremos

debidamente informado si hay acontecimientos. En cuanto a tu pregunta, espero que no sea necesario leer todo el libro, aunque, a las malas, creo que dos días bastarían para completar su lectura.

—Espero que este libro sea la pista que busquemos, Jupe —dijo Bob.

Jupiter le dio varias vueltas al libro entre sus manos.

—Eso espero yo también —dijo frunciendo el ceño—. Por lo que veo, éste es el mismo libro que vimos en casa del señor Roberts, si bien se trata de una edición posterior. Aun así, este ejemplar es casi tan antiguo como el otro. Nada parece indicar que el texto de este ejemplar haya sufrido cambios en su contenido con respecto a la edición anterior. En fin, amigos —concluyó Jupiter—, tenemos un ejemplar de *La base del ajedrez*, de Alexander Redimov, aunque sea tan sólo por dos días. Espero que nos resulte útil, aunque, francamente, amigos, no sé qué pensar.

—¿Qué te ocurre, Jupe? —preguntó Bob—. ¿Acaso no estás del todo seguro de que sea ésta la pista que necesitamos?

—Jupe está de mal humor —intervino Pete—. Reconoce que el título de este libro no le dice nada y que todo esto no es más que un redomado galimatías sin sentido que, además, no conduce a ninguna parte.

Bob miró a Pete y luego nuevamente a Jupiter. Éste, tras unos segundos de silencio, exhaló un profundo y largo soplo.

—Confieso que me encuentro ciertamente desorientado —dijo al fin con resignación—. Si el señor Roberts se refería en efecto a este libro en su mensaje, lo cual es algo que no dudo, no acierto a comprender por qué se molestó en decirnos que su título nos conduciría por el camino correcto. De ser así, un título como *La base del ajedrez* debería ser lo bastante claro como para indicarnos alguna dirección o pista a seguir. Pero lo cierto es que el título es tan general, tan escueto, dice tanto y tan poco a la vez, que me deja completamente anonadado. Francamente, no sé qué pensar. Y aun así algo debe haber en este título que resulte revelador.

—Quizás el título en sí no sea más que una señal que indique hacia el camino, y que este camino sea la lectura del libro —sugirió Bob—. Es posible que en el libro se explique alguna táctica o movimiento de ajedrez que... ¡Eh, chicos! —exclamó de golpe, excitado—. ¿Y si en el libro se explica algún movimiento táctico de ajedrez básico? ¿Y si dicho movimiento condujese a otros y éstos fuesen la base de más letras, tal y como ya ocurriera con la primera parte del mensaje? ¿Qué opinas, Jupe?

—No sé, Tercero —respondió Jupiter—. Reconozco que eso no deja de ser una posibilidad que debemos tener en cuenta.

—A mí eso me suena a chino —protestó Pete—. Además, no creo que con los movimientos de las piezas de ajedrez puedan construirse muchas letras, así que menos aún mensajes largos, ya estén compuestos por letras, números romanos, o lo que sea.

El silencio del desánimo cundió entre los tres jóvenes investigadores. Al cabo de casi un minuto Bob carraspeó.

—Creo que Pete tiene razón —dijo—. No obstante, algo hay en ese libro, en su título, o en cualquier otra parte de él, que es capaz de indicarnos el próximo movimiento que tenemos que realizar.

—En eso estamos de acuerdo, Bob —concedió Pete—. Ahora bien, ¿qué puede ser ello? ¿Alguna idea, Jupe?

Pete y Bob miraron a su amigo. Éste reflexionó durante unos segundos mientras pasaba páginas y más páginas del libro hasta que, sacudiendo la cabeza, les devolvió la mirada a sus amigos.

—Lo siento, chicos —dijo—, pero no se me ocurre nada válido en que pensar. Estoy mentalmente bloqueado. Claro que... Veamos, chicos. Si oyerais a alguien hacer

referencia a “la base del ajedrez”, ¿en qué pensaríais automáticamente? ¿Qué os sugeriría el título del libro?

—Que hay que ganar al contrario —respondió Pete sin pensar.

—Que hay que derrotar al rey enemigo —apuntó Bob en voz baja.

—No me habéis entendido —repuso Jupiter—. Ganar al contrario o, lo que es lo mismo, derrotar al rey enemigo, es el *objetivo* del juego, pero no su base. Los pilares en los que se basa el ajedrez son otra cosa. Veamos, Bob. Tú conoces las reglas del ajedrez mejor que Pete. ¿Qué te sugeriría el título del libro si lo oyeras mencionar?

Bob reflexionó durante unos segundos.

—Pues... —dijo al fin—. Supongo que la estrategia. Al fin y al cabo se trata de un juego de estrategia. La base se halla en ella. La estrategia, la táctica, y también saber descubrir y prever la estrategia del contrincante. Es un juego en el que hay que atacar y ser prudente al mismo tiempo. Para jugar es necesario andarse con pies de plomo.

El silencio volvió a apoderarse del puesto de mando durante unos segundos.

—¿Y bien? —intervino finalmente Pete—. ¿Qué sacamos de eso, chicos? ¿Qué avanzamos sabiendo que la base del ajedrez es la estrategia y que para emplear ésta hay que mirar muy bien dónde pone uno los pies?

Jupiter se presionó el labio inferior con furia. Pete y Bob casi pudieron oír cómo sus engranajes mentales chocaban entre sí a fuerza de tanto discurrir. Finalmente el Primer Investigador, dándose por vencido, se reclinó en su silla y le dirigió una mirada inquisitiva a las piezas de ajedrez que Pete había dejado alineadas sobre el tablero.

—Ojalá esas figuras pudiesen hablar —dijo distraídamente—. En fin —añadió luego poniéndose en pie—, sugiero que nos demos un respiro durante la hora de comer. Quizá con los estómagos llenos las ideas acudan con mayor frescura y fluidez a nuestras cabezas.

Pete, poniéndose también en pie, miró a su amigo.

—Si lo que acabas de decir es que por ahora nos olvidaremos del libro y del ajedrez, que nos iremos a comer, y que ya nos ocuparemos del caso tras la comida... ¡chico, he de reconocer que no puedo mostrarme más de acuerdo contigo! —dijo riendo.

Entre risas, Pete y Bob fueron hasta la trampilla de acceso al Túnel Dos y se introdujeron en éste. Jupiter, todavía cavilando, les siguió lentamente no sin antes dedicarles una última y desafiante mirada al libro y a las piezas de ajedrez que, impassibles, descansaban sobre el escritorio del puesto de mando.

CAPÍTULO 14

UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE

Tras una rápida comida en casa de los Jones, Pete, Bob y Jupiter pidieron permiso para ausentarse y cruzaron la sucia y estrecha calle en dirección a Patio Salvaje. Una vez allí los muchachos se encaminaron al taller al aire libre de Jupiter. Bob se volvió entonces hacia sus amigos.

—Bueno, chicos —les dijo—. La señorita Bennett me pidió que no me demorase mucho esta tarde. Me temo que he de marcharme ya.

—Claro, Bob —concedió Jupiter de mala gana—. Siento que tuvieras que comprometerte a ello para conseguir el libro.

—No hay problema, jefe —repuso Bob—. Mantenedme al corriente de cualquier novedad.

—Descuida —dijo Pete—. Te llamaremos a la biblioteca. Si ya no estuvieras allí dejaremos el mensaje en tu casa.

Bob se despidió de ellos y fue a recoger su bicicleta. Segundos más tarde salía por entre las grandes verjas de hierro de Patio Salvaje dejando tras de sí una nubecilla de polvo. Una vez a solas, Jupiter echó a andar hacia su taller.

—Vayamos al puesto de mando —le dijo a Pete—. Veamos si nuestros estómagos llenos son capaces de aportar nuevas ideas.

—¡Cáscaras, Jupe! No puedo quedarme —repuso súbitamente Pete—. Acabo de recordar que esta mañana, justo antes de salir, le prometí a mamá que dedicaría la tarde a ordenar y limpiar el garaje. Lo siento, jefe, pero será mejor que me marche si no quiero verme en problemas. Llámame si haces algún progreso, ¿quieres?

Jupiter asintió apesadumbrado y contempló cómo Pete subía a su bicicleta y salía por donde Bob acababa de hacerlo apenas un minuto antes.

Definitivamente solo, Jupiter miró a su alrededor y, tras encogerse de hombros, llegó por fin a su taller y rodeó la imprenta para introducirse en el Túnel Dos. Una vez en el puesto de mando, se dirigió al escritorio y tomó asiento en la silla giratoria. Allí sentado, se cruzó de brazos y, con el ceño fruncido, se quedó contemplando las pequeñas figuras de ajedrez que Pete había dejado alineadas sobre los escaques del tablero. Así permaneció un rato, observándolas sin apenas pestañear, mientras las figuras, a su vez, le miraban ciegamente como pequeños testigos mudos de un misterio que no tenían intención de desvelar.

Multitud de ideas se agolpaban en la cabeza del Primer Investigador. Por un instante se le ocurrió pensar que mientras permanecía allí sentado a solas, en silencio y de brazos cruzados, mirando a las figuras, éstas parecían estar riéndose de él disimuladamente, como burlones guardianes de lo desconocido. Sintiendo un poco tonto ante aquel fugaz pensamiento, Jupiter se acodó en la mesa y se entretuvo un rato deslizando las piezas sobre la pulida superficie del tablero. Luego, siempre sin dejar de reflexionar, cogió un par de piezas y les dio vueltas y más vueltas entre los dedos acariciando con éstos sus macizos cuerpecitos de madera y el suave círculo de fieltro verde adherido a su base. Al cabo de un rato, cansado de las figuras, tomó el tablero en sus manos y lo observó detenidamente sin encontrar nada especial en él. Se trataba, sin más, de un

cajón de madera en cuyo interior encajaba el lecho de gomaespuma en el que se colocaban las piezas para lograr su mejor conservación.

Jupiter dejó finalmente el tablero sobre el escritorio y tomó el libro. *La base del ajedrez*, de Alexander Redimov, leyó una vez más. A continuación abrió el volumen y comenzó a leerlo prestando especial atención a aquellas partes en las que se explicaba, se discutía o incluso se mencionaba de pasada cualquier aspecto referente a la estrategia o la táctica. Sin reparar en el transcurso del tiempo, el cual discurría veloz a su alrededor, Jupiter se enfrascó en la lectura del libro y permaneció así un buen rato hasta que, finalmente, la sonora y potente voz de su tía Mathilda, quien le llamaba, le rescató de su ensimismamiento.

—¡Jupiter! ¡Jupiter Jones! —gritaba la mujer—. ¿Dónde diantre te has metido esta vez? ¡Sal de donde estés! ¡Hay cosas que hacer en Patio Salvaje!

Súbitamente sobresaltado, Jupiter levantó la vista y, con sumo cuidado, dejó el libro a un lado. Luego se puso en pie y se encaminó apesadumbrado hasta la trampilla que conducía al Túnel Dos. Un minuto más tarde rodeaba las grandes pilas de material que ocultaban el puesto de mando y hacía su aparición en el patio.

—¡Ya era hora de que aparecieras por aquí! —le recriminó su tía nada más verle—. ¡Tenemos trabajo! Hans y Konrad han salido con el camión grande y tu tío está ocupado en la oficina. Hazte cargo de cobrarles a los clientes mientras yo atiendo a los que vayan llegando.

—Sí, Tía Mathilda —respondió el muchacho.

Jupiter, obediente, hizo lo que su tía le había encargado mientras la mujer se acercaba a una pareja recién llegada que requirió de su ayuda haciéndole una seña. No obstante, tan abstraído estaba el Primer Investigador en el misterio del ajedrez que a lo largo de la primera media hora se equivocó hasta tres veces al dar el cambio. Su tía, viendo peligrar el nivel de sus ingresos, decidió finalmente relegar al muchacho de su cometido y le encargó que pintase de blanco unas sillas de jardín que, pese a ciertos restos de herrumbre que las cubrían, no se hallaban en mal estado.

Enfurrñado consigo mismo a causa de su torpeza, Jupiter se retiró a la zona existente tras la oficina y allí, armado con una brocha, un bote de pintura blanca y una buena dosis de paciencia, comenzó a aplicar la brocha empapada en pintura a las enmohecidas estructuras metálicas de las sillas. Su cabeza, mientras tanto, navegaba a años luz de distancia por un extraño mundo lleno de figuras de ajedrez que realizaban los más enrevesados movimientos.

Allí permaneció Jupiter durante buena parte de la tarde mientras el sol emprendía su camino descendente sobre las colinas que rodeaban Rocky Beach. Y allí fue donde, mientras el día comenzaba a declinar, su tío Titus lo encontró cuando salió de la oficina para estirar un poco las piernas.

El chatarrero, al ver a su sobrino tan dedicado a su trabajo pero a la vez tan absorto en sus propias reflexiones, decidió acercarse a él con una burlona sonrisa en los labios mientras se tironeaba de una de las puntas de su enorme bigote. El hombre, de carácter invariablemente alegre y desenfadado, sintió unos acuciantes deseos de bromear al ver el rostro de su sobrino cubierto por una expresión tan funesta.

—Hola, Jupiter —saludó afablemente—. ¿Cómo va eso? ¿Finalmente has decidido dedicarte a la pintura una vez comprobado que no puedes hacer nada frente al gran Titus Jones, sinigual maestro del ajedrez?

Jupiter levantó la mirada y, dejando la brocha en el cubo de pintura, esbozó una pesarosa sonrisa.

—Hola, Tío Titus —respondió—. No es eso. Estaba... estaba completamente absorto en mis pensamientos.

—No tendrán esos pensamientos algo que ver con el ajedrez, ¿verdad? —inquirió Tío Titus vertiendo una ración de tabaco en la cazoleta de su pipa—. Parece que últimamente ese juego te trae de cabeza.

—Algo así, Tío Titus —respondió Jupiter—. En realidad se trata de una especie de acertijo que no parece tener mucho sentido.

—¿De qué se trata exactamente, Jupe? —preguntó el chatarrero mientras prendía su pipa.

Jupiter reflexionó durante unos instantes. Luego, decidido, dijo:

—Tío Titus, si alguien te preguntase cuál es, a tu juicio, la base del ajedrez, ¿qué le responderías?

Su tío parpadeó sorprendido.

—¿La base del ajedrez? —repitió tras dar una primera calada—. ¡Vaya! Pues mi respuesta sería que la base es la estrategia, claro está. Pura y simplemente la estrategia. Y saber predecir tanto los movimientos del adversario como las consecuencias de los movimientos propios. Eso es algo fundamental en ajedrez.

Jupiter pensó que, al urdir su trama, el señor Roberts había sabido prevenir a la perfección los movimientos de cualquiera que decidiese intentar desentrañar ésta.

—Lo sé, Tío Titus —insistió Jupiter—. Pero ¿y si te planteasen la pregunta de tal manera que ésta fuese forzosamente una especie de acertijo?

Luego, súbitamente inspirado, añadió:

—E imagina que a ese acertijo le aplicases una frase como: “las cosas no siempre son lo que parecen”. ¿Qué responderías?

Tío Titus aspiró una amplia bocanada de su pipa y reflexionó durante unos segundos. Luego, sin más, se echó a reír envuelto en una pequeña nubecilla de humo.

—Respondería que el tablero y las piezas, claro. Sin ellos no se podría jugar. Sería casi como andar sin pies.

Tío Titus volvió a reír, satisfecho de su propia ocurrencia. Jupiter, por su parte, esbozó una desganaada sonrisa y suspiró.

De repente, el Primer Investigador se quedó inmóvil. Sus ojos, súbitamente brillantes de excitación, se abrieron mucho mientras su respiración se detenía por completo durante unos segundos. Lo que Tío Titus acababa de decir era en sí mismo algo aparentemente absurdo. Pero ¿y si...? Al fin y al cabo, aquella respuesta se ajustaba perfectamente al título del libro sin necesidad de leerlo entero. A menudo las preguntas más complicadas requerían las respuestas más sencillas. Además, por un lado, las cosas no siempre eran lo que parecían, y, por otro, el ajedrez era un juego difícil, por lo que quizás la respuesta más sencilla, por absurda que ésta pudiera llegar a parecer... ¿Y si...?

Temblando de excitación, Jupiter se puso en pie y echó a correr hacia la esquina opuesta de Patio Salvaje, donde se encontraba su taller. Su tío, al verle actuar de aquella manera, parpadeó sorprendido.

—Pero ¿a dónde vas, Jupe? —le preguntó—. ¿De golpe y porrazo te han entrado ganas de hacer ejercicio?

—Discúlpame, Tío Titus —respondió el muchacho sin dejar de correr—, pero acabo de recordar algo que dejé sin hacer. ¿Puedes encargarte tú de esas sillas de jardín hasta que acabe? ¡Gracias!

Sin esperar respuesta, Jupiter desapareció por entre las enormes pilas de chatarra. Su tío, divertido ante tan extraño comportamiento, se encogió de hombros, aspiró una profunda bocanada de su pipa y, mientras con una mano se tironeaba de una de las puntas de su bigote, con la otra cogió la brocha y comenzó a darle pequeños y rápidos brochazos a la silla que había quedado a medio pintar.

Mientras tanto, Jupiter llegó a su taller, recorrió apresuradamente el Túnel Dos y se introdujo por fin, jadeante, en el puesto de mando. Una vez más tomó asiento en la silla giratoria y clavó su mirada en el juego de ajedrez tal y como había hecho apenas unas horas antes. Esta vez, sin embargo, una extraña sonrisa surcaba los labios del Primer Investigador.

De repente sonó el teléfono. Sin apartar la mirada de las figuras de ajedrez, Jupiter estiró una mano y lo cogió.

—¿Diga?

—Jupe —dijo la voz de Bob desde el otro lado de la línea—, te llamo desde la biblioteca. He estado pensando en el acertijo del señor Roberts. Dime una cosa: ¿crees que la palabra *base* podría referirse al tablero de ajedrez? Al fin y al cabo, un tablero de ajedrez es la *base* sobre la que se colocan y disponen las piezas. Sobre ella se desarrolla el juego, tal y como hacen unos actores sobre un escenario. ¿Crees que el señor Roberts pudo referirse a algo así con su mensaje?

Jupe guardó silencio durante unos instantes. Luego, con voz queda, preguntó:

—¿Qué te ha hecho pensar en eso, Bob?

—Bueno —respondió Bob con un ligero azoramiento en la voz—, en realidad no ha sido cosa mía. Verás, esta tarde estaba tan abstraído pensando en el título de ese libro que la señorita Bennett me preguntó en qué pensaba. Le expliqué por encima de qué se trataba y a ella se le ocurrió decir, bromeando, lo que te acabo de comentar. La idea no ha dejado de revolotear en mi cabeza desde hace rato y creí oportuno comentártelo. ¿Qué opinas?

Jupiter guardó un silencio tan largo y profundo que Bob pensó que se había cortado la comunicación.

—¿Jupe? ¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, Bob —respondió Jupiter—. Mi tío Titus me ha hecho pensar en una idea parecida.

—¿En serio? ¿Y crees que...?

—Bob —interrumpió Jupiter con voz visiblemente excitada—, procura estar localizable. Te llamaré en cuanto averigüe algo. Ahora, adiós.

—Muy bien, Jupe —apenas tuvo tiempo de decir Bob antes de que Jupiter colgara el aparato.

Sentado en la silla giratoria, el Primer Investigador apoyó los codos sobre el escritorio, dejó las piezas de ajedrez a un lado y tomó el tablero de ajedrez en sus manos mientras las ideas se agolpaban febrilmente en su cabeza. En sus oídos resonó nuevamente lo que su tío Titus acababa de decirle apenas unos minutos antes: *El tablero y las piezas, claro. Sin ellas no se podría jugar. Sería casi como andar sin pies.* Las palabras dieron vueltas en su cabeza. Entonces recordó fugazmente otras palabras que habían sido pronunciadas también ese día en el interior del puesto de mando, hacía apenas unas pocas horas. *Para jugar al ajedrez es necesario andarse con pies de plomo.* Ésas habían sido las palabras de Bob. Y Pete, poco después, había apuntado: *La base del ajedrez es la estrategia, y en ella hay que mirar muy bien dónde pone uno los pies.*

Pies.

Los pies pueden ser considerados como una base. La base de una persona, por ejemplo, sobre la que ésta asienta todo el peso de su cuerpo.

Los pies (o simplemente el pie, según el caso) pueden ser también el comienzo de una escalera o la base de una columna, de un árbol, de una estatua o... de una figura.

Las figuras de ajedrez son estatuas de tamaño reducido que representan diferentes personajes.

Dichas figuras no tienen pies propiamente dichos, pero, como toda estatua, tienen una *base* sobre la que se asientan en el tablero.

Jupiter dejó el tablero de ajedrez sobre el escritorio y concentró su atención en las figuras. Tomó una al azar, una torre negra, y la examinó cuidadosamente. Recorrió con los dedos su suave superficie de madera labrada. Toda ella estaba hecha de madera maciza y no se advertían fisuras ni hendiduras que delatasen el más mínimo compartimento secreto. No era hueca, así que no podía guardar mensaje alguno en su interior. Estaba hecha de una pieza, por lo que de nada iba a servir buscar algo dentro de ella.

De repente, Jupiter se quedó completamente inmóvil y miró la figurita de ajedrez algo más de cerca. No, en realidad no toda ella estaba hecha de una sola pieza de madera. Jupiter giró entre sus dedos la figura de la torre negra hasta ponerla boca abajo. Allí, delante mismo de sus ojos, se hallaba la base de la figura. En su cara inferior la figura era circular, y su base se hallaba forrada con un pequeño círculo de fieltro verde que había sido adherido a ella con el fin de hacer que la figura se deslizase por el tablero con mayor suavidad y evitando rozaduras.

Así pues, no toda la figura era una sólida y única pieza. Y el pedazo circular de fieltro podía quitarse tan fácilmente como recolocarse sin llegar a dañarla.

Con los ojos brillantes de excitación, Jupiter hurgó en unos de sus bolsillos y extrajo su navaja suiza de múltiples hojas. Desplegó una de éstas y hundió la punta entre la madera de la figura y la tela de fieltro que forraba la base. Poco a poco, y no sin dificultad, logró despegar el círculo de fieltro hasta que éste estuvo completamente separado de la madera. Entonces dejó fieltro y navaja sobre la mesa y miró de cerca la base desnuda de la figura.

Allí, en aquel pequeño círculo de madera, había algo escrito. A pesar de los restos de cola seca y de algunas hebras de fieltro que habían quedado adheridas Jupiter fue capaz de leer lo siguiente:

2

3 en 9

Jupiter contuvo el aliento. ¿Qué sentido tenía que aquella figura llevase escritos aquellos números en su base? Aquello no podía ser una marca de fábrica ni nada por el estilo. Aquellas cifras, vistas de cerca, parecían haber sido escritas a mano sobre la madera negra con ayuda de un pincel muy fino empapado en pintura blanca.

¡Al fin había encontrado algo! ¡Al fin había dado con *la base del ajedrez!*

Tras un primer momento de júbilo Jupiter, no obstante, volvió a sumirse en la preocupación. Había descubierto algo, sí, pero ignoraba qué podía significar y con qué objetivo había sido escrito allí. Tras respirar hondo un par de veces, dejó a un lado la torre negra, miró el resto de las figuras y, sin pensárselo dos veces, tomó otra al azar.

Esta vez se trataba de un peón blanco. Con la punta de su navaja suiza y unos cuantos movientos hábiles consiguió despegar el fragmento de fieltro verde, que dejó a un lado. Miró la base del peón y, nuevamente, encontró algo escrito en ella. Esta vez se trataba de cifras trazadas con pintura negra sobre la madera blanca.

6

8 en 3

La excitación de Jupiter fue en aumento. Acababa de encontrar más cifras misteriosas. Si bien ignoraba su significado, lo cierto era que quedaban otras treinta figuras, por lo que quizás alguna de ellas, o bien todas juntas consideradas como un todo, pudieran hacerle ver lo que una sola pieza era incapaz de decirle por separado.

hecho, apenas distaba unas quince manzanas de Patio Salvaje. Y al parecer aquél había sido el lugar escogido por Arthur Roberts para proponerles una nueva etapa en la búsqueda del tesoro oculto. ¿Hasta cuándo duraría aquella búsqueda interminable? Una pista conducía a otra y así sucesivamente.

Jupiter colocó la primera torre blanca sobre el tablero de ajedrez, justo sobre el escaque que le correspondía al inicio de una partida. A continuación, y teniendo en cuenta que junto a dicha torre debía ir siempre un caballo blanco, Jupiter tomó los dos caballos blancos y les quitó cuidadosamente el forro de fieltro con su navaja. Cuando acabó vio que había obtenido lo siguiente:

1	2
Quiosco de música	8 en 4

Colocó el mensaje del caballo blanco número 1 junto al encontrado en la torre número 1. Así pues, una vez en Oceanview Park debían dirigirse al quiosco de la banda de música. El señor Roberts iba concretando cada vez más, cerrando poco a poco el cerco en el que debía desarrollarse la caza del tesoro que había escondido antes de morir. Jupiter conocía bien el quiosco de música al que se refería el mensaje. Era uno de los más antiguos del sur de California, si bien hacía ya mucho tiempo que ninguna banda de música actuaba ya en él.

Jupiter reemprendió el trabajo. Ahora le tocaba el turno a los dos alfiles blancos. El muchacho trabajó afanosa y metódicamente, primero con las piezas blancas y luego con las negras. Al cabo de un rato, una vez desprovistas todas y cada una de las figuras de los pedazos de fieltro que forraban sus bases, el muchacho reunió los mensajes y los ordenó. Para ello decidió que, por lógica, éstos debían ordenarse según las piezas de las que provinieran, las cuales, a su vez, debían también por lógica ir ordenadas de izquierda a derecha y de arriba abajo, pues es así como se lee un texto, y partiendo de la posición inicial de las figuras al comienzo de una partida.

Así pues, tras ordenar todas las piezas y todos los mensajes, lo que obtuvo escrito sobre una nueva hoja de papel fue lo siguiente:

Torre Bl. 1 Oceanview Park	Caballo Bl. 1 Quiosco de música	Alfil Bl. 1 5 en 14	Rey Bl. 6 en 10	Reina Bl. 12 en 1	Alfil Bl. 2 2 en 24	Caballo Bl. 2 8 en 4	Torre Bl. 2 13 en 16
Peón Bl. 1 4 en 21	Peón Bl. 2 9 en 1	Peón Bl. 3 3 en 2	Peón Bl. 4 6 en 5	Peón Bl. 5 2 en 15	Peón Bl. 6 8 en 3	Peón Bl. 7 1 en 22	Peón Bl. 8 7 en 22
Peón Ne. 1 1 en 19	Peón Ne. 2 9 en 20	Peón Ne. 3 11 en 12	Peón Ne. 4 8 en 13	Peón Ne. 5 5 en 7	Peón Ne. 6 12 en 5	Peón Ne. 7 3 en 24	Peón Ne. 8 16 en 17
Torre Ne. 1 4 en 23	Caballo Ne. 1 11 en 28	Alfil Ne. 1 12 en 18	Rey Ne. 10 en 10	Reina Ne. 10 en 4	Alfil Ne. 2 18 en 27	Caballo Ne. 2 6 en 20	Torre Ne. 2 3 en 9

Cuando terminó de escribirlo todo las manos le temblaban de excitación y su cabeza ardía febril. Pletórico, se reclinó en la silla y respiró profundamente.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Lo tengo, señor Roberts! ¡Lo tengo!

—¡Lo tengo, señor Roberts! ¡Lo tengo! —graznó entre aleteos *Barbanegra*, el pájaro mina, desde su jaula, despertando súbitamente de su sueño interrumpido—. ¡Lo tengo, bribón! ¡Devuélveme mis doblones!

Jupiter levantó la mirada hasta la jaula y sus ojos se encontraron con los de *Barbanegra*. Se hallaba tan exultante que de buena gana se hubiera acercado hasta la jaula y hubiera besado al oscuro pájaro de pico amarillo.

CAPÍTULO 15

UN VISITANTE INESPERADO

Mientras apuraba su temprana cena de aquel día, Bob Andrews no dejaba de dirigirle inquisitivas miradas al teléfono que colgaba de la pared de la cocina. Tras una agotadora tarde de trabajo en la biblioteca, el Tercer Investigador había llegado a su casa hambriento y cansado pero sin dejar de preguntarse si su amigo Jupiter habría logrado realizar algún progreso en el caso que les mantenía ocupados. Su madre, de cabello castaño y grácil figura, se sentó a su lado mientras él devoraba con hambre canina cuanto tenía en el plato.

—¿De veras que Jupiter no ha llamado en toda la tarde ni ha dejado mensaje alguno para mí, mamá? —preguntó nuevamente Bob.

—Por tercera vez en cinco minutos, Robert, tu amigo Jupiter *no* ha llamado —le respondió su madre entre divertida y enojada—. ¿Por qué tanto interés en esa llamada? —añadió la mujer mirándole de manera inquisitiva—. ¿En qué andáis metidos esta vez? Bob engulló un pedazo de salchicha.

—Intentamos dar con el paradero de algo valioso —explicó—. Verás: alguien ocultó una carta en un juego de ajedrez, nosotros la encontramos y...

—¿Una carta en un juego de ajedrez? —interrumpió su madre—. ¡Qué ocurrencia más extraña!

—Así es, mamá —asintió Bob—. La carta hablaba de un valioso objeto escondido que había que buscar siguiendo ciertas pistas. Nosotros intentamos...

El timbre del teléfono le interrumpió. Ante la mirada atónita de su madre, Bob saltó ágilmente de su silla y lo descolgó antes de que sonase por segunda vez.

—¿Diga? —preguntó.

—¿Bob? —la voz de Jupiter sonó excitada y apremiante—. ¿Podrías estar en el puesto de mando después de cenar? Digamos... ¿dentro de una hora?

—Allí estaré, jefe —respondió Bob—. ¿De qué se trata?

—Nos vamos de expedición nocturna —contestó Jupiter—. Tenemos que actuar de prisa y con discreción. No hay que olvidar que nos vigilan, pero por la noche pasar desapercibido quizá resulte más fácil que durante el día.

Bob fue incapaz de contenerse.

—¿Qué has descubierto, Juve? —preguntó.

—No hay tiempo ahora para explicaciones, Bob —dijo Jupiter sin más—. Telefona a Pete y dile que se reúna con nosotros en el puesto de mando dentro de una hora. No hay tiempo que perder. Nos vemos luego.

Bob colgó y, siguiendo las indicaciones recibidas, levantó de nuevo el aparato para llamar a Pete. Conforme el teléfono comenzaba a sonar en el hogar de los Crenshaw, Bob se preguntó qué podía haber descubierto Jupiter y a dónde tenía pensado llevarles de expedición esa noche.

Mientras Bob se hacía tales preguntas, en el interior del puesto de mando de Los Tres Investigadores Jupiter Jones se puso en pie y se acercó a una pequeña estantería atestada de libros. De entre éstos, sacó un tomo de tamaño mediano que recopilaba mapas de un buen número de ciudades de California del Sur y comenzó a hojearlo. No tardó en

encontrar lo que buscaba. Tal y como recordaba, la sección correspondiente a Rocky Beach disponía de un detallado callejero que incluía un plano de Oceanview Park y todas sus instalaciones. Con un rápido ademán arrancó la página que mostraba el plano del parque y se la metió en el bolsillo de la camisa.

A continuación tomó la hoja de papel en la que había anotado cuanto acababa de descubrir en las figuras de ajedrez y se la metió también en el bolsillo. Una vez hecho esto, se encaminó por fin a la trampilla que conducía al Túnel Dos. Tras él, esparcidas sobre el escritorio, quedaron las figuras de ajedrez y un pequeño montón de pedazos de fieltro verde. Antes de salir de allí Jupiter les dedicó una última mirada triunfal.

Rápidamente el Primer Investigador recorrió a rastras el tubo de metal galvanizado, hizo a un lado la rejilla y alcanzó el interior de su taller.

Allí todo parecía tranquilo y sosegado. Jupiter pudo apreciar que la tarde había avanzado hasta convertirse ya en casi noche y que Patio Salvaje se hallaba sumido en crecientes sombras.

Tras ponerse en pie, Jupiter rodeó la imprenta y se dispuso a salir al patio.

—Buenas tardes, joven Jones. Por lo que veo, nuestros caminos se ven destinados a cruzarse una vez más.

Jupiter se detuvo en seco. Su corazón, alarmado, dio un vuelco para a continuación comenzar a latir desenfadadamente. Las palabras que acababan de sonar en el taller le habían tomado por sorpresa. No obstante, no fueron las palabras en sí ni la sorpresa causada al oírlas lo que le dejó completamente petrificado, sino algo que Jupe detectó en aquella voz: su acento francés.

Jupiter conocía al dueño de aquella voz. No en vano, Los Tres Investigadores se habían tropezado con él durante la resolución de dos de sus casos anteriores. Y los muchachos difícilmente olvidarían los malos tragos que en alguna que otra ocasión les había hecho pasar.

Cuando, al cabo de unos segundos, Jupiter hubo recuperado el control de sí mismo, optó por permanecer completamente inmóvil y escudriñar la oscuridad reinante en el taller. En el silencio del anochecer, Jupiter acertó a percibir cómo lo que parecía el contorno de unos hombros y un sombrero se movía ligeramente entre las sombras situadas al otro lado de la imprenta.

De repente, un leve sonido rasposo se dejó oír en aquel rincón. Una chispa deshizo entonces tímidamente la oscuridad. Allí, a la vacilante luz de una cerilla, apareció el rostro de Huganay. Semioculto por las sombras e iluminado tenuemente por la temblorosa luz de la cerilla, que arrojaba dibujos fantasmales por todo el taller, el rostro del peligroso ladrón de obras de arte tenía un matiz satánico que hizo que un escalofrío recorriese la espina dorsal del Primer Investigador.

Huganay sonrió. Una suave y maliciosa risa resonó entonces en el taller.

—Espero no haberte asustado más de la cuenta, mi querido amigo —dijo el francés—. Si así ha sido, te ruego que me disculpes, pues no era ésa mi intención. Y, por cierto, no tengas miedo. No estoy aquí para hacerte daño. Sólo he venido para hablar contigo.

Jupiter, recobrado ya todo su aplomo, permaneció en su sitio.

—Debí imaginarme que andaba usted metido en todo este asunto —dijo—. Cuando averigüé que íbamos en pos de una obra de arte escondida y vi aparecer una banda de ladrones europeos debí suponer que usted no andaría muy lejos.

Huganay sonrió de nuevo. A la luz de la cerilla su bigote arrojaba sombras danzarinas sobre sus mejillas. Su aspecto resultaba verdaderamente fantasmagórico.

—Por favor, joven Jones, no me compares con esos principiantes —musitó—. Ellos no tienen ninguna posibilidad contra mí.

Jupiter se mordió el labio inferior y reflexionó unos instantes.

—Ha sido usted quien ha estado velando por nosotros durante todo este tiempo, ¿no es cierto? —preguntó—. Fue usted quien les arrebató a Sinclair y Lagalle la máquina Enigma después de que éstos se la robaran al señor Heggyns. Y fue usted quien nos la devolvió dejándola aquí mismo, en el taller, al día siguiente, sin que nadie le viera.

Huganay asintió complacido.

—Así es, mi joven amigo —dijo—. Veo que atar cabos se te sigue dando especialmente bien. ¿Qué tal si encendemos las luces y seguimos hablando? No te preocupes por quien pueda vernos. No estoy solo. Mis hombres se encargarán de mantener a raya a quienquiera que intente molestarnos. De todas formas, mientras yo esté aquí contigo esos tipos no se atreverán a acercarse. Me temen demasiado como para intentarlo siquiera.

Comprendiendo que las intenciones de Huganay eran amistosas, Jupiter mostróse de acuerdo y encendió la pequeña bombilla que pendía desnuda del techo del taller. Una luz oblicua cayó sobre el rostro de Huganay sin restarle a éste una sola pizca de su diabólico aspecto.

—Tomemos asiento y hablemos, mi joven amigo —propuso Huganay.

Jupiter asintió y los dos se sentaron frente a frente en sendos taburetes.

—Fue también usted quien obligó a Sinclair y Lagalle a salirse de la calzada ayer, cerca de la autopista. Era usted quien iba en aquel coche —dijo Jupiter—. Y fue también usted, o al menos dos de sus hombres, quienes me ayudaron anoche aquí mismo, en Patio Salvaje, cuando ellos me atacaron. A usted no le vi, pero seguro que no andaba lejos.

Huganay, visiblemente complacido, volvió a asentir.

—Así es, Jones —dijo con un brillo malicioso en los ojos—. Mis hombres y yo hemos estado todo este tiempo vigilando a quienes os vigilaban y hemos velado por vuestra integridad. Norbert y Harris, mis ayudantes, son dos tipos de lo más eficiente, no como esos estúpidos de Lagalle y *Mylord*.

—¿*Mylord*? —inquirió Jupiter.

—Ajá —respondió Huganay—. Ése es el apodo por el que se conoce a Malcolm Sinclair en el mundo del hampa.

—Él y Lagalle son ladrones de arte, ¿verdad, señor Huganay? —preguntó Jupiter.

Huganay sonrió.

—Eso al menos es lo que dicen ser —respondió el francés—. Los conozco bien desde hace tiempo, cuando, como yo, comenzaron su carrera en Europa. *Mylord* no es más que un torpe estafador que pretende ser ladrón de arte. Lo ha intentado todo, pero no ha tenido éxito más que en golpes de poca monta. Es demasiado torpe para este negocio. En cuanto a Lagalle, lo conozco bien porque llegó a estar a mis órdenes durante una temporada cuando yo operaba en Francia. Nunca me gustó. Demasiado impulsivo. Maneja bien la pistola y los cuchillos, lo cual lo convierte en un sujeto peligroso.

»No obstante, no temas nada por parte de ellos, amigo mío. Desde anoche están mejor vigilados que nunca. Además, mientras estés conmigo estarás seguro.

Jupiter miró al francés y frunció el ceño.

—Dice usted que está aquí porque desea hablar conmigo —dijo—. ¿De qué quiere que hablemos?

Huganay se inclinó hacia adelante hasta dejar los codos apoyados sobre las rodillas y clavó en los ojos de Jupiter una penetrante mirada.

—No me gustan las preguntas absurdas, Jones —dijo con severidad—. Sabes muy bien lo que vengo a buscar. Busco lo mismo que tú. Busco la pintura, la obra maestra que Arthur Roberts ocultó antes de morir. Y creo que ya va siendo hora de que unamos nuestras fuerzas para dar con su paradero. Tú y tus amigos disponéis de los medios para

encontrar la pintura pero carecéis de protección. Yo carezco de los medios pero puedo ofreceros la protección que necesitáis. Juntos trabajaremos mejor, más rápido y más seguros. En circunstancias como éstas no tengo la menor duda de que encontraremos el cuadro.

Jupiter reflexionó durante unos instantes.

—¿Puedo contar con su entera protección tanto para mí como para mis amigos?

—Muchacho, lleváis contando con ella desde que empezó todo este asunto —respondió Huganay—. A cambio, además de ayudarme a encontrar el cuadro, habrás de prometerme que bajo ningún concepto recurrirás a la policía. ¿Está eso claro? Dejemos a los polizontes al margen de todo esto. ¿De acuerdo?

Jupiter reflexionó de nuevo. Finalmente, considerándolo su mejor opción, decidió aceptar el trato que Huganay le ofrecía.

—Muy bien, mi joven amigo —asintió el francés con cordialidad—. A partir de ahora trabajaremos juntos. Los términos de nuestro acuerdo quedan, pues, claramente establecidos. No obstante, dime: ¿hay algo que desees preguntarme antes de continuar?

Jupiter se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que buscamos, señor Huganay? Es decir, ¿de qué cuadro se trata?

Huganay miró a Jupiter en silencio durante unos segundos como si sopesase el hecho de que el muchacho le hiciese aquella pregunta.

—Vaya —dijo al fin—, creí que lo sabías. Claro que —añadió después, reflexionado—, nada tiene de extraño que ignores de qué cuadro se trata ya que, a decir verdad, casi nadie conoce el secreto. Por ello mismo permíteme que me reserve la respuesta a tu pregunta. No obstante, haré algo por ti. Cuando encontremos el cuadro permitiré que seas tú (después de mí, claro está) quien sea el primero en verlo. Quizás entonces te lleves una sorpresa.

Jupiter, a quien le encantaba expresarse ante los demás de forma enigmática pero detestaba que hicieran eso mismo con él, frunció el ceño y accedió de mala gana. Huganay, divertido, alargó una mano y le palmeó el hombro.

—No te aflijas, joven amigo. Así tendrás un incentivo más para llevar esta búsqueda a buen fin —dijo—. Y ahora vayamos contigo. ¿Qué es lo que has averiguado hasta el momento y cómo crees que ello puede ayudarnos a encontrar el cuadro? Sé que eres un muchacho inteligente, Jones, así que será mejor que digas la verdad. Estoy convencido de que sabes cosas que, con total seguridad, pueden conducirnos hasta nuestro objetivo. Muy bien, muchacho. Ahora habla. Te escucho.

Con cierta vacilación al principio pero con mayor seguridad conforme iba dándole forma a su relato, Jupiter le contó cuanto él y sus amigos habían descubierto hasta el momento. Para el final dejó lo que acababa de descubrir apenas unos minutos antes en las piezas de ajedrez.

—Mmmmm... —reflexionó Huganay—. Mensajes cifrados ocultos bajo el fieltro que recubre las bases de las piezas de ajedrez. Y todos los mensajes juntos deben dirigir a un lugar en el que, supuestamente, se halla escondida la pintura. Una ingeniosa manera de enviar un mensaje. Muy típico de un hombre como Arthur. ¿Tienes ahí los mensajes que encontraste en las piezas?

Asintiendo, Jupiter sacó la hoja de papel en la que había anotado la mencionada serie de mensajes cifrados y se la enseñó al ladrón de arte. Éste, al verla, frunció el ceño profundamente.

—El quiosco de música de Oceanview Park —dijo—. Todo eso parece claro. No obstante, ¿qué crees que pueden significar todos estos números? ¿Tienes alguna idea?

Jupiter vaciló.

—No estoy muy seguro, señor —respondió—, pero creo que es algo que hay que resolver una vez que estemos en el quiosco de música.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Huganay.

—Verá, señor —explicó Jupiter—, las cifras que usted ve en el papel siguen el mismo método de codificación que ciertos mensajes cifrados que mis amigos y yo nos hemos encontrado en algún caso anterior. En aquella ocasión las cifras representaban la página de un libro y el número que en dicha página hacía la palabra en cuestión. Pues bien, en los mensajes cifrados que encontré en las piezas de ajedrez se repiten el mismo método y el mismo patrón.

—¿Quieres decir que las cifras se refieren a palabras que hay en un libro? —inquirió Huganay—. ¿Tienes tú ese libro? Es decir... ¿lo tenemos?

—El caso es que no creo que se trate de un libro, señor —respondió Jupiter—, sino de algo más sencillo.

—¿A qué crees que se refiere, pues?

—Si se fija usted bien en las parejas de cifras, señor —explicó Jupiter—, advertirá que las primeras no son altas. La más alta es un 18. Las segundas cifras, por su parte, tampoco alcanzan números muy elevados. La cifra más alta es, déjeme ver... el 28. Eso me hace pensar en un texto no muy amplio. Más grande, sí, que una frase, pero no tan extenso como el de un libro.

»Conozco Oceanview park y el quiosco de música desde que era niño. Y sé que en el suelo de dicho quiosco hay un texto inscrito con una técnica parecida a la del mosaico. Se trata de un texto que conmemora la inauguración del parque, uno de los más antiguos de esta parte de California, y en él se hace referencia a los viejos pioneros que llegaron a la costa del Océano Pacífico y fundaron las ciudades circundantes a Los Angeles, entre las que se cuenta Rocky Beach.

»Si no recuerdo mal, dicho texto puede constar de unas treinta líneas, y en cada una de ellas no habrá más de una veintena de palabras. Estas dimensiones se ajustan perfectamente a las del texto al que, a mi parecer, se refieren las cifras. Así pues, o mucho me equivoco o lo que tenemos que hacer a continuación para encontrar el cuadro es ir a ese parque, subir al quiosco y ver a qué palabras de ese texto inscrito en el suelo se refería el señor Roberts con las cifras que escondió en las piezas de ajedrez. Si tras juntar todas las palabras el mensaje resultante tiene sentido, lo cual no dudo que ocurrirá, será señal de que nos hallamos en el camino correcto.

—¡Tu teoría suena completamente plausible! —exclamó Huganay con ojos brillantes—. Plausible y condenadamente ingeniosa. Arthur Roberts era capaz de plantear los acertijos más enrevesados, pero a mi manera de ver cuanto acabas de decir tiene sentido. Muchacho, creo que tienes la siguiente pista en tu mano. ¿Cuándo crees que podemos ir a Oceanview Park para comprobar si tu teoría es correcta?

—Bueno —respondió Jupiter—, en realidad había pensado en ir allí esta misma noche. El parque estará desierto y no habrá nadie que pueda molestarnos. A decir verdad, ya he avisado a mis amigos para que se reúnan conmigo aquí dentro de —consultó su reloj— algo más de media hora.

—Media hora, ¿eh? —dijo Huganay con el rostro sombrío. Luego, tras unos segundos de reflexión, añadió decidido: —Muy bien, pues. No alteraremos lo planeado. He aquí lo que haremos: reúnete aquí con tus amigos. Cuando los tres estéis juntos salid por el acceso secreto que hay ahí, en la valla, y reuníos conmigo en la esquina más cercana. Yo estaré esperándoos en mi coche. Juntos iremos a Oceanview Park y le haremos una visita a ese viejo quiosco de música. ¿Conforme, muchacho?
Jupiter asintió.

—Muy bien —continuó diciendo Huganay—. Recuerda que bajo ningún concepto debes avisar a la policía. Es parte del trato. Vuestra propia seguridad depende de lo mucho o poco que respetéis lo que tú y yo hemos acordado. ¿Me he explicado con la suficiente claridad?

Jupe volvió a asentir.

—Entendido, señor Huganay —respondió.

—Perfecto —dijo el francés—. Me voy ahora. Hasta dentro de aproximadamente media hora, joven Jones. Es un placer volver a trabajar contigo. Ojalá algún día pudiese tenerte por completo de mi parte.

Dicho lo cual, Huganay se levantó, salió del taller y desapareció en la noche tan silenciosamente como había aparecido. Tras de sí, a solas en el interior del taller, quedó Jupiter. El muchacho se hallaba sumido en profundas reflexiones.

CAPÍTULO 16

UN PARQUE EN LA NOCHE

Cuando Pete Crenshaw levantó la puerta trampa situada al extremo del Túnel Dos y entró en el puesto de mando, vio que Bob y Jupiter se hallaban ya allí. Jupiter, quien no paraba de darle vueltas entre sus dedos a un lápiz, se volvió hacia él al oírle entrar y le miró con expresión impaciente.

—Llegas tarde, Segundo —le dijo sin más.

—Lo siento, chicos —disculpóse Pete—. Mamá se empeñó en que tomase de postre las natillas que preparó esta tarde. De todas maneras no os lo toméis tan a pecho. Apenas me he retrasado unos minutos.

—Un simple minuto puede resultar decisivo en determinadas circunstancias —sentenció Jupiter.

—Bueno, Jupe —intervino Bob—, ahora que Pete ya ha llegado, ¿vas a decir a qué viene todo esto? ¿Qué has descubierto? ¿A dónde pretendes que vayamos esta noche?

De manera escueta, pues no disponían de mucho tiempo, Jupiter procedió a contarles a sus amigos cuanto había descubierto apenas un rato antes en las piezas de ajedrez. Para apoyar su historia abrió un cajón del escritorio y sacó de él tanto éstas como los pedazos de fieltro verde. Al ver las piezas y los mensajes escritos en sus bases, Pete y Bob abrieron los ojos llenos de estupor.

—¡Caracoles! ¡Menuda historia! —exclamó Pete—. ¡Mensajes ocultos en las bases de las piezas de ajedrez! ¿A quién se le iba a ocurrir mirar ahí incluso teniendo en cuenta el título del libro que encontramos?

—Es simplemente fantástico —comentó Bob, admirado, mientras tomaba un par de piezas de ajedrez y examinaba lo que había escrito en sus bases desnudas—. Así que a esto se refería el señor Roberts al hablar de “la *base* del ajedrez”. Es un truco sumamente original.

—Y muy ingenioso —convino Jupiter—. Ahora démonos prisa, chicos. Tenemos cosas que hacer.

—¿Vamos a Oceanview Park, tal y como dice el mensaje, Jupe? —preguntó Pete.

—Así es, Segundo —respondió Jupiter.

—¿Y tiene que ser precisamente ahora? —protestó Pete—. Es de noche y el tiempo está desapacible. Además, han predicho niebla. El parque estará vacío, demasiado vacío...

—Por ello hemos de ir ahora —replicó Jupiter—. De noche trabajaremos mejor. Nadie nos verá, nadie nos molestará y buscar resultará más sencillo sin testigos molestos.

—Pero, Jupe, ese parque permanece cerrado de noche —apuntó Pete.

—Lo sé, Segundo, pero ya encontraremos una manera de entrar. No te aflijas —repuso Jupiter.

—¿Cómo voy a perder tiempo afligiéndome, Jupe? Estoy demasiado ocupado deseando quedarme aquí —gimió Pete.

—Deja de quejarte, Pete —insistió Jupiter—. Presiento que estamos cada vez más cerca de resolver este caso y no podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo.

El Primer Investigador abrió el cajón inferior del escritorio y sacó de éste tres potentes linternas.

—Tomad —dijo entregándole una a cada uno—. Nos serán útiles. Y ahora, en marcha. Me he tomado la molestia de conseguir un detallado mapa de Oceanview Park. Aunque los tres conocemos el parque un mapa siempre puede resultarnos útil si vamos a buscar algo allí. Vamos, amigos. No tenemos tiempo que perder. Nos están esperando.

Pete y Bob se miraron.

—¿Dices que nos están esperando? —inquirió Pete—. ¿Quién nos espera?

—¿Te refieres a Hans o Konrad? ¿O a Worthington, quizás? —inquirió Bob.

—Seguidme y lo veréis por vosotros mismos —dijo Jupiter por toda respuesta.

Dicho lo cual se introdujo en el Túnel Dos y comenzó a recorrerlo a gatas. Pete miró a Bob durante un segundo y suspiró.

—¿Es preciso que Juve sea siempre tan misterioso? —se quejó, a pesar de lo cual se introdujo también en el pasadizo.

Un minuto más tarde los tres amigos salían del taller y se internaban en las sombras que envolvían Patio Salvaje, ya cerrado a aquellas horas.

—Saldremos por la Puerta Verde Número Uno —instruyó Jupiter encaminándose hacia la valla de la chatarrería—. Procurad no hacer ruido alguno.

Pete y Bob, obedientes, se movieron con extrema cautela y siguieron a su amigo a través de la Puerta Verde Número Uno. Una vez que ésta se halló de nuevo cerrada y los tres se encontraron en medio de la sucia y oscura calle, Jupiter se volvió hacia los otros dos.

—Seguidme —les susurró.

Jupiter echó a andar rápida y furtivamente hacia la esquina más próxima mientras Pete y Bob le seguían en silencio. Una vez en la esquina, Jupiter se detuvo. Allí, junto a la esquina, una solitaria farola arrojaba un triste chorro de luz que dibujaba un círculo amarillento sobre la acera. Algunos hilillos de niebla que flotaban lenta y perezosamente en el aire atravesaban el aura de luz confiriéndole una textura lechosa.

—La niebla procedente del mar comienza a dejarse notar aquí —susurró Pete—. A estas horas debe de estar invadiendo la mayor parte de la ciudad. Avanza deprisa y eso... uf, me pone nervioso.

—Calma, Pete —recomendó Jupiter—. La niebla no entorpecerá nuestra búsqueda. Tú y yo ya hemos buscado en la niebla anteriormente. Y tuvimos éxito.

Pete asintió, pero no pudo evitar tragar saliva al recordar el mal trago que pasó durante la resolución de un caso anterior mientras escapaban de unos malhechores en mitad de la niebla. Y nada menos que en un viejo cementerio abandonado.

Jupiter se adelantó y señaló un viejo sedán de color azul que se hallaba aparcado junto a la acera, justo en el límite del círculo de luz que proyectaba la farola. El Primer Investigador se acercó a él. Pete y Bob le siguieron. Bob, no obstante, vaciló alarmado.

—Juve, ¿no es ése el coche que vimos ayer echar de la calzada al vehículo en el que viajaban Sinclair y Lagalle? —preguntó.

—Precisamente el mismo —respondió Jupiter por encima del hombro y sin mirar hacia atrás—. Venid conmigo y no os preocupéis.

Cuando los chicos se hallaron por fin junto al sedán la ventanilla del conductor descendió y la silueta de un hombre quedó recortada tras el volante.

—Buenas noches, señor —saludó Jupiter—. Discúlpenos por este pequeño retraso.

—Buenas noches —respondió el hombre con acento francés—. Comenzaba a creer que ya no vendríaís.

—Supongo que se acordará usted de Pete y Bob —dijo Jupiter haciéndose a un lado—. Ellos, según creo, no le han olvidado a usted.

El hombre sentado tras el volante asomó la cabeza por la ventanilla y miró a los amigos de Jupiter. Pete y Bob, quienes ya habían reconocido la voz, sintieron cómo un

escalofrío les recorría la espina dorsal al ver ante sí el rostro inconfundible de Huganay, quien les dedicó una incipiente y enigmática sonrisa.

—Encantado de volver a veros, muchachos —dijo el francés—. ¿Estáis listos para ir de expedición?

—¡Huganay! —exclamó Pete dando un pequeño salto hacia atrás—. ¡Jupe! ¿Te has vuelto loco? —añadió mirando a su amigo—. ¿Qué significa esto?

Jupiter se acercó a Pete y le cogió del brazo.

—El señor Huganay está aquí para ayudarnos, Pete —le explicó—. Él y yo hemos hecho un trato por medio del cual él nos protegerá de Sinclair y Lagalle y nosotros le ayudaremos a buscar el cuadro perdido.

—¡Pero no podemos fiarnos de él, Jupe! —insistió Pete—. ¡No está de nuestro lado! ¿Acaso te has olvidado de aquella persecución en el cementerio de Merita Valley, cuando resolvíamos el *Misterio del Loro Tartamudo*?

—Reflexiona, Pete —habló Jupiter procurando transmitir calma con su voz—. Él nos ayudó a sacar de la cárcel al padre de Harry cuando resolvimos el *Misterio del Reloj Chillón*. En aquella ocasión colaboró con nosotros. Eso mismo se propone hacer ahora. Persigue el cuadro y lo quiere para él, pero también nosotros lo buscamos, y se ha ofrecido a protegernos si le ayudamos a encontrarlo. Aceptar su ayuda es nuestra mejor alternativa por el momento.

—Así es, muchacho —dijo Huganay sonriendo enigmáticamente—. Soy vuestra mejor, y, seguramente, única alternativa. *Mylord* (o Sinclair, como vosotros le llamáis) y Lagalle son unos idiotas, pero también son peligrosos. Y sólo yo puedo ayudaros a cuidaros de ellos. Si permanecéis conmigo no se atreverán a acercarse a vosotros.

Bob, quien se había repuesto de su primera sorpresa, miró a Pete.

—Tienen razón, Segundo —dijo—. Recuerda que fue éste el coche que acudió en nuestra ayuda ayer, cuando Sinclair y Lagalle nos perseguían. En aquella ocasión el señor Huganay nos estaba protegiendo. Y no hay duda de que sabe cómo hacerlo.

—Me alegra ver que el joven Jones no es el único muchacho inteligente por aquí —dijo Huganay riendo en voz baja—. Bueno, chicos. Y ahora basta de discusiones. El tiempo apremia. Subid al coche, pues tenemos trabajo por delante.

Pete, todavía intranquilo, miró a Jupiter.

—¿Estás seguro de lo que hacemos, Jupe? —preguntó.

Jupiter asintió y, sin más respuesta, abrió la puerta trasera del coche y se metió en el interior de éste. Bob le siguió. Pete, tras vacilar un par de segundos, acabó subiendo también al vehículo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Viene usted solo, señor Huganay? —preguntó Jupiter mientras él y sus amigos se acomodaban en el asiento trasero.

—Así es —respondió el francés—. Mis hombres se encuentran ahora mismo realizando ciertas... llamémosles “labores de vigilancia” alejando de aquí a *Mylord* y Lagalle. Les ordené que se encargasen de ellos de tal manera que vosotros y yo tuviésemos el camino despejado para operar a nuestras anchas. Además, si ellos hubieran venido no habría quedado sitio para todos en el coche —añadió riendo.

Pete, al oír reír al francés, se estremeció.

—Y ahora partamos —dijo Huganay poniendo en marcha el motor—. Oceanview Park nos espera. Indicadme el camino, mis jóvenes amigos, si sois tan amables.

Huganay puso el vehículo en movimiento y separó éste de la acera. Segundos más tarde el francés conducía el sedán por las oscuras calles de Rocky Beach en dirección a Oceanview Park siguiendo las indicaciones que Jupiter le iba dando.

El sedán se internó por las calles secundarias de la ciudad. Cuanto más se acercaba a su destino la inquietante presencia de la niebla se iba haciendo cada vez más persistente.

No en vano, jirones de bruma cada vez más espesos lamían el coche y se estrellaban blandamente contra su superficie como dedos fantasmales. Huganay, tras el volante, arrugó el ceño y, por unos instantes, perdió su sardónica sonrisa.

—Creo que no elegimos la mejor noche para ir a la caza de tesoros, ¿no crees, joven Jones? —comentó mientras conducía.

—No sé qué decirle, señor —respondió Jupiter—. La niebla puede jugar a nuestro favor si tenemos en cuenta que puede hacer más difícil que nos sigan.

Huganay volvió a sonreír.

—Evidentemente, tienes razón, muchacho —dijo—. ¿Qué hago en el próximo cruce?

—Gire a la derecha, señor —indicó Jupiter—. Ya falta poco.

La niebla se espesaba por momentos, llegando en ocasiones a envolver el coche en una especie de manto blanquecino. Pete, acurrucado entre Bob y la puerta, tragó saliva varias veces, nervioso, al ver cómo la niebla dibujaba rostros fantasmales que se aplastaban contra el cristal de la ventanilla.

—Hemos llegado —anunció Jupiter al cabo de un par de minutos—. Esa masa espesa que se adivina ahí, frente a nosotros, son los árboles de Oceanview Park. Puede usted aparcar ahí, junto a la acera, señor.

—Muy bien, muchacho —accedió Huganay.

El francés acercó el coche al bordillo de la acera y lo detuvo. Mientras Huganay paraba el motor los tres amigos atisbaron a través de los cristales la mole informe del parque envuelto por la niebla. Las copas de los árboles asomaban sus ramas por entre los jirones de aire blanco como almas en pena que estirasen desesperadamente sus brazos en busca de asidero. Pete volvió a estremecerse.

—Abajo, chicos —dijo Huganay abriendo la puerta y apeándose del coche.

Los muchachos obedecieron y salieron del vehículo. Automáticamente, la niebla y el frío nocturno se pegaron a sus cuerpos como invisibles alientos fantasmales. Los chicos, incapaces de reprimir un escalofrío, miraron a su alrededor hasta donde la niebla les permitía ver. La calle se hallaba desierta a excepción de ellos mismos. La noche y la niebla lo cubrían todo como un fatídico sudario.

—Conducidme hasta la entrada, muchachos —dijo Huganay—. Al parecer este parque está rodeado por una alta valla de barrotes de hierro coronados por puntas de lanza.

Los muchachos miraron hacia donde Huganay señalaba. En efecto, la valla que circundaba el parque delimitando su perímetro estaba formada por gruesos barrotes de metal en cuyos extremos se erigían puntas de lanza de aspecto amedrentador.

—A estas horas este parque está cerrado, señor Huganay —informó Jupiter—. Todas las puertas se franquean con cadenas y gruesos candados. Podríamos intentar forzar las cerraduras para entrar.

—Olvídalo, Jones —desechó el francés—. Las cerraduras no son mi fuerte. Cuando se hace necesario abrir alguna siempre recurro a un especialista.

—Pues no podemos saltar la valla —apuntó Bob—. No sólo es demasiado alta sino que corremos el peligro de quedar ensartados en lo alto de los barrotes.

—No tendremos que saltar —rió Huganay por lo bajo—. Dejad ese detalle de mi cuenta.

El francés hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña linterna. Luego se acercó al maletero del coche y lo abrió. Bajo la mirada curiosa de los muchachos revolvió en el interior de éste mientras se iluminaba con el haz de luz. Al cabo de unos segundos se irguió sosteniendo en la mano un pequeño gato hidráulico.

—Chicos —dijo tras cerrar el maletero—, echadme una mano sujetando esto entre dos de esos barrotes.

Huganay se acercó a la valla, puso el gato en posición horizontal y lo encajó entre dos barrotes. Pete y Jupe, obedientes, sujetaron cada uno un extremo del gato mientras el francés, tras asir la manivela firmemente con una mano, comenzaba a hacer girar ésta. Poco a poco, bajo el fuerte y poderoso brazo de Huganay, el gato fue creciendo y doblando los barrotes entre los que se hallaba encajado. Al cabo de un minuto Huganay retiró el gato y lo dejó sobre la acera. Los gruesos barrotes de hierro se hallaban ahora combados, dejando entre ellos el espacio suficiente para permitir limpiamente el paso de una persona.

—Adentro, chicos —apremió el francés.

Uno tras otro, los cuatro se introdujeron por entre los barrotes y se hallaron por fin en el interior del parque. Tras avanzar unos metros por entre las sombras y la niebla llegaron junto a los troncos de un grupo de árboles. Allí Huganay les detuvo.

—Jones, ¿tienes ahí el mapa del parque? —le preguntó al Primer Investigador—. Déjame verlo.

Jupiter, quien llevaba el mapa en una mano y la linterna en la otra, desplegó el primero y se lo entregó a Huganay. Éste lo cogió y lo iluminó con su linterna para que todos pudieran contemplarlo.

—Ahora mismo nos encontramos aquí —dijo Jupiter señalando un punto con el dedo—. Nos encontramos muy cerca de la entrada este, que queda a nuestra derecha. El quiosco de música queda más arriba, cerca de la pared norte. Podemos ir hasta allí por este sendero, que pasa junto a la entrada de la antigua Cueva-Laberinto.

—¿Cueva-Laberinto? —preguntó Huganay—. ¿Qué demonios es eso, muchacho?

—Es una antigua atracción que se construyó en el parque hace muchos años —explicó Jupiter—. Yo he jugado en él cuando era pequeño. Se trata de una cueva artificial cuyos caminos se dividen bajo tierra en múltiples direcciones hasta formar un verdadero laberinto de túneles del que a veces podía tardarse horas en salir. Los túneles se extienden por gran parte del subsuelo del parque. Fue una atracción que llegó a tener éxito en su momento, pero cayó en desuso y permanece cerrada al público desde hace años. Es por ello que sus puertas se hallan valladas y clausuradas. La entrada en él sin permiso está prohibida.

—Curiosa atracción —dijo Huganay observando el mapa—. He de reconocer —añadió luego señalándolo—, que este mapa está sumamente bien detallado. Incluye hasta un diagrama de los túneles del laberinto. Seguro que más de uno de cuantos visitaron esa atracción mientras permaneció abierta hubiera dado cualquier cosa por tener un mapa como éste. Habría hallado la salida en cuestión de minutos. Bien, chicos —concluyó alzando la vista—. El tiempo apremia. Sigamos este sendero y vayamos hasta ese quiosco de música.

Envueltos por la niebla, el grupo se puso en marcha y avanzó lentamente por entre los árboles.

—Pete —dijo entonces Jupiter—, tu sentido de la orientación es excelente por naturaleza. Será mejor que encabeces tú la marcha. ¿Sabes cómo llegar al sendero?

—Según el mapa —respondió Pete— el sendero debe hallarse justo ante nosotros. De no ser por la niebla lo estaríamos viendo en estos momentos. Avancemos.

Huganay asintió mostrándose conforme y abrió la marcha con Pete a su lado. Bob y Jupiter los siguieron pisándoles los talones. Tras caminar durante unas docenas de metros llegaron por fin hasta el sendero que buscaban. Éste, de tierra apisonada, dividía en dos los amplios parterres de césped y se perdía en la niebla por ambos extremos.

—Ahora sigamos el sendero hacia la derecha y hacia arriba —dijo Pete—. Y démonos prisa. La niebla parece espesarse.

Apresurándose pero sin perder nunca la cautela, los cuatro avanzaron por el sendero. En la noche, los haces de sus linternas, temblorosos, se movían ante ellos deshaciendo las tinieblas pero sin lograr taladrar la asfixiante y lechosa textura de la niebla. Ésta parecía absorber las luces como por arte de magia, haciendo que su avance resultase lento y desesperante. Acababan de internarse de lleno en un banco sumamente espeso y apenas alcanzaban a ver a más de dos o tres metros de distancia a su alrededor. Pete, seguro de la dirección que en ese momento llevaban, sintió un gran alivio al pensar que Huganay se hallaba a su lado y no detrás suya persiguiéndoles.

Al cabo de algunos minutos de lento avance la niebla pareció disiparse ligeramente. Entonces vieron aparecer de golpe, junto al margen izquierdo del sendero, una valla de alambre de la que colgaba un cartel de madera. En éste, con desgastadas letras pintadas en negro, podía leerse:

CUEVA-LABERINTO. ENTRADA CERRADA.
PROHIBIDO EL PASO.

Huganay apuntó a la valla con su linterna. Al otro lado, semioculta por los jirones de niebla, los cuatro pudieron ver una amplia abertura en forma de arco que se internaba en la tierra y cuya entrada se hallaba cubierta por una malla metálica. Gracias al efecto fantasmal propiciado por la niebla parecía una enorme boca que intentase bostezar a través de una mordaza.

—Aquí tenemos la entrada del laberinto —comentó Huganay—. Una curiosa y original atracción para un parque de ocio.

Continuaron avanzando por el sendero, el cual, al cabo de unos metros, giró bruscamente a la izquierda en dirección norte. Durante el camino los bancos más espesos de niebla fueron alternándose con otros menos densos, lo que facilitó la marcha a intervalos. Por fin, tras atravesar un grupo de frondosos árboles, llegaron a un claro desprovisto por completo de niebla. Pete y Huganay sondearon las sombras con los haces de sus linternas y todos pudieron ver ante sí, a unos cincuenta metros, la alta y oscura mole del antiguo quiosco de música.

—¡Ahí está! —exclamó Pete.

—Corramos hasta allí —dijo Huganay—. La niebla es menos espesa en esta parte del parque. Aprovechemos la tregua que eso nos ofrece.

Los cuatro echaron a correr hacia el quiosco. Al cabo de unos segundos subían precipitadamente la docena de escalones que rodeaba su base y se reunían sobre la plataforma que antaño, en multitud de ocasiones, había acogido la música de una pequeña orquesta.

—Creo que hace tiempo que aquí no suena la música, muchachos —comentó Huganay. Los chicos miraron a su alrededor. A la inquietante luz de sus linternas el quiosco de música aparecía sucio, mísero y con aspecto abandonado. Multitud de hojas secas y una gruesa capa de polvo cubrían su superficie confiriéndole el aspecto de un extraño templo que ya nadie se preocupaba por visitar. Pete se acercó a la barandilla y oteó el paisaje que se ofrecía ante él. A la escasa luz de unas farolas cercanas cuyo resplandor quedaba difuminado por la niebla, todo parecía tan triste y vacío como si de un paisaje lunar se tratara.

—Muy bien, Jones —dijo entonces Huganay—. Muéstranos el texto del que me hablaste.

Apuntando al suelo con su linterna, Jupiter fue hasta el centro del quiosco y apartó con los pies un pequeño montón de hojas secas.

—Ayudadme a despejar esto —dijo—. Por aquí hace tiempo que no pasan una escoba. Con la ayuda de todos el suelo del quiosco se vio libre de hojarasca en apenas un minuto. Una vez despejado, Jupiter se echó hacia atrás y se mordió el labio inferior.

—Dirigid hacia el suelo vuestras linternas —dijo.

Tres haces de luz se unieron al suyo y el suelo del quiosco quedó casi por completo iluminado. Todos miraron con atención. Allí, inscrito sobre el suelo con una técnica parecida a la del mosaico, podían leerse claramente, a pesar del polvo y del paso del tiempo, palabras, líneas enteras, un texto cuyo cuerpo ocupaba casi toda la superficie de la parte central del quiosco.

Huganay se adelantó unos pasos y enfocó el encabezado del texto. Allí podía leerse el título del mismo seguido por el nombre de su autor, un antiguo poeta local.

—Tenías razón, Jones —dijo—. Es un texto conmemorativo escrito en honor de los antiguos pioneros de California del Sur. Veamos si también tenías razón en tus suposiciones. Actuemos deprisa.

Jupiter, asintiendo, hurgó en el bolsillo de su camisa y sacó de él la hoja de papel en la que había anotado las cifras que encontrara escritas en las bases de las piezas de ajedrez. La desplegó y la sostuvo en alto ante sus ojos.

—Bob —le dijo a éste—, ve anotando las palabras que vayamos leyendo. Si el mensaje que obtengamos tiene sentido significará que estamos sobre la pista correcta.

Tras dejar a un lado su linterna, Bob, obediente, sacó un lápiz y una pequeña libreta y se dispuso a escribir cuanto le fuese dictado.

—Veamos —dijo entonces Jupiter—. El mensaje de la primera pieza de ajedrez dice: "5 en 14". Luego busquemos la palabra número 5 en la línea número 14.

Huganay, Pete y Jupiter contaron a un mismo tiempo hasta dar con la palabra buscada.

—“Mira” —leyó Jupiter—. Ésa es la primera palabra, Bob. Anótala.

Bob obedeció.

—La siguiente palabra se encuentra en la línea número 10 —informó Jupiter—, y es la sexta palabra de dicha línea.

—“Al” —leyó Huganay tras contar apresuradamente—. Anótala, muchacho. “Mira al”. Esto tiene sentido. El mensaje va tomando forma.

Poco a poco, palabra a palabra, Bob fue anotando con mano temblorosa cuanto los demás le iban dictando. Cuando por fin se acabaron las palabras el muchacho tomó la linterna para poder leer mejor lo que había escrito. Lo leyó rápidamente y a continuación miró a los otros. Éstos, expectantes, le miraron intrigados.

—Se acabaron las palabras, chico —dijo Huganay con un deje de impaciencia en la voz—. Ahora léenos el resultado.

Bob le miró y asintió.

—Sí, creo que por fin lo tenemos —dijo—. El mensaje resultante tiene sentido.

—¡Léelo! ¡Deprisa! —apremió Huganay.

—Esperad a que le ponga los signos de puntuación correspondientes —dijo Bob—. Estará listo en unos segundos.

—¡Date prisa, Bob! —urgió Jupiter—. Nos tienes en ascuas.

Bob trabajó con afán durante unos segundos. Finalmente, dando por concluida la corrección, se guardó el lápiz, carraspeó y leyó:

—“Mira al Oeste. Guía tu caballo, viejo pionero, noventa metros. Después ochenta. Sigue mirada de metal que lleva a agujero en el agua. Mira bajo peldaño siete tras puerta trece”.

Acabada la lectura, Bob levantó la vista de su libreta y miró a los demás. Éstos, con cara de desconcierto, le devolvieron la mirada. Allí, de pie en medio del quiosco de música, todos guardaron un silencio sepulcral.

—¡Rábanos picantes, Bob! —exclamó Pete al cabo de unos segundos—. ¿Y a eso le llamas tú un mensaje con sentido?

CAPÍTULO 17

RESOLVIENDO EL MENSAJE

Bob parpadeó y miró a Pete.

—El mensaje tiene sentido desde el punto de vista gramatical —aclaró Bob—. El significado que el mensaje encierra ya es otra cosa.

—Deja a un lado la gramática, Tercero —repuso Pete con ironía—. Ella no nos va a sacar de este embrollo. A mí a duras penas me salva del desastre en los exámenes de la escuela.

Huganay avanzó un paso.

—Será mejor que nos concentremos, muchachos —dijo. Luego, volviéndose hacia Bob, añadió: —Dale a Jupiter lo que has escrito y dejemos que él lo lea con detenimiento. Seguro que puede pensar con mayor claridad que el resto de nosotros. Lo ha demostrado ya en otras ocasiones.

Bob le entregó a Jupiter la hoja en la que acababa de escribir el mensaje. Con el ceño profundamente fruncido, el Primer Investigador la tomó con una mano mientras se presionaba el labio inferior con la otra. El muchacho leyó el mensaje con atención y reflexionó durante unos segundos.

—¿Y bien, Jones? —preguntó finalmente Huganay—. ¿Sacas algo en claro? ¿Qué nuevo juego nos plantea el viejo Roberts?

Jupiter miró a Huganay y luego volvió a leer el mensaje. Su ceño, fruncido a fuerza de reflexionar, parecía una cicatriz trazada en mitad de su frente.

—Mi impresión —dijo al fin— es que este nuevo mensaje nos dirige hacia alguna clase de escondite situado, quizás, dentro del mismo parque, donde seguramente nos espere o bien el cuadro o, en el peor de los casos, un nuevo acertijo. A simple vista esto parece bien claro.

—¿Bien claro, dices? —intervino Pete—. ¿Y qué te parece eso de la mirada de metal y el agujero en el agua? ¿Cómo se puede hacer un agujero en el agua? ¿Y el peldaño siete tras la puerta trece? ¿Qué puerta es ésa? ¿Y dónde está ese séptimo peldaño?

—Calma, Pete —dijo Bob—. Dale a Jupiter una oportunidad. Apenas ha leído el mensaje un par de veces.

—Bueno, Jones —dijo Huganay mirando a Jupiter—. ¿Cuál debe ser, en tu opinión, nuestro próximo movimiento? ¿Piensa deprisa o la niebla volverá a envolvernos haciendo nuestra búsqueda aún más difícil!

Huganay señaló a su alrededor y los muchachos miraron en todas direcciones. Espesos bancos de niebla de aspecto amenazador se acercaban hacia el quiosco de música como cortinas de gasa blanca que se desplazasen a cámara lenta. Pete sintió un escalofrío al notar el gélido y húmedo tacto de un vaporoso jirón de niebla que le rozó el brazo.

—Veamos, amigos —dijo Jupiter volviendo a volcar su atención en la hoja de papel—. Vayamos por partes. Empecemos haciéndole caso a lo primero que nos dice el mensaje y seguramente los pasos que demos nos permitan averiguar sobre la marcha a qué se refieren las siguientes frases del mismo.

—Eso suena razonable, Jones —convino Huganay—. ¡Actuemos!

—Lo primero que dice el mensaje es “Mira al Oeste” —leyó Jupiter—. Así pues, obedezcamos esa primera indicación, que es la más clara de todas. Pete —añadió mirando a éste—, será mejor que nos guíes tú. Tu excelente sentido de la orientación es innato. El mapa del parque de poco nos va a servir con esta niebla.

Pete miró a su alrededor.

—Este quiosco tiene cuatro entradas —respondió—. Nosotros hemos accedido aquí arriba por la entrada sur. Luego esos otros peldaños de ahí —dijo señalando hacia su izquierda— corresponden a la entrada oeste. Tenemos que ir por ahí.

Todos miraron hacia donde Pete señalaba. Desde la cara oeste del quiosco, al pie de unos cuantos peldaños, arrancaba un estrecho sendero de tierra similar a aquél por el que habían llegado hasta allí pero más estrecho, el cual se perdía en la niebla y la oscuridad.

—Adelante, pues —dijo Huganay echando a caminar hacia allí—. No hay tiempo que perder.

—Un momento, señor Huganay —dijo entonces Jupiter.

El francés se detuvo y miró al Primer Investigador.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó.

—Tengamos en cuenta lo que el mensaje dice justo a continuación —respondió Jupiter—. “Guía tu caballo, viejo pionero, noventa metros. Después ochenta”. Hemos de ir con cuidado y obedecer estas instrucciones. El señor Roberts nos indica que debemos avanzar noventa metros en dirección oeste. Una vez hecho esto debemos avanzar otros ochenta. Propongo que avancemos esos primeros noventa metros dando noventa pasos de aproximadamente un metro cada uno. Bajemos hasta la base del quiosco y comencemos a caminar desde el inicio del sendero.

Huganay se mostró conforme y él y Jupiter descendieron los peldaños del quiosco haciendo danzar ante sí los haces de sus linternas. Pete y Bob les siguieron.

—Señor Huganay —dijo Jupiter una vez que todos se encontraron allí—, usted es quien tiene las piernas más largas. ¿Podría dar noventa pasos de aproximadamente un metro cada uno?

—Supongo que si he venido desde Europa hasta aquí en busca de una pintura puedo hacer lo que pides, muchacho —ironizó el francés sonriendo.

Huganay marcó dos pasos al inicio del sendero y Jupiter se agachó para medirlos. Tras hacer unos rápidos cálculos con el ancho de su mano, volvió a ponerse en pie y miró el sendero que se perdía en la niebla.

—Noventa pasos bastarán —aseguró—. Comencemos.

Huganay avanzó contando sus pasos seguido de cerca por los muchachos. Conforme se internaban en el sendero la niebla les fue engullendo y el quiosco de música acabó desapareciendo a sus espaldas, nuevamente solo y abandonado, tras un manto de perezosos jirones blanquecinos.

Finalmente, al cabo de un par de minutos, Huganay dio su último paso y se detuvo. Todos miraron a su alrededor. El sendero que habían seguido en línea recta les había conducido hasta el centro mismo de una especie de cruce en el que cuatro senderos muy similares confluían para albergar una minúscula placita. En cada una de las esquinas de ésta había un banco de madera que durante el día ofrecía descanso a quienes visitaban el parque. Junto a cada banco una farola arrojaba su tenue y amortiguada luz a través del lechoso velo de la niebla.

—Nos hallamos en un cruce de caminos —dijo Huganay mirando a su alrededor y enfocando en todas direcciones con su linterna—. ¿Qué hacemos ahora, Jones?

Jupiter sostuvo el mensaje ante sí y lo enfocó con su linterna.

—El mensaje indica claramente que debemos avanzar otros ochenta metros —dijo.

—No lo entiendo, Jupe —intervino Pete—. Si el señor Roberts quería que caminásemos noventa y ochenta metros, es decir, ciento setenta, ¿por qué no decirlo sin más y, así, no tener que recurrir a contar dos veces?

—Imagino que eso se debe a las limitaciones que presenta el texto inscrito en el suelo del quiosco de música —respondió Jupiter—. En dicho texto no aparece el número ciento setenta, pero sí lo hacen el noventa y el ochenta. Supongo que ésa es la única razón.

—¿Y bien, Jones? ¿Seguimos avanzando? —inquirió Huganay.

—Así es, señor —respondió Jupiter—. Otros ochenta metros en línea recta dirección oeste.

—Vamos allá —mostróse conforme el francés.

Huganay reanudó la marcha a grandes pasos. Los muchachos, al igual que antes, siguieron alumbrando el camino con sus linternas. Mientras caminaban Bob se acercó a Jupiter.

—Algo no encaja, Jupe —le dijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir, Bob? —le preguntó su amigo mirándole y mordiéndose el labio inferior.

—No estoy tan seguro de que estemos avanzando en la dirección correcta —explicó Bob—. Algo no encaja y no sé lo que es. Tengo la impresión de que nos hemos saltado algún detalle importante. Quizás si retrocediésemos...

Una exclamación de disgusto le interrumpió. Era Huganay, quien acababa de detenerse con una mueca de disgusto.

—¡No lo comprendo! —continuó exclamando el francés—. ¡Aún no llevo recorridos ni cincuenta pasos! Algo falla, muchachos.

Bob, Pete y Jupiter acudieron junto al ladrón de arte y comprendieron el significado de las palabras que éste acababa de pronunciar. A pocos metros de donde se había detenido una valla metálica de aproximadamente un metro de altura acababa de surgir de entre la niebla obstaculizándoles el paso. Tras la valla una extensión de agua de tamaño más que considerable les cortaba definitivamente el camino.

—¡El estanque! —exclamó entonces Bob—. ¡El estanque del parque! ¡Eso es lo que se me escapaba! Algo me decía que no podíamos seguir avanzando por aquí. Ahora entiendo por qué estaba tan seguro de que no seguíamos la dirección correcta. Lo ví antes, en el mapa.

Todos miraron con desaliento hacia la masa de agua que se extendía mansamente al otro lado de la pequeña valla. La niebla, presente también sobre las oscuras aguas, se deslizaba suavemente a escasos centímetros de la superficie como un halo fantasmal. Pete pensó que, en mitad de la noche, aquel paisaje no podía resultar más sobrecogedor.

—No podemos seguir por aquí, Jones —se quejó Huganay volviéndose hacia Jupiter—. Hemos debido pasar por alto algún detalle. A menos, claro está, que el viejo Roberts pretenda que nos demos un chapuzón. ¡Piensa, muchacho! —apremió el francés—. ¿Qué hacemos ahora?

—¡Un momento! —exclamó Pete—. El mensaje hace referencia a un agujero en el agua, signifique eso lo que signifique. El estanque está lleno de agua. ¿Estáis seguros de que no es aquí donde deberíamos buscar la siguiente pista?

Todos miraron a Jupiter tras escuchar la sugerencia de Pete. El Primer Investigador consultó el mensaje una vez más y, pellizcándose el labio inferior, les devolvió la mirada con expresión pensativa.

—No lo creo, Pete —respondió sacudiendo la cabeza—. Si hubiésemos de buscar aquí el agujero en el agua, ¿qué ocurre con la mirada de metal? No, amigos, el mensaje lo dice claramente: primero hemos de encontrar la mirada de metal, sea ésta lo que sea, y

ella se encargará de conducirnos al agujero en el agua. Hemos de ir paso por paso, y al menos en esta ocasión debemos retroceder. Regresemos a la placita a la que llegamos antes. No me extrañaría que hubiese de ser allí donde...

De repente, Jupiter se quedó callado mientras miraba ante sí con ojos muy abiertos. Al resplandor fantasmal de las linternas todos pudieron contemplar cómo aquellos ojos brillaban de excitación.

—¿Qué ocurre, Jones? —inquirió Huganay.

—¿De qué se trata, Jupe? —preguntó Bob acercándose a su jefe.

Jupiter, pareciendo volver en sí, parpadeó y miró a sus amigos.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —dijo—. ¿Cómo he podido pasar por alto un detalle tan simple y tan lógico en todo este asunto? ¡Rápido! ¡Regresemos al cruce de caminos!

Dio media vuelta y echó a correr en la niebla. Los otros le siguieron de cerca. Unos segundos más tarde todos se encontraron nuevamente en la pequeña placita en la que las cuatro farolas vertían tristemente su sombría luz sobre los bancos vacíos.

—No deberías echar a correr así, sin más, en la niebla, Jupe —reprendió Pete—. Podrías perderte, y debemos permanecer juntos a toda costa. La niebla es peligrosa.

Jupiter, sin hacer el menor caso de cuanto Pete le decía, miró a su alrededor.

—Chicos —dijo—, acabo de comprender por qué el señor Roberts nos pedía avanzar primero noventa metros para luego avanzar otros ochenta en vez de pedirnos simplemente que avanzáramos ciento setenta.

—Creí que habías respondido a eso antes, cuando hablaste de las limitaciones que ofrecía el texto escrito en el suelo del quiosco de música —dijo Bob.

—En realidad ésa es una razón añadida —explicó Jupiter—. El verdadero motivo es otro, amigos.

Pete y Bob se miraron. Huganay puso los brazos en jarras y miró a Jupiter con el ceño fruncido.

—¿Y cuál es, según tú, ese motivo, Jones? —preguntó.

—Para responder a ello hemos de leer atentamente el mensaje —respondió Jupiter—. Éste dice: “Guía tu caballo, viejo pionero, noventa metros. Después ochenta”.

—¿Y bien? —rugió Huganay.

—¿No lo veis? —repuso Jupiter, incrédulo—. La clave está en la palabra “caballo”. Si el señor Roberts hubiese querido que recorriésemos noventa metros y después ochenta en *una única dirección*, ¿por qué no decirlo sin más? En vez de eso nos dice que avancemos noventa metros al oeste y luego otros ochenta más, pero, eso sí, en otra dirección *que no es el oeste*.

Pete se rascó la cabeza.

—No entiendo a dónde quieres ir a parar, Jupe —dijo.

—¡Está bien claro! —repuso Jupiter—. ¿Por qué hace alusión el señor Roberts, que era un excelente jugador de ajedrez, a un caballo? En el mensaje dice: “Guía tu caballo”. Todo este asunto está relacionado con el ajedrez, luego hemos de guiar nuestro caballo *según las reglas del ajedrez*.

—¿Quieres decir que...? —inquirió Bob.

—Quiero decir que hemos de avanzar noventa metros y después ochenta tal y como lo haría un caballo de ajedrez, es decir, describiendo un movimiento *en forma de L*. De no ser así no tendría sentido que el señor Roberts aludiese a un caballo en su mensaje. Hasta ahora hemos hecho avanzar nuestro caballo noventa metros en dirección oeste. Ahora nos toca avanzar los otros ochenta describiendo la otra parte de la L, es decir, avanzando bien hacia la derecha, bien hacia la izquierda. En otras palabras, hacia el

norte o hacia el sur. Sólo así estaremos moviendo nuestro caballo según las reglas del ajedrez.

—Creo que tienes razón, muchacho —dijo Huganay asintiendo—. Hay que avanzar tal y como lo haría un caballo de ajedrez. Se trata de otro de los trucos que el viejo Roberts ideó para confundirnos.

—Así es —asintió Jupiter.

—Muy bien —intervino Pete—. Si nos hallamos en medio de esta placita hemos de avanzar los ochenta metros que nos restan bien hacia el norte, bien hacia el sur. ¿En cuál de las dos direcciones debemos avanzar, Jupe?

—Averigüémoslo —respondió Jupiter sin más—. Probemos girando a la derecha, es decir, hacia el norte.

Huganay mostróse conforme y comenzó a contar pasos en la dirección indicada. Todos avanzaron juntos siguiendo un estrecho sendero que se internaba por entre las formas retorcidas de los árboles. De repente el sendero desapareció por completo y los cuatro se encontraron frente a un espeso macizo de arbustos que surgió ante ellos de entre la niebla. Todos se detuvieron allí.

—Creo que no vamos en la dirección adecuada —comentó Bob—. Apenas llevamos una treintena de pasos y este seto nos corta el camino.

Pete se acercó al macizo de arbustos y apartó algunas ramas. Enfocó con su linterna el hueco abierto entre éstas y atisbó poniéndose de puntillas.

—Bob tiene razón —dijo—. Al otro lado de estos arbustos no hay otra cosa que la valla que rodea el parque y, más allá, la calle. Demos media vuelta, amigos.

Seguros ya de cuál era la dirección a seguir, los cuatro regresaron nuevamente a la placita y volvieron a situarse en su centro.

—El sur ha de ser, forzosamente, la dirección a seguir —comentó Jupiter—. Una vez eliminadas todas y cada una de las posibilidades, la que queda ha de ser, sin más remedio, la correcta. Avancemos, pues, hacia el sur.

Por tercera vez Huganay comenzó a avanzar a grandes pasos con los tres muchachos pisándole los talones. Contando los pasos del francés, el grupo se internó por el estrecho sendero que arrancaba desde la placita. Pronto ésta quedó a sus espaldas, perdida en la niebla, y todos avanzaron por entre las tenebrosas formas de los árboles.

Les faltaba poco para completar la distancia que debían recorrer cuando, súbitamente, se vieron envueltos por un banco de niebla de especial espesor. Éste era tan denso que se vieron obligados a ralentizar la marcha y continuar casi a ciegas, con las manos extendidas ante sí para no chocar contra cualquier posible obstáculo.

—¡Qué niebla más odiosa! —quejóse Pete—. En condiciones así de nada sirven las linternas.

Era cierto. La niebla era allí tan espesa que parecía devolverles la luz de sus linternas como si se tratase de un espejo, deslumbrándoles casi por completo.

—Con cuidado, chicos —dijo Huganay—. Dirijamos las linternas hacia el suelo. Así no nos deslumbrará nuestra propia luz.

Los muchachos obedecieron y los cuatro avanzaron penosamente y en silencio.

Cuando Huganay contó por fin su último paso todos se encontraron súbitamente frente a un claro que acababa de abrirse en la niebla. El espeso banco de bruma por el que acababan de pasar quedaba ahora a sus espaldas, colgando del aire como una pesada cortina blanca cortada a cuchillo. Ante ellos se abría ahora un claro en el que, si bien todavía flotaban algunos jirones sueltos, la visibilidad era posible en un buen número de metros. Para Huganay y los muchachos aquello fue como salir de la noche para emerger en pleno mediodía.

—Hemos dado el último paso, chicos —comentó Huganay—. Aprovechemos que la niebla es aquí menos espesa para trabajar deprisa.

Habían llegado a una placita parecida a la anterior en la que había árboles, bancos, farolas que derramaban un halo de luz fantasmal... y algo más.

—¡Mirad! —exclamó Bob señalando al frente.

Allí, ante ellos y justo en el centro de la placita, una estatua de bronce se levantaba sobre un sólido pedestal de piedra. Esculpido en éste podía leerse “Monumento al pionero”. La estatua en sí representaba a un pionero de mediados del siglo XIX ataviado con un amplio sombrero, pantalones de montar, pañuelo al cuello y pistola al cinto. Tenía una mano alzada y colocada sobre los ojos a manera de visera para así poder otear el horizonte con mayor comodidad. La expresión era grave, seria y expectante. Su mirada, perdida en la lejanía, apuntaba fijamente en una única dirección poblada de niebla.

—¡La mirada de metal! —exclamó Huganay—. ¡La encontramos! ¡Rápido, Jones! ¿Qué más dice el mensaje?

Con manos temblorosas debido a la excitación y al frío, Jupiter alumbró nuevamente el mensaje con su linterna y leyó.

—“Sigue mirada de metal que lleva a agujero en el agua”. ¡Rápido! —dijo, apremiante—. ¡Veamos hacia dónde mira la estatua! Su mirada nos desvelará dónde debemos seguir buscando.

Todos se acercaron a la estatua. Pete, tomando la iniciativa, trepó ágilmente y se encaramó al sólido pedestal de piedra maciza. Una vez allí siguió la dirección en la que miraba la estatua. En la distancia, entre un grupo de árboles y a la escasa luz de una farola, creyó advertir una forma confusa y oscura que apenas destacaba entre la niebla.

—¡Allí a lo lejos, bajo los árboles! —exclamó extendiendo un brazo ante sí—. Hay algo allí delante, si bien la niebla no me permite ver bien de qué se trata.

—¡Corramos! —ordenó Huganay—. ¡No tenemos tiempo que perder!

El francés, Bob y Jupiter echaron a correr en la dirección indicada por Pete. Éste, por su parte, saltó al suelo y les siguió de cerca. Todos corrieron como fantasmas por entre los jirones de niebla en dirección a un pequeño y apartado rincón en el que algo parecido a una pequeña caseta se levantaba solitario y con aspecto abandonado. Se hallaban tan sólo a unos cuantos metros de distancia de allí cuando la niebla pareció disolverse de repente y les dejó a solas, cara a cara, con aquello hacia lo cual corrían. Al verlo claramente bajo la luz de las linternas, todos se detuvieron en seco y se quedaron mirándolo en absoluto silencio.

Allí, ante ellos, se erigía una pequeña construcción circular hecha de bloques de piedra coronada por un pequeño tejadillo a dos aguas. Bajo dicho tejado había un torno del que colgaba una cuerda semienrollada de cuyo extremo pendía un cubo sucio y herrumbroso. Sobre el tejadillo, con letras descoloridas debido al paso del tiempo, un pequeño cartel decía:

POZO DE LOS DESEOS

Una moneda y tu deseo se hará realidad

—¡Un pozo! —exclamó Pete por fin, rasgando el silencio—. ¡El viejo pozo de los deseos!

—¿En serio era éste el lugar al que debía conducirnos el mensaje? —inquirió Huganay, quien parecía no creer lo que estaba viendo—. ¿Estás seguro, Jones?

Todos miraron a Jupiter. Éste, tras pellizcarse el labio inferior, respiró hondo.

—Creo que sí —dijo con aire solemne—. Al fin y al cabo, desde un punto de vista poético un pozo bien podría describirse como *un agujero en el agua*.

Huganay miró a Jupiter y a continuación clavó la vista en el pozo.

—Es posible —musitó—. ¿Qué dice el resto del mensaje?

Jupiter consultó una vez más la hoja de papel.

—“Mira bajo peldaño siete tras puerta trece” —leyó—. No veo claro qué relación puede tener el pozo con una puerta número trece, pero lo que sí es cierto es que muchos pozos tienen peldaños en su interior por los que se puede descender hasta el fondo.

—Eso es cierto —convino Huganay—. Quizás éste sea uno de ellos. De todos modos, muchachos, si es aquí donde hay que buscar la puerta número trece a la que se refiere el mensaje, sólo tenemos una manera de averiguarlo.

El francés echó a andar con decisión hacia el borde del pozo. Mientras caminaba su voz resonó con determinación en el pequeño claro invadido por la niebla.

—Seguidme, muchachos. Ha llegado el momento de averiguar si este viejo pozo tiene algún secreto que desvelar.

CAPÍTULO 18

UNA HISTORIA FABULOSA

Huganay llegó junto al pozo y posó sus manos sobre el pretil. Jupiter, Pete y Bob se reunieron allí con él. El rostro del francés parecía grave, pero un fiero brillo animaba su mirada.

—Presiento que estamos cerca —comentó el ladrón de arte—. Este pozo, al parecer, ocupa un rincón poco transitado del parque, por lo que podría ser considerado un lugar idóneo para esconder algo.

—¿Cómo puede un pozo ser un lugar idóneo para esconder una pintura? —inquirió Bob—. El agua y la humedad la dañarían sin remedio.

—No necesariamente, muchacho —repuso Huganay—. Déjame comprobar una cosa. Huganay dirigió el haz de su linterna hacia el interior del pozo. Los chicos, intrigados, le imitaron. Cuatro haces de luz se pasearon por el fondo del agujero sin descubrir el menor reflejo de agua.

—Lo que me imaginaba —comentó Huganay—. Este pozo no contiene agua. En realidad no creo que haya contenido nunca el menor surtidor. No se trata más que de un agujero en la tierra, un pretexto para que este parque cuente con un pozo de los deseos. Durante unos segundos los cuatro permanecieron en silencio contemplando lo que los haces de las linternas les mostraban. Allí abajo no había más que un simple suelo de tierra completamente seco en el que, bajo el efecto de la luz, brillaban pequeños puntos que parecían estrellas situadas al fondo de un túnel. Todos comprendieron que se trataba de las monedas que, con el transcurso del tiempo, los visitantes del parque habían arrojado al pozo con la esperanza de ver cumplidos sus deseos.

Bob paseó el haz de su linterna por la pared interior del pozo y pudo ver cómo, de los bloques de piedra maciza que la conformaban, algunos sobresalían del resto como si fuesen pequeños peldaños esculpidos. Éstos, situados a escasa distancia los unos de los otros, formaban una precaria escalera que descendía en espiral.

—¡Peldaños! —exclamó Bob—. ¡Alguno de ellos debe ser el número siete!

Jupiter enfocó la pared interna del pozo y, tras unos segundos de reflexión, sacudió la cabeza.

—Yo no estaría tan seguro, Bob —dijo—. El mensaje dice claramente que el séptimo peldaño se halla tras una puerta numerada con el número trece, por lo que lo primero que tenemos que encontrar es dicha puerta. Y aquí, por lo que veo, no hay ninguna. Claro que —añadió tras un momento de reflexión—, este pozo está seco. Quizás haya algo en el fondo que nos conduzca hasta la puerta que buscamos.

Pete, a su lado, dio un respingo y estuvo a punto de dejar caer su linterna.

—No estarás insinuando que debemos bajar por aquí, ¿verdad, jefe? —preguntó alarmado—. Lo siento, pero la idea de meterse en un agujero como éste en mitad de un parque tenebroso cubierto de niebla es algo que resulta demasiado poco apetecible para Pete Crenshaw.

—En ese caso —dijo Jupiter— siempre puedes quedarte aquí arriba, a solas, haciendo guardia.

Pete profirió un gemido.

—Pero, Jupe —protestó—, ¿quién sabe lo que puede haber ahí abajo?

—Para empezar, una obra maestra escondida —respondió Huganay con impaciencia—. Vamos, muchachos. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Si el fin de toda esta búsqueda se encuentra realmente ahí abajo será mejor que bajemos cuanto antes.

Uniendo la acción a la palabra, el ladrón de arte se sentó sobre el pretil y pasó las piernas por encima de éste. A continuación, y tras afirmar ambos pies sobre los dos primeros peldaños, comenzó a descender lentamente mientras se alumbraba el camino con el haz de su linterna.

—Seguidme, muchachos —les dijo a éstos—. Este pozo debe tener entre diez y doce metros de profundidad. Los peldaños no son muy anchos, pero con un poco de cuidado no correremos excesivos riesgos.

Poco a poco, Huganay fue descendiendo en espiral a lo largo de la pared interna del pozo. Jupiter, pasando a la acción, decidió seguirle. Bob fue después. Finalmente Pete, aunque a regañadientes, decidió imitar a sus amigos y franqueó el pretil en pos de Bob.

Al cabo de un par de minutos de cuidadoso descenso los cuatro se hallaron por fin reunidos en el fondo. Una vez allí, dirigieron los haces de sus linternas hacia el lecho de tierra seca sembrado de monedas sobre el que acababan de posar los pies.

—Iluminemos las paredes en busca de alguna abertura, grieta o incluso puerta —indicó Jupiter—. Algo debe haber aquí abajo.

Fue Huganay quien lo vio, casi al instante.

—¡Ahí está! —exclamó el francés señalando ante sí.

Los muchachos dirigieron hacia allí sus linternas y pudieron ver un angosto y sombrío pasadizo excavado en la piedra.

—Es sólo un pasadizo, amigos —dijo Pete—. No tiene puerta.

—Pero puede que nos conduzca hasta ella —repuso Huganay.

Haciendo bailar ante sí la luz de su linterna, el francés se introdujo por el pasadizo. La abertura era tan estrecha que hubo de hacerlo de lado, pues sus anchos hombros le impedían hacerlo de frente. Jupe, con algunos problemas debido a su voluminoso cuerpo, le siguió de cerca. Bob y Pete, más delgados, fueron tras ellos.

Tras recorrer de aquella manera una docena de metros, fueron a parar a una estancia más o menos rectangular que, al igual que el túnel que acababan de recorrer, parecía excavada directamente en la piedra. Su techo era irregular y abovedado, y el suelo una amalgama de tierra apisonada. De una de las paredes colgaban una especie de armaritos que contenían cuadros eléctricos repletos de interruptores. Todos ellos, no obstante, se hallaban enmohecidos y cubiertos de polvo, como si hubieran caído en desuso mucho tiempo atrás.

—¡Mirad! ¡Allí! —exclamó Jupiter.

Todos miraron en la dirección en la que el Primer Investigador señalaba. Se trataba de la pared más alejada de la estancia. En ésta se erigían seis puertas metálicas. A la luz de la linterna de Jupiter todos pudieron ver claramente los números que, con pintura blanca, había trazados sobre cada una de ellas: 2, 7, 9, 11, 12 y 13.

—¡Trece! —exclamó Bob—. ¡La puerta trece! ¡La encontramos!

Todos corrieron hacia ella. Huganay, adelantándose, probó el picaporte y comprobó que estaba cerrada con llave.

—¡Cerrada! —exclamó con desaliento—. ¡Habrá que forzarla! ¡Apartaos, muchachos!

Los chicos, obedientes, se echaron a un lado. Huganay, dejando la linterna sobre el suelo, retrocedió unos pasos y seguidamente arremetió contra la puerta. Ésta, bajo el violento empujón propinado por el macizo hombro del francés, se estremeció pero continuó cerrada.

Sin darse por vencido, Huganay retrocedió de nuevo y volvió a descargar su hombro contra la puerta de metal, pero ésta no cedió. Al cabo de un nuevo par de intentos el francés miró a los muchachos.

—Es demasiado sólida —dijo sacándose un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y enjugándose la frente, súbitamente cubierta de pequeñas gotitas de sudor—. Si lo intentáramos todos a la vez es posible que entonces sí que...

—No creo que sea necesario, señor —dijo Jupiter sacando su navaja suiza de múltiples hojas—. Quizás con ayuda de esto pueda apañármelas. Esta cerradura —añadió señalando la puerta— está atornillada desde este lado. Si consigo desmontarla es posible que pueda abrirla sin necesidad de que nos magullemos los hombros.

Huganay miró a Jupiter y se mesó su pequeño bigote.

—Conforme, Jones —dijo con una leve sonrisa—. La puerta es toda tuya. Ábrela y condúcenos hasta el peldaño número siete.

El francés se echó a un lado y Jupiter se arrodilló frente a la puerta empuñando su navaja suiza.

—Ayúdame, Pete —le dijo a su amigo—. Enfoca la cerradura con tu linterna mientras yo intento desmontarla.

Pete, obediente, hizo lo que su amigo le pedía. Jupiter, por su parte, desplegó una de las hojas de su navaja, la cual no era otra cosa que un pequeño destornillador, y comenzó a trabajar.

—Estos tornillos se encuentran sumamente oxidados —informó—. Puede que me lleve algunos minutos desenroscarlos.

Todos guardaron silencio mientras Jupiter trabajaba afanosamente. Los dedos del muchacho temblaban a causa del esfuerzo, pero no por ello se detenían. Poco a poco el Primer Investigador comenzó a sentir cómo finas gotitas de sudor afloraban a su frente y comenzaban a resbalar lentamente por sus mejillas.

Bob, sacudiendo la cabeza, frunció el ceño.

—Hay algo que me intriga —dijo rompiendo el incómodo silencio—. ¿Qué hacen aquí estas puertas? ¿A dónde conducen? ¿Y a qué se debe que estén numeradas con lo que parecen ser números elegidos al azar?

Huganay se acercó a él.

—Creo que puedo responder a esa pregunta —le dijo.

El francés hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó de él el mapa que los muchachos habían llevado consigo esa noche.

—Antes, cuando vi el mapa que tu amigo trajo consigo —explicó mientras lo desplegaba para que Bob pudiese verlo—, no pude evitar fijarme en ello. Como puedes comprobar, este mapa incluye un detallado dibujo de los diferentes túneles de la Cueva-Laberinto, la atracción junto a cuya entrada pasamos hace un rato. Dichos túneles se extienden muchos metros bajo tierra, a lo largo de gran parte del área ocupada por el parque. Algunos de ellos acaban justo aquí. En concreto lo hacen seis de ellos, los numerados en el mapa con los números 2, 7, 9, 11, 12 y 13. Supongo que habrá otras salidas diseminadas por el parque, pero, en concreto, las de estos seis túneles dan a parar aquí. Curiosamente, están conectados con el pozo de los deseos por un estrecho pasaje. La estancia en la que nos encontramos ahora mismo debió ser, a juzgar por los cuadros eléctricos que cuelgan de las paredes, alguna especie de cuarto de mantenimiento. Sin duda alguna, los operarios que trabajaban en el laberinto controlaban desde aquí el buen funcionamiento de las luces que iluminaban el interior de los túneles. La Cueva-Laberinto, como cualquier otra atracción, precisaba también de personal técnico que velase por ella.

—Comprendo —dijo Bob, asintiendo—. Así que esta puerta conduce directamente al túnel número trece de la Cueva-Laberinto. Ignoraba que el laberinto estuviese conectado con el pozo de los deseos.

—Pues, como has podido ver, lo está —repuso Huganay doblando cuidadosamente el mapa del parque y guardándose en el bolsillo de la chaqueta—. Muy bien, Jones. ¿Cómo va eso?

—Jupiter casi ha terminado —informó Pete.

Huganay y Bob miraron hacia el pequeño círculo de luz en el que las manos del Primer Investigador se debatían con la cerradura en denodado combate. Finalmente se oyó un ligero chasquido seguido de una exclamación de satisfacción.

—Ya está —dijo Jupiter—. Se ha resistido pero, al fin, ha caído.

Jupiter plegó la hoja de su navaja suiza y se guardó ésta en el bolsillo. Luego, mientras se ponía en pie, empujó la puerta metálica. Con un suave chirrido la puerta número trece giró sobre sus goznes hasta quedar completamente abierta, dejando al descubierto el comienzo de un túnel tan negro como la noche misma.

Avanzando con determinación hasta el umbral, Huganay enfocó con su linterna el interior del túnel. El haz de luz taladró despiadadamente la oscuridad y puso de manifiesto un suelo de cemento y unas paredes de ladrillo que se juntaban en un techo abovedado. Éste se hallaba recorrido en su punto más alto por un cable a lo largo del cual, cada cinco o seis metros, colgaban bombillas cubiertas de polvo que debían llevar mucho tiempo apagadas.

—Adentro, chicos —ordenó Huganay—. Busquemos el peldaño número siete. Dentro de este túnel, en alguna parte, debe haber unas escaleras.

El francés y los muchachos se internaron en el túnel alumbrando el camino con sus linternas. No tuvieron que avanzar mucho. Al cabo de unos quince metros el túnel giraba a la derecha y ascendía por un pequeño tramo de escaleras de aproximadamente una docena de peldaños.

—¡Escaleras! —exclamó Pete— ¡Éstas deben ser las que buscamos!

Con dedos llenos de nerviosismo, él y Huganay contaron los peldaños hasta localizar el que hacía siete. Entonces, impelido por su propia impaciencia, el francés dejó a un lado la linterna, se abalanzó sobre el escalón y comenzó a palparlo con las manos.

—¡Este escalón está suelto! —anunció—. Si logramos moverlo podremos comprobar si hay algo escondido debajo.

Pete y Jupiter se situaron cada uno a un lado de Huganay y tiraron de la piedra plana y alargada que hacía las veces de escalón. Huganay estaba en lo cierto. La losa de piedra estaba suelta. Con las fuerzas aunadas del francés y los muchachos, moverla hasta sacarla de su sitio fue cosa de segundos. Una vez desencajada la losa, ésta fue a parar al suelo del túnel, donde cayó con un golpe sordo y se partió en dos mitades.

Huganay recogió entonces la linterna que había dejado sobre el suelo y alumbró con ella el lugar que había ocupado la losa.

—¡Hay una cavidad! —exclamó—. ¡Y hay algo en ella! ¡Algo que parece poseer las dimensiones correctas! Iluminad el hueco mientras lo saco.

Pete y Bob obedecieron mientras Jupiter y Huganay introducían las manos en la cavidad y tanteaban con los dedos.

—Es cierto —dijo Jupiter—. Hay algo aquí abajo. A juzgar por su tacto parece tratarse de una plancha metálica.

—¿La tienes? —le preguntó Huganay—. Agarra bien de ese lado. Yo sujeto por éste.

—Lo tengo —respondió Jupiter—. Saquémoslo con cuidado.

Lentamente, Jupiter y Huganay extrajeron lo que parecía ser una plancha de metal de cierto grosor. Al cabo de unos segundos, a la luz de las linternas de Pete y Bob, todos

podieron contemplar que lo que realmente tenían ante sí no era sino una caja metálica, plana y rectangular, de aproximadamente noventa centímetros de alto por sesenta de largo y tan sólo unos diez de ancho.

—Tiene las dimensiones adecuadas y el peso esperado —repitió Huganay sopesándolo y sin poder evitar que un ligero toque de nerviosismo aflorara a su voz—. Una caja de metal hecha a medida y herméticamente cerrada para aislar de la humedad y los insectos el tesoro que contiene. Y sin cerraduras que pudieran permitir el paso del aire.

Los muchachos miraron con atención la caja que Huganay sostenía entre las manos y comprobaron que, efectivamente, ésta, en vez de cerradura, poseía un par de pestillos en uno de sus lados y tres pequeñas bisagras en el otro.

—Creo que al fin lo tenemos, chicos —dijo Huganay—. Tenemos la pintura que tan celosamente guardó Arthur Roberts durante años.

—¡Echémosle un vistazo! —exclamó Pete sin poder contenerse—. Estoy deseando ver esa tela tan misteriosa.

—Bueno —dijo Huganay—, en realidad no se trata de una tela, muchacho.

Pete alzó las cejas, sorprendido, y le dirigió al francés una mirada llena de intriga.

—¿Qué quiere decir? —intervino Bob—. ¿No se trata de un lienzo pintado?

—Se trata de una pintura, sí —respondió Huganay—, pero no realizada sobre un lienzo sino sobre madera. Más concretamente sobre una tabla de madera de álamo. Una tabla de madera, mis queridos muchachos, que posee varios siglos de antigüedad. De ahí que, debido a su fragilidad, deba conservarse cuidadosamente de la humedad y los insectos y ser manipulada con máximo esmero. No obstante lo cual, abramos la caja para echarle a la pintura tan sólo un vistazo. Además, le prometí a Jones que le dejaría verla. Y lo prometido es deuda.

Con ojos extasiados pero con pulso firme, Huganay descorrió los pestillos que mantenían la caja cerrada. Jupiter, Pete y Bob se esforzaron por no parpadear cuando el francés abrió la caja con una mano y enfocó el interior de ésta con la otra. El haz de luz iluminó una capa de algodón seco y blanco como la nieve que Huganay se apresuró a retirar con dedos rebosantes de impaciencia. Al hacerlo, la pintura que Arthur Roberts se tomó tantas molestias en ocultar apareció por fin ante los ojos de los allí reunidos.

Jupiter, Pete y Bob contuvieron el aliento, extasiados, ante la visión de la pintura. Incluso Huganay, quien se hallaba más que de sobra preparado para contemplar aquella imagen, no pudo evitar que su respiración se detuviese durante un par de segundos. Los cuatro clavaron sus ojos en aquella tabla pintada siglos atrás por la mano maestra de uno de los grandes genios de la pintura y sintieron cómo les costaba apartar la mirada de ella. Ante sí tenían el retrato de una dama de extraña belleza que parecía agradecerles con la mirada el haberla rescatado de tan largo encierro.

—Por fin está en mis manos —comentó Huganay en voz baja al tiempo que una diabólica sonrisa afloraba a sus labios.

Tras un segundo de silencio, Pete, con el ceño fruncido, fue el primero de los muchachos en reaccionar.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Pero si es el cuadro que aparece en la portada de la enciclopedia de arte que tiene mi padre en su estudio!

—Es increíble... —murmuró Bob, asombrado—. Esta pintura... aquí, en Rocky Beach. Jupiter, pellizcándose el labio inferior, pareció despertar al fin de su primera sorpresa.

—No puede ser —dijo—. Este cuadro no puede hallarse aquí. Todo el mundo sabe que esta pintura se expone en el Louvre de París, uno de los museos más grandes y seguros del mundo. Usted, señor Huganay, como amante del arte, lo sabe. Lo que acabamos de encontrar aquí no debe ser más que una falsificación.

—¿Qué quieres decir, Juve? —preguntó Pete, irritado—. ¿Toda esta búsqueda que hemos llevado a cabo no ha tenido otro objeto que dar con un cuadro falso? ¿Tantas molestias para nada? ¿Sospechabas algo así, Primero?

—Al contrario, Pete. Lo ignoraba por completo —respondió Jupiter—. Nunca imaginé un desenlace como éste. Sin duda alguna debe haber un error. Arthur Roberts nunca se hubiera visto envuelto en el mundo del tráfico de obras de arte por una falsificación.

—Eso es cierto, mi querido y joven Jones —dijo lenta y suavemente Huganay.

Los tres amigos se volvieron a mirar al francés. En la penumbra creada en aquel oscuro corredor por las linternas que alumbraban todavía la pintura, el rostro del ladrón de arte había adquirido un aire más diabólico y fantasmal que nunca. Sonreía.

—¿Qué quiere usted decir, señor Huganay? —inquirió Bob.

—Ni más ni menos que Jupiter tiene razón —respondió el interpelado saboreando sus propias palabras—. Arthur Roberts nunca adquirió una falsificación. Entendía de arte. Y mucho. Es por ello que los pocos cuadros que adquirió en vida siempre fueron auténticos. Y éste, el único que ocultó, y por el cual pagó una considerable fortuna, no fue precisamente una excepción. Muchachos, lo creáis o no, este cuadro es auténtico. Es decir, *el* auténtico. Os halláis contemplando el retrato que hace siglos pintara el gran maestro...

—¡Imposible! —interrumpió Jupiter, exasperado—. Ese cuadro está en el Museo del Louvre.

Huganay se echó a reír.

—Te equivocas, mi querido muchacho —repuso—. Pero no te culpo por tu manera de reaccionar. Es la misma que tendría cualquiera que tuviese que enfrentarse a la sorprendente verdad. Y ahora permíteme que te explique: como sin duda sabrás, el cuadro fue robado. Concretamente en 1911. Y ha permanecido oculto hasta hace un par de minutos.

—Pero, según recuerdo haber leído, el cuadro fue recuperado —insistió Jupiter—. Apareció en un hotel de Florencia, Italia, dos años más tarde, en 1913.

Bob y Pete, sabedores de que Jupiter, como poseedor de una memoria fotográfica, era capaz de retener casi todo cuanto leía, no dudaron en creer a pie juntillas lo que su amigo afirmaba.

—Si bien es cierto que del cuadro se hicieron seis copias —continuó exponiendo el Primer Investigador—, las cuales fueron vendidas a coleccionistas, también lo es el hecho de que todas ellas fueron detectadas y reconocidas como tales cuando se encontró el original.

Huganay miró a Jupiter y volvió a sonreír.

—Tu memoria es excelente, chico —dijo—. Veo que eres capaz de retener gran parte de la información que lees. Es una lástima que en ocasiones cuanto aparece en los libros no se ajuste del todo a la realidad.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Jupiter.

—Que no se hicieron seis copias, sino siete —respondió Huganay—. Y que lo que cuelga de una de las paredes del Louvre no es sino la séptima copia, no detectada en su momento, mientras que la pintura original continuó oculta en Italia durante unos años para después venir a parar a Estados Unidos gracias al mercado negro de obras de arte.

Un sepulcral silencio se apoderó de los muchachos. Jupiter en particular parecía más confuso y aturdido que nunca mientras, con el ceño fruncido, no cesaba de pellizcarse el labio inferior. Huganay, entre desafiante y divertido, le miró de hito en hito sin dejar nunca que su irónica sonrisa desapareciese de sus labios. Finalmente el francés, tras volver a cubrir la pintura con la capa de algodón, cerró la caja y corrió los pestillos de ésta.

—Será mejor así —dijo—. Tanto el aire húmedo de este túnel como la potente luz de nuestras linternas podrían acabar dañando la pintura si ésta se ve expuesta a ellos durante demasiado tiempo.

Huganay se puso en pie lentamente y se colocó la caja metálica bajo el brazo.

—Y ahora, muchachos —dijo—, venid conmigo. Me habéis ayudado a hallar el tesoro que buscaba y creo que tenéis derecho a una explicación. Salgamos de aquí. No me gustan demasiado estos túneles. Regresemos a la boca del pozo y, una vez allí, prestad atención a la historia que tengo que contaros.

Alumbrando el túnel ante sí con su linterna, Huganay abrió la marcha. Bob, Pete y Jupiter, todavía aturridos por la verdad que acababan de descubrir, le siguieron obedientemente, intrigados por cuanto el francés tuviese todavía que contarles.

En silenciosa fila india, los tres desanduvieron el camino por el túnel, pasaron por la oscura sala en la que se hallaba la puerta número trece y, a través del estrecho pasadizo, regresaron al pozo de los deseos. Cuidadosamente, subieron los peldaños que ascendían en espiral por la cara interna de éste y, pasados un par de minutos, se encontraron de nuevo reunidos junto al pretil.

Allí la niebla seguía presente como una lenta y perezosa cortina de humo que limitaba la visibilidad a unos pocos metros. Cual mudo testigo de su hallazgo, la bruma se arremolinó alrededor del grupo como si pretendiese escuchar a hurtadillas cuanto Huganay estuviese dispuesto a decir.

El ladrón de arte tomó asiento sobre el pretil del pozo y, con movimientos deliberadamente lentos y elegantes, encendió un cigarrillo. Luego, tras exhalar una amplia bocanada de humo, miró a los muchachos. Éstos, de pie ante él, aguardaban expectantes.

—Dejad que os cuente una historia cuyo comienzo ya conocéis —comenzó a relatar Huganay—. Como muy bien sabe mi querido y joven Jones, la pintura que hay dentro de esta caja de metal fue robada del Museo del Louvre en 1911. No entraré en detalles acerca de aquel robo. Baste decir que para un profesional como yo aquello no fue más que una chapuza. Pero, como a veces ocurre con las chapuzas, acabó teniendo éxito. Durante dos años este cuadro se consideró perdido. En 1913, en un hotel de Florencia, se halló una copia tan perfecta, magistral y sublime, que engañó a todo el mundo y fue tomada por la pintura original de manera tajante. Esa copia fue pintada por un hombre cuyo nombre no viene al caso pero a quien yo, debido a una de esas circunstancias misteriosas que tiene la vida, conocí hace algo más de diez años en su lecho de muerte.

»Por aquel entonces yo llevaba ya tiempo trabajando en el mundo subterráneo del arte y comenzaba a labrarme una envidiable y a la vez temida reputación en el mundo del hampa. Como podéis imaginar, muchachos, dicha reputación no ha hecho sino aumentar a pesar de que vosotros os hayáis interpuesto en mi camino en más de una ocasión.

»Como os decía, la persona que pintó el cuadro descubierto en Florencia y que actualmente cuelga en el Museo del Louvre, me reveló su secreto en su lecho de muerte. Yo no sólo había oído hablar de él, sino que incluso había traficado con un par de falsificaciones suyas por las que obtuve unos enormes beneficios. Aquel hombre era el genio más grande que ha existido en este mundo a la hora de realizar una falsificación. Para copiar el cuadro que hay en esta caja empleó ocho meses de trabajo, y tuvo que poner en práctica un proceso especial de envejecimiento de la madera y del óleo que él mismo había inventado. El resultado fue un éxito rotundo. Su falsificación fue puesta a propósito en aquel hotel de Florencia para ser tomada por el original y, posteriormente, colgada en el Louvre. Por fortuna, por aquellos años las pruebas de autenticidad a las que se sometía a una pintura no eran tan precisas como las actuales. En aquella época aquel genio de la falsificación engañó a todo el mundo. Si hoy día, con los métodos

modernos, se sometiese a prueba la autenticidad del cuadro que cuelga en el Louvre, seguramente el engaño saldría a la luz. Pero pensad una cosa: ¿creéis que a alguien se le va a ocurrir probar la autenticidad de una pintura que todo el mundo toma de antemano por auténtica?

»Así pues, tenemos una falsificación genial reemplazando a la auténtica pintura y a la verdadera obra maestra oculta en un lugar que aún hoy día resulta difícil precisar. Ni siquiera aquel genio de la falsificación conocía a ciencia cierta su paradero, pues su papel en este drama se limitó a pintar la copia, cobrar por ello una gran suma de dinero y guardar silencio el resto de su vida, cosa que cumplió hasta que se encontró a punto de expirar.

»Durante una de mis operaciones en Europa un capricho del azar quiso que me encontrase a solas con él en su lecho de muerte. Aquel hombre agonizante, anciano y tomado por loco por muchos (no en vano había derrochado en el juego y la bebida todo el dinero que había ganado falsificando cuadros), me confió su impresionante secreto. Tal confesión incluía un sutilísimo detalle, el cual era la única manera de poder diferenciar la copia de la pintura original. Al principio pensé que aquel hombre mentía o deliraba, pues también yo lo creía loco, pero me aportó tal cantidad de detalles en todo cuanto me contó que me resultó imposible no tomarle en serio. A lo largo de los meses siguientes realicé cierto tipo de comprobaciones que confirmaron con absoluta precisión la información que aquel hombre me había confesado. Para convencerme a mí mismo de manera tajante, decidí ir personalmente al Louvre y examinar de cerca la pintura que todo el mundo llevaba años tomando por buena. Y allí, de pie ante aquel retrato, descubrí el pequeño detalle que me había confesado el falsificador y que era la única manera de diferenciar la copia del original. Era tan sutil, tan sublime aquella diferencia, y tan concisa la descripción que de dicho detalle había hecho el moribundo, que comprendí que éste no había dicho sino la verdad. Durante los años siguientes busqué sin cesar este cuadro. Investigué. Seguí su rastro. Comprobé que todo coincidía y que cada pieza encajaba en su sitio. Y aunque realicé todo tipo de operaciones en el submundo del arte, la búsqueda de este retrato nunca cesó para mí. Esta noche, por fin, tras más de diez años, todo ha terminado.

Huganay guardó silencio y miró a los muchachos.

—Ahora entiendo lo que el señor Roberts quiso decir cuando se refirió al tesoro que ocultó como “aquello que casi nadie cree escondido” —comentó Jupiter muy serio—. Durante décadas casi todo el mundo ha creído que esta pintura seguía colgada en el Louvre sin llegar siquiera a sospechar que se trataba de una simple falsificación.

—Falsificación sí, joven Jones, pero no simple —corrigió Huganay—. Tendrías que haber visto de cerca aquella copia. Era simplemente increíble. A veces creo que es incluso más hermosa que la pintura original.

—¿Qué hará usted ahora con el cuadro, señor Huganay? —inquirió Bob—. ¿La sacará a la luz? ¿La venderá?

Huganay miró a los muchachos y sonrió.

—Mis jóvenes amigos —dijo—, he aquí donde toda esta historia adquiere un cariz especialmente dramático para mí. Veréis... ¿Nunca os habéis preguntado qué es lo que me liga al mundo del arte ni por qué pertenezco a él? Para responder a esta pregunta hemos de retroceder hasta 1913, año en que apareció la copia que fue tomada por auténtica. Hubo tres expertos en arte a los que se les encargó estudiar la pintura hallada y dictaminar o no su autenticidad. El veredicto de aquellos tres expertos, como podéis imaginar, fue de autenticidad. Pero lo que no sabéis es que uno de ellos era mi abuelo.

Los muchachos, sorprendidos ante tal revelación, arquearon las cejas y aguzaron los oídos.

—Era el padre de mi madre —continuó diciendo Huganay—, y aunque no se llevaba bien con mi padre y a mí me ignoraba casi por completo lo cierto es que yo, desde muy niño, aprecié siempre a aquel hombre y a él le debo mi iniciación en el mundo del arte. Posteriormente, con el paso de los años, mi abuelo y mi padre, debido al fallecimiento de mi madre, así como a ciertas desavenencias de familia, rompieron sus relaciones de manera definitiva. Algún tiempo más tarde mi padre se arruinó al intentar montar un negocio de arte, enfermó y murió. Yo me quedé solo, con la única compañía del arte y un negocio familiar en bancarrota. Pronto aprendí a realizar negocios de manera mucho más lucrativa en ese mundillo y me convertí en lo que soy en la actualidad: el negociante clandestino (no es necesario que empleemos la palabra ladrón) de mayor éxito de tres continentes.

»Mi abuelo, mientras tanto, y como contrapartida (ironías del destino), había llegado a ser el experto en arte más respetado no sólo de París sino de toda Francia, reputación que mantuvo durante décadas. Él, no obstante, siempre ignoró la verdadera naturaleza de las operaciones a las que yo me dedicaba. Con los años, mi abuelo murió dejando tras de sí una envidiable reputación. A su muerte, una de las alas del Museo del Louvre, precisamente aquélla en la que cuelga la copia del retrato que esta noche hemos hallado, fue bautizada con su nombre.

»La esposa de mi abuelo, mujer anciana a la que yo siempre adoré y quien siempre me trató de manera especialmente benévola, guarda, desde la muerte de su marido, un recuerdo imborrable de éste. Ella adoraba a aquel hombre tanto como yo adoro a esa anciana. Puede que a vosotros os resulte extraño oírme hablar así, pero la verdad es que si me conocierais mejor quizás no os extrañaría tanto.

»Yo necesitaba hallar esta pintura antes que nadie. A la muerte de Arthur Roberts, ésta se hallaba expuesta a caer en manos poco convenientes para mí. Si mañana saliese a la luz que esta pintura ha sido hallada y se demostrase tanto que es auténtica como que la que cuelga en el Louvre no es más que una copia, la memoria de mi abuelo caería en desgracia. Esto en sí mismo no resulta para mí tan malo. Pero estoy convencido de que la noticia, así como todo el escándalo y el descrédito que acarrearía para la memoria de mi abuelo, mataría a su esposa, quien, además de ser ya muy anciana, se encuentra afectada por una grave dolencia cardíaca. No, muchachos, no deseo que eso ocurra. Por ello necesito que esta pintura permanezca en mis manos, al menos mientras mi abuela siga todavía con vida.

»Ésa es toda la historia que tenía que contaros, muchachos —concluyó Huganay.

Los chicos miraron al francés mientras el silencio y la niebla los envolvían, expectantes. Bob y Pete miraron a Jupiter. Éste, aparentemente tranquilo, se mordió el labio inferior y miró al ladrón de arte.

—Olvida usted un pequeño detalle, señor Huganay —dijo al fin—. Nosotros también queremos ese cuadro, pues le ha sido legado a una persona que es cliente nuestro. Usted y yo hicimos un trato para encontrar el cuadro. Una vez hallado éste, entiendo que el trato ha expirado. Por lo que ahora le ruego que nos entregue la pintura.

Huganay aspiró una profunda calada de su cigarrillo y sonrió.

—Lo siento, muchacho —dijo—, pero el cuadro está en mis manos y es en ellas donde se va a quedar.

—No hasta que pase a las nuestras —se oyó decir entonces con acento británico a una voz ligeramente amortiguada por la niebla.

Los muchachos se volvieron, sobresaltados. Huganay, quien se hallaba frente a ellos, se limitó a permanecer sentado tranquilamente donde estaba, mirando hacia delante y sin dejar de fumar ni de sonreír. Jupiter, Pete y Bob miraron a todas partes hasta que, de

repente, como si de espectros se tratase, dos figuras fantasmales salieron de la niebla que hasta entonces les había ocultado.

Eran Malcolm Sinclair, conocido también como *Mylord*, y Lagalle. El inglés sonreía complacido mientras empuñaba una pistola. El francés, por su parte, hacía girar hábilmente entre sus dedos un cuchillo de aspecto temible mientras les observaba con cara de pocos amigos.

En los ojos de ambos refulgió un destello de crueldad mientras, con aspecto amenazador, avanzaron hacia el grupo reunido junto al pozo.

CAPÍTULO 19

EN PODER DEL ENEMIGO

Sinclair y Lagalle avanzaron hasta detenerse a unos cuatro metros del pozo. El francés observaba a Huganay con una mirada glacial. Pete, al verla, pensó que una mirada como aquella era capaz de hacer estremecer a una viga de acero. Sinclair, por su parte, miró a los muchachos y les hizo un gesto con la mano en la que empuñaba la pistola.

—Acercaos a Huganay, chicos —ordenó—. Situaos a ambos lados de él. Quiero veros bien a los cuatro. Y, por supuesto, procurad evitar cualquier tipo de movimiento brusco. Los muchachos obedecieron lentamente. Pete se situó a la izquierda del ladrón de arte mientras Bob y Jupiter lo hacían a su derecha. Huganay, por su parte, permaneció inmóvil y en silencio, sentado sobre el pretil del pozo, protegiendo entre sus brazos la caja plana y metálica.

Sinclair paseó la mirada por los rostros de los muchachos.

—Siento haber evitado que el aroma de mi colonia acabase delatando mi presencia en esta ocasión —comentó mirando significativamente a Jupiter mientras sonreía con aire satisfecho—. Nada de colonia hoy, *Mylord*, me dije. Así será más fácil sorprender a esos chicos a los que tanto les gusta dárseles de listos.

Jupiter miró a Sinclair y a continuación a Lagalle. Éste último permanecía en silencio mientras jugueteaba con su cuchillo de aspecto sumamente afilado. Jupiter, al ver tan temible arma, tragó saliva con dificultad y sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Luego, recobrando el control de sí mismo, miró de reojo a Huganay y vio que éste se hallaba completamente tranquilo. Es más, sonreía. Jupiter comprendió, incluso antes de mirarle, que había esperado encontrarle con aquella actitud de nervios de acero. Sinclair miró entonces a Huganay y le apuntó con la pistola.

—Hola, Huganay —le saludó—. Una historia verdaderamente enternecedora la tuya. La hemos oído entera y debo confesar que a los dos nos ha emocionado. ¿No es cierto, Henri? —le preguntó, divertido, a su compañero.

—Sí. Casi se me saltan las lágrimas —masculló Lagalle sin apartar de Huganay su penetrante mirada.

Lentamente, sin dejar de sonreír, Huganay se cruzó de piernas y carraspeó con suavidad.

—Bienvenidos, caballeros, a esta pequeña reunión —dijo al fin con un tono cargado de ironía—. Si bien les esperaba, ¿puedo al menos preguntar a qué se debe su honorable presencia aquí?

Sinclair, a su vez, sonrió divertido.

—¿Has oído, Henri? —repuso mirando brevemente a su compañero—. Nuestro amigo tiene ganas de broma. Lástima que nosotros no estemos aquí para bromear.

Luego, poniéndose serio de repente, añadió:

—¿De veras pensaste que nos engañarías con tus burdas estratagemas? No picamos el anzuelo, estúpido. Fue fácil comprender el engaño y darnos cuenta de que seguíamos a tus hombres pero no a ti. Por fortuna pudimos deshacernos de ellos y vinimos a tu encuentro. Sabíamos dónde buscarte. En esa vieja y sucia chatarrería donde viven el gordinflón y sus amigos.

A pesar del insulto dirigido contra su persona, Jupiter consideró que aquél no era el momento más apropiado para replicar y decidió guardar silencio y concentrar todas sus energías en mantenerse alerta. Bob, a su lado, observó no obstante cómo su amigo se envaraba.

—No metas a los muchachos en esto, Malcolm —repuso Huganay—. Ellos son mejores y más inteligentes que tú. Sin ellos tanto tú como yo estaríamos todavía dando vueltas por Los Angeles sin saber a ciencia cierta dónde buscar.

—Te crees muy gracioso, viejo amigo —repuso Sinclair—. Pero ahora déjate de charla y entrégnos lo que has encontrado dentro de ese pozo.

Huganay fingió sorpresa.

—¿A qué te refieres, Malcolm? —inquirió—. No sé de qué me hablas.

—¡Ya está bien, Huganay! ¡Déjate de monsergas! —exclamó súbitamente Lagalle dando un paso al frente—. ¡El cuadro! —exigió extendiendo ante sí su mano libre.

Huganay desvió su mirada del rostro de Sinclair y miró a Lagalle como si acabase de advertir su presencia por primera vez.

—¡Vaya! —comentó sonriendo—. Pero si es nada menos que Henri Lagalle, maestro del lanzamiento de cuchillos y experto forzador de cerraduras y cajas fuertes. Perdona que no me haya percatado antes de tu presencia. Ignoraba que estuvieses aquí. Así que ahora trabajas para este tipo, ¿eh? No sabía que ahora frecuentaras la compañía de las ratas. Debiste seguir trabajando para mí en vez de convertirte en un sucio traidor.

Ante aquellas palabras Lagalle apretó los puños y levantó el puñal sobre su cabeza dispuesto a lanzarlo contra Huganay. Sinclair, no obstante, se adelantó y le puso a su compinche una mano sobre el hombro.

—¡Cálmate, Henri! —le dijo con voz serena—. No caigas en su trampa. Hemos vencido. Eso es lo único que debe importarte en estos momentos. Nos llevaremos el cuadro y no será necesario derramar sangre. Tranquilízate.

Tras sopesar en su interior aquellas palabras Lagalle bajó lentamente el brazo y lo dirigió a Huganay una mirada aún más penetrante, si cabe, que la anterior.

Huganay, quien apenas había movido un músculo, miró a Jupiter, Pete y Bob.

—¿Qué opináis vosotros, chicos? —les preguntó sin sobresaltarse—. ¿Creéis que debemos entregarle el cuadro a unos tipos como éstos?

Pete tragó saliva.

—¿Qué tendría de malo hacerlo? —dijo—. Considero nuestras vidas mucho más valiosas que una tabla de madera, por mucho que ésta tenga varios siglos de antigüedad. Huganay sonrió y miró a Jupiter.

—¿Qué opinas tú, Jones? —le preguntó.

—Creo que no tenemos otra alternativa —respondió Jupiter—. Ellos parecen tener consigo todas las de ganar.

Sinclair, al oírles, se echó a reír.

—Eso es lo que yo llamo hablar con sensatez —dijo—. Tenías razón al decir que el gordinflón era el más listo de todos. Así que ahora... ¡danos el cuadro! —añadió tornándose serio de repente y agitando el arma ante sí—. Nosotros hemos ganado y lo sabes, Huganay.

Éste guardó silencio durante unos segundos y permaneció inmóvil, como si escuchase algo en la distancia, algo que parecía proceder de algún rincón perdido en la niebla. Luego, sonriendo una vez más, alzó las cejas.

—¿Vosotros habéis ganado? ¿Tú crees, Malcolm? —preguntó con sorna.

Lo que tuvo lugar a continuación ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

Un brazo acabado en un puño emergió súbitamente de la niebla y se estrelló contra el rostro de Lagalle. El francés se tambaleó y, presa tanto de la sorpresa como del

puñetazo recibido, cayó de rodillas sobre el suelo. Acto seguido una sombra se abalanzó sobre él y, un segundo más tarde, atacante y atacado se enzarzaban en un salvaje y terrible forcejeo.

En cuanto a Sinclair, algo enorme con forma de brazos salió también de entre la niebla, justo a sus espaldas, y cayó sobre él. El inglés, presa de un fuerte abrazo de oso, se vio arrastrado hacia atrás mientras una de las manos de su atacante intentaba apoderarse de la pistola que empuñaba. Ésta se levantó en el aire y se disparó involuntariamente. La bala se perdió en el negro cielo nocturno.

—Haceos a un lado —le dijo Huganay a los muchachos—. Dejadme esto a mí y no intervengáis.

Los muchachos obedecieron mansamente mientras Huganay, tan tranquilo hasta el momento, se convirtió en un ser lleno de energías. Sin separarse en ningún momento de la caja plana de metal, que mantenía firmemente sujeta bajo el brazo izquierdo, se adelantó y descargó un formidable puntapié contra la mano armada de Sinclair. Con un gemido de dolor, el inglés abrió la mano y el arma, impulsada por la patada de Huganay, se perdió en la noche. Desarmado, Sinclair cayó al suelo mientras su primer atacante se sentaba sobre él. Éste, un grandullón que doblaba en peso al delgado inglés, precisó tan sólo de unos segundos para dejar a éste completamente inmovilizado sobre el suelo.

Lagalle, mientras tanto, se debatía con su respectivo atacante, un joven rubio y fornido de complexión similar a la suya. En aquel combate, sensiblemente más igualado que el otro, Lagalle logró zafarse echando el cuerpo hacia un lado. Momentáneamente libre de oposición, se volvió hacia Huganay y arrojó su cuchillo contra él.

—¡Cuidado! —exclamó Bob.

La advertencia fue innecesaria. Huganay, quien había visto el movimiento con la debida antelación, se agachó lo suficiente para esquivar la mortífera hoja. Ésta pasó a escasos centímetros de su cabeza y desapareció en la niebla que flotaba a sus espaldas.

Huganay, reaccionando con rapidez, se abalanzó sobre Lagalle y le golpeó en el pecho. Éste, aturdido más por la decepción de haber fallado su lanzamiento que por el golpe recibido, trastabilló y cayó en brazos del joven rubio, quien le inmovilizó pasándole los brazos por debajo de las axilas y uniendo las manos tras la nuca. Lagalle forcejeó durante unos segundos hasta que, comprendiendo que sus esfuerzos resultarían en vano, optó por quedarse quieto.

Sólo entonces Huganay, quien todavía mantenía a salvo bajo su brazo la caja de metal, se sacó de un bolsillo interior una pequeña pistola y apuntó con ella a sus dos enemigos.

—Buen trabajo, chicos —dijo alabando a sus hombres—. Traedlos aquí. Y vosotros dos, no os mováis. Ambos sabéis que, aunque detesto las armas, sé muy bien cómo emplearlas.

Sin dejar de apuntar a Sinclair y a Lagalle, Huganay regresó junto a Jupiter, Pete y Bob, quienes por indicación suya habían permanecido inmóviles junto al pozo durante la refriega, y, sonriendo con ironía, volvió a tomar asiento sobre el pretil. Sus dos ayudantes, es decir, el gigantón y el joven rubio, se acercaron a ellos llevando a Sinclair y a Lagalle respectivamente. El inglés parecía una marioneta en brazos del grandullón. Lagalle, por su parte, apretaba los dientes mientras maldecía en francés.

—Tus insultos no te soltarán, Henri —le dijo Huganay, divertido—, así que cierra el pico. Muchachos —añadió el ladrón volviéndose hacia Los Tres Investigadores—, os presento a mis ayudantes, Norbert y Harris —dijo señalando uno tras otro al gigantón y al joven rubio.

—Ellos y yo nos conocimos el otro día en Patio Salvaje —dijo Jupiter—, si bien en aquella ocasión no hubo presentaciones formales. Claro que tampoco hubo tiempo para ello.

—Tampoco en esta ocasión tenemos tiempo que perder —repuso Huganay—. Norbert —le dijo al grandullón—, ¿tienes ahí el rollo de cuerda?

—Sí, jefe —respondió el interpelado.

—Dámelo —ordenó Huganay.

Sosteniendo a Sinclair en peso con una mano, Norbert se apresuró a buscar en el interior de uno de los amplios bolsillos de su chaqueta y sacó un rollo de fina pero resistente cuerda de nylon que entregó a Huganay.

—Ahora —dijo éste tomando el rollo de cuerda y entregándoselo a Pete—, ata a esos dos tipos, muchacho. Nudos fuertes y sólidos en las muñecas. No escatimes en la cantidad de cuerda empleada.

Pete tomó el rollo de cuerda y comenzó a atar las muñecas de Sinclair. El inglés, ante la amenazadora presencia de los puños de Norbert y la pistola que Huganay empuñaba, no se resistió.

—Pagarás por esto —le dijo a Huganay—. Te aseguro que las cosas no van a quedar así.

—Ya lo creo que no. Todo quedará mucho peor para vosotros y mejor para este cuadro y para mí en cuestión de minutos —mofóse Huganay.

Pete terminó de atar a Sinclair y comenzó a hacer lo propio con Lagalle, quien le dirigió a todos una mirada asesina mientras no dejaba de mascullar en francés.

—Ya basta, Henri —le advirtió Huganay mientras revisaba los nudos recién hechos por Pete—. Te conviene ahorrar saliva para gritar. Quizá alguien pueda oírte pidiendo auxilio una vez que nosotros nos hayamos marchado de aquí.

—¿Qué quieres decir, Huganay? —preguntó Sinclair, palideciendo.

Huganay se levantó del pretil y señaló hacia la boca del pozo con un movimiento de barbilla.

—Bajadlos —les ordenó a sus hombres—. Una vez ahí abajo les atáis los tobillos y luego los atáis espalda contra espalda. Ponedles pañuelos en la boca, pero sin anudarlos demasiado fuerte para que puedan quitárselos al cabo de un tiempo y pedir auxilio. Dejo ese detalle a tu cargo, Harris.

—A la orden, jefe —dijo el joven rubio.

Norbert y Harris empujaron a Sinclair y Lagalle hacia la boca del pozo y les obligaron a bajar por los peldaños de éste.

—Iluminadles el camino, chicos —le dijo Huganay a Los Tres Investigadores—. Y vosotros —añadió dirigiéndose a los recién apresados—, mirad dónde ponéis los pies y no intentéis nada raro. Recordad que os estoy apuntando con un arma.

Jupiter y sus amigos obedecieron e iluminaron el interior del pozo con sus linternas. En un silencio roto tan sólo por las palabras en francés que de vez en cuando mascullaba Lagalle, los cuatro hombres descendieron. Primero lo hizo Sinclair, seguido por Norbert. Luego le tocó el turno a Lagalle, seguido por Harris. Cuando los cuatro estuvieron reunidos en el fondo, Huganay se volvió hacia Los Tres Investigadores.

—Como habéis podido comprobar, esos tipos no son rivales para mí —les dijo sonriendo—. Detesto tener que emplear mis energías contra meros aficionados. No son como vosotros, chicos. Vosotros me lo habéis puesto más difícil que ellos en más de una ocasión.

—¿Cómo lo ha logrado, señor Huganay? —inquirió Jupiter—. Es decir, parecía usted saber exactamente dónde estaban sus hombres. Parecía estar usted esperándoles.

Huganay miró a Jupiter y sonrió.

—¿Es eso lo que te intriga, joven Jones? —dijo—. Verás... Hice que mis hombres simularan una expedición por las colinas, pero sabiendo de antemano que ésta no engañaría a esos tipos. Con ello, no obstante, logré hacerles creer que eran ellos los perseguidores, con lo que desprotegieron sus espaldas. Es así como actúa todo aquél que se cree perseguidor y no perseguido. En realidad, mis hombres les seguían mientras ellos nos seguían a nosotros. Eso es todo.

—Pero usted parecía saber cuándo atacarían sus hombres —dijo Jupiter—. La charla que mantuvo aquí con Sinclair y Lagalle no fue más que un ardid para ganar tiempo hasta que Norbert y Harris llegasen.

—Ah, sí, es cierto —asintió Huganay—. No se te ha escapado eso, ¿verdad? Harris llevaba en la manga de su chaqueta un pequeño emisor que me mantenía en todo momento al tanto de sus movimientos. Se trata de un pequeño micrófono conectado por ondas a este receptor que llevo instalado.

Huganay se llevó una mano hasta una de sus orejas y desenganchó algo de allí. Sonriendo, extendió la palma abierta ante los muchachos para que éstos pudieran contemplar un pequeño auricular de tamaño inferior al de un botón. Era del color de su piel, lo cual, unido a su minúsculo tamaño, explicó el que los muchachos no hubieran llegado en ningún momento a reparar en él.

—Gracias a esto mis hombres podían mantenerme al tanto de los movimientos de esos dos tipos.

—¿Y cómo fueron capaces de localizarle en esta niebla? —inquirió Bob—. Usted no tiene micrófono y no puede hablar con ellos.

Huganay hurgó en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó algo parecido a un disco de unos tres centímetros de diámetro.

—Esto es un pequeño localizador —explicó—. A pesar de su diminuto tamaño tiene un alcance de más de quince kilómetros. Mis hombres llevan consigo el receptor de las señales que emite. Su longitud de onda es diferente a la que emplean el micrófono y el auricular. Es la única manera de evitar las interferencias. Con estos aparatos todo resultó sencillo. Suerte que previene a tiempo el obstáculo añadido de la niebla.

Huganay sonrió al ver los asombrados rostros de los muchachos.

—Son mucho mejores que nuestros walkie-talkies y nuestros señalizadores —comentó Pete.

—De eso no hay la menor duda —convino Jupiter con el ceño fruncido.

Huganay se volvió bruscamente al oír un ruido tras de sí. Se trataba de Norbert y Harris, quienes, una vez acabado el trabajo en el fondo del pozo, regresaban junto a ellos. Mientras sus hombres salían a la superficie y saltaban por encima del pretil, Huganay tomó una linterna e iluminó con ella el fondo del pozo. Todos miraron hacia allí. Sobre el suelo polvoriento y salpicado de monedas, Sinclair y Lagalle, sentados y atados espalda contra espalda, miraban hacia arriba con la mitad inferior de sus rostros cubierta por sendas mordazas. Ante la brillante luz de la linterna los dos parpadearon, deslumbrados, con cierto desamparo.

—Es todo un placer poder despedirse de vosotros en circunstancias como éstas —les dijo Huganay con aire triunfal—. *Au revoir*, mis queridos aprendices. Por vuestro propio bien, espero que alguien os encuentre pronto.

Dicho lo cual, Huganay se volvió y miró a los demás.

—Y ahora vayámonos de aquí —dijo—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—No tan deprisa, Huganay —dijo entonces alguien— ¡Arriba las manos! ¡Que nadie se mueva!

Alarmados, Jupiter, Pete y Bob miraron a su alrededor y vieron a alguien que, a unos metros de ellos, casi en el borde delimitado por la niebla, tenía la mirada clavada en

ellos. Se trataba del joven rubio que respondía al nombre de Harris. Éste, tras apartarse sigilosamente del pozo mientras los demás miraban hacia abajo, les apuntaba ahora con un revólver.

—¡Harris! —exclamó Norbert, el grandullón, con enorme desconcierto—. ¿Qué significa esto?

—Pero ¿qué es lo que ocurre aquí? —inquirió Bob.

—¡Silencio! —ordenó el joven rubio, cortante—. Huganay, tira el arma. Tú también, Norbert.

El gigantón, vacilando, miró a Huganay. Éste le devolvió la mirada y, en silencio, asintió con la cabeza. Norbert se sacó lentamente un revólver de una funda sobaquera y lo depositó sobre el suelo. Mientras lo hacía, Jupiter miró una vez más a Huganay y vio que el francés, sin perder en ningún momento la compostura, seguía estando completamente tranquilo.

—No te preocupes por mi pistola, Harris —le oyó decir Jupiter al francés—. Está descargada. Ya sabes que odio recurrir a las armas.

Huganay arrojó su pequeña pistola y ésta cayó a escasos centímetros de los pies de Harris. Éste, de un puntapié, la mandó a algún rincón perdido en la niebla.

—Pero ¿qué significa esto? No entiendo nada —exclamó Pete—. ¿Puede alguien explicármelo?

—Lo único que ocurre aquí, mi joven amigo —respondió Huganay sin dejar de sonreír—, es que Harris no es en realidad quien aparenta ser.

Pete frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—¿Quién es entonces? —preguntó.

—Su manera de proceder puede significar tan sólo tres cosas —intervino Jupiter—. O bien es otro ladrón que trabaja solo, o bien pertenece a una tercera banda, o bien es...

—O bien soy detective privado —interrumpió Harris terminando la frase—. Así es, chaval, soy detective privado —continuó diciendo mientras seguía apuntando a Huganay y a Norbert con su revólver—. Mi verdadero nombre es Jack Walton. Llevo meses detrás de este tipo y ahora, por fin, lo he cazado. Hubiera podido atraparlo antes, pero en cuanto supe que andaba tras una obra maestra decidí esperar a que la encontrara. Así mataría dos pájaros de un tiro. Atraparía al mayor ladrón de arte de tres continentes y recuperaría una obra maestra perdida. Y ese momento, celebro poder decirlo, ha llegado por fin.

»Ahora, chicos —añadió—, haceos a un lado y no os acerquéis ni a él ni a Norbert.

Los muchachos, incapaces de hacer otra cosa que obedecer, se separaron del pozo y contemplaron, mudos de asombro, la escena que tenía lugar ante sus ojos. Harris, o mejor dicho, Jack Walton, apuntaba con su revólver a Huganay y a Norbert. El gigantón, incapaz de creer lo que estaba viendo, miraba alternativamente a uno y a otro mientras mantenía las manos en alto. El francés, por su parte, aferrando la caja de metal, miraba al detective privado. Su irónica sonrisa, perenne como un tatuaje, continuaba dibujada en sus labios.

—Y ahora... ¡entrégame el cuadro! —exclamó Walton mirando fijamente a Huganay.

Durante unos segundos se produjo un profundo e incómodo silencio. A continuación Huganay, echando la cabeza hacia atrás, soltó una sonora carcajada. Mientras el francés reía, Jupiter miró al detective privado. Una sombra de incredulidad se apoderó del rostro de éste.

—¡Estúpido! —dijo Huganay tras sobreponerse a su ataque de risa—. ¿De veras creías que lograrías sorprenderme y salirte con la tuya?

El estupor se dibujó ahora en el rostro de Jack Walton mientras Huganay continuaba riendo. Pete, al oírlo reír de aquella manera, sintió un escalofrío y pensó que cualquier parecido entre aquel ladrón francés y un demonio no podía ser una mera casualidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Walton—. ¿De qué estás hablando?

Huganay, dejando de reír, se le quedó mirando fijamente.

—No te molestes en seguir apuntándome con ese arma —le dijo—. De nada serviría. Yo mismo me aseguré de ello esta tarde, antes de separarme de vosotros para acudir a mi cita con estos muchachos.

Todos los rostros miraban ahora a Walton más fijamente que nunca. Éste, helado, contempló su revólver durante un segundo para, a continuación, volver a clavar su mirada en el francés.

—No puede ser —dijo—. Yo mismo cargué este revólver esta mañana. Y las balas siguen en su sitio. A menos, claro está, que tú me obligues a hacer uso de ellas.

—Ese revólver está inutilizado, estúpido —replicó Huganay con serenidad—. Yo mismo me encargué de hacerlo. Si intentas dispararlo lo más probable es que te explote entre los dedos. Como dije antes, detesto las armas, pero sé muy bien cómo usarlas... y cómo manipularlas.

Walton miró el revólver que tenía en la mano pero no lo bajó. Jupiter y sus amigos pudieron contemplar, con el alma en vilo, cómo el detective privado dudaba entre creer a un poderoso enemigo y confiar en un arma que bien pudiera hacerle perder una mano.

Huganay, con el rostro muy serio ahora, avanzó un paso hacia él.

—¡No te muevas! —exclamó Walton.

—Sospeché de ti desde poco después de contratarte —dijo Huganay sin hacer caso de la advertencia—. Comprendí cuál era el juego que te traías entre manos pero decidí seguirlo y hacerte creer lo contrario. Así que siempre supe a qué atenerme contigo. Eso me confería una innegable y valiosa ventaja. Resultaba fácil predecir cada uno de tus movimientos y también el momento que aprovecharías para hacerlos.

»Y ahora, muchacho, —añadió tendiendo ante sí su mano libre—, dame ese revólver antes de que te hagas daño. Si me obedeces ten por seguro que nadie saldrá herido. Ni siquiera tú.

—¡No! —exclamó Walton—. ¡Quieto!

—A por él, Norbert —ordenó Huganay.

Ante los ojos desorbitados de Los Tres Investigadores el francés avanzó hacia Walton seguido de cerca por su gigantesco compinche. En aquel preciso instante media docena de haces de luz taladraron la noche y varias figuras emergieron de la niebla justo a espaldas del detective privado. Jupiter acertó a ver que dichas figuras iban vestidas de uniforme y empuñaban armas de fuego.

—¡Quieto todo el mundo! ¡Policía! —gritó una voz.

Los muchachos se volvieron hacia el lugar del que parecía provenir aquella voz. Una figura humana pareció tomar forma allí. Luego, cuando ésta atravesó por fin un par de espesos jirones de niebla, Los Tres Investigadores pudieron ver un rostro por ellos bien conocido que les miró severamente y les hizo un gesto para que se hicieran a un lado.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¡El jefe Reynolds!

CAPÍTULO 20

LADRÓN A LA FUGA

—Echaos a un lado, chicos —ordenó Samuel Reynolds.

Mientras Jupiter y sus amigos obedecían, siete u ocho figuras uniformadas se separaron de la niebla apuntando hacia el frente con linternas y pistolas. A partir de entonces todo ocurrió muy deprisa.

Huganay, todavía cerca del pozo, se detuvo en seco. Norbert, por su parte, obcecado por la idea de arrebatarse a Walton la pistola, siguió avanzando y se abalanzó sobre el rubio joven sin parecer percatarse del resto de cuanto sucedía a su alrededor. Walton, inmerso en un mar de dudas, no se atrevió a disparar. Un segundo más tarde ambos hombres se enzarzaban en un violento forcejeo.

Jupiter miró a Huganay y vio que el rostro del ladrón de arte había cambiado por completo. Seguía allí de pie, con la caja de metal bien sujeta bajo el brazo, pero su expresión era ahora la de una fiera acorralada que se enfrenta a un brusco e inesperado giro de los acontecimientos. Jupiter comprendió que Huganay, por primera vez en toda la noche, no tenía la situación bajo control. Durante una fracción de segundo el francés miró a Jupiter y clavó en éste una profunda mirada cargada de odio. Jupiter, impotente, tan sólo pudo devolverle la mirada y negar con la cabeza, queriendo dar a entender de esa manera que la presencia de la policía en aquel lugar no era responsabilidad suya.

Jupiter volvió a mirar a los policías. Cinco de ellos se habían acercado a Norbert y a Jack Walton, quienes continuaban forcejeando, e intentaban separarlos por la fuerza. Uno de los policías tenía asido a Walton por detrás. Los otros cuatro intentaban inmovilizar al gigantesco Norbert aferrándose a sus brazos y piernas. En la refriega, Jupiter vio cómo el revólver de Walton, cual pájaro herido, caía al suelo y desaparecía entre los pies de los combatientes.

—¡Reduzcan a ese grandullón! —gritó el jefe Reynolds.

—¡Cuidado, jefe! —exclamó entonces otro de los policías—. ¡El otro se escapa!

Jupiter giró la cabeza y volvió a mirar hacia el pozo esperando ver a Huganay todavía de pie junto a éste. No obstante, lo que vio fue algo muy diferente. El francés, hombre de reflejos rápidos, aprovechó la confusión causada por el forcejeo que mantenían Norbert y Walton para entrar en acción. Tras girar sobre sí mismo, dio un ágil salto y se encaramó al pretil. Cuando Jupiter miró hacia allí todo cuanto acertó a ver de Huganay fue la mitad superior de su cuerpo desapareciendo rápidamente en el interior del pozo. El francés, aun a riesgo de precipitarse al vacío, bajaba los peldaños de dos en dos con celeridad suicida.

El jefe Reynolds levantó su arma.

—¡Quieto o disparo! —gritó.

Huganay no se detuvo. Su cabeza descendió y desapareció de la vista de todos los presentes. El jefe Reynolds disparó su arma. La bala atravesó rauda y veloz el espacio que había ocupado apenas una fracción de segundo antes la cabeza del francés y se estrelló contra el borde del pretil. Con un pequeño chispazo la bala rebotó y se perdió en la niebla.

—¡Se lleva el cuadro! —exclamó Pete echando a correr hacia la boca del pozo.

—¡Tras él! —aulló Bob siguiendo a su amigo.

—¡Quitaos de en medio, muchachos! —vociferó el jefe Reynolds mientras corría tras Pete y Bob con el arma alzada ante sí—. ¡Ese tipo es peligroso! ¡Manteneos al margen! Bob y Pete, al oírlo, se detuvieron en seco.

—¡Se escapa, jefe! —gritó Bob, impotente—. ¡Y se lleva el cuadro consigo!

El jefe Reynolds, sin perder de vista la boca del pozo, la cual seguía manteniendo en el punto de mira de su arma, ladeó ligeramente la cabeza.

—¡Fenton! ¡Murray! ¡Arnold! ¡Rodead el pozo! —les gritó a sus hombres por encima del hombro—. ¡Los demás, haced que ese grandullón se esté quieto de una vez!

Mientras cuatro de los policías reducían por fin a Norbert, los tres agentes llamados por el jefe Reynolds rodearon el pozo y fueron acercándose lentamente a él con sus armas empuñadas ante sí, prestos a disparar. Pete y Bob, con el corazón en un puño, permanecieron a espaldas del jefe Reynolds intentando reprimir sus deseos de asomarse por encima del pretil.

Paso a paso, el jefe Reynolds y sus hombres llegaron junto al pozo y, con suma cautela, se asomaron a su interior.

—¡Se ha ido, jefe! —informó uno de los agentes.

—¡Cuidado! ¡Algo se mueve ahí abajo, en la oscuridad! —advirtió otro.

Pete y Bob, comprendiendo lo que ocurría, se abalanzaron hacia adelante y apoyaron sus manos sobre el pretil.

—¡No dispare, jefe! —gritó Pete.

—Hay dos hombres atados y amordazados ahí abajo —explicó Bob—. Son malhechores peligrosos pero están desarmados. ¡No dispare!

Uno de los agentes paseó el haz de una linterna por el fondo del pozo.

—Los chicos tienen razón, jefe —informó—. Hay dos tipos atados ahí abajo.

Todos miraron hacia el fondo. A la luz de la linterna pudieron ver los rostros amordazados de Sinclair y Lagalle, quienes miraban hacia arriba con ojos desorbitados.

—No hay rastro del otro —se lamentó Reynolds bajando su arma—. Bien, muchachos, ¡abajo! Que dos de vosotros desaten a esos tipos y los suban hasta aquí. El resto que siga al otro tipo e investigue dónde puede haberse metido. ¡Id con cuidado! ¡Quién sabe de lo que es capaz!

Uno a uno, cinco de los agentes se introdujeron en el pozo y comenzaron a descender los peldaños. El jefe Reynolds se volvió entonces y se acercó hacia donde se hallaban Norbert y Walton. Los muchachos le siguieron.

Norbert se encontraba esposado y celosamente custodiado entre dos agentes. Cansado de forcejear, y comprendiendo por fin la situación en la que se hallaba, tenía el ceño fruncido y la mirada, no exenta de cierta expresión de desamparo, clavada en el suelo. Parecía un niño grande que hubiese sido castigado por no haber hecho los deberes la tarde anterior.

El jefe Reynolds se plantó ante él y lo miró. Luego, volviéndose hacia los dos agentes que lo custodiaban, les hizo una seña a éstos.

—Lleváoslo al coche y esperad allí a que regresemos los demás —ordenó.

Los agentes obedecieron y se retiraron, desapareciendo en la niebla al cabo de unos segundos. Tras verles marchar, Reynolds se volvió entonces hacia Walton. Éste, todavía jadeante, permanecía de pie con un agente a su lado.

—¿Qué tal se encuentra, Walton? —le preguntó el jefe—. Espero que ese bruto no le haya dejado demasiado magullado.

—No se preocupe, Reynolds —respondió Walton—. No son más que un par de rasguños. Ese tipo es condenadamente fuerte, pero por desgracia para él resulta fácil de manejar.

Pete, colocándose junto al jefe de policía, señaló al detective privado.

—¿Le conoce usted, jefe? —preguntó—. Quiero decir, ¿trabaja para usted?

—Más o menos, Pete —intervino entonces Bob avanzando un paso—. Por lo que puedo deducir, Jack Walton es, tal y como dijo antes, un detective privado que trabaja codo con codo con la policía de Rocky Beach. Sin lugar a dudas ha sido él quien ha conducido a la policía hasta aquí con el objetivo de capturar a Huganay.

—Así es —asintió Walton sonriendo—. Y hablando de Huganay, ¿han conseguido capturarlo? —le preguntó al jefe Reynolds.

—Mis hombres se encargarán de ello —respondió el interpelado—. Por lo pronto, un malhechor conduce a otro. Ahí abajo hemos encontrado a dos tipos maniatados que, según parece, también se dedican a tareas que poco tienen que ver con el puntual cumplimiento de la ley.

—Ah, sí, esos dos tipos —dijo Walton frotándose la barbilla—. No son más que un par de imbéciles, si bien uno de ellos es muy peligroso con un cuchillo en la mano. No está mal haber atrapado a esos dos pájaros, pero la pieza más importante es Huganay. No es un tipo fácil de sorprender.

—Descuide, Walton. Mis hombres harán cuanto sea posible por apresarle —aseguró el jefe Reynolds mirando al detective privado—. Y ahora, chicos —añadió volviéndose hacia los muchachos—, ¿seríais tan amables de contarme todo cuanto ha ocurrido desde la última vez que hablé con vosotros? ¿Cómo habéis venido a parar a este parque solitario en medio de una noche cubierta de niebla y en compañía de un peligroso ladrón de arte?

—Bueno —comenzó a decir Bob—, en realidad quien mejor puede contárselo todo es Jupe. Fue él quien descubrió el secreto que escondían ciertas piezas de ajedrez. ¿No es así, Jupe?

Al no recibir respuesta, Bob miró a su alrededor en busca de su amigo.

—¿Jupe? —repitió.

Todos miraron en derredor, pero sólo alcanzaron a ver el pozo y la densa cortina de niebla que les rodeaba por completo a unos cuantos metros a la redonda.

¡No había el menor rastro del Primer Investigador por ninguna parte!

—¡Demontre! —exclamó el jefe Reynolds—. Pero ¿dónde demonios se ha metido ese chico?

A pesar de no poseer el infalible sentido de la orientación de su amigo Pete Crenshaw, Jupiter Jones fue capaz de encontrar el camino a seguir a través de la densa niebla que en aquellos momentos cubría casi por completo Oceanview Park. Para ello, por fortuna, sólo tuvo que desandar el camino que él y sus amigos, en compañía de Huganay, habían recorrido hasta llegar al pozo de los deseos. Y aunque Jupiter Jones era más propenso a perderse que a orientarse bien en un parque solitario invadido por la niebla, lo cierto es que, cuando se ha seguido un camino, retroceder por él sin perderse resulta mucho más fácil que avanzar sin más, sin importar la mucha o poca niebla que uno pueda encontrar a su alrededor. Así que, pensó, si conseguía retroceder sin salirse del camino que le había llevado hasta allí, no se perdería y alcanzaría en poco tiempo el lugar al que se dirigía.

Nada más ver a Huganay desaparecer por la boca del pozo, Jupiter comprendió a dónde debía acudir a buscarle. Y aunque se sintió tentado de pedirle al jefe Reynolds que le acompañara, recordó que le había prometido al ladrón francés que no llevaría a la policía hasta él y que no le denunciaría. El peso de su promesa, aun habiéndole sido

hecha a un criminal, fue demasiado para el Primer Investigador. Así que decidió mantenerla y e ir solo al encuentro de Huganay. Ahora cuanto restaba por hacer era intentar recuperar el cuadro.

Recordaba mentalmente dónde se hallaba ubicada, más o menos, la estatua del pionero cuya mirada les había conducido hasta el pozo de los deseos. Así que, no sin cautela, se encaminó en aquella dirección atravesando la espesa niebla que invadía la noche.

Al cabo de unos minutos, con inmenso alivio, vio aparecer a su izquierda, a la lechosa luz de un farol, la mole de la estatua. Desde allí siguió el sendero que conducía a la placita por la que habían pasado antes y, desde ésta, desanduvo sus pasos hasta que vio ante sí la masa oscura del quiosco de música, que se erigía solitario en medio de la niebla.

Desde allí, desandar el resto del camino fue aún más sencillo. Dejando el quiosco a sus espaldas, Jupiter tomó el camino que partía de la entrada sur de aquél y se limitó a seguir el sendero que se iba mostrando a sus pies. Mientras lo hacía, una extraña sensación le asaltó. Durante unos segundos le pareció hallarse en un mundo de pesadilla en el que caminaba para acudir al encuentro de algún fatídico desenlace. A su paso, las ramas más bajas de los árboles parecían estirar sus extremos hacia él, apareciendo súbitamente de entre la niebla como poderosas garras fantasmales que intentasen atraparle. El silencio, absoluto y sobrecogedor, roto tan sólo por sus propias pisadas, parecía una losa que le oprimiese los hombros y le encogiese el corazón. Una intensa sensación de desamparo se apoderó de él y le recorrió el cuerpo con un escalofrío. El Primer Investigador, no obstante, tragó saliva y se obligó a seguir avanzando. Todos los músculos de su cuerpo se hallaban tensos y sus dientes firmemente apretados.

Llegado a un punto, Jupiter decidió apagar su linterna y avanzar con cautela a la lúgubre luz de las farolas. No obstante, no tuvo que caminar mucho en tales condiciones, pues lo que buscaba no tardó en aparecer ante él.

La valla de alambre surgió de repente a un lado del camino como si se tratase de una gigantesca telaraña. El cartel que prohibía el paso a la Cueva-Laberinto continuaba colgado tristemente donde él y sus amigos lo habían visto antes.

Jupiter se acercó a la valla y la examinó con detenimiento. Al comprobar que ésta se hallaba intacta, se agachó y, sin hacer ruido, se instaló lo más cómodamente que pudo junto al margen del sendero, dispuesto a esperar el tiempo que fuese necesario. Desde su puesto de observación escudriñó la entrada de la cueva a pesar de que apenas alcanzaba a distinguirla. Todo cuanto acertaba a ver no era sino un gran agujero. La malla metálica que lo cubría quedaba oculta en la oscuridad del umbral.

Mientras una inquietante sensación de soledad se apoderaba de él, Jupiter aguardó. Los minutos se arrastraron como un caracol por la superficie del tiempo simulando una eternidad. Hasta que, por fin, algo pareció ocurrir al otro lado de la valla, allí donde se erigía la boca de la Cueva-Laberinto. Jupiter aguzó entonces el oído y escudriñó las tinieblas.

Al principio no se advirtió movimiento alguno, pero sí alcanzaron a oírse algunos sonidos cortos y secos dotados de cierto matiz metálico que parecían provenir de la entrada de la gruta. Jupiter comprendió que tales sonidos eran los que producían unos alicates al cortar uno a uno los hilos de la malla metálica. Los sonidos continuaron mientras Jupiter, expectante, sentía cómo un nudo le iba oprimiendo la garganta cada vez más.

Al cabo de un par de minutos los sonidos cesaron. Luego, durante unos segundos, nada ocurrió hasta que, de repente, una sombra apareció en la entrada de la cueva. Jupiter aguzó sus sentidos y vio que se trataba de la sombra de un hombre que se movía furtivamente. El muchacho sonrió para sí y permaneció inmóvil.

La sombra avanzó hacia la valla metálica en forma de rombos. Jupiter contuvo el aliento al ver cómo se detenía bajo el cartel que prohibía el paso, a tan sólo unos metros de donde él mismo se hallaba. Observó que la sombra parecía llevar algo sujeto bajo el brazo.

Nuevamente se oyeron los sonidos secos y metálicos conforme aquel hombre cortaba los rombos de alambre con los alicates. Al cabo de un par de minutos los sonidos cesaron y la sombra le dio un tirón al alambre de la valla. Un pequeño panel de ésta se desprendió a un lado dejando una abertura lo bastante amplia como para que la sombra se introdujese por ella. Sin hacer el menor ruido el hombre atravesó aquel hueco y alcanzó por fin el sendero.

Jupiter decidió que había llegado el momento de actuar.

—Señor Huganay —llamó en un susurro.

La sombra se detuvo bruscamente y se volvió hacia donde Jupiter se encontraba, a tan sólo unos pocos metros. La hoja puntiaguda de un cuchillo relució de manera siniestra a la amortiguada luz de una farola.

—Señor Huganay —volvió a llamar Jupiter—. No se alarme. Soy yo, Jupiter Jones.

La sombra pareció relajarse ligeramente. Luego la voz de Huganay, cargada de recelo y aprensión, se oyó en un susurro cortante y frío como el hielo.

—¿Estás solo? —preguntó.

Jupiter tragó saliva y asintió.

—Sí, señor —respondió—. No tema.

—¿Vas a entregarme? —preguntó Huganay desde la oscuridad—. ¿Vas a echar a la policía sobre mí?

—No, señor Huganay —respondió Jupiter—. Le di mi promesa de que no lo haría y le aseguro que la he mantenido todo el tiempo. Usted cumplió su parte al protegernos de Sinclair y Lagalle y mis amigos y yo cumplimos la nuestra al ayudarlo a encontrar el cuadro sin avisar a la policía.

Un breve silencio se deslizó por las sombras. La hoja del cuchillo que Huganay esgrimía volvió a relucir en la lechosa claridad de la niebla.

—Si lo que dices es cierto, joven Jones, ¿puedes explicarme qué está haciendo la policía en este lugar? ¿Quién la ha traído hasta este parque? —repuso el francés con voz seria y cortante.

—Créame, señor. No fuimos nosotros —susurró Jupiter—. Supongo que Harris o, en fin, Jack Walton, el detective privado, fue quien lo hizo.

Huganay volvió a guardar silencio durante unos segundos. Luego, con voz algo menos recelosa, dijo desde la niebla:

—Claro. Él debió ser. Aguardó a que yo tuviese el cuadro en mis manos con la esperanza de que, en ese momento, yo hubiese bajado la guardia. Pero se equivocó. Yo, que ya sospechaba de él, preví sus movimientos. No obstante, nunca imaginé que sería capaz de traer consigo a la policía. Según mi experiencia los detectives privados suelen preferir trabajar solos para llevarse íntegramente tanto la gloria como cualquier recompensa que pueda ofrecerse por la recuperación de un botín o la captura de uno de los de mi gremio. Sí, muchacho —concluyó el francés—. Debí haber previsto que Harris podía llegar a actuar así. Al fin y al cabo había más tipos aparte de mí envueltos en este asunto, por lo que él, viéndose superado en número, decidió acudir a la policía.

»Confío en lo que dices, joven Jones. Si has venido para explicarte, te agradezco el detalle. Has demostrado un gran ingenio al saber dónde buscarme.

—Era sencillo de imaginar, señor —repuso Jupiter—. Entró usted en el pozo tras recordar que éste estaba conectado con la Cueva-Laberinto. Y durante nuestra búsqueda de esta noche fue usted quien se quedó con el mapa del parque que yo traje de casa.

Recuerdo perfectamente que se lo guardó usted en el bolsillo como si tal cosa. Y ese mapa incluye, tal y como todos vimos, un plano de los túneles del laberinto. Para alguien como usted, armado con mapa y linterna, debió resultar fácil despistar a los policías en los túneles y encontrar el camino que conduce hasta aquí. Usted está acostumbrado a pensar rápido y a no dejarse amilanar por las circunstancias. Pero yo también lo estoy.

Huganay se guardó el cuchillo que esgrimía y se acercó al Primer Investigador mientras reía por lo bajo. El muchacho se estremeció ligeramente al ver junto a él aquel rostro que sonreía con aspecto satánico.

—Eres un adversario digno de mí, Jones —dijo el francés—. Te agradezco que respetaras tu promesa y no lanzaras a la policía tras de mí. Y ahora, si me disculpas, he de irme. Corro un gran peligro permaneciendo aquí más tiempo del aconsejable. Y, por cierto —añadió—, gracias por el cuadro.

Huganay dio media vuelta dispuesto a marcharse.

—Un momento, señor —repuso Jupiter.

Huganay se detuvo y le miró por encima del hombro.

—¿Y bien? —preguntó.

—Olvida usted que yo también deseo ese cuadro que lleva bajo el brazo —respondió Jupiter—. Le ruego que me lo entregue.

Huganay miró fijamente al muchacho mientras un fino jirón de niebla se deslizaba entre uno y otro. El francés esbozó una sonrisa burlona.

—¿Y por qué habría de hacer tal cosa, mi joven amigo? —preguntó socarronamente.

—Ese cuadro le fue legado al señor Glenn Heggys —respondió Jupiter—. Es a él a quien le corresponde tenerlo.

Huganay se echó a reír.

—Olvidas una cosa, Jones —dijo—. Éste es un cuadro robado, y fue adquirido ilegalmente por un viejo escritor que no tenía derecho a poseerlo a pesar de haber pagado una fuerte suma por él. Yo, en cambio, no lo he robado. Lo he encontrado. Debe ser la primera obra de arte que no robo en mucho tiempo.

Huganay se echó a reír al oír su propio chiste. Jupiter permaneció serio.

—Fuimos realmente nosotros quienes lo encontramos para usted, no lo olvide —repuso el muchacho.

—Porque hicimos un trato —rebatía Huganay—. Y dicho trato no incluía nada relativo a la propiedad del cuadro una vez éste fuese encontrado.

Jupiter reflexionó en busca de argumentos. Finalmente, resuelto a actuar, avanzó un paso.

—Le ruego que me lo entregue —dijo extendiendo una mano ante sí.

Huganay le miró muy serio, perdida para siempre en la niebla su burlona sonrisa.

—¿Por qué no compartirlo, Jones? —propuso—. Por última vez: únete a mí y te convertiré en la mayor mente criminal que haya existido jamás.

—Nunca —respondió Jupiter sacudiendo la cabeza—. Y ahora entrégueme el cuadro.

—Muy bien, chico —dijo Huganay—. Si persistes en seguir perteneciendo al bando opuesto al mío, allá tú. Por lo que respecta al cuadro, si tanto lo quieres... ¡ven a por él! Veloz como un relámpago, Huganay encendió una linterna, dio media vuelta y echó a correr. Jupiter, actuando por impulso, lo siguió. El francés, quien parecía saber orientarse a pesar de la oscuridad y la niebla, se internó por entre un grupo de árboles haciendo temblar ante sí el haz de su linterna mientras no dejaba de correr. Jupiter, más lento y torpe a la hora de entrar en acción, lo siguió procurando no perderle de vista.

En alocada persecución, Jupiter corrió tan veloz como pudo mientras multitud de arbustos y ramas bajas se estrellaban contra su cuerpo, arañaban sus brazos y rasgaban

sus ropas. Los troncos de los árboles, cual inmóviles fantasmas, surgían súbitamente ante él en mitad de la niebla y resultaban difíciles de esquivar. Huganay, mientras tanto, mejor corredor que el muchacho, avanzaba veloz. El francés parecía saber perfectamente en qué dirección hacerlo.

La carrera, no obstante, no fue larga. Justo cuando Jupiter, jadeante, creyó que iba a perderle de vista, vio cómo Huganay se detenía bruscamente y asía con ambas manos unos gruesos barrotes de metal. El francés había alcanzado la valla que circundaba el parque.

Jupiter, no obstante, oyó cómo Huganay, a pesar de llevar la delantera, profería un grito de rabia. Sin duda, se había creído capaz de encontrar el hueco por el que todos habían entrado un rato antes con la esperanza de salir por él. Pero se había equivocado en sus cálculos y ante él se elevaban los gruesos y sólidos barrotes acabados en puntas de lanza, por entre los que resultaba imposible pasar.

Jupiter, jadeando, se detuvo un segundo y contempló cómo Huganay miraba a derecha e izquierda dudando sobre qué dirección tomar. Una de ellas conducía al hueco de barrotes doblados; la otra a una jaula sin salida.

Jupiter echó a correr nuevamente en pos del francés. Sin embargo, pisó mal, su pie se enredó en un macizo de raíces y cayó pesadamente sobre la hierba. Desde el suelo levantó la cabeza y vio, desconcertado, cómo Huganay entraba en acción.

Éste, resuelto a escapar, arrojó por entre los barrotes la caja metálica que con tanta firmeza había mantenido aferrada hasta entonces. A pesar de su valioso contenido la caja cayó pesadamente sobre la acera de la calle dejando tras de sí un metálico estrépito que la niebla se encargó de amortiguar. A continuación Huganay se aferró a dos de los gruesos barrotes y comenzó a escalar por ellos. Dejando constancia de una fuerza hercúlea, el francés ascendió por la valla y llegó a lo más alto. Luego, ágilmente, y ante la asombrada mirada de Jupiter, saltó por encima de ésta sorteando por escasos centímetros las afiladas puntas de lanza. Segundos más tarde Huganay se deslizaba por los barrotes y alcanzaba la acera del otro lado de la valla.

Jupiter se puso en pie trabajosamente y corrió hacia allí. Cuando llegó, Huganay recogía del suelo la caja de metal. El francés, poniéndose ésta de nuevo bajo el brazo, se irguió y miró a Jupiter sonriendo con malicia.

—Creo que esta vez no vas a poder seguirme, mi joven amigo —dijo.

Jupiter se aferró a los sólidos barrotes y miró hacia arriba. Tras intentar ascender por ellos un par de veces, comprendió dolorosamente que nunca lo conseguiría. Desesperado, miró a Huganay con impotencia. El francés, a tan sólo unos centímetros de él pero fuera de su alcance al otro lado de la valla, le devolvió la mirada sin dejar de sonreír.

—Es aquí donde debemos separarnos, joven Jones —dijo con acento triunfal—. Has sido un formidable colaborador y un mejor adversario. Pero es a mí a quien le corresponde ganar esta vez. Vosotros ya lo habéis hecho antes en dos ocasiones.

Jupiter, impotente, se limitó a mirarle.

—Por cierto —continuó diciendo Huganay—, no te molestes en darle los datos de mi coche a la policía. Tengo otro vehículo esperándome a una manzana de aquí; uno que tú nunca has visto. Lo tomaré y estaré fuera del país en cuestión de unas pocas horas. Todo ha salido a pedir de boca. Y es que ¿sabes una cosa, muchacho? Me encanta que los planes salgan bien.

—¡No es justo que esto acabe así! —exclamó Jupiter asiendo los barrotes—. ¡Ese cuadro no le pertenece! ¡No es justo que usted se lo lleve!

—¿Y quién decide lo que es justo y lo que no, Jones? —repuso Huganay—. Bien. Me voy ahora y el cuadro se viene conmigo. Lástima que tú no desees acompañarnos. *Au revoir*, mi joven amigo. Quizá volvamos a encontrarnos algún día.

Con una última sonrisa y un guiño burlón, Huganay dio media vuelta y se perdió de vista en la niebla. En cuestión de segundos incluso sus furtivos pasos dejaron de oírse. Jupiter aguzó el oído para intentar discernirlos pero lo único que llegó hasta él fue el amortiguado sonido de un coche al ponerse en marcha. El vehículo en cuestión arrancó y el ruido de su motor se fue perdiendo en la distancia hasta acabar confundándose con el silencio de la noche.

Era un hecho. Huganay se había ido. Y se había llevado el cuadro consigo.

Jupiter, abatido, miró al suelo y contempló con rostro sombrío cómo los jirones de niebla se arremolinaban mansamente sobre la acera de la calle. Así, aferrado a los barrotes, permaneció unos segundos sumido en un absoluto silencio.

Finalmente, lleno de pesar, suspiró y soltó los gruesos barrotes de hierro. Acto seguido dio media vuelta y echó a caminar con la esperanza de encontrar el sendero que le llevaría de vuelta con sus amigos.

—¿Algún rastro de ese tipo, Murray? —le preguntó el jefe Reynolds al agente que acababa de aparecer por la boca del pozo de los deseos.

—No, señor —respondió el agente sacudiendo la cabeza—. Nos ha dado esquinazo. Se internó por un pasadizo que parece comunicar con los túneles de la antigua atracción del laberinto y desapareció en éstos. Buscarlo ahí dentro llevaría días. Menos mal que al menos hemos logrado subir a esos dos tipos —añadió señalando a Sinclair y Lagalle.

El jefe Reynolds se volvió hacia los dos malhechores europeos y les miró fijamente. Éstos, esposados y escoltados por un par de agentes, permanecían de pie con expresión miserable y la mirada clavada en el suelo.

—Ustedes dos van a tener que responder a un buen número de preguntas durante las próximas horas —les dijo el jefe de policía.

Sinclair frunció el ceño y permaneció con la cabeza gacha. Lagalle, por su parte, levantó la vista, entrecerró los párpados y le dirigió a Reynolds una mirada asesina.

—¡Lleváoslos, muchachos! —ordenó entonces el jefe de policía—. Metedlos en uno de los coches y esperadme allí hasta que yo llegue.

Los agentes se marcharon con sus apresados. Cuando la niebla se los hubo tragado el jefe Reynolds se volvió hacia Pete y Bob.

—Muy bien, chicos —les dijo dirigiéndoles a ambos una mirada no exenta de severidad—. Creo que esos dos tipos no serán los únicos en contar cosas esta noche. En mi opinión también a vosotros os corresponde contar unas cuantas.

—Antes deberíamos buscar a Jupe, jefe —intervino Bob—. Podría encontrarse en peligro. Además, es él quien mejor podría explicarle...

—¡Jefe! —interrumpió uno de los agentes levantando su pistola—. ¡Alguien se acerca! Todos guardaron silencio y se volvieron hacia donde señalaba el agente. Allí, por entre unos finos jirones de niebla, se divisaba una confusa silueta que se aproximaba precedida por el haz de una linterna. La silueta se acercó más hasta que, como si atravesase la cortina de agua de una cascada, su contorno pudo apreciarse con total nitidez. Un segundo más tarde, con rostro serio y abatido, Jupiter Jones emergía de entre la niebla y se acercaba al grupo reunido junto al pozo.

—¡Jupe! —exclamó Pete al verle.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Bob—. ¡Estábamos preocupados!

—¡Jones! —exclamó a su vez el jefe Reynolds—. ¿De dónde sales?

Jupiter les miró a todos con pesar.

—Hola, chicos. Buenas noches, jefe —saludó—. Me pareció ver a alguien que huía en la niebla y decidí seguirle. Pero me equivoqué. No encontré a nadie.

—¿Y a quién querías encontrar? —preguntó el jefe Reynolds—. Todos vimos cómo ese tipo desaparecía dentro del pozo.

—Pensé que podía tratarse de algún cómplice que hubiese permanecido oculto todo el tiempo, jefe —respondió rápidamente Jupiter—. Sus hombres ya perseguían a ese tipo, así que yo decidí seguir otra pista, si bien mi imaginación debió jugarme una mala pasada. Yo... er... ¿Le han encontrado ustedes?

—No, Jupiter —respondió el jefe Reynolds negando enérgicamente con la cabeza—. Mis hombres no han logrado atraparlo. No obstante, me gustaría saber dónde te metiste, muchacho. Tus ropas están destrozadas.

—Es cierto, Jupe —dijo Bob—. Estás hecho una verdadera pena. ¿Te has caído por algún terraplén?

—Espera a oír lo que tu tía Mathilda tenga que decirte en cuanto te ponga la vista encima —rió Pete.

Jupiter miró a sus amigos e intentó sonreír sin conseguirlo.

—Yo... Bueno, yo... —balbuceó—. Supongo que me perdí —respondió sin más.

CAPÍTULO 21

UNA VISITA A ALFRED HITCHCOCK

—Celebro veros de nuevo, muchachos —dijo el señor Hitchcock desde detrás de la amplia mesa de su despacho—. He de reconocer que la llamada que me hicisteis para hablarme de vuestro interés en encontrar a Glenn Heggyns, abogado del difunto Arthur Roberts, despertó mi curiosidad. Ahora me alegro de ver que, una vez concluido el caso, habéis venido a visitarme para que pueda al fin saciarla.

Pete y Jupiter, sentados en sendas sillas situadas frente al enorme escritorio, asintieron. Era la tarde siguiente a la visita nocturna que Los Tres Investigadores habían hecho a Oceanview Park en compañía de Huganay.

A pesar de la larga velada y de la gran cantidad de emociones vividas durante aquellas horas, Bob se había levantado temprano a la mañana siguiente y, tras llamar a la biblioteca pública y explicarle a la señorita Bennett que aquel día no podría acudir al trabajo por la mañana sino por la tarde, se había dedicado a ordenar todas sus notas sobre el caso hasta que llegó la hora del almuerzo. Después de éste, el Tercer Investigador acudió a Patio Salvaje para ver a Jupiter, quien, reacio a presentarle el caso al señor Hitchcock debido a que lo consideraba un fracaso, acabó cediendo ante la insistencia de Pete y Bob y llamó al gran director a su despacho para ver si podía recibirles. Hitchcock, siempre interesado en los casos que los muchachos le llevaban, accedió a verles a media tarde. Ahora el gran director de cine, tras leer las notas redactadas por Bob, dejó éstas a un lado y, entrelazando sus manos ante sí, miró a Pete y a Jupiter. Bob, quien había tenido que acudir a la biblioteca para compensar la mañana de ausencia, no había podido acompañarles.

—Un caso sumamente interesante el que me traéis, chicos —continuó diciendo el señor Hitchcock—. Y me atrevería a decir que de los más enrevesados de cuantos habéis afrontado hasta el momento. Algo en lo que, sin lugar a dudas, se deja notar la mano de Arthur Roberts, cuya privilegiada mente era capaz de concebir las más complicadas tramas. Creo mi deber felicitaros por haber desentrañado ésta, chicos.

—Le agradecemos sus felicitaciones, señor —dijo Jupiter con cierto pesar en su voz—, si bien no estoy muy seguro de que seamos dignos merecedores de elogio alguno.

Hitchcock miró a Jupiter y arqueó las cejas.

—No creo que debas reprocharte gran cosa, Jupiter —dijo—. Tus deducciones en el caso y tu manera de resolver el acertijo planteado por Roberts en relación con ese enigmático ajedrez fueron sencillamente excelentes.

—No le haga caso, señor —intervino Pete, riendo—. Juve está molesto porque, a pesar de que encontramos el cuadro, lo perdimos. Se considera responsable de ello porque no fue capaz de detener a Huganay cuando éste escapó de él.

—No creo que sea para tanto —repuso el señor Hitchcock—. Vuestro trabajo fue brillante y lograsteis aclarar un misterio que para la gran mayoría hubiera quedado sin resolver. Disteis con una obra de arte de incalculable valor y, si bien la perdisteis, ello no fue sino por una circunstancia de fuerza mayor. Huganay es más alto, ágil y fuerte que tú, Jupiter. Y, para colmo, iba armado con un cuchillo. No creo que debas recriminarte el hecho de que haya escapado.

—No es eso, señor Hitchcock —volvió a decir Pete—. Lo que a Jupiter le duele realmente es el hecho de haber respetado la promesa que le hizo a Hukanay. Cuando fue tras él no alertó a la policía. Con la ayuda del jefe Reynolds y sus hombres quizá le hubiera atrapado, pero Jupiter decidió respetar su promesa y no lanzarlos contra él. Debido a ello Hukanay escapó. Eso es lo que Jupiter se recrimina en realidad.

Jupiter se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Una promesa es una promesa, señor —dijo—. Hukanay y yo hicimos un trato y los dos cumplimos nuestras respectivas partes. Él nos protegió y nosotros le ayudamos. Y un trato es un trato aunque éste se haga con un ladrón de arte.

El señor Hitchcock sonrió y juntó las yemas de sus dedos ante sí.

—Es cierto, Jupiter —dijo asintiendo—. Al respetar el trato él logró escapar por ser físicamente más fuerte que tú. Si lo hubieras roto él podría muy bien haber sido capturado. No había vidas en juego, sino tan sólo un cuadro, por mucho que éste fuese una obra maestra que “casi nadie cree perdida”. ¿Hubiera sido mejor romper una promesa y capturar al ladrón? Bueno, es éste un dilema ético que no nos compete a nosotros discernir. Lo hecho hecho está, Jupiter. Obraste como te dictó tu conciencia y eso es lo que cuenta. Ahora bien...

Hitchcock, maestro del suspense, hizo una pausa y miró fijamente a los dos muchachos. Pete y Jupiter, intrigados, se inclinaron hacia adelante de manera involuntaria.

—¿Sí, señor? —inquirió Jupiter.

—No sé si os dais verdadera cuenta de lo que ocurre aquí —prosiguió el señor Hitchcock—. Las circunstancias son las siguientes: hay una famosísima pintura de incalculable valor colgada de una de las paredes del Museo del Louvre, en París, que al parecer, y según vuestra historia, es falsa. El original, por otra parte, está en poder de un ladrón de arte que por razones personales lo mantendrá oculto hasta que cierta señora anciana fallezca. Sólo unas pocas personas conocen la verdad, y entre ellas hay tres inteligentes jovencitos de California y un servidor. Mi pregunta es: ¿guardareis el secreto? Este caso os ha puesto en la tesitura de guardar silencio o solicitar públicamente que se examine el cuadro que cuelga en el Louvre. Todos sabemos que si esto ocurre es muy posible que se dictamine su falsedad, por muy buena que sea la copia, gracias a la fiabilidad de los métodos modernos. ¿Qué pensáis hacer al respecto? ¿Hablaréis?

—Verá, señor —comenzó a decir Jupiter—. Hukanay me llamó esta mañana por teléfono y habló conmigo con respecto a ese tema. Conversamos largamente y yo decidí que lo mejor sería guardar silencio. Y no sólo porque éste haya sido un caso en el que Los Tres Investigadores no hayan salido victoriosos, sino porque el honor de un apellido célebre íntimamente ligado con el mundo del arte en Francia se vería desacreditado, lo cual, sin duda, acabaría con la delicada salud de cierta anciana señora, tal y como usted dice.

»Hukanay y yo hicimos un nuevo trato. Nosotros guardamos silencio y él mantendrá oculto el cuadro, prometiendo no venderlo a nadie ni intentar enriquecerse a su costa. Al menos mientras la anciana señora permanezca con vida.

»Por otro lado, si nosotros acudiésemos a los medios de comunicación pidiendo que se examinase la copia que cuelga en el Louvre, se nos tomaría por locos. Nosotros nunca hemos estado en Francia ni hemos visitado el Louvre, así que ¿a cuánto de qué hacer tal afirmación? No se nos tomaría en serio, señor, por reputados que seamos como investigadores en nuestra ciudad. Al fin y al cabo no somos más que unos chicos americanos no muy entendidos en arte. No, no hablaremos. En cuanto a usted, le rogaríamos encarecidamente que tampoco lo hiciese, señor.

—¿Yo? —inquirió el señor Hitchcock riendo—. Jamás lo haría, Jupiter. Incluso por mi propio interés me conviene no decir ni una palabra. A pesar de ser un cineasta de éxito, no soy ni mucho menos crítico de arte, así que ¿quién soy yo para alegar la falsedad de cierta pintura? Me tomarían por loco y entrometido, y eso sería una mala publicidad para mi trabajo. Mis películas podrían verse seriamente afectadas por una situación así. No, señor. Dejemos que la vida siga su curso.

—Se lo agradecemos, señor —dijo Jupiter—. Y supongo que Huganay también. Alfred Hitchcock arrugó el ceño y aspiró hondo.

—Todo esto me hace pensar en algo que viene a colación —dijo—. Si este caso ha de permanecer en secreto, entiendo que habéis venido a verme con la única intención de saciar mi curiosidad y de mantenerme al tanto de vuestras actividades. Pero, puesto que, al menos por el momento, esta historia no va a ser divulgada, supongo que no vais a pedirme que presente el caso. ¿Me equivoco?

Jupiter sonrió.

—No se equivoca, señor —respondió—. En realidad hemos venido tan sólo para contarle lo ocurrido y no para pedirle que presente un caso que no sabemos cuándo podrá salir a la luz. No obstante, si Huganay nos avisase de que su pariente ha fallecido y de que, por tanto, tiene el camino libre para mostrar la pintura, no dude de que acudiremos a usted para pedirle que presente nuestro humilde caso.

—Y será un placer hacerlo si todavía me resulta posible, muchachos —accedió Alfred Hitchcock—. Pero no tildéis de humilde a este caso. Francamente, me parece increíble que hayáis dado con una pintura de hace siglos que todo el mundo cree admirar en uno de los principales museos del mundo cuando en realidad no es así. Ahora que lo pienso, ¿qué ocurrirá con Sinclair y Lagalle? Ellos saben de qué cuadro se trata. ¿No le preocupa a Huganay que ellos hablen?

—En realidad no, señor Hitchcock —respondió Jupiter—. Al parecer, le han contado toda la historia a la policía, pero ésta no les ha tomado en serio. Así que supongo que deben hallarse en una extraña situación al estar contando una verdad que nadie sospecha y que nadie desea tomar en serio.

—Pobres malhechores —rió Hitchcock—. Supongo que la cárcel les espera, ¿no?

—Así es, señor —respondió Pete esta vez—, pero no por asuntos relacionados con el tráfico de arte, sino por su agresión al señor Heggyns. Si la acusación sale adelante irán a la cárcel. De todas formas, si así no fuese, la justicia de varios países de Europa los reclama, por lo que lo más seguro es que acaben pagando por uno u otro delito.

—O quizás por todos ellos —concluyó el señor Hitchcock—. ¿Y qué hay de Glenn Heggyns? ¿Cómo se encuentra? —añadió.

—Mucho mejor —respondió Pete—. El jefe Reynolds nos puso al corriente de ello anoche, cuando nos llevó a casa. No obstante, aún pasará una o dos semanas en el hospital hasta que se recupere plenamente. Tenemos previsto ir a verle a lo largo de los próximos días. Le lleváramos su ajedrez ahora que éste ya no tiene secretos que guardar.

—¿Le contaréis la verdad con respecto a la identidad del cuadro? —preguntó Hitchcock.

—Aún no lo hemos decidido —respondió Jupiter—. Como cliente nuestro tiene derecho a conocer toda la verdad sobre el caso, pero también es cierto que en éste concurren circunstancias muy poco corrientes que es preciso tener en cuenta. Así que aún no hemos tomado una decisión definitiva al respecto, señor.

—Seguro que vuestro buen juicio no os fallará tampoco en eso —comentó el señor Hitchcock—. ¿Qué hay de Norbert y Harris? ¿O debería decir Norbert y Jack Walton?

—Norbert nos es más que un ratero de poca monta —respondió Jupiter—. Ha estado antes en la cárcel, pero ahora no hay acusación alguna contra él, así que saldrá en

libertad. Lo que más lamenta es no haber recibido ni un céntimo del dinero que Huganay le prometió. En cuando a Harris, o Jack Walton, su verdadero nombre, es detective privado desde hace varios años. Ha trabajado para museos de Chicago, Nueva York y Los Angeles, y eso lo introdujo en el mundo del arte y también, por añadidura, en el submundo del tráfico de obras. Oyó hablar de Huganay, cuya fama en ese círculo es poco menos que legendaria, y decidió ofrecerle su captura a varias empresas aseguradoras que trabajan para museos. Se las arregló para encontrarse con Huganay y ser contratado por él, pero éste, sagaz como siempre, no tardó en sospechar. Al final Huganay fue más listo y escapó.

—Así es —asintió Hitchcock—. Huganay lo demostró al manipular previamente la pistola de Walton sin que éste lo advirtiese.

—Bueno —intervino Pete—, en realidad eso no fue exactamente así. Cuando Huganay nos llamó esta mañana nos confesó que, aunque efectivamente sospechaba de Walton, no había podido manipular dicha arma por falta de tiempo. Así que lo que dijo junto al pozo no fue más que un farol. Pero Walton picó el anzuelo y, por miedo a herirse, no disparó su arma justo cuando tenía a Huganay a su merced.

—¡Impresionante! —alabó el señor Hitchcock—. Una admirable demostración de sangre fría y autodominio por parte de Huganay. Desde luego, muchachos, no podéis recriminaros nada tras enfrentaros a un personaje de tal magnitud. Además, recordad que anteriormente ya le ganasteis la partida en dos ocasiones.

—Supongo que a la tercera va la vencida —dijo Jupiter forzando una sonrisa—. Al menos eso dicen.

Alfred Hitchcock se echó a reír. Luego, tras deslizar la mirada por las notas recopiladas por Bob, preguntó:

—¿Y qué hay de Huganay? ¿Se sabe algo de su paradero?

—Nada que pueda afirmarse con plena certeza, señor —respondió Jupiter—. Según suponemos, todo apunta a que, tras llamarnos esta mañana, regresó a su escondite en Europa. Claro está que quizás dicha llamada la realizase una vez en el extranjero. No podemos asegurarlo. Lo cierto es que Huganay sabe escapar. Y sabe hacerlo rápido.

—Es simplemente un profesional con mucha experiencia en las malas artes —repuso Hitchcock—. Y la experiencia es la madre de la sabiduría. Bien, muchachos, creo que con esto es suficiente para dar por cerrado el *Misterio de las Piezas de Ajedrez*, como habéis decidido llamarlo. Claro que, ahora que lo pienso, se me ocurre que aún podéis responder a algunas preguntas más. ¿Cómo adquirió Arthur Roberts el cuadro? ¿Y dónde lo guardaba?

—No sabemos con exactitud cómo ni cuando adquirió la pintura —respondió Jupiter—, pero el jefe Reynolds sí nos dijo anoche dónde lo guardaba. Al parecer, cuando la policía judicial acudió a la casa del señor Roberts para levantar acta del registro efectuado en ella, descubrió una pequeña cámara secreta subterránea excavada en la roca a la que se accedía por un panel móvil hábilmente disimulado en el sótano. Allí se encontraron varios cuadros de gran valor, si bien ninguno de ellos resultó tener la categoría del que ocultó en Oceanview Park.

»Ignoramos cuándo ocultó el señor Roberts el cuadro en el parque, pero todo parece indicar que fue poco antes de morir, durante las semanas anteriores a ingresar en el hospital. Le gustaba pasear de noche y seguramente conocía el escondite desde hacía tiempo. Suponemos que aprovecharía uno de dichos paseos nocturnos para esconder el cuadro.

—Bueno —dijo Alfred Hitchcock haciendo un amplio gesto con las manos—, supongo que con esto se pone punto y final a un nuevo caso de Los Tres Investigadores. Debo admitir que vuestra labor sólo puede tacharse de excelente, y que el hecho de que la

pintura escondida no acabase yendo a parar a vuestras manos no tiene tanta importancia. Por supuesto, hubiese sido mejor recuperarla, pero no creo que se os pueda culpar a vosotros de no haberlo conseguido. Así que no os sintáis apenados ante tal detalle. Lo único que siento es no poder escribir la merecida presentación ahora mismo. En fin, habrá que esperar a que ciertas noticias lleguen de Europa. Pero quiero que sepáis que, de ser posible, lo haría muy gustosamente.

—¡Gracias, señor! —dijo Pete sonriendo.

—Mientras tanto espero que me mantengáis al corriente de cuanto suceda en vuestra imparable carrera como investigadores. Visto lo visto, ¿quién sabe de qué podrá tratarse?

—Ni siquiera nosotros nos atrevemos a aventurarlo —repuso Jupiter—. No obstante, sea lo que fuere, no dude de que se lo haremos saber cuanto antes. Nuestro lema es “Lo investigamos todo”.

Tras un sobrio apretón de manos los muchachos se despidieron del señor Hitchcock y se dirigieron a la puerta. Mientras salían por ella el gran director de cine se reclinó en su cómodo sillón y, tras juntar nuevamente las yemas de los dedos ante sí, miró hacia el techo y, con aspecto soñador, clavó la mirada en él durante unos segundos. “Un ajedrez enigmático y una obra maestra que debe, a pesar de todo, permanecer oculta”, pensó. “Me pregunto si estos chicos dejarán alguna vez de sorprenderme”.

Lentamente, el mago del suspense fue saliendo de su ensueño. Segundos más tarde se inclinaba hacia adelante y comenzaba a ordenar los innumerables documentos que cubrían su escritorio casi por completo.

CAPÍTULO 22

LA ÚLTIMA JUGADA

Tras salir del bungalow en el que el señor Alfred Hitchcock tenía instalado su despacho, Pete y Jupiter recorrieron el caminito de losas de piedra que, atravesando el jardín de césped, conducía hasta la acera, junto a cuyo bordillo les esperaba el flamante Rolls-Royce de apliques dorados. Worthington, de pie junto al vehículo en su impecable uniforme, les abrió la puerta al verlos llegar.

—¿Todo bien, *master Jones*? —le preguntó a Jupiter mientras éste se introducía en el coche y se instalaba en el cómodo asiento trasero tapizado de piel—. ¿Algún nuevo encargo que investigar para el señor Alfred Hitchcock?

—No, Worthington —respondió Jupiter—. En realidad sólo hemos venido a entregarle los resultados de nuestro último caso. No hemos recibido ningún encargo nuevo. Estamos desocupados, así que supongo que lo más indicado será ir a casa a descansar.

—¿A Patio Salvaje, pues? —preguntó el chófer.

—Así es, Worthington. A Patio Salvaje —respondió Jupiter.

Con elegante solemnidad, Worthington se sentó tras el volante y condujo el lujoso automóvil fuera de los estudios. Poco después enfilaba la carretera de la costa en dirección a Rocky Beach.

Durante el trayecto Pete observó a Jupiter, pero no se atrevió a hablarle al ver que éste, con el ceño fruncido y el rostro sombrío, se limitaba a contemplar el paisaje por la ventanilla sin dar muestras de querer hablar. Pete, conocedor del carácter de su amigo, decidió dejarlo estar y se reclinó sobre el asiento de piel. Aún pasarían algunos días hasta que Jupiter se recuperase de la decepción recibida al ver escapar a Hukanay.

Así pues, el viaje transcurrió en absoluto silencio hasta que Worthington, tras doblar una esquina, dejó a la vista las grandes verjas de entrada a Patio Salvaje. Con exquisita suavidad el chófer inglés arrimó el coche a la acera y aparcó junto a la entrada.

—Hemos llegado, señores —dijo mientras se bajaba a abrirles la puerta a los muchachos.

Pete y Jupiter se apearon y se despidieron de Worthington dándole a éste las gracias por el servicio prestado. A continuación el chófer inglés subió al auto, puso éste en marcha y se alejó calle abajo. Los muchachos lo siguieron con la mirada hasta que el automóvil desapareció al girar la esquina. Pete levantó entonces la vista y vio que la tarde se hallaba ya avanzada.

—Si nos damos un poco de prisa quizá aún lleguemos a tiempo de darnos un buen baño en la playa —le dijo a su amigo.

Jupiter soltó un gruñido por toda respuesta. Pete, aun comprendiendo que su amigo no se encontraba de humor, decidió insistir.

—Vamos, Jupe —dijo—. Por muy malhumorado que estés eso no va a cambiar las cosas. El caso se acabó. Hukanay escapó y se llevó el cuadro consigo. De nada sirve estar enfurruñado. Con ello no vas a conseguir recuperarlo. Si sigues así lo único que vas a conseguir será desaprovechar los últimos días del verano.

Jupiter reflexionó, sopesando interiormente las palabras de su amigo. Al cabo de unos segundos su expresión se suavizó y esbozó una tímida sonrisa.

—Creo que tienes razón, Segundo —dijo al fin—. De nada sirve lamentarse. Corramos a por los trajes de baño y aprovechemos mientras todavía haya sol. ¿Necesitas ir a tu casa a por el tuyo?

—¿Bromeas? —repuso Pete riendo—. ¡Lo llevo puesto bajo el pantalón!

Los dos amigos cruzaron las amplias verjas de hierro y entraron corriendo en Patio Salvaje. Tal era su ímpetu que no acertaron a ver a Konrad, quien, en compañía de su hermano Hans y de la señora Jones, descargaban del camión pequeño lo que parecían ser unas láminas decorativas hechas de escayola. Jupiter, incapaz de esquivar a tiempo al rubio bávaro, chocó con éste. Konrad, sorprendido por el golpe, perdió el equilibrio y trastabilló. La lámina de escayola que portaba en las manos, de aproximadamente el mismo tamaño que un periódico abierto de par en par, cayó hacia adelante y se estrelló contra el suelo del patio rompiéndose en varios pedazos.

—Pero ¿qué haces, Juve? Ten cuidado —acertó a decir Konrad.

—¡Jupiter Jones! —bramó Tía Mathilda al ver el destrozo causado por la torpeza de su sobrino—. ¿Se puede saber en qué estás pensando? ¡Mira lo que has hecho!

Roja de indignación, la señora Jones se acercó a Jupiter y se puso ante él con los brazos en jarras. Pete, amedrentado, retrocedió un paso. Sabía que para la señora Jones un objeto roto significaba una venta perdida. Pero, lo que era más grave, si tal rotura se producía por algún tipo de despiste o accidente, entonces la pérdida se convertía en una auténtica catástrofe. Y eso enfurecía a la señora Jones, quien detestaba perder la posibilidad de vender cualquier cosa que entrase en Patio Salvaje.

—¡Condenado muchacho! —continuó despotricando la mujer—. ¿Por qué no miras por dónde vas? Ahora me debes cinco dólares, que es lo que pensaba pedir por esa placa de escayola. ¡Y ahora lárgate de aquí antes de que acabes con el cargamento completo!

Tuvo lugar un breve silencio de varios segundos, durante el cual nadie se movió.

—¡Jupiter Jones! —volvió a bramar Tía Mathilda—. Pero ¿se puede saber qué te pasa ahora? ¿Qué haces ahí de pie como un pasmarote? ¿No tienes nada que decir?

Pete, quien había estado mirando a la señora Jones, desvió la vista hacia su amigo. Lo que vio le alarmó. Al parecer, al ver sobre el suelo el destrozo que había ocasionado, el rostro del Primer Investigador se había iluminado de repente. Los ojos se le habían abierto como platos y brillaban de pura excitación.

Pete se puso en guardia. Cuando una mirada como aquella a floraba a los ojos de su amigo era porque éste había descubierto algún detalle de importancia primordial.

—Lo... lo siento, Tía Mathilda —le oyó decir Pete—. Lo lamento de veras. Te pagaré los cinco dólares... enseguida.

La señora Jones soltó un profundo soprido y echó a andar hacia la oficina en busca de un recogedor y una escoba.

—Olvídate de los cinco dólares —repuso algo más calmada—. Pero vete de aquí antes de que rompas algo más. Ya me encargo yo de recoger eso —añadió dirigiéndose a Hans y Konrad.

Pete se acercó a Jupiter, quien todavía tenía la vista clavada en los restos de la lámina de escayola.

—¿De qué se trata, Juve? —le preguntó.

Jupiter, parpadeando, pareció despertar de un ligero ensueño.

—¡Pete! ¡Tenemos que volver a Oceanview Park ahora mismo! —dijo mirando a su amigo.

Pete frunció el ceño.

—¿Y qué hay de la playa?

—Tendrá que esperar —respondió Jupiter sin más—. ¡Vamos! ¡No tenemos tiempo que perder! ¡Quizá aún tengamos alguna oportunidad después de todo!

Pete, alarmado, arqueó las cejas y miró a Jupiter.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó exasperado.

—No hay tiempo para explicaciones ahora —respondió Jupiter—. Te lo contaré todo cuando lleguemos al parque. Ahora vayamos a por las bicicletas y pedaleemos lo más rápido posible hasta allí.

Todavía aturdido y sin comprender nada, pero confiando plenamente en su amigo, Pete decidió obedecer y seguir a Jupiter, quien corría ya hacia el rincón de Patio Salvaje en el que descansaban sus bicicletas. Al cabo de un minuto pedaleaban furiosamente por las calles de Rocky Beach en dirección a Oceanview Park.

No tardaron en divisar el escenario en el que, apenas la noche anterior, habían vivido una intensa búsqueda. Cuando por fin llegaron junto a la verja de barrotes de hierro tras la que se elevaban las frondosas copas de los árboles, la luz de la tarde comenzaba a declinar y el parque se iba cubriendo de sombras cada vez más alargadas.

—¿A dónde vamos, Juve? —preguntó Pete sin disminuir el ritmo frenético de su pedalada.

—El parque todavía está abierto a estas horas —respondió Jupiter, jadeante—. Vayamos hasta la puerta sur, que es la más cercana, y entremos. Desde allí iremos hasta la entrada de la Cueva-Laberinto.

—¿Te refieres a la entrada situada al fondo del pozo de los deseos? —inquirió Pete—. ¿Quieres volver a bajar por ese pozo?

—No, Pete —respondió Jupiter—. Me refiero a la entrada principal del laberinto, la que permanece vallada y cerrada al público desde hace años.

—Como quieras —repuso Pete.

—Toma tú la delantera en cuanto entremos en el parque —dijo Jupiter—. Tú te orientas mucho mejor que yo. Así llegaremos antes.

Pete asintió mostrándose conforme. En cuestión de segundos los dos llegaron a la entrada sur del parque y la cruzaron. Una vez dentro del recinto, Pete tomó la delantera y pedaleó raudo y veloz en dirección a la entrada de la Cueva-Laberinto. Jupiter, sudoroso, seguía a su amigo tan de cerca como le era posible.

Aunque la tarde tocaba ya a su fin, el parque se hallaba todavía abierto. No obstante, pocos visitantes deambulaban por él a esas horas. Mientras pedaleaban Pete y Jupiter apenas divisaron a gente. Algunas parejas paseaban cogidas del brazo o charlaban tranquilamente sentadas en los bancos. En un claro, dos niños volaban una cometa a la luz del atardecer con cuidado de no enredar el hilo en las ramas de los árboles. Más allá, un hombre de poblada barba, sin duda un empleado de limpieza del parque, recogía del suelo, con la ayuda de un palo rematado en un pincho, papeles y hojas muertas que introducía en un enorme saco lleno de desperdicios. No lejos de él un joven leía un libro tumbado despreocupadamente sobre el césped. Pete y Jupiter pasaron a toda prisa entre todos ellos mientras el atardecer se iba apoderando del parque.

—Cuando falten unos cincuenta metros para llegar a la entrada del laberinto, frena, desmonta y esconde la bicicleta entre los arbustos —ordenó Jupiter—. A partir de ahí seguiremos a pie ocultándonos entre la vegetación y avanzando de árbol en árbol.

Pete asintió sin dejar de pedalear. Al cabo de un minuto, llegado al punto indicado, Pete frenó bruscamente y descendió de su bicicleta. Mientras la empujaba tras unos arbustos, Jupiter llegó junto a él y le imitó. Acto seguido los dos muchachos se internaban entre los árboles y se agachaban tras el grueso tronco de un sauce llorón.

—Bueno, Juve —dijo entonces Pete—, ya estamos aquí. ¿Querrás explicarme ahora de qué trata todo esto?

Jupiter miró a su amigo y se llevó un dedo a los labios.

—No hables tan alto —le advirtió en susurros—. Él podría estar aquí.

Pete miró a Jupiter con sorpresa.

—¿Él? ¿Quién? —preguntó esforzándose por bajar la voz y mirando a su alrededor.

—Huganay —susurró Jupiter por toda respuesta.

—¿Huganay? —repitió Pete sumergido repentinamente en un mar de dudas—. ¿Es que te has vuelto loco, Jupe? Huganay se fue. Se marchó a Europa. ¿No lo recuerdas?

—Eso es lo que él quiso hacernos creer cuando nos llamó por teléfono esta mañana, Pete —repuso Jupiter—. Pero en realidad no es así. Continúa aquí, en Rocky Beach. O al menos eso espero, si es que todavía no es demasiado tarde.

Pete asió a su amigo por el hombro.

—Oye, Jupe —le dijo—. No entiendo una sola palabra. ¿Por qué no dejas a un lado los dramatismos y me dices de una vez por qué estamos aquí?

Jupiter miró a Pete y suspiró.

—Anoche pasé por alto un pequeño detalle que en su debido momento debió haberme extrañado —comenzó a decir—. La noche pasada, cuando encontramos el cuadro, Huganay lo trató con un mimo exquisito. Abrió la caja con sumo cuidado y, más que mirarlo, lo acarició con los ojos. Al retirar la capa de algodón para que todos pudiéramos admirar la pintura, ni siquiera tocó la superficie de ésta. Se trata de una tabla de madera de varios siglos de antigüedad. El paso de tanto tiempo puede hacer que ésta, por muy bien conservada que esté, se torne extremadamente frágil. Es por ello que Huganay no se atrevió siquiera a tocarla.

—¿Y bien? —inquirió Pete.

—Si has leído bien las notas de Bob —continuó diciendo Jupiter—, sin duda recordarás un detalle de cuanto ocurrió cuando Huganay escapó escalando la verja de barrotes de acero del parque. Yo mismo le narré a Bob dicho detalle para que él redactase sus notas, si bien lo hice sin prestarle la debida atención. Fui un estúpido al no reparar en ello antes, porque de haberlo hecho quizás en estos momentos tendríamos el cuadro en nuestro poder.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Pete.

—Verás... —dijo Jupiter apoyando la espalda contra el tronco de un árbol y mirando furtivamente hacia la entrada de la Cueva-Laberinto—. Cuando, perseguido por mí, Huganay fue a parar junto a la valla del parque, decidió que debía escalar ésta. Pero no podía hacerlo mientras tuviese la caja aferrada bajo el brazo. Para verse momentáneamente libre de ésta y, así, poder escalar, se deshizo de ella *arrojándola* por entre los barrotes. Yo le ví hacerlo, e incluso oí cómo la caja caía ruidosamente sobre la acera al otro lado de la verja.

—¿Y bien? —repitió Pete.

—¿No lo entiendes? —repuso Jupiter—. Huganay tiene la suficiente sangre fría como para saber cómo actuar en situaciones límite. Lo demostró sobradamente anoche, junto al pozo de los deseos. Yo en su lugar habría pasado la caja metálica por entre los barrotes y la habría depositado cuidadosamente sobre la acera en vez de arrojarla, sin más, al suelo. Y ¿por qué? Pues porque se supone que dentro de esa caja hay una valiosa y extremadamente frágil tabla de madera que podría romperse si la caja cae al suelo con violencia.

Pete miró a su amigo y abrió mucho los ojos.

—¡Cáscaras, Jupe! —exclamó—. No querrás decir que Huganay corrió el riesgo de romper la pintura que tanto deseaba conseguir, ¿verdad?

—No, Pete —replicó Jupiter—. Lo que quiero decir es que si Huganay arrojó la caja al suelo fue porque sabía que la pintura no se rompería.

—¿Y cómo podía estar tan seguro de ello? —inquirió Pete—. ¿Acaso le puso dentro más algodón?

Jupiter suspiró.

—Lo que quiero decir es que Huganay arrojó la caja al suelo porque en realidad ésta estaba vacía —explicó finalmente Jupiter—. Lo comprendí todo cuando, hace un rato, tras chocar con Konrad en Patio Salvaje, ví cómo aquella lámina de escayola se rompía al estrellarse contra el suelo.

Pete arqueó las cejas, sorprendido.

—No lo entiendo, Jupe —dijo—. Todos le vimos entrar en el pozo con la caja bajo el brazo. Y la pintura estuvo dentro de ella todo el tiempo.

—Sí —asintió Jupiter—, todos vimos cómo Huganay se metía en el pozo de los deseos, llegando desde ahí al laberinto, con la caja que contenía la pintura. Pero cuando yo lo sorprendí al salir por la boca de la cueva no ví la pintura, sino tan sólo la caja. Di por sentado que el cuadro continuaba dentro de ésta cuando en realidad no era así.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —preguntó Pete—. Tú no llegaste en ningún momento a ver a Huganay sacar la pintura de la caja y guardarla en otro sitio.

—Porque si la pintura hubiese estado dentro de la caja Huganay, como hombre frío y calculador, hubiese tratado la caja con mucha más delicadeza, tal y como ya te he explicado —insistió Jupiter—. Así y todo, si la pintura hubiese estado realmente dentro de la caja y Huganay, por descuido, la hubiese dejado caer con más violencia de la deseada, sin duda se hubiera lamentado por ello. Pero no lo hizo. La dejó caer, escaló la verja y recogió la caja al otro lado de ésta como si tal cosa.

—¿Y por qué iba Huganay a sacar la pintura de la caja? —preguntó Pete.

—Cuando entró en el laberinto Huganay no sabía lo que se encontraría al salir —le explicó Jupiter—. Él creía que yo había traído a la policía conmigo y que, por lo tanto, podía estar emboscado junto a la entrada en compañía del jefe Reynolds esperando a que él saliese. En otras palabras, cabía la posibilidad de que fuese apresado. Así que, para evitar que el cuadro cayese en otras manos decidió sacarlo de la caja y ocultarlo en algún rincón del laberinto. Si le cogían, no llevaría en las manos nada más que una caja vacía. Si no le cogían, volvería para recoger el cuadro cuando no hubiese peligro a la vista.

—Así que, según tú, en estos momentos el cuadro se halla escondido en algún lugar de ese laberinto, ¿no es así? —inquirió Pete.

—Eso espero —respondió Jupiter—. Huganay lo dejó ahí con la intención de volver a por él lo antes posible. Esos corredores son húmedos, y un exceso de humedad podría dañar la pintura. Quizás haya venido ya o quizás no. Por eso resultaba tan urgente llegar aquí. Huganay posee un plano del laberinto, así que no le resultará muy difícil volver a encontrar el cuadro. Si mis deducciones son correctas debe haberlo ocultado no muy lejos de la entrada de la cueva.

—¿Por qué cerca de esta entrada y no de la que da al pozo de los deseos? —preguntó Pete.

—Reflexiona un poco, Pete —repuso Jupiter—. Cuando Huganay entró en el laberinto por el pozo tenía a varios policías pisándole los talones. No podía entretenerse ocultando el cuadro. Por otra parte, si su intención era regresar más tarde a por la pintura, tardaría menos tiempo en recuperarla si la ocultaba cerca de esta entrada que si lo hacía en lo más profundo del laberinto.

—Tal y como tú lo explicas, todo suena de lo más coherente —comentó Pete—. ¿Qué propones que hagamos ahora?

Jupiter se pellizcó al labio inferior y miró a su alrededor.

—Llevamos ya unos minutos vigilando la entrada de la Cueva-Laberinto y no se advierte el menor movimiento —dijo—. Ven, acerquémonos con cautela avanzando de árbol en árbol.

De la manera descrita, Jupiter y Pete dejaron atrás su escondite y, atravesando la vegetación del parque, se acercaron a la valla que franqueaba el acceso a la entrada de la cueva. Sólo se detuvieron cuando por fin se hallaron a escasos metros de ésta.

—Esto está demasiado tranquilo —comentó Pete—. ¿Qué opinas, Jupe?

El Primer Investigador se pellizcó nuevamente el labio inferior.

—Hay tres posibilidades —respondió—. O Huganay ya ha estado aquí, o bien no ha llegado todavía, o bien está ahí dentro y es posible que nos topemos con él.

—¡Cáscaras, Jupe! —gimió Pete—. ¡Ésa última opción es la que menos me gusta!

Jupiter miró más allá de la valla hacia la entrada de la cueva. La luz del día era cada vez más escasa.

—Sólo tenemos una manera de salir de dudas, Pete —dijo Jupiter—. Vamos. Procuremos hacer el menor ruido posible.

Pete detuvo a su amigo cogiéndole del brazo.

—No estarás insinuando que vamos a entrar ahí, ¿verdad? —protestó—. ¡No hemos traído ningún mapa esta vez!

Jupiter se liberó y avanzó un par de pasos.

—Lo sé. Con las prisas no reparé en que podíamos necesitar uno, así que tendremos que apañárnoslas sin él —le susurró a Pete por encima del hombro—. Además, siempre podremos valernos de tu infalible sentido de la orientación.

—¿De veras es tan infalible? —inquirió Pete con un gemido.

Sin hacer caso de la ironía de su amigo, Jupiter emergió de la vegetación que le ocultaba y llegó junto a la valla a grandes zancadas. Pete, aun a desgana, le siguió. Los dos muchachos se agazaparon y escrutaron una vez más la boca de la cueva.

—Entremos por donde Huganay salió anoche —propuso Jupiter.

Con movimientos silenciosos y furtivos, los muchachos se deslizaron a lo largo de la valla metálica hasta que llegaron junto al agujero que Huganay había practicado en ella la noche anterior.

—Entremos —dijo Jupiter.

Se disponía a introducirse por el hueco cuando, de repente, Pete le detuvo.

—¡Aguarda un momento, Jupe! ¿Qué es eso?

Jupiter miró hacia donde Pete señalaba, justo a su izquierda. Allí, adherida a la malla de alambre, había una hoja de papel que se mecía perezosamente a la suave brisa de la tarde. Lo que llamó realmente la atención de los muchachos, no obstante, fue el hecho de que en aquel pedazo de papel había algo escrito.

Con un negro presentimiento encogiéndole el corazón, Jupiter estiró la mano, la cogió y, tras desasirla con un suave tirón, la extendió ante sí para poder leerla. Pete, intrigado, se acercó a él para mirar por encima de su hombro. Lentamente, casi sin poder dar crédito a sus ojos, los dos investigadores leyeron:

“Mi estimado y joven Jones,

Supongo que si estás leyendo estas líneas es porque has caído en la cuenta de cierto pequeño detalle que no puede ser considerado sino como un error que cometí la pasada noche, mientras escapaba de ti. Incluso un tipo como yo puede cometer algún que otro descuido cuando se ve perseguido por alguien de mente tan preclara y portentosa como la tuya. Digamos que para cualquiera de cuantos ejercen mi humilde profesión no resulta precisamente tranquilizador tener a Jupiter Jones pisándole los talones.

El hecho de que tú y tus amigos leáis esta nota querrá también decir que esta vez he sido, si bien no más inteligente, sí al menos más rápido que

vosotros. Pero que eso no os venza, pues vuestras habilidades son verdaderamente encomiables. Lástima que os dediquéis a encauzarlas en sentido contrario al mío.

Ahora debo marcharme. No intentéis localizarme porque de nada serviría. Esta vez sí que dejaré vuestro país en cuestión de horas. Es por ello que no me resta más que deciros au revoir y daros las gracias por la ayuda que me habéis prestado en la búsqueda de la pintura que me llevo conmigo. Vuestro humilde servidor, Huganay.”

—¡Está aquí! —exclamó Pete cuando terminó de leer la carta—. Tenías razón, Jupe. ¡Huganay está aquí!

Pete miró a su amigo y vio que éste tenía el rostro pálido y descompuesto. Lo cual no era de extrañar, pensó el muchacho. El ladrón de arte más célebre de medio mundo se le acababa de escapar por segunda vez en menos de veinticuatro horas. Jupiter, no obstante, tragó saliva y se esforzó por hablar sin dejar entrever el menor atisbo de temblor en su voz.

—Te equivocas, Pete —dijo—. En realidad lo que quieres decir es que Huganay *ha estado* aquí. Estuvo y se marchó. Y, definitivamente, se llevó el cuadro consigo. Fui un estúpido al no darme cuenta de todo mucho antes. Si lo hubiese hecho habríamos podido venir antes o pedirle al jefe Reynolds que dejase a un par de hombres aquí en espera de que Huganay apareciese.

»El hecho importante, no obstante, es que se nos ha escapado otra vez. Y que se ha llevado el cuadro consigo.

Pete advirtió cómo su amigo temblaba de pies a cabeza a causa de la rabia contenida. Jupiter, mordiéndose furiosamente el labio inferior, paseó la mirada por la nota que tenía en las manos, releuyéndola, como si fuese incapaz de dar crédito a cuanto en ella había escrito.

—No te apures, Jupe —le dijo Pete intentando confortarle—. Tal y como Huganay dice en su nota, ha sido más rápido que nosotros. Pero eso no le quita mérito al trabajo que has hecho ni a tus deducciones, las cuales nos permitieron... ¿Qué ocurre?

Pete miró a su amigo, una vez más, alarmado. Éste había cambiado la expresión de su rostro súbitamente. Sus ojos brillaban de excitación.

—¡Pete! —exclamó—. ¡Quizás aún tengamos una oportunidad! ¡Quizás tengas razón después de todo!

Pete parpadeó.

—¿Qué yo tengo razón? —preguntó—. ¿A qué te refieres?

—Al decir que Huganay *está* aquí —respondió Jupiter.

—¿Cómo? Pero si tú mismo has dicho que... —repuso Pete.

—¡Mira la nota con atención, Pete! —interrumpió Jupiter, apremiante—. ¿No adviertes en ella algo sumamente significativo? Se trata de algo que la escasa luz que reina aquí no permite apreciar en un primer momento, pero que salta a la vista enseguida si uno se fija bien.

Pete miró la hoja de papel, la leyó y frunció el ceño.

—La verdad es que no advierto nada de particular —repuso rascándose la cabeza—. Para mí no es más que una nota.

—¡Se trata de la tinta! ¡Todavía no ha terminado de secarse! ¡Mira! —exclamó Jupiter. El muchacho deslizó un dedo por la última línea escrita. La tinta con la que esta había sido trazada se movió, quedando los bordes de las letras levemente desdibujados.

—¡Todavía está húmeda! —exclamó Pete.

—En efecto —dijo Jupiter asintiendo—. Esta nota ha sido escrita con una estilográfica y la tinta aún no ha tenido tiempo de secarse por completo. Luego quien la escribió no debe andar muy lejos. Quizás acabase de colgarla apenas un minuto antes de que nosotros llegáramos.

—Pero eso es casi imposible, Jupe —objetó Pete—. Habríamos visto algo. Nos habríamos cruzado o tropezado con él.

Jupiter se pellizcó el labio inferior.

—¿Y quién nos asegura que no ha sido así? —replicó—. Posiblemente haya ocurrido tal y como dices.

—Pero no advertimos nada —dijo Pete—. Ni vimos a nadie.

—Espera, Segundo. Pensemos un poco —repuso Jupiter—. Aunque la luz empieza a ser escasa, aún es de día. Si Huganay vino a recoger el cuadro mientras aún era de día, seguramente no lo hizo abiertamente, sino intentando pasar inadvertido. ¿Y qué mejor manera de pasar inadvertido que...?

—¡Con un disfraz! —concluyó Pete—. ¡Piensa, Jupe! ¿Con quién nos cruzamos mientras recorríamos el parque en dirección hacia aquí? Yo ví a una pareja paseando y a otra sentada en un banco.

Jupiter arrugó el ceño esforzando al máximo su memoria fotográfica.

—Todo ocurrió tan deprisa —comentó—, y me hallaba tan concentrado en pedalear que resulta difícil precisarlo. Veamos... En un claro había dos niños volando una cometa, si bien resulta evidente que ninguno de ellos puede ser Huganay. Además de ellos... ¡Oh, no!

—¿Qué es, Jupe?

—¡Había un hombre con un saco y un palo acabado en un pincho recogiendo papeles! —exclamó Jupe, recordando súbitamente—. ¡Tiene que ser él! Es el disfraz perfecto. Nadie sospecharía de alguien así en un parque público. La gente vería su presencia como algo completamente normal. Además, con un disfraz así podría meterse casi en cualquier parte, incluso en la entrada de la Cueva-Laberinto, sin levantar sospechas. Además, ahora que lo recuerdo ese hombre lucía una poblada barba. ¡El disfraz idóneo para mantener bien oculto el rostro!

—¡Y llevaba al hombro un saco bien repleto! —apuntó Pete—. ¡Seguro que llevaba el cuadro dentro! Una manera perfecta de sacarlo del parque sin levantar sospechas.

—¡Deprisa! —apremió Jupiter—. ¡Busquémosle!

Corriendo alocadamente, los dos muchachos regresaron hasta sus bicicletas, montaron en ellas y comenzaron a pedalear con furioso ímpetu.

—Volvamos por donde vinimos —ordenó Jupe—. Vayamos hasta el lugar en el que le vimos y busquémosle por allí. Puede que ande cerca todavía.

Enardecidos por la incipiente persecución, los dos amigos regresaron velozmente al lugar que buscaban y desmontaron.

—Aquí fue donde vimos a aquel hombre —dijo Jupiter mirando a su alrededor.

—No hay ni rastro de él —repuso Pete tras mirar en todas direcciones—. Preguntémosle por él a la gente que veamos.

Pero el hecho fue que no vieron a nadie. Aquel rincón del parque, sumido cada vez en sombras más profundas, se hallaba ya completamente desierto a excepción de ellos mismos.

Jupiter se arrodilló e inspeccionó el suelo.

—Por desgracia no hay huellas —se lamentó—. Esta zona está cubierta de césped, y éste está alto. Es inútil buscar huellas aquí.

—Despleguémonos y recorramos el parque y sus alrededores, Jupe —sugirió Pete—. Quizás aún estemos a tiempo y le veamos mientras intenta marcharse sin levantar sospechas.

—Supongo que es lo mejor que podemos hacer —convino Jupiter, nervioso.

De repente el Primer Investigador guardó silencio, estiró el cuello y aguzó el oído.

—¡Silencio, Pete! —advirtió—. Escucha eso.

—¿Qué...? —balbuceó su amigo.

—¡Escucha! —repitió Jupiter.

Los dos muchachos escucharon atentamente. Desde algún rincón situado fuera del parque, al otro lado de los frondosos árboles, llegó hasta ellos el amortiguado sonido del motor de un coche al ser puesto en marcha.

—¡Reconozco la manera de arrancar de ese motor! —dijo Jupiter—. Juraría que es el mismo que oí anoche, cuando Huganay escapó. Suena exactamente igual. ¡Vamos, Pete! ¡Que no escape!

Tras montar de nuevo en sus bicicletas, pedalearon veloces hasta la entrada del parque. Mientras lo hacían oyeron cómo el sonido de aquel motor cobraba fuerza durante un par de segundos para, a continuación, escabullirse en la distancia hasta disolverse por completo en el aire del atardecer.

Cuando alcanzaron la entrada y, tras ésta, la calle, nada se movía ni se oía ya allí a excepción del trinar tardío de algún que otro pájaro. Si el coche que acababan de oír era realmente aquél en el que Huganay escapaba, no quedaba ya el menor rastro de él.

—¡Nada! —se lamentó Jupiter—. ¡Se ha ido! ¡Se nos ha vuelto a escapar de entre los dedos!

—Sí, pero hemos estado pisándole los talones —repuso Pete—. ¡Mira ahí, Jupe!

Jupiter miró hacia donde su amigo señalaba. Allí, junto a la verja de entrada del parque, había un cubo de basura. En el interior de éste, y asomando por su borde, los muchachos pudieron ver un largo palo, un gran saco lleno de papeles y una poblada mata de pelo que sin lugar a dudas no era sino una barba postiza.

—¡Tenías razón, Jupe! —exclamó Pete—. ¡Era él disfrazado!

—¡Le teníamos! —dijo Jupiter apretando los puños con fuerza—. ¡Le teníamos y volvió a escapar!

Pete miró a su amigo y optó por guardar silencio mientras éste, consumido por la rabia, apretaba los puños con fuerza. Los dos muchachos permanecieron así, en silencio, durante casi un minuto. Durante ese tiempo Pete pensó que cuando su amigo decidiese reemprender el regreso a Patio Salvaje el silencio sería la nota predominante a lo largo de todo el trayecto. Jupiter estaría enfurruñado y de mal humor, y Pete tendría que esperar al menos un par de días para volver a sugerirle a su amigo la idea de ir a nadar. Con aquel pensamiento en la cabeza, Pete miró a Jupiter y suspiró. A su alrededor el atardecer caía sobre el parque.

EPÍLOGO

No sé si os acordaréis de mí, queridos lectores, pero soy la misma persona que escribió la misteriosa introducción con la que comenzó esta historia. En aquella ocasión hube de mantener oculta mi identidad por el bien de la trama, y cuanto me fue posible decir acerca de mí mismo fue que no me llamo Alfred Hitchcock. Por desgracia, el mago del suspense murió hace ya algún tiempo y el mundo se ha visto privado desde entonces de nuevas tramas de misterio surgidas de la mente del gran director. Algo parecido a lo que ocurrió con la desaparición del inimitable Arthur Roberts.

Pero me estoy alejando del primero de los motivos de estas líneas finales: mi identidad. Para descubrir ésta baste decir, si es que todavía no lo habéis imaginado, que mi nombre es Huganay, soy francés y participé (muy ventajosamente, por cierto) en la historia que acabáis de leer.

Sin duda os preguntaréis por qué soy yo quien escribe estas líneas. Uno de los motivos es, como ya he apuntado, el fallecimiento del señor Hitchcock. El otro es que nadie más, excepto el gran director, Los Tres Investigadores, esos dos estúpidos principiantes *Mylord* y *Lagalle*, y yo conocíamos toda la verdad relativa a esta historia. Y puesto que la historia en sí ha sido mantenida en secreto a petición mía, creo que es a mí a quien corresponde sacarla a la luz ahora que ya me resulta posible.

La anciana señora por cuya delicada salud yo tanto temía si llegaba a divulgarse la verdad falleció, para mi profundo pesar, hace apenas un par de semanas. Se trataba de alguien a quien yo apreciaba muchísimo, por lo que me alegro de que se despidiese en paz de este mundo y sin tener que enfrentarse a una dolorosa verdad. No obstante, una vez muerta ella me correspondía a mí divulgar la verdad, tanto si el mundo se decidía a aceptarla como si no. Por tanto, me puse en contacto con Los Tres Investigadores y les expliqué el giro tomado por los acontecimientos. Jupiter Jones y sus amigos se mostraron conformes conmigo a pesar de su primera reacción en contra, pues, sobre todo a Jupiter, le resultaba demasiado incómodo recordar que fui yo quien salió victorioso de aquel enfrentamiento. Sea como fuere, Bob Andrews sacó del cajón del olvido sus excelentes notas acerca del *Misterio de las Piezas de Ajedrez* y retiró la gruesa capa de polvo que sobre ellas se había acumulado. Además, y puesto que yo me había visto involucrado en los hechos, los muchachos me pidieron que fuese yo quien la presentara, a lo cual no pude menos que acceder encantado. Fue un verdadero honor hacerlo y, de paso, recordar con nostalgia desde mi retiro en un recóndito rincón de Europa la emocionante aventura que viví junto a ellos. El resultado es la historia que acabáis de leer. Espero que ésta haya sido de vuestro agrado.

A pesar de cuanto he dicho hasta ahora hay una cuestión que, sin lugar a dudas, alguno que otro se estará preguntando. ¿Qué fue del cuadro? Bueno, debo decir que éste continúa todavía en mi poder. Puedo verlo desde aquí mientras escribo estas líneas cómodamente sentado en mi estudio Y son mis ojos los únicos que lo han visto a lo largo de estos últimos años. ¿Lo sacaré a la luz? ¿Quién sabe? Por ahora la muerte de la anciana señora está demasiado reciente, así que todavía no he tomado ninguna decisión al respecto. Supongo que tarde o temprano haré aparecer el célebre retrato de la dama de extraña belleza. Pero para ello habrá de pasar todavía algún tiempo.

No obstante, queridos lectores, si alguno de vosotros, tras haber leído esta historia y conocer la verdad, es de naturaleza impaciente y prefiere hablar antes de que dicho

momento llegue, debe saber que es libre de hacerlo. No tiene más que acudir al Museo del Louvre y demostrar que la pintura que allí cuelga no es sino una copia del original que yo poseo. Una copia excelente, todo sea dicho, pero copia al fin y al cabo cuya falsedad, si uno confía en su propia pericia, puede... digamos, arriesgarse a demostrar.

Poco queda por decir. Aunque para ello hayan tenido que pasar unos cuantos años, Los Tres Investigadores han dado por cerrado uno más de sus casos. Y ahora que éste ha quedado presentado comprendo cómo debía sentirse Alfred Hitchcock cada vez que se enfrentaba a una de las aventuras vividas por estos muchachos. ¿Quién sabe lo que queda por llegar? Seguro que a muchos les gustaría descubrirlo. Yo, por mi parte, confieso que no seré menos.

Y ahora, queridos lectores, debo marcharme. Mis propios asuntos me reclaman. Así pues, *au revoir*.

Vuestro humilde servidor,
Huganay.

NOTA FINAL DE BOB ANDREWS

Sólo un detalle queda por añadir al *Misterio de las Piezas de Ajedrez*.

Durante los años siguientes a todo lo anteriormente narrado el jefe Samuel Reynolds realizó una serie de investigaciones con la intención de averiguar el paradero de Huganay y, en la medida de lo posible, ayudar a su captura, la cual, dicho sea de paso, nunca llegó a producirse.

A lo largo de dichas indagaciones el jefe Reynolds ayudó y contó con la ayuda de, entre otras organizaciones, el FBI y la Interpol. Fue así como descubrió algunos datos de interés que él, muy amablemente, nos comunicó a Jupiter, Pete y a mí mismo.

Entre estos datos destaca el hecho de que ni el abuelo de Huganay ni ningún otro antecesor suyo trabajó en ningún momento para el Museo del Louvre de París. De hecho, nadie de su entorno familiar ni de las amistades que frecuentó en su juventud tenía relación alguna con el mundo del arte.

Lo cual viene a demostrar que la sorprendente historia que Huganay nos contó aquella noche en aquel túnel subterráneo de Ocanview Park no era en realidad sino una sarta de mentiras.

Por lo tanto, a fecha de hoy los verdaderos motivos por los que Huganay ha mantenido y mantiene todavía en secreto la posesión de la obra maestra que consiguió llevarse consigo continúan siendo un misterio.

Si en alguna ocasión llegase a manos de Los Tres Investigadores cualquier información que fuese capaz de desvelar algún detalle al respecto, no dudéis de que se os comunicará a la mayor brevedad posible.

Bob Andrews.

Rocky Beach, noviembre de 19??